

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
FACULTAD DE ECONOMÍA Y RELACIONES INTERNACIONALES
PROGRAMA DE MAESTRÍA EN ESTUDIOS DEL DESARROLLO
GLOBAL



TESIS:

**“EL PODER INTELIGENTE EN LA DISPUTA POR EL ROL HEGEMÓNICO
ENTRE IRÁN Y ARABIA SAUDÍ: UNA PERSPECTIVA COMPARADA DESDE UN
ENFOQUE GEOPOLÍTICO”**

**PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS DEL DESARROLLO GLOBAL**

**PRESENTA:
ESTEBAN MURO LICEA**

**DIRECTORES DE TESIS:
DR. RAFAEL VELÁZQUEZ FLORES
DR. JORGE ALBERTO SCHIAVON URIEGAS**

Tijuana, Baja California, septiembre del 2021

Dedicado a:

Mi abuelo Juan Licea Castillo (q.e.p.d.) quién me inculcó el deseo de superación y de preparación. Este logro es tan tuyo como mío, gracias por todo, te extraño.

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi madre María Elena y a mi abuelita Rosa Martha, por sus invaluable consejos, sus enseñanzas y apoyo en todas las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, pero sobre todo gracias por el amor que me han dado y que me ha ayudado a salir adelante durante los momentos difíciles. También agradezco a mis hermanas, Malinalli y Amaya, y especialmente a mi sobrino Noé, quienes han sido una fuente de constante alegría, apoyo inspiración y cariño, gracias por hacer este trayecto más sencillo. También agradezco a mi padre Fabio, y mis tías Guadalupe y Sarita por su motivación constante durante mi formación en la maestría.

También extendiendo un enorme agradecimiento al CONACYT y a la Universidad Autónoma de Baja California, así como a las autoridades y el personal del posgrado en Estudios del Desarrollo Global y de la Facultad de Economía y Relaciones Internacionales. Sin duda gracias al apoyo material e institucional que me brindaron y facilitaron durante la duración de mi posgrado es que he logrado cumplir con esta meta de vida de manera exitosa. Siempre estaré agradecido. Asimismo, quiero agradecer especialmente a mis asesores, el Dr. Rafael Velázquez Flores y el Dr. Jorge Alberto Schiavon Uriegas, quienes me guiaron en este proceso. Gracias por compartir su tiempo y esfuerzo para asesorarme, pero sobre todo gracias por los consejos y observaciones que me han dado, los cuales fueron una aportación invaluable para lograr terminar este trabajo; gracias también por ser una fuente de inspiración académica y profesional.

De la misma manera, quiero agradecer a mis compañeras y compañeros del posgrado con quienes tuve la oportunidad de compartir el aula (tanto en modalidad virtual como física) en algún momento, porque gracias a las constantes pláticas, debates y colaboraciones en tareas y/o trabajos aprendí mucho, y me permitieron ampliar mi perspectiva en diversos temas. Además se convirtieron en un apoyo moral importante durante las etapas complicadas de este proceso. Gracias también a mis profesoras y profesores del posgrado, pues sus consejos, comentarios y enseñanzas me dieron la oportunidad de mejorar a nivel personal y académico, y eso se ve reflejado en la tesis.

Finalmente agradezco enormemente a todas y cada una de las amistades que me han acompañado a lo largo de mi maestría, nombrar individualmente a cada

persona sería una tarea imposible, pero todas y todos han contribuido de distintas maneras en este proceso, ya sea dándome un consejo, permitiéndome desahogarme, motivándome, aportando ideas o simplemente compartiendo su cariño y alegría. Gracias a ustedes tuve la motivación para seguir adelante y no hacer tortuoso este camino.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1. Marco Teórico-conceptual.....	6
1.1 Hegemonía.....	6
1.2 El concepto de poder en las Relaciones Internacionales	9
1.3 Clasificación del Poder	14
1.4 Poder y hegemonía en el contexto global contemporáneo.	19
1.5 Geopolítica	27
Capítulo 2. El Poder Blando, Poder Duro y Poder Inteligente	42
2.1 Poder duro, poder blando y poder inteligente en el contexto global actual.....	42
2.2 Poder Blando	45
2.3 Las limitaciones del poder blando.....	53
2.4 Poder duro	56
2.5 Limitaciones del Poder Duro	60
2.6 Poder inteligente	69
Capítulo 3. Contextualización del conflicto entre Irán y Arabia Saudí.....	75
3.1 El escenario geopolítico de la disputa entre Irán y Arabia Saudí	75
3.2 El conflicto sectario en Medio Oriente: Sunismo vs Chiismo.....	87
Capítulo 4: La utilización del poder inteligente en la disputa hegemónica del entre Irán y Arabia Saudí: el caso de Irán.	94
4.1 Capacidades y estrategias de poder blando iraní.	94
4.2 Las capacidades y estrategias de poder duro iraní.	110
Capítulo 5: El uso del poder inteligente en la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí: El caso de Arabia Saudí.....	126
5.1 Capacidades y estrategias de poder blando de Arabia Saudí	126
5.2 Capacidades y estrategias de poder duro de Arabia Saudí.	142
Capítulo 6. Análisis comparativo de la utilización del poder inteligente en la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí.....	155
6.1 El Conflicto entre Irán y Arabia Saudí en el escenario regional.	155
6.2 Conclusiones.....	163
Referencias.....	173

Introducción

Uno de los conflictos más añejos en el mundo perduran hasta el día de hoy es el conflicto entre Irán y Arabia Saudí. Esta rivalidad se originó hace varios siglos, según la tradición como resultado de la división sectaria del Islam entre las denominaciones sunitas y chiitas tras la muerte del profeta Mahoma. Sin embargo, esta histórica rivalidad se mantuvo tranquila si acaso generando conflictos en un escenario religioso, pero nunca pasó de eso. La rivalidad se llevaría a un escenario geopolítico tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial y durante el contexto de la Guerra Fría la participación de Estados Unidos en la configuración del Medio Oriente con la conformación de alianzas e intervenciones (Halliday, 2007). El escenario se intensificaría en 1979 tras la victoria de la Revolución Islámica en Irán y la creación de un nuevo estado que rechazaría a los Estados Unidos y que supondría una amenaza para los intereses de occidente en la región (Moya, 2018 y Carcedo, 2019). Para contrarrestar esta situación, el gobierno de Washington decidió fortalecer su vínculo con Arabia Saudí.

Sin embargo, el escenario se mantendría todavía como una rivalidad, y no ascendería a un conflicto sino hasta inicios de la década de los años 2000. A raíz de la invasión de Estados Unidos en Afganistán e Irak (2002 y 2003 respectivamente), se crearía un desequilibrio en Medio Oriente (Moya, 2018), contexto que sería aprovechado por Irán para activar su plan de ascenso con el objetivo de convertirse en la potencia hegemónica regional, en detrimento del reino saudí. Irán aprovecharía la caída de Irak para fortalecerse y generar una estrategia efectiva basada en la combinación de identidad cultural y religiosa para aprovechar la división sectaria en la región, promovida principalmente por la denominación sunita que, al ser mayoría habían gozado de mayor poder político en Medio Oriente.

Eventualmente en el Medio Oriente impactarían una serie de levantamientos sociales y protestas que se conocería como la Primavera Árabe. Durante este escenario se sucedieron la caída de varios regímenes y otros estuvieron en crisis (Masegosa, 2018). Bajo este contexto, Irán aprovecharía la oportunidad de reproducir y reforzar su narrativa de una nación que apoyaba a los movimientos chiitas, tomando en cuenta que la mayoría de las protestas durante este tiempo se dieron en contra de los gobiernos que eran mayormente sunitas. Arabia Saudí, por su parte, se dedicaría a reforzar a los regímenes para impedir su caída y así no

perder aliados. Como resultado de la Primavera Árabe, el conflicto entre Irán y Arabia Saudí entraría en su estado actual, donde se presenta la participación de ambos actores bajo una modalidad subsidiaria, otorgando apoyo a grupos sunitas o chiitas según sea el caso (Jiménez, 2019).

Este conflicto ha presentado la particularidad, además de estar representado por guerras subsidiarias, de existir un enfrentamiento ideológico entre las partes. Ambos actores buscan promover una imagen y narrativa particular de ellos que les pueda generar atracción y poder entre los demás actores regionales. Irán ha planteado su imagen de una nación revolucionaria que busca la unidad del Islam, de luchar contra las injusticias que han sufrido los más débiles (representados por los chiitas) y que no está dispuesto a tolerar la interferencia de las potencias extranjeras que solo han desestabilizado y causado sufrimiento en la región. Por su parte, Arabia Saudí adopta el papel de un actor más tradicional que busca el respeto del Islam, que promueve las cooperaciones multilaterales y que es un ejemplo a seguir por su liderazgo mundial y regional sobre el tema del petróleo, a la vez que promueve la imagen de progreso logrado gracias a sus alianzas con occidente (González del Miño, 2018).

El objetivo de esta tesis es **analizar el uso del poder inteligente en la disputa llevada a cabo entre Irán y Arabia Saudí por el puesto hegemónico del Medio Oriente**. Para poder llegar a un resultado sobre este objetivo, es necesario cuestionarse **¿Cuáles han sido las estrategias de poder inteligente implementadas por la República Islámica de Irán en el contexto del conflicto por el rol hegemónico de Medio Oriente?** así como **¿Cuáles han sido las estrategias de poder inteligente utilizadas por el Reino de Arabia Saudí en el conflicto por el rol hegemónico del Medio Oriente?**. A partir de ahí entonces será posible realizar un análisis para encontrar **¿Qué actor ha implementado estrategias de poder inteligente más eficientes en el contexto del conflicto por el rol hegemónico de Medio Oriente entre Irán y Arabia Saudí?**

Respecto a la elección de los casos de estudio, hay que señalar que estos actores cumplen con determinadas condiciones que motivaron a la elección de estos. En primer lugar, tanto Arabia Saudí como Irán son dos naciones localizadas en una región importante para la estabilidad económica mundial (Medio Oriente). Al mismo tiempo, el escenario de conflicto no se presenta de manera tan directa o clásica, sino que abarca distintas dimensiones que le añaden cierta complejidad. Es

decir, que en este conflicto no se trata únicamente de un enfrentamiento militar y estratégico, sino que tiene otras vertientes como la lucha ideológica, el conflicto por el control energético, la representación religiosa, la integración regional, las alianzas con actores externos, el choque de identidades contratantes, etc. De tal manera que se inserta muy bien en el campo del desarrollo global, aunque en un sentido regional.

Esta tesis parte de la hipótesis de que **Irán ha utilizado una estrategia de poder inteligente de manera más eficiente que las utilizadas por Arabia Saudí en el contexto de esta disputa**. Para comprobar lo anterior, es necesario llevar a cabo una serie de tareas fundamentales que se van desmenuzando en cada capítulo de este trabajo. En primer lugar es necesario establecer los fundamentos de los cuales se va a partir, por lo tanto en el primer capítulo se describe el marco teórico y conceptual a partir del cual está basado este documento. Partiendo de la definición de conceptos claves como el poder, la hegemonía, cómo está clasificado el poder y que representa el poder en el contexto de las relaciones internacionales.

En este mismo capítulo también se define el concepto de la geopolítica, concepto relevante porque junto con las definiciones particulares de poder nos permiten crear el marco argumental sobre el cual se va a desarrollar la metodología para analizar el conflicto. Partiendo de la representación identitaria de los actores y cómo esto influye o determina los elementos del conflicto regional en el que están envueltos. Además de que la disputa en sí se desarrolla en un escenario complejo donde los factores geográficos desempeñan un papel importante para comprender las zonas de influencia y las afinidades políticas. Tener estos conceptos es importante, porque a través de la revisión documental y bibliográfica de distintas fuentes se tomarán los casos más representativos para contrastarlos y lograr demostrar la hipótesis planteada.

El segundo capítulo de esta tesis tiene el objetivo de profundizar más en la clasificación de poder, utilizando la propuesta del autor estadounidense Joseph Nye: poder duro y poder blando, a partir de la cual se desprende el poder inteligente. Por lo tanto es importante conocer cuáles son los elementos fundamentales que otorgan a los actores capacidades de poder duro o poder blando. Al mismo tiempo, se examinarán algunos argumentos en contra de estas estrategias con la finalidad de demostrar que ninguna es mejor que la otra en un sentido objetivo, pero que influye mucho el contexto en el que se presentan. También, en ese sentido se contrastarán

estos conceptos con las limitaciones que poseen. Tomando como base el proceso anterior, el capítulo concluye con el establecimiento del concepto de poder inteligente, realizando un análisis de su uso en el contexto global.

El tercer capítulo de este documento se enfoca en la contextualización del conflicto entre Arabia Saudí e Irán. Según diferentes interpretaciones, este conflicto se remonta a varios siglos atrás, aunque solamente bajo un escenario ideológico y religioso. Con base en esto, la intención de este capítulo es comprender cómo es que el conflicto moderno entre estos dos actores comenzó y qué elementos han sido fundamentales para su perpetuación. Para esto se van a ilustrar los distintos escenarios que se presentaron en la relación de estos dos países hasta llegar al elemento definitorio de la Revolución Islámica ocurrida en Irán en 1979, evento que presentaría una coyuntura importante en la relación de estos dos países. Al mismo tiempo también se analizará el papel que ha jugado Estados Unidos en este conflicto, tomando en cuenta su injerencia en ambas naciones y como estos actos ayudaron a moldear el conflicto contemporáneo entre Irán y Arabia Saudí. De la misma manera se presentará el escenario contemporáneo, que inicia con la caída del régimen iraquí y el camino ascendente de Irán tras la derrota de un régimen que había contenido las aspiraciones hegemónicas de la república islámica.

En el cuarto capítulo, se entra en materia al realizar una distinción y categorización de los elementos de poder blando y poder duro que ha utilizado la República Islámica de Irán con el fin de pugnar por el puesto hegemónico en la región del Medio Oriente. Se realiza el análisis de estrategias que van desde el financiamiento y provisión a grupos armados con afinidades religiosas, la creación de una identidad basándose en tres elementos fundamentales como lo son la cultura, la religión y su deseo de exportar la revolución islámica en la región. En este capítulo también se realizará una precisión sobre los componentes fundamentales sobre los cuales Irán aplica su política exterior y que marcan una clara identidad religiosa que busca promover en la región para incrementar su influencia. A partir de esta premisa también se toma en cuenta el escenario sectario que prima en la región y que es fundamental para el contexto de esta disputa hegemónica. Con base en esto se podrá realizar una estructuración de la utilización del poder inteligente que realiza Irán en el contexto de este conflicto hegemónico.

El quinto capítulo, es muy similar al anterior aunque el enfoque principal es el Reino de Arabia Saudí. También inicia con la revisión y distinción de los elementos

de poder duro y poder blando que presenta el reino saudí. Tomando en cuenta siempre el elemento fundamental que representa el petróleo y cómo este recurso le permite convertirse al reino en un actor relevante, tanto en el escenario global como regional. A partir de esto también se analiza la participación de Arabia Saudí en las organizaciones internacionales y regionales, particularmente la OPEP y el Consejo de Cooperación del Golfo, y cómo esta relación se articula en el contexto de la dependencia por el petróleo saudí. Otro elemento sobre el cual se elabora en este capítulo es respecto a la relación entre Arabia Saudí y Estados Unidos, la cual ha sido fundamental para poder comprender el impacto del reino, y su posición de liderazgo en la región. Estos elementos contrastan entonces con sus acciones de poder blando y poder duro que derivan en la utilización del poder inteligente en el escenario de conflicto contra Irán.

El sexto y último capítulo está compuesto por dos partes. En la primera se realiza un contraste entre las estrategias que han aplicado ambas naciones en esta disputa hegemónica. A partir de aquí se presenta un análisis respecto a cómo es que este elemento ha funcionado para incrementar la influencia de uno u otro actor en el escenario de conflicto. También se examinan las circunstancias de las participaciones de ambas naciones en distintos conflictos regionales para valorar su cómo es que estas acciones les ha beneficiado o, si es el caso, como es que ha mermado sus aspiraciones e intenciones por ocupar el puesto hegemónico. La segunda parte de este capítulo se enfoca en las conclusiones en las cuales se examinan las acciones de ambas naciones nuevamente y se realiza la valoración personal, fundamentada en el análisis realizado en esta tesis.

Capítulo 1. Marco Teórico-conceptual

1.1 Hegemonía

En un sentido literal, el término hegemonía deriva del griego *eghesthai* que significa conducir, ser guía, ser jefe, o tal vez del verbo *eghemonero* que significa guiar, preceder, conducir, y del cual deriva estar al frente, comandar, gobernar (Álbaréz Gómez, 2016). Por otro lado, desde una perspectiva sociopolítica, se puede entender el concepto de hegemonía como un proceso permanente en el cual un grupo establece su poder para liderar y organizar la población (Grossberg, 2004). Mediante las hegemonías se establecen dos roles que forman parte de la estructura sociopolítica mundial: los que lideran y los que siguen. La hegemonía también puede ser definida como una realidad multidimensional que incluye varios criterios que implican ser líder en distintos ramos, además de la sociopolítica, como: dimensión militar, dimensión económica y dimensión cultural (Estévez y Vázquez, 2017).

Entender la hegemonía como una realidad multidimensional permite considerar la existencia de múltiples hegemonías, cada una destacando en un contexto o dimensión particular. Por ejemplo, desde hace un par de años a la fecha China ha disputado contra Estados Unidos el puesto de hegemonía económica a nivel mundial; a pesar de esto, China no cuenta aún con los medios, para convertirse en la hegemonía militar¹ ni cultural, aunque está en camino a serlo. Otro ejemplo que se puede mencionar es el de Rusia, quien si bien aún sigue un peldaño por debajo de Estados Unidos (la potencia militar de la actualidad) en cuanto a su capacidad militar, en años recientes ha desarrollado armamento de nueva generación (BBC, 2018b), situación que permite a los rusos mantener una distancia cercana con Estados Unidos en los rankings de poder militar, como el de *Global Firepower*, y también los convierte rivales directos por la hegemonía militar a nivel mundial.

Por otro lado, la concepción multidimensional de la hegemonía también permite suponer la existencia de una “súper hegemonía”, es decir, una hegemonía que tenga tal poder e influencia, que su dominio sea evidente y abarque distintas

¹ A pesar de lo anterior el ranking actual (2021) de Global Firepower, considera a China como la tercera potencia militar a nivel mundial, entre los 138 países analizados por esta organización, tan solo por debajo de Estados Unidos y Rusia que ocupan el primer y segundo puesto respectivamente.

dimensiones como la política, económica, cultural, etc. En este caso el ejemplo claro es Estados Unidos, quien tras la conclusión de la Guerra Fría se alzó como la hegemonía dominante en distintos ámbitos como el militar, económico y político. Aunque válida, la idea de una súper hegemonía es un concepto que se ha ido quedando en el pasado ya que, con el desarrollo y crecimiento a nivel económico, político y/o tecnológico de múltiples actores, ahora son más los Estados que comienzan a destacar en diferentes ámbitos. Esta situación les da la oportunidad a nuevos actores de competir por el puesto dominante en un sector específico contra la supuesta súper hegemonía.

Un ejemplo de lo anterior se presenta en la disputa actual entre Estados Unidos y China por el puesto de la hegemonía económica a nivel mundial. Aunque Estados Unidos mantiene su puesto como la mayor potencia económica a nivel mundial (según datos del Banco Mundial), el constante crecimiento y desarrollo, tanto a nivel económico como tecnológico, de China le ha permitido rivalizar contra los Estados Unidos por un puesto que parecía imposible años atrás. De hecho en la actualidad es la segunda potencia económica, y de acuerdo a algunos analistas, se proyecta que China logrará superar a los Estados Unidos como la mayor potencia económica para el año 2026 (González, 2021). Tomando como referencia el ejemplo anterior, es posible inferir que la actual estructura del sistema internacional, que favorece el multilateralismo y además se encuentra inmersa en un proceso globalizador, a la par que facilita la integración multinivel, ha hecho que la posibilidad de nuevos Estados se alcen como contendientes para disputar algún liderazgo en contra de la súper hegemonía.

Desde la perspectiva de las Relaciones Internacionales, la búsqueda por la hegemonía es una dinámica que se presenta entre los Estados, con la intención de obtener la capacidad para decidir las “reglas del juego” dentro del sistema internacional. Pablo Iglesias (2009) destaca que la hegemonía implica la capacidad de un Estado para imponer su voluntad en diferentes órdenes (económico, político, militar, cultural, etc.). Sin embargo, es erróneo pensar que la hegemonía solamente hace referencia a la imposición de voluntades mediante la dominación, pues este concepto refiere también a la capacidad de liderazgo que posea un Estado, para influir en las prioridades del sistema internacional. En este contexto, el liderazgo se debe entender también como la capacidad que posee un Estado dominante, para convertirse en el portador de un interés general (Harvey, 2003).

La hegemonía también puede entenderse como la capacidad de dirección política en la creación y gestión de un orden político, y de algunos regímenes internacionales, donde el mando se establece con base en cierta legitimidad y legalidad (Rocha y Morales, 2008). En este sentido, la legitimidad hegemónica se otorga mediante el consentimiento internacional. Esta idea puede asociarse directamente con Gramsci, quien propone en su texto *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, que la hegemonía no se logra solo por medio de la coacción, sino que necesita de un consenso activo entre actores, aunque subordinado de parte de los gobernados, lo que permite entender esta relación de poder (Estévez y Vázquez, 2017). En este entendido, a cambio del consentimiento otorgado por los demás actores, el Estado hegemónico tiene la “responsabilidad” de fundar y/o proteger un orden mundial que sea universal en su concepción, es decir, no un orden en el que un estado explota directamente a otros, sino uno que la mayoría de los otros estados, o por lo menos aquellos dentro del alcance de la hegemonía, puedan encontrar compatible con sus intereses (Cox, 2016).

La hegemonía puede ser vista, entonces, como una forma de organización jerárquica donde los actores que la conforman adoptan un rol específico. El Estado hegemónico adopta el rol de liderazgo con la responsabilidad de establecer una agenda compartida y con la capacidad de tomar decisiones que afecten la estructura del sistema. Por su parte, los Estados no hegemónicos adoptan el rol de ceder la hegemonía mediante un consenso compartido, y en el que asumen que los intereses comunes serán privilegiados dentro de la agenda internacional. Retomando la idea anterior, es posible resaltar que la hegemonía presupone, indudablemente, que se tomaron ya en cuenta los intereses y las tendencias de los grupos sobre los cuales se ejerce esa hegemonía, dando como resultado la conformación de un equilibrio de compromiso, donde el grupo dirigente también haga sacrificios (Gramsci, 1975).

Por su parte, Grossberg (2004) define el poder hegemónico como un intento de organizar una sociedad, para estructurar el campo social de forma tal que a cada grupo (interés, fuerza) le es asignado su propio lugar particular con el grupo medular al centro y la locación de otros grupos definida por la proximidad a este centro. Esto implica que aquellos actores que se localicen más cerca del centro serán los que tengan mayores capacidades de influir y tomar decisiones dentro del sistema, al

margen de la potencia hegemónica. Ante esta configuración estructural del sistema internacional se puede percibir la existencia de un poder hegemónico y varias subhegemonías complementarias. Las subhegemonías son entendidas como hegemonías de segundo nivel que regularmente tienen una capacidad de influencia mayor en contextos regionales. Los países subhegemones ostentan cierto poder dentro de un contexto específico, pero siguen mostrando un nivel inferior ante la hegemonía mundial.

Rocha y Morales (2008) mencionan que los países subhegemones tienen las siguientes características: 1) Capacidad de ejercer hegemonía en un ámbito regional; 2) Capacidad generativa de procesos de integración regional pequeños y medianamente importantes, es decir son capaces de impulsar la conformación de microsistemas y de meso sistemas de integración regional; 3) Los subhegemones tienen compromisos con el hegemón, pero su base natural de acción son los Estados periféricos vecinos (su propia subregión o microrregión) y cercanos (los países de las subregiones o microrregiones vecinas); 4) Los subhegemones son más favorables a la cooperación y a la corrección de asimetrías en sus relaciones con los Estados periféricos y cercanos, y; 5) Los subhegemones pueden ser líderes regionales.

La existencia de subhegemonías permite agregar otra dimensión a la dinámica relacional dentro del sistema internacional. A diferencia de la hegemonía absoluta, la subhegemonía se presenta como una condición alcanzable para distintos Estados. Esta característica la vuelve deseable, pues permite a varios Estados convertirse en líderes regionales y participar activamente en la toma de decisiones, tanto políticas como económicas, dentro de un contexto regional al margen de las hegemonías. De la misma manera, las necesidades de la subhegemonía (en cuestiones sociales, de salud, comerciales, económicas, políticas, medioambientales, etc.) tienen mayor peso que las necesidades de los Estados comunes, por lo que se les privilegia con la capacidad de dirigir agendas a nivel regional. Por tal razón también hay disputas y conflictos, dentro del escenario internacional, por la disputa por las subhegemonías.

1.2 El concepto de poder en las Relaciones Internacionales

Dentro de la disciplina de las Relaciones Internacionales, un concepto fundamental es el del poder. Mediante el poder, es posible explicar la gran mayoría de las interacciones y dinámicas que existen entre los distintos actores que conforman el sistema internacional, de ahí que sea importante definir este concepto. Para Robert Dahl (1957), el poder es la capacidad de conseguir que un actor haga algo que por sí mismo no habría hecho. El poder también representa la posesión de capacidades o recursos que pueden influir para la obtención de resultados deseados (Nye, 2004b). Entonces, este concepto puede ser entendido como cualquier oportunidad en una relación social, para imponer la voluntad de uno frente a la resistencia de otros, independientemente de que dé origen a esa oportunidad (Weber, 2004).

En relación con la disciplina de las Relaciones Internacionales, Raymond Aron (1985) señala que el concepto de poder es entendido como la capacidad que tiene una unidad política de imponer su voluntad sobre las demás. Por su parte, Celestino del Arenal (1983) considera al poder como un medio, más que un fin mismo, que posee un carácter instrumental y que se entiende como la habilidad o capacidad de controlar la conducta de otros con la finalidad de cumplir determinados objetivos. La perspectiva de este autor viene a chocar con la visión realista, que considera el poder un medio y un fin en sí mismo. Al contrario, Del Arenal propone que el poder es un instrumento que los Estados desean pues les permite cumplir con otras finalidades. En sintonía con la perspectiva de Celestino del Arenal, el autor Daniel Añorve (2020) determina que el poder tiene como fin el dominio, control, sumisión, alineación, complicidad, o en el mejor de los casos, la aceptación de lo que un Estado desea de parte de otro Estado.

Es importante, considerando lo anterior, que al hablar de las Relaciones Internacionales, se asume que el poder es ejercido por la unidad del estado, la cual se considera como el actor central en esta disciplina. Por lo tanto, al referirse a la cuestión del poder de las RI, se está hablando del poder que posee el Estado. Aunque también es importante aclarar que en contadas ocasiones, los actores individuales pueden ser considerados como sujeto de análisis por el poder e influencia que poseen y ejercen dentro del sistema. Un claro ejemplo de la afirmación anterior es el caso del empresario Jeff Bezos, creador y dueño de la empresa de comercio electrónico Amazon, el cual es considerado, de acuerdo a la revista Forbes (2021) como la persona más rica del mundo, con una fortuna que asciende a 177 mil millones de dólares. El poder y la influencia que posee Bezos

están relacionados con los servicios que presta su empresa a nivel mundial, y le han permitido ser capaz de incidir en la política, la economía y el comercio global.

Por otro lado, el poder también puede ser considerado desde la perspectiva de los organismos internacionales (ya sean gubernamentales o no gubernamentales), como el caso de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización Mundial del Comercio (OMC), la OTAN (en el caso de organizaciones gubernamentales), entre otras. El poder que poseen estas instituciones les otorga la influencia para poder moldear y modificar la estructura del sistema internacional según sus intereses, así como las normas internacionales les regulan. En el caso de las organizaciones no gubernamentales, algunos ejemplos claros pueden ser Amnistía Internacional, la Cruz Roja, que son organizaciones que poseen tal nivel de influencia que les permite posicionarse como actores relevantes dentro del sistema internacional. A pesar de lo anterior, es importante mencionar que por la naturaleza del tema a estudiar, este trabajo se va a centrar en la consideración del poder como elemento de los actores estatales.

En relación a la idea anterior, existen dudas sobre la fuente de poder para los Estados; dicho de otra manera, no queda muy claro qué es lo que otorga poder a los Estados. Una concepción clásica sobre las fuentes del poder estatal es la que considera que el poder está determinado por factores materiales como lo son la fuerza militar o la capacidad económica, el número de aliados, el territorio, etc. De manera más profunda, otra perspectiva, aunque también de corte materialista, invita a pensar en el poder Estatal concebido desde tres niveles: 1) recursos y capacidades que se poseen; 2) La capacidad de convertir estos recursos y capacidades en poder, y; 3) Los resultados que se pueden obtener, es decir la capacidad para que el Estado prevalezca en un contexto específico (Treverton y Jones, 2005). Lo anterior permite afirmar que un elemento fundamental para los Estados es la posesión de poder, pues este elemento va a determinar quién va a sobresalir de los demás y quién logrará satisfacer el mayor número de sus deseos e intenciones (Franchini, 2003).

Además, es posible destacar tres caras o variantes del poder, desde una perspectiva estatal: 1) poder destructivo o de amenaza; 2) poder productivo o de intercambio, y 3) poder integrativo (Boulding, 1989). Asimismo, Daniel Añorve (2020) destaca otros tres aspectos del poder estatal: el primero hace referencia al uso de amenazas o recompensas para cambiar la conducta de otro Estado, en

contra de las preferencias y estrategias iniciales de éste. El segundo aspecto, se entiende como el control de la agenda, lo cual limita la elección de estrategias del Estado sometido, que puede o no ser consciente del poder utilizado. Finalmente, Añorve menciona el tercer aspecto, que refiere a las aspiraciones de los Estados débiles; en este sentido Añorve profundiza más, señalando que cuando el Estado débil desea lo mismo que el Estado poderoso, no será necesario cambiar los deseos iniciales del Estado débil, y por lo tanto será más sencillo influir en él.

En síntesis, el poder hace referencia a un atributo que otorga la capacidad, a quien lo aplique, de influir en otros actores para que realicen las acciones, deseos u objetivos que se le plantean aun cuando vayan en contra de la propia voluntad de estos actores. Por esta razón, el poder es una capacidad altamente deseada por la gran mayoría de los Estados. Si un Estado logra legitimar su poder ante los ojos de los demás, hallará menos resistencia para imponer su voluntad en el ámbito internacional (Palomo, 2014). Esto quiere decir que la posesión de poder le otorga a los Estados la capacidad de determinar y/o decidir la configuración del sistema internacional y facilitar la generación de condiciones benéficas y convenientes para ellos. Sin poder, los Estados deben conformarse con seguir las condiciones que imponen otros actores; condiciones que muchas veces son favorables solo para unos pocos y, en consecuencia, muchas veces desfavorables para una gran mayoría.

Desde esta concepción es posible explicar el origen de una gran parte de las disputas y conflictos internacionales, pues la lucha por poseer la capacidad de influir en los demás actores para lograr los objetivos propios es un fuerte incentivo. El intento constante por obtener, y/o mantener el poder, es lo que provoca enfrentamientos, directos o indirectos, entre los distintos actores a través de la historia. Esta dinámica influye en gran medida dentro del sistema internacional configurando toda una red de alianzas, acuerdos, rivalidades, asociaciones, interdependencias, etc. que permiten explicar la estabilidad, o inestabilidad, política del escenario internacional. La disputa constante por el poder también ha perpetuado el surgimiento de relaciones asimétricas entre los Estados. Este tipo de relaciones asimétricas han permitido el surgimiento de Estados poderosos que pugnan por el poder, y Estados dependientes que son utilizados por los poderosos para abastecerse de recursos (naturales, humanos, económicos) y permitirse mantener la disputa contra otros Estados por lograr alcanzar un rol hegemónico.

Otra asociación que se ha hecho con el poder, desde el ámbito de las Relaciones Internacionales, es desde la perspectiva material. Esta concepción hace referencia a la posesión de mayores recursos materiales (económicos, militares, naturales, etc.) para incrementar el poder del Estado. Sin embargo esta situación no siempre puede ser correcta ya que, a través de la historia, es posible identificar casos de Estados que poseen recursos materiales, pero sin la capacidad de transformar esos recursos en poder. Por lo tanto, es posible mencionar la existencia de una paradoja del poder, donde no siempre poseer más recursos se traducirá en tener más poder o mejores resultados en la búsqueda de lograr objetivos.

Una aportación de gran importancia, respecto a la conceptualización del poder, es la que realiza la autora Susan Strange, quien propone el concepto de Poder Estructural (citado por Millán, 2013). El término de poder estructural provocó un cambio en el paradigma respecto al poder, pues anteriormente este concepto se asociaba, por lo general, con la acumulación de recursos, es decir que se le daba una conceptualización material. Sin embargo, Strange profundiza más allá de esta percepción material, y logra definir el término de poder como la capacidad de decidir cómo se deben hacer las cosas, es decir implicando la posibilidad de generar y/o moldear marcos normativos y de acción, dentro de los cuales los Estados se relacionan unos con otros, otorgándole, una nueva dimensión al concepto de poder (Añorve, 2016).

El trabajo de la autora Susan Strange invita a pensar en el poder como una dinámica socialmente construida que abarca más allá que una simple perspectiva material, al vincularlo con las estructuras sociales que determinan la dinámica relacional entre los Estados. Esto quiere decir que el poder no solamente se refiere a capacidades materiales, sino que entran en consideración otro tipo de elementos, y capacidades como la capacidad de convencimiento de un Estado, o su capacidad para establecer marcos de acción, su capacidad para crear estrategias, su capacidad de asociarse con otros para forjar alianzas, la capacidad de “inspirar” a otros, etc. En síntesis, el poder puede ser persuasión, influencia, manipulación o inclusive fuerza bruta, y no es excluyente, ni exclusivo, de alguno de estos términos (Añorve, 2016).

1.3 Clasificación del Poder

Gracias a la interdependencia que se vive en el contexto globalizador actual, es posible hablar de una reestructuración/reconfiguración en la naturaleza y ejercicio del poder (Millán, 2013). La globalización ha permitido que el poder, generalmente entendido desde una perspectiva militar y económica, se enfoque en otro tipo de dimensiones como la cultura, comercio, tecnología, educación, etc. Esto ha provocado que la sociedad internacional cada vez le conceda mayor importancia a la posesión de elementos de poder alternos, como la tecnología, el comercio, o influencia política más que a los elementos militares y/o bélicos. Como ejemplo es pertinente mencionar a Corea del Norte, una nación que posee un ejército con gran relativamente numeroso y bien entrenado, sin embargo esta situación no le ha otorgado mayor influencia ni jerarquía en el escenario internacional.

Corea del Norte es un país que posee un ejército numeroso, y altamente entrenado, y que recientemente ha adquirido nueva tecnología y armamento más avanzado (Goncharenko, 2017). Todo lo mencionado con anterioridad son elementos que le han servido al país asiático para posicionarse como un actor regional importante sobre todo en la zona del Este de Asia. Sin embargo, al ser un país aislado que no comparte ideales con la mayoría del mundo, o que tampoco participa en procesos como la cooperación internacional, y que mantiene una percepción social negativa (gracias al régimen militar en el que viven), le ha complicado hacerse de protagonismo positivo a nivel internacional. El caso de Corea del Norte sirve como ejemplo claro, demostrando que el poder militar por sí solo ya no es suficiente para que los actores logren mejorar su posición en la jerarquía global, y se necesita de otros factores que le complementen para lograr elevar el estatus dentro de la jerarquía internacional (Wilson, 2008).

El ejemplo anterior señala puntualmente la idea que comparten algunos autores acerca de una nueva reconfiguración del poder a nivel global. Esta idea de la reconfiguración del poder se asocia fuertemente al pensamiento del autor Joseph Nye (2011a), para quien el poder depende del contexto. Es decir que, las distintas dimensiones que posee el poder son utilizadas en función de las necesidades de los Estados para lograr los objetivos esperados que se plantean. Entonces, estas dimensiones de poder están fuertemente asociadas a los tipos de estrategias de política exterior que los distintos actores implementen, adaptándose según las

necesidades y los contextos por los que atraviesa el Estado. Si un Estado necesita cooperar o establecer relaciones de mutuo beneficio con un Estado, se espera que la dimensión de poder utilizada sea una que no considere cuestiones bélicas. En caso de que la relación se lleve a cabo entre dos actores rivales, es muy probable que la dimensión del poder utilizada se asocie más a contextos de poder relacionados a la dominación.

La situación anterior hace evidente la existencia de una perspectiva relacional del poder. Desde esta perspectiva es posible señalar que el concepto de poder es entendido y/o definido en función de las interacciones entre los Estados, así como de las consecuencias o resultados que emanan de estas interacciones. Al existir la perspectiva de un poder relacional es posible inferir, también, que existe una clasificación acerca de las estrategias de poder, e influencia, que utilizan los Estados para lograr obtener los resultados específicos en estas relaciones. Sin embargo, no existe como tal un consenso respecto a una clasificación universal ni única que pueda ser utilizada en estos casos. La realidad es que la clasificación de poder depende, en gran medida, del autor y del contexto en que se maneja el análisis de las interacciones, así como de la perspectiva que servirá como base para realizar dicho análisis, así como la descripción de la relación interestatal, o entre los distintos actores.

Una de las clasificaciones de poder más famosas y discutidas en las Relaciones Internacionales, y la Política Internacional en general, es la que propone el afamado autor Joseph Nye, con dos formas básicas de poder: poder duro, y el poder blando. El poder duro corresponde a los recursos y capacidades militares y económicas, es decir materiales, que poseen los Estados y que les permiten influir en otros actores y obligarlos a cambiar de postura, generalmente mediante la coerción. Por su parte el poder blando se refiere a la capacidad de un actor para moldear los valores, intereses y motivaciones de otros mediante estrategias de persuasión, influencia y atracción, es decir capacidades inmateriales, sin utilizar el argumento de la fuerza para lograr los objetivos deseados. El poder blando además se fundamenta en la capacidad de un actor para establecer una serie de normas e instituciones que le permitan lograr que otros actores puedan modelar sus comportamientos en torno a determinados valores.

Además del poder duro y del poder blando, algunos autores han desarrollado otras formas de catalogar al poder pero basándose en la clasificación de Nye; el

ejemplo más claro es la propuesta del poder inteligente o el poder agudo. Estas nuevas categorías han servido para adaptar las clasificaciones clásicas del poder a la nueva dinámica que existe dentro del sistema internacional. Lo anterior tomando en cuenta que en la época actual el sistema internacional ha sufrido cambios importantes, donde ya han entrado en juego otros elementos y actores que antes no existían y que han tomado mayor relevancia. Básicamente, al igual que el sistema internacional está en constante evolución y se va adaptando a la realidad social cambiante, las clasificaciones también han tenido que adaptarse a los nuevos paradigmas que han surgido.

Por un lado, el concepto de poder inteligente, de acuerdo a Alberto R. Coll, hace referencia a una combinación del poder blando y el poder duro, en el que se utiliza cada uno dependiendo de las circunstancias. El poder inteligente está fuertemente relacionado a las estrategias de política exterior de Estados Unidos, ya que surgió como respuesta a las acciones durante la administración de George W. Bush (2000-2008). Este concepto fue acuñado por la autora Suzanne Nossel en 2004², sin embargo sería el autor Joseph Nye quien se encargaría de desarrollar con mayor claridad el concepto. La intención de Nye era la de corregir la idea existente de que la sola utilización del poder blando es garantía de una política exterior exitosa. De la misma manera, el poder duro por sí solo tampoco es eficiente, pues se corre el riesgo de crear una política exterior hiper militarizada, como lo que estaba sucediendo con Estados Unidos a principios de los años 2000. Para Nye la alternativa más viable de lograr establecer una política exterior que pueda ser considerada como exitosa, era la aplicación de una estrategia integrada que combinara la utilización del poder blando y poder duro dependiendo de los escenarios específicos que se presenten (Nye, 2009).

Esto fue lo que sucedió, tal como ya se mencionó anteriormente, en Estados Unidos en la segunda mitad de la década del 2000. Tras la administración de George W. Bush (2000-2008), que se caracterizó por una política exterior enfocada en el uso de la fuerza, era necesario modificar la imagen de Estados Unidos pues el país estaba siendo percibido como una nación que abusaba del uso de la fuerza y la violencia para lograr sus cometidos. Por lo tanto, poco después de la llegada de

² Su intención principal era promover la búsqueda de una estrategia que permitiera la renovación de la política exterior estadounidense que se había vuelto muy cargada hacia la utilización del poder duro durante la administración de George Bush. Nossel propuso retomar conceptos del liberalismo y el multilateralismo para mejorar la imagen de Estados Unidos ante el mundo.

Barack Obama a la presidencia, en 2008, Estados Unidos comenzó a utilizar el poder inteligente como una estrategia de política exterior (Valdés-Ugalde, 2013). En este sentido, Estados Unidos ha priorizado el uso de poder blando en su política exterior, sin embargo no ha dejado de lado la utilización del poder duro en situaciones que le representen alguna amenaza para sus intereses o su misma seguridad. Como un ejemplo de lo anterior se puede mencionar la relación que mantiene con Corea del Norte o Irán, las amenazas en contra de grupos terroristas e incluso el involucramiento de Estados Unidos en el conflicto de Siria (2011).

Por otro lado, el concepto de poder agudo, acuñado de manera reciente por los autores Christopher Walker y Jessica Ludwig, también ha tomado impulso en años recientes³. De acuerdo a estos autores, el poder agudo se considera una especie de “mutación” del poder blando, donde se utiliza la información (o la desinformación) de forma engañosa para influir y moldear las preferencias de otros actores. Entonces, según indica Nye (2019) el concepto de poder agudo se relaciona fuertemente con la guerra informática y mediática que se lleva a cabo entre los poderes hegemónicos en la actualidad. Evidentemente, el poder agudo es una conceptualización moderna que toma en cuenta el desarrollo tecnológico que se ha logrado gracias al proceso de globalización, sin embargo podría decirse que el uso de la propaganda con fines políticos durante períodos específicos de la historia (las guerras mundiales o la guerra fría por ejemplo) son ejemplos claros de la utilización del poder agudo en épocas pasadas.

Por otro lado, es importante señalar que algunos autores consideran que el poder agudo es una herramienta que solamente está al alcance de las grandes potencias mundiales (al menos en su versión moderna). La declaración anterior está fundamentada en el hecho de que el poder agudo utiliza como base elementos tecnológicos y de comunicación para sostenerse. Si bien estos son elementos a los que la mayoría de los actores dentro del sistema internacional tienen acceso en la actualidad, la realidad es que solamente unos pocos de estos actores tienen la tecnología y capacidad necesaria para influir de manera determinante en los medios de comunicación masivos o en el Internet con un alcance global. Son, entonces, los actores con mayores capacidades tecnológicas y económicas los que se pueden

³ El término fue acuñado en un ensayo titulado “*From Soft Power to Sharp Power*”, publicado en el 2017 por la *National Endowment for Democracy*, una ONG estadounidense dedicada al fortalecimiento de las instituciones políticas.

permitir la propagación de la (des)información que más se ajuste a sus necesidades y les ayude a cumplir los objetivos que se plantean (Walker, 2018). Desde esta definición, se asume que el poder agudo posee una cualidad “elitista” que las otras clasificaciones clásicas de poder no, al considerar que el poder agudo se basa en el uso de una herramienta “sofisticada” que no es accesible de manera equitativa para todos.

Otra importante aportación a la clasificación de poder que es pertinente analizar, es la propuesta por los psicólogos John French y Bertram Raven. Si bien ambos desarrollaron su idea central en 1959, mucho antes que Joseph Nye estableciera la clasificación del poder blando o poder duro, es posible decir que la clasificación de French y Raven complementa bastante bien con los conceptos de Nye. En primer lugar es importante establecer que al ser psicólogos, la clasificación de Raven y French está más enfocada en la relación de poder entre individuos, y como tal desarrollan su teoría basándose en el impacto que posee el poder del individuo A sobre el individuo B (Patalakh, 2017). Sin embargo, esta conceptualización también puede ser aplicada a los Estados o demás actores dentro del sistema internacional pues no aborda cuestiones específicas de las relaciones personales. La clasificación que proponen French y Raven (1959), divide al poder en 5 categorías específicas, las cuales son:

- A. *Poder de recompensa*: En el que el actor B se comporta de determinada manera por la percepción de que puede recibir una recompensa de parte de A.
- B. *Poder coercitivo*: En el que el actor B se comporta de determinada manera por miedo a recibir una penalización o castigo por parte del actor A.
- C. *Poder de referencia*: En el que el actor B se identifica con el A.
- D. *Poder de experiencia*: En el que el actor B se comporta de determinada manera porque acepta que A posee alguna experiencia o conocimiento esencial o particular sobre un tema determinado y es conveniente seguirle o imitarle.
- E. *Poder de legitimidad*: En el que el actor B se comporta de determinada manera al considerar que el actor A tiene el derecho legítimo de dirigirle.

Revisando la clasificación elaborada por French y Raven, es evidente que existen bastantes similitudes con la propuesta de Nye. Incluso, la clasificación de Raven y French puede ser vista como un desglose de las categorías de poder blando y poder duro que propone Nye. En este sentido, las primeras dos clasificaciones, es decir, el poder de recompensa y poder coercitivo que establecen French y Raven pueden ser categorizados como componentes del poder duro (ver Figura 1.1). Por ejemplo, en el poder duro el individuo B puede esperar un castigo o un premio por parte de A, y por lo tanto acepta o se compromete a comportarse de cierta manera para no verse afectado o porque sabe que puede obtener una recompensa. Por otro lado, el poder de experiencia, el poder de referencia y el poder de legitimidad se pueden considerar componentes importantes del poder blando. Se asume que en el poder blando el actor B proyecta una imagen sobre el individuo A y a través de ella decide actuar, ya sea porque se identifica, porque fue seducido por alguna cualidad o porque lo considera digno de imitar. Con el análisis de ambas clasificaciones, se puede comprender que el componente relacional posee una gran importancia en la cuestión del poder y que la idea de autoridad se da como reacción del individuo sobre quien se ejerce el poder. Básicamente para que un estado pueda considerar que posee poder debe existir sobre quien lo ejerza.

Figura 1.1. Comparación de las clasificaciones de poder de Nye con el de French y Raven.

CLASIFICACIÓN DE NYE	CLASIFICACIÓN DE FRENCH Y RAVEN
Poder duro: Utilizar la coerción, las amenazas y sanciones para provocar acciones en otros.	Poder de recompensa: Actor B que se comporta de determinada manera por considerar que puede ser recompensado por actor A al hacerlo.
	Poder de coerción: Actor B se comporta de determinada manera por miedo a ser penalizado por A.
Poder blando: Utilizar la experiencia, la inspiración y la atracción para lograr que otros realicen acciones que de otra manera no hubieran hecho.	Poder de referencia: Actor B se comporta como A porque se identifica con él.
	Poder de experiencia: Actor B se comporta como A porque considera que este actor tiene experiencia y conocimientos y es conveniente imitarle.
	Poder de legitimidad: Actor B se comporta como A le sugiere porque considera que su solicitud y autoridad son legítimas.

Fuente: Elaboración propia.

1.4 Poder y hegemonía en el contexto global contemporáneo.

La estructuración jerárquica del sistema internacional permite observar, detenidamente, el potencial de los Estados para involucrarse en distintos mecanismos como la formulación de normas internacionales, la creación de instituciones o la definición y conceptualización de ideas como la del desarrollo global, así como el establecimiento de estrategias favorezcan los mecanismos creados, siempre entendidas desde la perspectiva dominante. En este entendido, los Estados con mayor jerarquía dentro del sistema internacional poseen mejores recursos y potencial para incidir en los procesos ya mencionados, mientras que los estados con menor jerarquía se ven obligados a seguir las normas que están impuestas por otros, pues su potencial de influir en los procesos son mínimas. De esta manera, la lucha constante por la hegemonía puede ser un factor importante para lograr influir de manera determinante en el proceso del desarrollo global.

El autor Jordi de Cabra Bassols expone un ejemplo claro de lo anterior al señalar que si una teoría se convierte en hegemónica en un contexto histórico específico, no es precisamente por su más elevado nivel científico, sino porque responde, y en cierta medida justifica, los intereses dominantes (De Cambra Bassols, 1999). Por lo tanto, bajo esta lógica es posible señalar que los estados mejor ubicados en la jerarquía internacional poseen la capacidad de imponer un régimen internacional dominante, que puede ser modificado si el *statu quo* que le mantiene también cambia. En otras palabras, los estados dominantes tienen la capacidad de establecer una determinada ideología (narrativa) en el sistema internacional, y son ellos quienes determinan (en ocasiones bajo un consenso, pero siempre beneficiándose) los elementos que van a componer la realidad internacional, así como las estrategias que lo fomentan y posibilitan.

Para ampliar la idea anterior, Jonathan Ping (2011) propone una clasificación de tres niveles para categorizar a los Estados, los cuales, dependiendo de su posición, tendrán mayor o menor influencia en los procesos estructurales del sistema. En primer lugar se encuentran los grandes poderes, los cuales son Estados aquellos con capacidad y poder suficiente para imponerse e incidir en el marco estructural del sistema estableciendo las normas de conducta y definiendo el tipo de relaciones que se establecen dentro del sistema internacional. En el segundo nivel se encuentran los poderes medianos, quienes crean una hibridación adoptando (y adaptando) las estrategias que emanan de los grandes poderes, pero que también resaltan con propuestas particulares que pueden incidir en el proceso económico

y globalizador. Finalmente, en el tercer nivel se presentan los poderes pequeños, que simplemente se limitan a seguir las “recetas” recomendadas por los grandes poderes.

Partiendo de esta concepción, se puede inferir que la realidad, la estructura y las instituciones a nivel internacional, están definidas en función de los países hegemónicos quienes, como ya se mencionó anteriormente, son los que tienen la capacidad de establecer las reglas y lineamientos del “juego”. Por lo tanto, el interés de este trabajo parte de la idea de analizar los conflictos hegemónicos pues esto permitirá observar la manera en que un Estado vencedor o dominante obtiene la capacidad de incidir (en mayor o menor medida) en la estructuración del desarrollo a nivel global. Además, estudiar los conflictos regionales, también permite visualizar y comprender mejor la realidad que se vive en determinadas regiones y los niveles particulares de desarrollo que se alcanzan o se permiten alcanzar en esos contextos determinados. Sin olvidar también la presión que ejercen los actores externos, ya sea de manera directa o indirecta, al apoyar a distintos bandos de un conflicto simplemente por la alineación de los intereses.

Para lo anterior, también es importante recordar que el sistema internacional se encuentra sumergido en un proceso globalizador el cual es dinámico, y que por lo tanto frecuentemente se ve sometido a cambios y reestructuraciones. Asimismo, debido a este proceso globalizador, ya no es posible negar la existencia de cierta interdependencia entre los distintos actores que conforman el escenario internacional⁴. Aunado a lo anterior, cada vez más elementos como la economía, la sociedad, la política, la cultura, así como otro tipo de procesos y elementos, están intensamente interconectados. Lo anterior implica que lo que sucede en una parte del mundo puede generar afecciones en otro, sin existir necesariamente una cercanía geográfica entre dos o más fenómenos. Esto además permite inferir que tanto los aspectos y elementos buenos, como los malos pueden propagarse velozmente dentro del sistema internacional y beneficiar o afectar a los actores, aun sin estos estar directamente involucrados⁵.

⁴ Pueden existir debates acerca del nivel de interdependencia que se presenta entre los distintos actores que conforman el sistema internacional. De la misma manera se puede discutir que tanto influye esta interdependencia, pero no se puede negar que existe, y en realidad este fenómeno no es exclusivo del contexto globalizador, aunque sí se ha intensificado gracias a él.

⁵ Un ejemplo de un aspecto negativo que puede propagarse rápidamente por la interconectividad global es el de la pandemia ocasionada por el virus del Covid-19. Algunos autores consideran que

Ante la creciente interconectividad e interdependencia traída por los procesos de globalización, han surgido movimientos de resistencia que se oponen y rechazan este proceso por considerarlo problemático. Este sentimiento anti globalizador no es algo nuevo, sin embargo, es importante resaltar que en los últimos años ha existido una mayor visibilización de este sentimiento a un nivel global. Como resultado de la propagación del sentimiento de rechazo hacia la globalización, algunas importantes figuras políticas como Donald Trump en Estados Unidos, Jair Bolsonaro en Brasil, o Marine LePen en Francia han hecho eco de este malestar y lo han incluido en sus discursos y plataformas políticas, lo que les ha valido el apoyo de un sector numeroso de la población en sus respectivos países.⁶ Otro ejemplo claro de este sentimiento de rechazo a la globalización y los fenómenos que vienen incluidos en ella, es el del *Brexit* (2016) en el Reino Unido. Este movimiento tuvo dentro de sus orígenes y causas principales, el rechazo de un porcentaje importante de la población británica a las medidas globalizadoras e integradoras que aplicaba la Unión Europea por lo buscaron la manera de que el Reino Unido recuperara su “autonomía” y optaron por salir de la Unión.

A pesar de esta tendencia antiglobalizadora que cada vez crece más en ciertos países, la realidad es que el proceso de globalización no se detiene y cada vez avanza con mayor velocidad. Como resultado de esta rápida propagación, la sociedad internacional, ha tenido que actuar en consecuencia de este fenómeno buscando la manera de adaptarse a una nueva dinámica global. Tomando en cuenta lo anterior, los miembros del sistema internacional también se han dado a la tarea fundamental de fomentar las relaciones de mutuo beneficio y de cooperación internacional para la búsqueda de una solución a distintos asuntos comunes, pero sin dejar de lado el respeto mutuo a las soberanías estatales. Además, uno de los objetivos principales de estas acciones conjuntas y participaciones de cooperación, es la de mitigar los efectos adversos que puede provocar el proceso globalizador en los países menos preparados. En otras palabras, el proceso de globalización tiene distintos efectos (tanto positivos como negativos) en diferentes actores, y la

un elemento que facilitó la propagación de este virus, cuyo origen se rastrea a la ciudad de Wuhan en China, fue la alta afluencia turística así como los frecuentes viajes de negocios.

⁶ Es importante mencionar que tanto Jair Bolsonaro como Donald Trump tuvieron tal apoyo en Brasil y Estados Unidos, respectivamente, que ambos lograron llegar a ser presidentes de su país, lo que muestra el alcance que tienen las ideas de rechazo a la globalización, y como un porcentaje importante de la sociedad, a nivel internacional, las apoya.

sociedad internacional ha buscado una manera de actuar en conjunto para que los efectos negativos no se resientan tanto, y los positivos se fortalezcan.

Asimismo, como un resultado complementario de esta acción conjunta, fomentada por la sociedad internacional, para el combate a los efectos adversos de la globalización, se ha generado dinámicas relacionales que fomentan un entorno de paz. Es decir que en años recientes ha existido, dentro del sistema internacional, una motivación mayor por la utilización de métodos más pacíficos para resolver conflictos y para que las relaciones interestatales se den en un contexto de armonía. Esto implica que las dinámicas y acciones coercitivas han quedado, relativamente, relegadas en favor de nuevas estrategias que propicien alianzas y relaciones de cooperación. Lo anterior se reafirma tomando en cuenta que el mundo está evolucionando en uno más agradable e inteligente que en años anteriores (Gallarotti, 2015); y que en la actualidad la sociedad vive en la época más saludable, más rica, mejor educada y, en muchos sentidos, más tolerante y menos violenta, de acuerdo a la visión del ex presidente de Estados Unidos Barack Obama (The Guardian, 2017).

Sin embargo, a pesar de lo mencionado anteriormente, sería erróneo considerar que la coerción, el uso de la fuerza o las amenazas, dentro el sistema internacional y las relaciones internacionales, han quedado relegadas gracias al nuevo contexto que vivimos. De hecho un estudio elaborado en el año 2016 por el *Uppsala Conflict Data Program* (UCDP), en conjunto con el *Peace Research Institute Oslo* (PRIO) demostró que los conflictos bélicos ha ido en aumento casi en un 50% desde la conclusión de la Segunda Guerra Mundial (Koehrsen, 2019). Sin embargo, también es importante señalar que el mismo estudio demostró que la participación de los Estados en este tipo de conflictos ha disminuido considerablemente, siendo principalmente confrontaciones civiles las que llenan la estadística. Esto parece reforzar la idea, al menos en un entorno general, de que los conflictos a nivel interestatal han ido disminuyendo, pero sin dejar de lado que los conflictos al interior de los estados permanecen activos. Pero también puede surgir la idea de que los conflictos internos en determinados Estados surgen como consecuencia de injerencias exteriores. Algunos ejemplos de lo anterior se presentan en la guerra civil yemení, el conflicto en Siria o la anexión rusa de la península de Crimea.

El estudio anterior también hace evidente que las estrategias coercitivas y el uso de la fuerza no han sido eliminadas del todo y siguen presentándose como una acción válida que los Estados utilizan para lograr cumplir con objetivos particulares. Al mismo tiempo, es posible notar que las estrategias coercitivas, se complementan con otro tipo de acciones y estrategias que permiten generar un tipo de influencia alterna, menos coercitiva, que también otorgue la capacidad a los actores de lograr sus objetivos, pero sin dañar el estatus que desean mantener dentro de la jerarquía sistémica. En la mayoría de los casos, las estrategias alternativas que utilizan los Estados van dirigidas a mostrar una “cara más amable” con la que buscan mejorar su imagen y prestigio a nivel internacional, y que al mismo tiempo les facilite el accionar dentro de los procesos políticos, económicos y sociales a escala global.

Por otro lado, la configuración del sistema internacional se ha alejado de una estructura unipolar y ha promovido con mayor fuerza el establecimiento de un sistema multipolar. Esta situación ha podido generar las condiciones para que se deje de pensar en términos de coerción, amenazas, disuasión o peligro, es decir, desde una visión realista donde todos son enemigos⁷. Lo que ha prevalecido con la estructura multipolar del sistema internacional es la promoción del multilateralismo para tratar de resolver las problemáticas que aquejan al mundo. La idea de que es necesario actuar en conjunto para resolver los males que aquejan al planeta se ha propagado cada vez más, sobre todo entre distintos sectores de la sociedad civil, quien se ha encargado de presionar, de distintas maneras, a los gobiernos para apegarse a esta postura.

De manera más específica, el multilateralismo se refiere a una configuración estructural del sistema internacional donde la diplomacia y las acciones conjuntas son centrales. El multilateralismo promueve la creación de acuerdos institucionalizados para dirigir la cooperación entre los distintos actores que conforman el sistema internacional. El principal objetivo del multilateralismo es, básicamente, la búsqueda de soluciones a problemas comunes, desde distintos ámbitos, como pueden ser el político, económico, social o cultural, etc. (Cox, 1992). Como respuesta al multilateralismo que existe dentro del sistema internacional, los

⁷ Términos que remiten indudablemente al contexto mundial que se vivía en la época de la Guerra Fría donde existía un sistema internacional de configuración bipolar con dos rivales enfrentados por lograr la hegemonía mundial, y donde existía un ambiente de tensión y constante peligro por el posible inicio de una guerra nuclear.

actores internacionales han dirigido esfuerzos en señalar la importancia de las estrategias que fomentan la cooperación, o la formación de alianzas en lugar de promover las estrategias coercitivas o asociadas al uso de la fuerza y las amenazas.

Sin embargo, a pesar del relativo éxito que han logrado diversos actores en la promoción de aspectos de cooperación y asociación dentro del sistema internacional, es importante mencionar que aún existen quienes se resisten a la idea del multilateralismo, o que proponen un multilateralismo moderado que no afecte los intereses particulares. Un ejemplo claro que muestra como un actor se resiste al multilateralismo por considerar que afecta sus intereses fue la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París contra el cambio climático en 2020. El acuerdo, firmado por cerca de 200 países en 2015, buscaba fortalecer la respuesta global a la amenaza del cambio climático y fomentar acciones concretas para la protección del medio ambiente (BBC, 2020a). El entonces presidente estadounidense Donald Trump, ya había declarado sus intenciones de salir del acuerdo desde 2017, pero no sería sino hasta principios del 2020 cuando se formalizaría su salida. Para justificar esta acción, el ex mandatario utilizó el argumento de que el acuerdo de París no estaba diseñado para salvar el medio ambiente sino para sabotear a la economía estadounidense. También señaló que el acuerdo era injusto y que afectaría directamente a los intereses de trabajadores estadounidenses por lo que no iba permitir esa clase de abusos (DW, 2020).

Las declaraciones de Trump muestran claramente cómo el ex-presidente tenía la percepción de que la estrategia del multilateralismo, representado por el Acuerdo de París, no estaba alineado con los intereses particulares de su país, de hecho consideraba que iban en contra, y por lo tanto no estaba dispuesto a participar. Desde su visión, la acción conjunta afectaría a los Estados Unidos y por lo tanto el ex-mandatario antepuso los intereses individuales de su nación a los esfuerzos en conjunto que proponían otros países para solucionar un problema de escala global. Esta situación trajo severas críticas en contra de los Estados Unidos al ser considerado uno de los mayores emisores de CO₂ a la atmósfera. De hecho, según datos de la ONG *Union of Concerned Scientists*⁸, Estados Unidos es el

⁸ La *Union of Concerned Scientists* (UCS) es una organización sin fines de lucro, con sede en los Estados Unidos, que tiene como objetivo el fomentar y promocionar el uso de la ciencia para la solución de diversos problemas de alcance global como el combate al calentamiento global, el desarrollo de métodos sostenibles para la alimentación, la búsqueda de la igualdad social, etc. (UCS, s.f.)

segundo mayor emisor de gases contaminantes a la atmósfera con el 15% de las emisiones mundiales, lo cual deja en claro el descontento de varios actores a nivel global en contra de las declaraciones de Trump al salir del Acuerdo de París.

La situación con la salida de Estados Unidos del acuerdo de París parece traer a la mesa otro problema que es igual de negativo a aquellos países que aún no están dispuestos a adoptar al multilateralismo: La existencia de actores que presentan una cara pública de apoyo al multilateralismo pero que sus acciones van en un sentido opuesto. Estos son actores (tanto a nivel estatal como no estatal) que participan en distintos foros a nivel global y que promueven en sus discursos la idea de la cooperación y la acción conjunta para resolver determinados problemas globales, pero que sus acciones demuestran lo contrario, pues siguen afectando diversos sectores, anteponiendo el interés político o económico a cualquier otra cosa. Son actores que se apegan a los ideales del multilateralismo cuando es conveniente o cuando les favorece en determinados escenarios, pero que por otro lado también demuestran poner sus intereses individuales, por encima de lo colectivo y que de ser necesario actuarán de manera unilateral para conseguir sus objetivos propios ante las necesidades de otros.

Ahora, aunado a los actores que rechazan la idea del multilateralismo por considerarlo que no se apega a sus intereses personales, existe también una idea que cobra más fuerza entre distintos académicos y especialistas respecto a una crisis del multilateralismo. De acuerdo al académico Jürgen Rüländ, el multilateralismo se encuentra disminuido pues se presentan, cada vez con mayor frecuencia, diversas disputas acerca de la composición, la representación, las normas y procesos de tomas de decisiones dentro de su seno; a la par que las instituciones internacionales, elementos claves de esta estrategia, se han convertido en arenas por la lucha por el poder (citado por Costa, 2013). Otro de las causas de la crisis del multilateralismo, advierte Oriol Costa (2013) es la transformación que experimenta la estructura del poder en la actualidad. Con el surgimiento de las potencias emergentes en el escenario internacional, el marco de la institucionalidad multilateral diseñado por las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial se está tambaleando.

En su diseño original, el marco institucional del multilateralismo tenía marcados claramente a determinados países que dirigían estos esfuerzos sentando las normas y bases de la acción multilateral (ej. Estados Unidos, Reino Unido,

Francia, la URSS en su momento). Sin embargo con el paso de los años, han emergido nuevos actores contendientes (China, Corea del Sur, Rusia o Japón por mencionar algunos) que han adquirido relevancia a nivel global y que de esta manera han obtenido la capacidad para desafiar el *statu quo* implementado por los antiguos líderes. Aunado a esto, tal como se mencionó anteriormente, algunos de los países que lideraron el multilateralismo en años anteriores han decidido darle la espalda. El caso más claro es el de Estados Unidos como también ya se dejó claro anteriormente.

A pesar de lo mencionado anteriormente, no todo parece ser negativo respecto al multilateralismo, pues ante el abandono de ciertos líderes por primar un entorno que apoye esta idea, se abre la puerta a nuevos actores para adoptar estos liderazgos. El caso más notable en la actualidad puede ser el de China que en años recientes ha adquirido una creciente capacidad económica y política que le ha permitido tomar las riendas para el diseño de un nuevo régimen internacional similar al multilateralismo. Aunque si bien la nueva perspectiva que maneja China parece transitar hacia una estructura multipolar, articulada con dinámicas geoeconómicas y geoestratégicas particulares, que resultan de la transformación de las relaciones de poder a nivel global (Lara Cortés y Silva Flores, 2018).

1.5 Geopolítica

La geopolítica es la disciplina que se encarga de estudiar la relación política, económica y social entre un espacio determinado, y la población que lo habita. En otras palabras, la geopolítica hace referencia a la observación y el análisis de las relaciones humanas con el territorio sobre el cual viven y se desarrollan en distintos niveles (militar, social, comercial, etc.), a partir de determinadas variables geográficas (Jacques Ancel citado por Argüelles, 2019). La geopolítica también puede referirse al estudio de la influencia del medio físico en la política, basándose en el condicionamiento de las actividades humanas respecto al medio físico (Zuinaga, 2015). Dicho de otra manera, la geopolítica procura el análisis de la interacción entre distintas perspectivas frente a escenarios geográficos (Cohen, 2003).

A lo largo de la historia, la geopolítica ha tenido un papel relevante en las relaciones internacionales, pues de manera general esta disciplina facilita el análisis, estudio y comprensión de las diversas dinámicas de poder entre los múltiples Estados que conforman el sistema internacional. En este sentido, el autor Yves Lacoste (2008) sostiene que la geopolítica designa todo lo concerniente a las rivalidades de poder y las capacidades de los estados para influir sobre los territorios y la población que los habitan. Por su parte, Loreto Machés del Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE) menciona que la geopolítica se refiere a un estudio de la política de los actores internacionales mediante el análisis de diversos factores con el fin de proporcionar una visión de la distribución del poder en el panorama internacional. En otras palabras, la geopolítica permite estudiar las decisiones que realizan distintos Estados, con base en las consideraciones de poder que resultan de su relación con el espacio en el que habitan por lo que de cierta manera otorga las herramientas necesarias para comprender acciones, sucesos y fenómenos que se presentan en el sistema internacional

Tomando en cuenta lo anterior, la posición geográfica que posee un estado es un factor determinante para considerar los recursos a los que tendrá acceso. La posesión, o no, de recursos naturales también determina las relaciones de dependencia entre los Estados, y por tanto las relaciones de poder. Los países con mayores recursos pueden tener ventajas para imponer condiciones a los países que necesitan esos recursos para crecer o desarrollarse, o en su defecto los países que poseen recursos, pero no la tecnología para explotarlos pueden quedar a merced de los países que sí poseen esta capacidad (Argüelles, 2019). Asimismo, es importante señalar que la situación geográfica que ocupa un Estado es una condición importante para el diseño en cuanto a sus lineamientos políticos (Zuinaga, 2015). Por lo tanto la búsqueda de un mejor posicionamiento geográfico incide en el comportamiento de los Estados, quienes de esta manera buscan conseguir mayor poder mediante el acceso a más o mejores recursos.

Aunque en la práctica, la geopolítica se ha aplicado desde tiempos remotos (en contextos de guerras, invasiones, procesos coloniales, conquistas, etc.), la disciplina como tal tomó “relevancia” académica aproximadamente en los inicios del siglo XX. Los autores que señalaron la importancia de la geopolítica como una disciplina de estudio formal fueron el alemán Friedrich Ratzel y el sueco Rudolf

Kjellen⁹, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Sin embargo a través de la historia, y en diversos contextos socio-políticos, diversos autores han aportado conceptos, ideas y términos que han llevado a cabo una evolución conceptual y teórica de la geopolítica. Básicamente, la geopolítica es una disciplina que ha ido evolucionando a la par de los contextos socio-político-económicos mundiales.

En sus inicios académicos, la geopolítica fue identificada como una disciplina exclusivamente bélica, sirviendo como la justificación de una larga serie de procesos de dominación que se fundamentaban en la idea de obtener mayor territorio para poseer mejores recursos, y de esta manera fortalecer al Estado. Esta idea sustentada principalmente por la escuela alemana de geopolítica, conocida también como *Geopolitik*, donde autores como los ya mencionados, Ratzel y Kjellen u otro importante autor de origen alemán, Karl Haushofer, produjeron grandes obras que contribuyeron al desarrollo de esta disciplina. Por ejemplo, los tres autores destacan la importancia del desarrollo de la cultura y la raza para que el Estado se fortaleciera, estableciendo además una base científica para el estudio de la geopolítica (Cohen, 2003 y Flint, 2012). Otra idea fundamental que aportaron estos tres autores a la disciplina de la geopolítica fue la de las similitudes existentes entre el Estado con los seres vivos.

Ratzel fue el primero en proponer la idea de visualizar al Estado como un organismo vivo y fue el autor que acuñó el término de Espacio Vital (*Lebensraum*) que refería a la idea de que los Estados tienen necesidad de un espacio amplio para poder florecer y desarrollarse. Por su parte Kjellen afirmaba que los Estados nacen, crecen, se reproducen y mueren, es decir que contaban con un proceso similar a las funciones básicas de los seres humanos (Argüelles, 2019). El mismo Kjellen hacía la analogía de que el Estado como ser vivo poseía alma y mente, representadas por el gobierno, mientras que el cuerpo era el imperio, y el pueblo representaba los miembros de este organismo territorial. Por su parte, Haushofer trabajaría más con la idea del espacio vital y aportaría la idea de las fronteras flexibles de los Estados. Otra aportación de Haushofer fue la de considerar a la geopolítica como la base científica del arte de la actuación política en la lucha a vida o muerte de los organismos estatales por un espacio vital (citado por Cuéllar, 2012).

⁹ Fue precisamente el autor sueco Rudolf Kjellen quien acuñó el concepto de geopolítica en el año de 1899 (Cuéllar, 2012).

Desafortunadamente, la escuela alemana de geopolítica fue asociada durante mucho tiempo con las ideas Nazi, pues los fundamentos que aportaron los autores de esta escuela sirvieron para sentar las bases de la ideología Nazi, así como también serviría de justificación para las acciones que llevaron a cabo en durante la Segunda Guerra Mundial (Cohen, 2003 y Cuéllar, 2012). Incluso el partido nazi creó un ministerio que se encargaba de desarrollar las ideas y asesorar al partido en la toma de decisiones políticas basadas en la geopolítica, sobre todo en las aportaciones de Haushofer (Cuéllar, 2012). Esta asociación desafortunada con el nazismo provocó que durante mucho tiempo la geopolítica y su estudio, fueran estigmatizadas y no fueran tomadas con seriedad por los círculos académicos.

Regresando en el tiempo, otros autores que produjeron grandes aportes a la geopolítica fueron Alfred T. Mahan y Halford Mackinder, estos autores establecieron sus ideas años antes de que la geopolítica se estableciera como disciplina. Mahan desarrolló su obra a finales del siglo XIX y Mackinder en los inicios del siglo XX, más específicamente en 1904¹⁰. Estos dos autores mantuvieron una visión distinta a la geopolítica que se desarrolló en la escuela alemana, alejándose de la analogía entre el Estado y un organismo vivo que realizaban Kjellen, Ratzel y Haushofer. Tanto Mahan como Mackinder realizaron una aportación más enfocada en el ámbito militar/naval y geoestratégico siendo campos de estudio relacionados con las áreas profesionales en que se destacaron (Mahan era un militar naval de Estados Unidos y Mackinder era geógrafo). Aunque en principio las obras de estos autores no estuvieran dirigidas formalmente a la geopolítica, de manera retroactiva se ha reconocido lo fundamental de las aportaciones de Mahan y Mackinder para el estudio de esta disciplina.

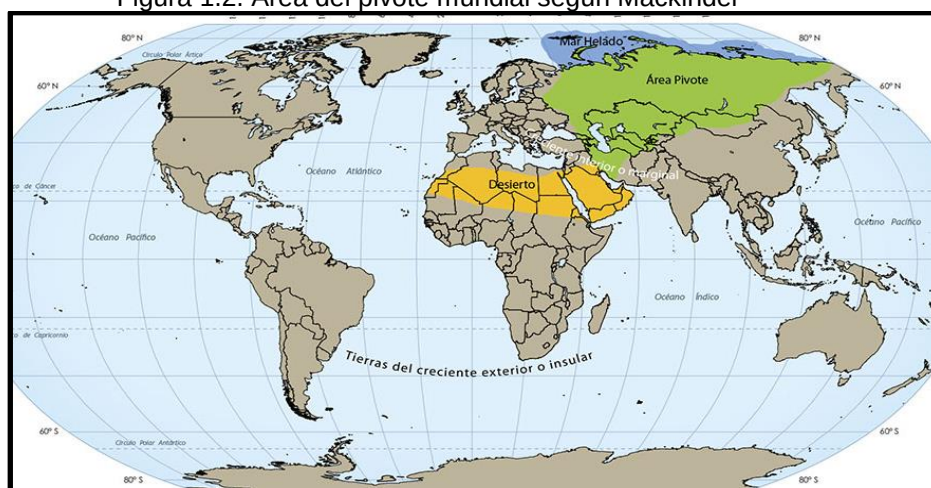
En el caso de Mahan, este autor estadounidense desarrolló una teoría relacionada con el control marítimo para la obtención de poder. Luego de observar la influencia que poseían las potencias marítimas, Mahan dedujo que la grandeza, y el poder de una nación estaba ligada al dominio marítimo y a la fuerza naval (Argüelles, 2019). Como almirante de la armada estadounidense, Mahan participó

¹⁰ Formalmente, se considera que la geopolítica comenzó a ser considerada como una disciplina de estudio aproximadamente hasta el año de 1916 cuando el sueco Rudolf Kjellen publicó sus ideas en el texto "El Estado como forma de vida" (Cuéllar, 2012). Antes de eso, el estudio de esta disciplina no estaba formalizado ni tampoco se consideraba como una disciplina que estuviera claramente diferenciada de la geografía o del estudio de las estrategias militares.

en la guerra hispano-estadounidense de 1898. Esta experiencia le sirvió para fundamentar su teoría del dominio marítimo como base del poder estatal. Una de las frases más célebres de Mahan mencionaba en su obra era la de que aquel país que lograra dominar el mar, tanto en el aspecto militar como comercial, sería irremediablemente la potencia que lograría “dominar” el mundo.

Por su parte, tal vez el autor que desarrolló la teoría más popular de la geopolítica es el geógrafo inglés Halford Mackinder. Su aportación a la disciplina fue la teoría del pivote del mundo (*Heartland*) que hacía referencia a la importancia de un territorio localizado en el “corazón” del continente Euroasiático (ver Figura 1.2), siendo un punto estratégico por las ventajas que le otorgaba su posición geográfica, dificultando el acceso por mar a esta zona (alta capacidad de defensa en una época donde aún imperaban las potencias navales) y los recursos que se encontraban en esa región. Emulando a Mahan, Mackinder escribiría que aquel país que lograra el control del pivote, controlaría el mundo. Un elemento importante sobre la teoría del pivote del mundo es que se puede considerar como uno de los primeros análisis sobre los problemas de las relaciones geográficas de los Estados en términos de un sistema global (Cairo Carou, 2010). Por lo tanto, diversos autores consideran que Mackinder fue el primer autor que realmente sentó las bases de la geopolítica moderna.

Figura 1.2. Área del pivote mundial según Mackinder



Fuente: Enciclopedia de Conocimientos Fundamentales, UNAM

Como ya se mencionó con anterioridad, a pesar del rechazo público por parte de la comunidad académica, la geopolítica siguió desarrollándose de manera discreta con el paso de los años. Eventualmente, el surgimiento de la Guerra Fría se convertiría

en un factor fundamental que le daría mayor impulso al estudio de la geopolítica. Sin embargo, debido a la asociación que todavía existía entre geopolítica y nazismo, las grandes potencias evitaban ser relacionados con la utilización de estrategias de esta índole. A pesar de lo anterior, tanto el bloque capitalista como el bloque soviético se dedicaron a implementar estrategias que demostraron tendencias de geopolítica. Por ejemplo, señala Cuéllar (2012) que con el argumento de la amenaza comunista que se ceñía sobre el continente americano, el gobierno de los Estados Unidos emprendió una serie de medidas políticas, militares y económicas tendientes al control de América Latina, que se estableció como un perímetro de seguridad insular y marítima.

A la par que se llevaba a cabo la confrontación geopolítica entre Estados Unidos y la URSS, que buscaban inclinar la balanza a su favor, la disciplina se nutrió de diversas aportaciones que formularon varios autores, tomando como referencia los clásicos pero complementándose con el contexto socio-político y económico que se vivía a nivel mundial. Uno de los autores que realizó aportaciones importantes a la geopolítica en esta época fue el autor estadounidense Nicholas Spykman, estableció la teoría del *Rimland* (las periferias). Esta teoría de Spykman surgiría, en la década de los años 40, como una contrapropuesta a la teoría clásica de Mackinder sobre el pivote del mundo. Según la teoría del *Rimland*, el territorio clave para la “dominación” mundial estaba localizado en las periferias de las masas continentales y no tanto en los territorios interiores como proponía Mackinder (Cohen, 2003 y Cairo Carou, 2010). Es decir, para Spykman la clave de control mundial estaba localizada en el control de las regiones localizadas en costas y puertos, ya que estas permitirían el acceso al interior de los continentes y como tal tenían una mayor importancia geopolítica que los territorios centrales (ver Figura 1.3). En este sentido, las ideas de Mackinder y Spykman son opuestas, pues uno le da mayor importancia al territorio interno y el otro le da importancia al territorio periférico. Sin embargo, Spykman reconoció que la influencia de Mackinder en el desarrollo de su teoría es fundamental.

Figura 1.3. Área del *Rimland* según Nicholas Spykman



Fuente: Google Images.

De la misma manera, otra teoría importante que surgió en el contexto de la guerra fría es la llamada Teoría de la Contención, propuesta por George F. Kennan. Esta teoría estaba vinculada con la seguridad hemisférica de los Estados Unidos e implicaba la selección de áreas vitales de seguridad, otorgándoles prioridad según su relevancia estratégica, lo cual se relacionaba directamente con los intereses vitales de los estadounidenses que pudieran verse afectados por la intromisión de otros actores como el caso de la Unión Soviética (URSS) (Otero, 2014). Kennan ideó esta teoría bajo la premisa de que la URSS representaba una amenaza latente y constante a los intereses de los Estados Unidos por lo que era necesario contener su crecimiento e influencia (Ó Tuathail, 1998). En otras palabras, la teoría de la contención se llamó así porque su intención era contener el avance y la influencia soviética dentro de las áreas de influencia directa de los Estados Unidos, pero también en regiones que fueran estratégicas para los intereses del país norteamericano. La teoría de contención también sirvió como justificación a las guerras subsidiarias¹¹ (*proxy*) que se llevaron a cabo durante este periodo.

¹¹ El término de guerra subsidiaria se refiere al escenario en el que dos o más potencias utilizan a terceros actores como sustitutos en un conflicto para evitar enfrentarse directamente. Por lo general se utilizan actores regionales que representan los intereses de las superpotencias. Por lo general el apoyo de las potencias se da desde un ámbito económico o facilitando armamento y tecnología al actor que surge como representante, pero sin involucrarse directamente en el conflicto. (Bar-Siman-Tov, 1984). Este término fue muy utilizado en el contexto de la guerra fría, donde se presentaron diversos casos de enfrentamientos subsidiarios entre actores apoyados por el bloque soviético y actores apoyados por el bloque occidental. En la actualidad las guerras subsidiarias se mantienen en escenarios específicos como el Medio Oriente (La guerra civil yemení es un ejemplo claro de un conflicto subsidiario).

Además, al tomar en cuenta el contexto de la Guerra Fría no se puede dejar de lado la mención hacia uno de los autores y políticos más importantes para la geopolítica: Henry Kissinger. Nacido en Alemania pero nacionalizado estadounidense, Kissinger fungió como Secretario de Estado durante los gobiernos de los presidentes Richard Nixon y Gerald Ford, entre los años de 1969 y 1977. Bajo su dirección, la política exterior de los Estados Unidos se caracterizó por aplicar una postura de mayor flexibilidad con el bloque soviético respecto a periodos anteriores, pero sin dejar de lado la firmeza en la búsqueda de sus objetivos e intereses particulares. Kissinger también fue el responsable de implementar una política de distensión¹² en la relación de Estados Unidos con la URSS y China. Algunos autores consideran que Kissinger fue el responsable de la “reintroducción” de la geopolítica en el mundo académico, al señalar su estrategia de generar estrategias que crearan un balance de poder en la política internacional (Hepple, 1986 y Cohen, 2003).

Otra de las aportaciones más destacadas de Kissinger que es importante señalar es la teoría de los enlaces, donde establecía la existencia de un vínculo entre distintas dimensiones, condicionado también determinadas acciones de un actor con una reacción recíproca de otro actor. Es decir, los enlaces que generaba el gobierno estadounidense condicionaban su actuación en determinados temas, según fuera la respuesta o la estrategia que se pudiera observar por parte del bloque opuesto, en diversos temas que no necesariamente tenían relación directa. Un ejemplo que puede dejar más clara esta idea es sucedió en 2019, cuando el ex-presidente estadounidense, Donald Trump, declaró sus intenciones de aumentar los aranceles a las importaciones de productos mexicanos como represalia por la incapacidad del gobierno de México para frenar el enorme flujo migratorio de centroamericanos que cruzan por territorio mexicano con destino a los EE.UU. (BBC, 2019b). Es decir, el ex-mandatario aplicó una estrategia de enlace entre un factor comercial (los aranceles) como condicionante a la solución de un factor político (la migración de centroamericanos por México).

¹² La política de distensión, en el ámbito diplomático, se refiere a una serie de estrategias y acuerdos que utilizan los Estados para establecer treguas con los rivales, pero sin poner un fin al conflicto. Dentro del contexto de la Guerra Fría, luego de un par de décadas de enfrentamientos, el gobierno de Estados Unidos aplicó una política de distensión con la URSS y China, logrando acercamientos importantes con estas dos potencias durante la década de los años 70.

Kissinger determinaba que la propensión a utilizar esta política de enlaces serviría como instrumento para aumentar la capacidad de negociación o para ejercer presión sobre los otros actores involucrados (Bow, 2009). Además, Kissinger tenía la visión de un mundo-red, donde se conectaban todos los conflictos, y zonas problemáticas dentro del sistema internacional, con la URSS. Por lo tanto, desde esta perspectiva, una intervención de los EE.UU. debía ser siempre considerada y valorada profundamente pues tendría un gran impacto y repercusión en el equilibrio de poder existente en el mundo, como consecuencia de la estructura bipolar del sistema internacional (Cohen, 2003). Por lo tanto, la estrategia principal de Kissinger, y de su política exterior era la de, actuar con cautela, buscando establecer acuerdos con la URSS que permitieran crear mejores condiciones para el desarrollo de los intereses estadounidenses, pero sin dejar de lado las posibilidades de regresar a una etapa de tensión, en caso de que no hubiera una respuesta positiva por parte del bloque soviético.

Finalmente, otro autor importante que merece reconocimiento por su aportación a la geopolítica es el geógrafo francés Yves Lacoste. Más que desarrollar teorías específicas, las aportaciones de Lacoste tienen que ver con el sentido que se le daba a la geopolítica. Desde su perspectiva, Lacoste consideraba que la geopolítica debía estar al servicio de la humanidad, de otra manera no tenía sentido su estudio (Cohen, 2003 y Flint, 2012). En ese sentido, Lacoste se diferenciaba de la idea clásica respecto a la geopolítica, considerada como un instrumento para la obtención de poder o para el beneficio de un grupo/actor particular. Desarrollando su pensamiento durante la década de los años 70, Lacoste también fue de los primeros autores en proponer que el Estado no es el único actor en la geopolítica, afirmación que representó una importante novedad respecto a las ideas que se mantenían en ese momento (Cohen, 2003 y Flint 2012). Asimismo, según Lacoste la geopolítica servía para explicar todos los conflictos en el escenario regional pues involucra el estudio de las relaciones e interacciones entre múltiples actores (tanto estatales como no estatales) dentro de un escenario geográfico específico.

Haciendo eco de las ideas de Lacoste (acerca de la participación de múltiples actores en la geopolítica) y tomando como base la cuestión de la sobre-militarización de la geopolítica, surgiría en los años 90 la escuela de la geopolítica crítica. Hasta ese momento, la geopolítica solamente se había preocupado por la cuestión del poder, con el Estado como actor central de esta búsqueda. En este

sentido, los discursos geopolíticos eran creados (y propagados) por diversas instituciones (Gobierno, ejército, mercado, etc.), actores e intelectuales con la finalidad de justificar el propio poder y autoridad sobre otros estados (Ó Tuathail, 1998). Asimismo, la idea imperante en el ámbito geopolítico era que la política exterior tenía mayor relevancia sobre la política interna, pues el objetivo principal de todo Estado era buscar la seguridad y satisfacción de los objetivos estatales y para eso era necesario aprovechar y/o tomar ventaja de determinadas características y territorialidades geográficas (Betancur-Díaz, 2020).

La geopolítica crítica argumenta, también, que bajo la premisa discursiva de las superioridades estatales, se han justificado enormes atrocidades en la historia de la humanidad, no sólo las guerras mundiales sino también procesos coloniales y neocoloniales, exterminios étnicos, expulsión de poblaciones enteras de sus hogares, discriminación, etc. (Betancur-Díaz, 2020). Tomando en cuenta lo anterior, diversos autores argumentan que la geopolítica formal y la práctica no son necesariamente políticamente neutrales (González Tule, 2018), es decir que no se mantienen al margen de determinadas problemáticas o fenómenos, sino que han servido como justificación o como motivación para ejecutarlos. En este sentido, la geopolítica crítica señala que la geopolítica clásica ha sido la principal inspiración en la creación de un sistema codificado de ideas y principios que han tenido el objetivo claro de guiar la conducta de los Estados dentro del sistema internacional (Ó Tuathail y Agnew, 1992).

La geopolítica entonces, permitió que los grandes autores, dentro de sus modelos, discursos y teorías, pudieran ubicar a sus países en un contexto global determinado, al mismo tiempo que sentó las bases para implementar estrategias que les ayudarían a establecer la agenda de un poder dominante (Flint, 2012). Además, la creación de una agenda de poder dominante facilitó la propagación del discurso de excepcionalismo nacional¹³ por parte de los autores y políticos involucrados, lo que sirvió para justificar una política exterior militarizada por parte de diversas potencias como Estados Unidos, Reino Unido o Alemania (Agnew, 1983). La idea del excepcionalismo nacional, señala González Tule (2018), además crea otro problema, pues limita la actividad geopolítica casi exclusivamente a las

¹³ El excepcionalismo es una tesis que refiere a la autopercepción de un país (también pueden ser sociedades, grupos o instituciones) de ser de algún modo únicos y diferentes, es decir excepcionales y por lo tanto incomparables con otras naciones, por lo que pueden gozar de ciertos privilegios a diferencia de otros (Iglesias, 2014).

relaciones interestatales, potenciando los intereses nacionales de los países, pero dejando fuera otros componentes igual de importantes del sistema internacional como lo son los aspectos sociales, culturales, religiosos o históricos de las poblaciones que, sin embargo, están involucradas en los modelos geopolíticos.

Por lo tanto, la geopolítica crítica ha buscado, como su nombre lo dice señalar determinadas irregularidades con el estudio y la práctica de la geopolítica clásica al realizar una crítica constante a la manera en que los diversos teóricos, académicos y políticos la implementaron para obtener una ventaja política, económica y militar en detrimento de otros. Además, dentro de la geopolítica crítica se cuestionan las verdaderas intenciones de los autores clásicos, pues se señala que la gran mayoría de ellos elaboraron literatura que no tenía tantos fines descriptivos o académicos, sino más bien estaban planteados para generar una auto concepción de los Estados en lo que se “sugería” la necesidad de dominar determinados territorios para mantener el control mundial. Por eso es que realizan constantes señalamientos contra autores como Mahan, Mackinder o Ratzel, cuyos textos tienen una carga más militar que otros autores posteriores que fueron un poco más pragmáticos, pero sin dejar de lado la idea de dominación justificada bajo una estrategización geopolítica (González Tule, 2018).

Sin embargo, y a pesar de las críticas válidas que puedan hacerse a la geopolítica clásica, la realidad es que de manera general esta disciplina permite explicar y comprender mejor las razones de una gran mayoría de los conflictos que existen en el mundo. Por lo tanto, la geopolítica se ha convertido en una herramienta fundamental para conocer la realidad en la que estamos inmersos. Partiendo de la geopolítica se hacen evidentes las ambiciones de distintos actores por controlar territorios estratégicos para el comercio, la necesidad de otros actores de mantener el dominio sobre determinados recursos, y las acciones que están dispuestos a llevar a cabo para lograr estos objetivos. Un ejemplo reciente que se puede utilizar para explicar mejor lo anterior es el caso de la guerra, y posterior adhesión, de la península de Crimea en 2014.

Para entrar en contexto, primero es importante señalar que a finales de 2013 y principios del 2014 se llevaron a cabo varias protestas entre la sociedad ucraniana que, además de otras cosas, mostraba su disgusto ante la negativa del presidente ucraniano Viktor Yakúnovich de firmar un acuerdo con la Unión Europea (UE) que provocaría la formalización de un acercamiento entre Ucrania y la UE. Como motivo

de las protestas el gobierno de Yakúnovich utilizó la fuerza y aplicó diversas restricciones a la sociedad para disolver las protestas (Bonet, 2014). Sin embargo, los intentos del gobierno ucraniano por suprimir las protestas solo sirvieron para incrementar el descontento de la población y fue el catalizador para provocar el derrocamiento del presidente. Como respuesta a la caída del régimen de Yakúnovich, surgieron en Crimea movimientos de grupos pro-rusos (gracias a la gran cantidad de inmigrantes rusos que habitaban en la región) que rechazaban la idea de estrechar los lazos con la UE, y por el contrario proponían una mayor cercanía de Ucrania con la Federación Rusa.

Como resultado de los enfrentamientos, y alegando que la oposición había provocado un golpe de Estado en Ucrania (Bonet, 2014) el gobierno de Rusia envió a su ejército a la península de Crimea con la justificación de proteger la integridad de los ciudadanos rusos en la región. Finalmente, luego de algunos días de ocupación, el 18 de marzo de 2014 se formalizó la anexión de los territorios de Crimea a la Federación Rusa (RT, 2014). Sin embargo, desde el punto de vista geopolítico todo tiene una razón distinta. La realidad es que Rusia siempre ha mostrado interés en controlar la península de Crimea, pues debido a su posición geográfica convierte en una salida al Mar Mediterráneo, lo que permitiría a Rusia mayor control sobre el comercio marítimo de energéticos hacia Europa (Argüelles, 2019). La importancia de mantener el control sobre determinadas rutas comerciales es fundamental, sobre todo en una era donde el comercio internacional es uno de los principales motores de la economía mundial. De esta manera, un país puede aumentar su importancia y poder dentro del juego de la economía internacional con tan solo ocupar un territorio.

Otra cuestión importante a considerar en la actualidad, con respecto a la evolución del concepto de geopolítica, es la ampliación de los elementos importantes (los factores geopolíticos) que posee un estado para poder acceder al tablero de la geopolítica internacional. Entre los factores geopolíticos clásicos destacan el tamaño del territorio, los recursos localizados en su interior, la localización geográfica, el acceso al mar (o la falta de), el clima, entre otros. Sin embargo, en pleno siglo XXI también es posible considerar otros factores como la educación, el conocimiento y la tecnología, los cuales se constituyen como la punta de lanza que genera la proyección geopolítica de un país (Zuinaga, 2015). Complementando la idea anterior, Ulrich Beck señala que en la nueva era, existen

situaciones, estructuras y elementos emergentes que dan origen a organizaciones, problemas y eventos de carácter transnacional que trascienden las fronteras de los Estados, convirtiéndose en circunstancias y problemáticas comunes para los miembros de la comunidad internacional (citado por Zuinaga, 2015).

Lo anterior pone especial énfasis en una nueva faceta de la geopolítica que ha destacado gracias al incremento de las interacciones interestatales en gran medida gracias al desarrollo tecnológico, lo que ha facilitado la interconectividad de la sociedad moderna. En una sociedad como la nuestra, los procesos de globalización facilitan la conexión (e interacción) de distintos actores a nivel social, político, económico, cultural, etc. Esta situación ha provocado, entre otras cosas, que las fronteras físicas de los Estados se encuentren desdibujándose gradualmente¹⁴, lo en teoría podría afectar al desarrollo de la geopolítica. Sin embargo, la realidad parece ser lo contrario, pues la geopolítica se ha nutrido de los nuevos procesos globales para fortalecerse y adquirir nueva relevancia. Para muestra de esta afirmación se puede retomar el ejemplo del conflicto en la región de Crimea del 2014.

Gracias a la creciente intensidad en el comercio internacional, los países ya no dependen exclusivamente de sí mismos, o de sus vecinos más cercanos, para obtener recursos. En el caso del conflicto de Crimea, tal como ya se mencionó, es posible encontrar que la localización de esta península es cercana al estrecho del Bósforo) que conecta al Mar Negro con el Mar Mediterráneo. Entonces tener el control de esta zona permitiría tener una enorme influencia sobre toda embarcación que navega por esos mares (sea comercial, militar o civil). Tal como este ejemplo, es posible señalar la importancia de otras regiones o puntos geográficos que son estratégicos para el comercio a nivel mundial (el Canal de Panamá, el Canal de Suez, el Estrecho de Ormuz, el Mar del Sur de China, etc.). Estas localizaciones

¹⁴ Respecto a esta idea, existen autores que argumentan acerca de que la globalización ha provocado, como resultado, que en la sociedad moderna se presente un aumento de movimientos nacionalistas alrededor del mundo. Sin embargo en un artículo publicado por el autor Florian Bieber en 2018 se concluye que los datos al respecto permiten determinar que esta afirmación no es del todo correcta, es decir que no hay evidencia suficiente para argumentar que exista un crecimiento elevado de nacionalismo en los gobiernos a nivel mundial. Complementando este artículo, la autora Erin Jenne publicaría otro artículo donde afirma que las conclusiones de Bieber son ciertas y además añade que lo que en realidad está en aumento son los movimientos populistas, que se nutren muchas veces de sentimientos nacionalistas para fortalecerse. Como ejemplo, Jenne hace mención de los casos de Donald Trump en Estados Unidos, Viktor Orbán en Hungría, Tayyip Erdogan en Turquía, Rafael Correa en Ecuador o Evo Morales en Bolivia a quienes considera líderes populistas (tanto de derecha como de izquierda) que utilizan el nacionalismo como herramienta en su discurso . (Bieber, 2018 y Jenne, 2018).

geográficas refuerzan su importancia si se considera que aquellos países que tengan mayor influencia en ellas, tendrán el control del comercio a nivel internacional.

Los ejemplos anteriores se refieren a puntos marítimos estratégicos, pero también se puede agregar a esta idea los puntos terrestres de gran relevancia para el funcionamiento de la sociedad global. Por ejemplo, la región del Oriente Medio, que se considera, como lo menciona Mehmet Ozkan (2011), la principal fuente de petróleo y gas natural en el ámbito mundial. También se puede considerar la región del Salar de Uyuni en Bolivia donde se encuentran grandes reservas de litio que es un recurso con gran demanda para la elaboración de baterías (Miranda, 2020). Tal como ya se mencionó con anterioridad, el control de estas regiones (o al menos la presencia activa de algún actor involucrado) puede ser un factor que otorga una gran influencia que incida en el comercio, la economía y la política a nivel internacional de aquellos involucrados. Es por eso que, con frecuencia en este tipo de regiones donde existen recursos importantes se han presentado casos de intervenciones y “apoyos” de potencias externas. Incluso se han presentado competencias entre actores por el “derecho” para la intervención en dichas regiones estratégicas.

Un claro ejemplo de la premisa anterior es posible encontrarlo en el conflicto en Siria que inició en 2011. Si bien los orígenes de este conflicto tienen su raíz en cuestiones políticas internas, esto no excluye que se presente la intervención de varios actores externos en este conflicto. Siria es un país con grandes reservas de petróleo, y además se encuentra localizada en una ruta estratégica para el comercio de gas e hidrocarburos con Europa (Argüelles, 2019). Esta posición geoestratégica para el comercio mundial es lo que despierta un gran interés de parte de varios actores por influir en la estabilización del país. Obviamente una intervención podría resultar en beneficios para los actores involucrados. En el contexto actual, son varios los actores que están participando (directa o indirectamente) en Siria. Por mencionar solamente a algunos de los involucrados en el conflicto es posible señalar a países como Rusia, Estados Unidos, Turquía o Irán. Cada actor involucrado maneja una agenda propia y tiene intereses particulares por participar en el conflicto, aunque en el discurso público se utilicen excusas como “mantener la paz” o “apoyar a la ciudadanía en contra del régimen dictatorial”, entre otros.

Como este ejemplo, a lo largo de la historia se han presentado distintos casos donde múltiples actores provocan o participan en distintos conflictos con el único objetivo de obtener un beneficio geopolítico. Aún al día de hoy, a pesar de que existe una tendencia global que busca desarrollar las relaciones interestatales en contextos menos violentos y coercitivos, se presentan actores que buscan satisfacer determinados intereses (específicamente en los ámbitos comerciales, económicos y de seguridad) y que siguen generando un tipo de relación con otros actores con base en la influencia que les otorga el entorno geográfico. Asimismo, hay que reconocer, con toda sinceridad, que tampoco parece que exista evidencia de que esta situación vaya a cambiar en un futuro. Mientras los países sigan dependiendo de recursos energéticos y naturales específicos para desarrollarse o para producir cualquier cosa, o mientras exista la visión de que cada Estado en el sistema internacional es una amenaza latente para otros, la geopolítica seguirá presente y desarrollándose.

Capítulo 2. El Poder Blando, Poder Duro y Poder Inteligente

2.1 Poder duro, poder blando y poder inteligente en el contexto global actual

Históricamente, dentro del ámbito de la política internacional y las relaciones internacionales, se ha asociado frecuentemente al poder duro como la estrategia más utilizada en cuanto a las relaciones entre actores. Esto no quiere decir que el poder blando no haya sido un elemento importante de las relaciones internacionales, sin embargo, en muchos casos era utilizado con menor frecuencia que el poder duro. Como ejemplo de lo anterior es posible mencionar las relaciones diplomáticas, cuyos primeros registros datan de hace más de 3000 años¹⁵. Sin embargo, conforme la sociedad se ha ido desarrollando y evolucionando, la proporción de la utilización entre el poder duro y el poder blando como instrumento se ha ido equilibrando. Es decir que, la naturaleza del poder se ha vuelto más compleja con el paso de los años, como consecuencia de los avances tecnológicos y la aparición de nuevos tipos de poder en un contexto de creciente interdependencia y globalización dentro del sistema internacional (Creus, 2013).

Aunado a lo anterior, y tomando en cuenta que la fuerza militar ha perdido eficacia frente a la aparición de problemáticas modernas, la noción tradicional de poder¹⁶ ha perdido precisión, por lo tanto, es necesario que se establezcan distintos conceptos de poder para hacer frente a problemas diversos (Keohane y Nye, 1988). Lo anterior hace evidente que se ha dado un cambio importante en el paradigma de poder que se ha mantenido hasta el día de hoy. Tal como ya se mencionó anteriormente, con el paso de los años han surgido, o se han hecho evidentes, nuevas problemáticas y fenómenos que requieren de la cooperación y el involucramiento y compromiso del sistema internacional para su solución. Los Estados se han hecho conscientes de las limitaciones relativas del poder duro, y de las oportunidades que crea la utilización del poder blando en el nuevo contexto

¹⁵ El registro más antiguo que se tiene es el de las “Cartas de Amarna”, que corresponden a un conjunto de tablillas de barro donde se registra la correspondencia diplomática entre Egipto con algunas ciudades y pueblos de Mesopotamia. Las tablillas fueron encontradas a finales del siglo XIX en la región de Amarna, en Egipto. Según estimaciones, las tablillas datan del siglo XIV a.C., aunque la fecha no ha sido determinada con exactitud por las condiciones en que se encontraron las tablillas y su fragilidad. (Jönsson y Hall, 2003).

¹⁶ En la noción tradicional que se menciona se asocia al poder con la utilización de la fuerza para lograr los objetivos y mantener la seguridad de un Estado, frente a un sistema anárquico.

global (Gallarotti, 2015). Es decir, el poder duro, dominante durante siglos, hoy tiene limitada efectividad para contener problemas globales, como fenómenos medioambientales y pandemias, entre otros (Añorve, 2020).

En años recientes, el escenario mundial se ha vuelto menos permisivo y tolerante con la utilización de instrumentos de poder duro. En el sistema internacional se han creado normas consensuadas cuyo objetivo es el de regular las acciones y relaciones entre los actores y que en caso de ser incumplidas acarrear sanciones¹⁷. De acuerdo a Nye (2016), la aplicación de sanciones demuestra que hay un precio que pagar por violar normas; esto es importante porque significa que las sanciones han logrado un objetivo fundamental, al demostrar que las normas tienen un valor determinado. Las normas internacionales, además han facilitado, en buena medida, el establecimiento de un entorno internacional seguro y relativamente justo, donde se dé prioridad a los ideales de cooperación y diplomacia en la resolución de conflictos. Gracias a esto, los países han caído en cuenta que el poder duro no basta para alcanzar los objetivos planteados en su política exterior (McClory, 2017), ya que existen normas internacionales, así como otro tipo de variables a considerar.

Sin embargo, eso no quiere decir que el poder duro haya quedado completamente olvidado, de hecho el poder duro nunca ha dejado de estar de moda (Nye, 2016). Incluso al día de hoy, varios actores utilizan el poder duro para dar muestras de autoridad, obtener beneficios y/o conseguir objetivos específicos. Un ejemplo de esto puede ser la guerra en Yemen, donde una coalición de 8 países, liderados por Arabia Saudí, han mantenido un conflicto armado en contra de los rebeldes hutíes, apoyados por Irán, con el objetivo de restaurar el poder del ex-presidente Abd Rabbu Mansour Hadi (Council on Foreign Relations, 2021). En realidad, el interés de Arabia Saudí en este conflicto es frenar la influencia de Irán y reducir sus capacidades para disputar el rol de potencia hegemónica regional en el mundo musulmán, para lo cual no ha dudado en utilizar el poder duro como su principal estrategia en la búsqueda de lograr este cometido.

Por otro lado, es importante señalar que el poder blando y el poder duro no son mutuamente excluyentes, es decir que la utilización de uno no niega o

¹⁷ El uso de sanciones es otro ejemplo que demuestra que el poder duro no está en desuso dentro del sistema internacional. Sin embargo, en este caso se utiliza para lograr un fin que beneficie a varios actores, por lo que su utilización es tolerada y no se realiza una crítica, a diferencia de que fuera una acción unilateral o que conlleve un beneficio para un actor únicamente.

disminuye la capacidad de utilización del otro; incluso en algunos casos pueden resultar elementos complementarios¹⁸. Es cierto también que hay Estados tienen una preferencia por alguno de los dos, aunque esto puede ser por cuestiones de capacidad más que por decisión, es decir, un país puede no tener la capacidad para producir y mantener estrategias de poder duro en la búsqueda de sus objetivos, por lo que tiene que recurrir principalmente a estrategias asociadas al poder blando para lograrlos, pero no es porque no quiera utilizar el poder duro en principio, sino que no posee no tiene los medios para lograrlo.

En el entendido anterior, el poder inteligente se muestra como una doctrina más apegada a la realidad, considerando que no existen Estados que utilicen una u otra forma de poder (duro o blando) de manera exclusiva ni excluyente. A lo largo de la historia, diversos Estados han tenido que utilizar, tanto el poder duro como el poder blando en situaciones y relaciones específicas; sin embargo, sí es posible encontrar que ciertos Estados tienen afinidades históricas por alguna estrategia de poder específica, dependiendo de sus capacidades y sus intereses. Entonces, el poder inteligente permite a los Estados adaptarse a sus necesidades específicas, y por esa razón es que en años recientes, muchos países han optado por utilizar el poder inteligente como una estrategia de política exterior.

Para ejemplificar lo anterior se puede tomar el caso de Irán, quien mantiene una alta capacidad de poder blando gracias a los ideales políticos que ha exportado tras su revolución en 1979, o por ser históricamente el líder cultural del chiismo musulmán, y en años recientes por su apertura hacia occidente tras la firma del acuerdo nuclear con Estados Unidos en 2015.¹⁹ Sin embargo, Irán ha mantenido el uso del poder duro como una medida estratégica para hacer frente a las amenazas

¹⁸ En este caso se puede hacer mención del prestigio que otorga el poder militar para Estados Unidos. En el sentido estricto, su gran capacidad militar le genera poder duro que puede utilizar para disuadir y coaccionar a sus rivales. Pero al mismo tiempo se ha construido una narrativa inspiradora y heroica sobre las grandes hazañas del ejército estadounidense alrededor del mundo, lo que le otorga elementos de poder blando al convertirse en un aspecto de influencia e inspiración para otros.

¹⁹ El acuerdo nuclear de Irán, llamado formalmente el Plan de Acción Integral Conjunto (PAIC) fue un acuerdo firmado en 2015 entre Irán, los 5 miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (Estados Unidos, Rusia, China, Inglaterra y Francia) y Alemania. El acuerdo estaba enfocado en suspender el programa nuclear iraní a cambio de levantar las sanciones económicas impuestas contra el país de Medio Oriente. La firma del acuerdo permitió la apertura y acercamiento relativo de Irán hacia occidente. Sin embargo, en 2018, el presidente Donald Trump anunció la salida de Estados Unidos del pacto y el restablecimiento de sanciones contra Irán, lo que ha provocado tensión regional.

que representa el grupo terrorista del Estado Islámico²⁰ en la región del Medio Oriente, y para apoyar a diversos grupos militares chiitas (Paunic, 2016). Otro ejemplo de la utilización del poder inteligente es China, quien, tal como se mencionó anteriormente, se ha ido posicionado en años recientes como un contendiente hegemónico importante contra el dominio de Estados Unidos. El país asiático ha utilizado el poder inteligente como un elemento principal de su política exterior, promoviendo el poder blando para relacionarse y establecer vínculos comerciales (y políticos) con diversos actores, pero manteniendo un ejército poderoso que le permita mantener la seguridad nacional, sobre todo en el mar del sudeste asiático (Li, 2015).

Estos dos ejemplos dejan en claro que la utilización del poder inteligente está tomando fuerza entre distintos actores ya que permite un marco de acción más flexible donde se pueden seguir utilizando estrategias de influencia pacíficas, sin perder la oportunidad de utilizar la coerción o la fuerza para imponer su voluntad en caso de ser necesario. Sin embargo, es importante hacer notar que la utilización del poder inteligente no es una tarea sencilla, ya que no solamente se requiere de la intención por parte de los Estados. Para poder utilizar el poder inteligente de manera efectiva es necesario que exista una planeación adecuada para su implementación. Es decir, es necesario que se establezca una estrategia, y agenda, política estructurada que permita a los Estados identificar los recursos de poder que se poseen, la manera en que estos recursos pueden ser mejor aprovechados y la mejor manera de aplicar los recursos en la búsqueda de satisfacer estos objetivos (Pallaver, 2011).

2.2 Poder blando

²⁰ El Estado Islámico de Irak y el Levante, también conocido como ISIL (por sus siglas en inglés), es un grupo paramilitar insurgente de naturaleza yihadista, formado alrededor de 1999 como un grupo asociado de Al-Qaeda, aunque más tarde se separaría de este grupo. Es considerado una organización terrorista por la ONU y varios países debido a sus múltiples actos de violación a los derechos humanos, así como crímenes de guerra en Medio Oriente. En 2014, bajo el mando de Abu Bakr al-Baghdadi, ISIL se auto proclamó un califato y llegaría a ocupar una extensa porción de territorios entre Irak y Siria lo que obtuvo como respuesta una coalición de distintos países del Medio Oriente y del exterior que le hicieron frente a esta organización. ISIL es un grupo formado por sunitas que consideran a los chiitas y a Irán como un enemigo que quiere desestabilizar la región, por lo que sus intenciones son liberar al Medio Oriente de la influencia chiita, pero también de influencias externas como Estados Unidos, por lo que se encuentran en constante enfrentamiento con cualquier grupo o régimen asociado a sus enemigos. (Byman, 2016).

Anteriormente se definió de manera general al poder blando como la capacidad de un actor de influir en las decisiones de otros, y lograr los objetivos propios sin la necesidad de coerción. A diferencia del poder duro, el poder blando basa su capacidad de influir en otros actores en elementos como la cultura, la seducción, la asociación, el compartir valores, la ideología, etc. En palabras del autor Joseph Nye (2004b), quien acuñó el término, el poder blando hace referencia a la habilidad de lograr influir en los deseos de otros, para alinearlos con los tuyos, basándose en el atractivo cultural e ideológico. Por su parte, Ying Fan (2008) añade que el poder blando está basado en la identificación y atracción, y que produce una mayor influencia en relación con otro tipo de poderes.

En términos generales el poder blando es la capacidad que posee un actor de transmitir una serie de valores y preferencias, y a su vez influir, gracias a su reputación, en el actor receptor para que adopte este conjunto de valores y preferencias ajenos y los vuelva propios, de tal manera que los objetivos del actor emisor se logren. Es decir, el poder blando se refiere a la capacidad de influir en las acciones de otros sin necesidad de coaccionar ni forzar a que se realice cierta actividad. Si se analiza el concepto desde una perspectiva individual, sería congruente poner de ejemplo a personajes como Nelson Mandela, o la Madre Teresa de Calcuta, ya que gracias al estatus que ostentaban, al conjunto de ideas y valores que transmitían, o a su reputación, estos dos personajes lograron influir en otros para actuar de cierta manera, y como resultado cumplir cometidos específicos, sin necesidad de utilizar la fuerza o las amenazas. (Fan, 2008).

Entender el poder blando desde una perspectiva individual y humana resulta sencillo, sin embargo analizarlo desde la dimensión estatal puede ser más complicado por la influencia de otros factores. Un Estado es un actor mucho más complejo que una persona, y esto también dificulta que se identifiquen de manera sencilla los elementos que otorgan mayores capacidades para expresar el poder blando en los Estados. Aun así, varios autores han abordado esta tarea con la intención de identificar las fuentes de poder blando de los Estados, como el caso de Nicolae Hanes y Adriana Andrei (2015), quienes argumentan que el poder blando de un Estado puede ser comprendido como la combinación de las capacidades políticas, culturales, educativas y diplomáticas que posee.

Sin embargo, Añorve (2020) destaca un error común en el que caen algunos académicos al definir el poder blando: la tendencia de sobre extenderse y utilizar el

término de manera laxa y acrítica para referir prácticamente a todo lo que es diferente a la fuerza militar. Nye (2004) realiza una crítica similar al señalar que algunos analistas consideran al poder blando simplemente como poder cultural y popular. Los autores, prosigue Nye, tienden a equiparar al poder blando con los recursos culturales que posee un país, y confunden estos recursos culturales de un país con su capacidad de atracción. Tal como afirma Nye, esto es erróneo ya que en todo caso los recursos culturales de un país solamente es uno de los diversos componentes de la capacidad del poder blando de los estados.

Para Nye (2002), el poder blando, y la capacidad de atracción que posee un país depende de tres fuentes principalmente: a) la cultura; b) las creencias, ideales y política interna del país, y; c) la manera en que se comporta ese país al exterior, es decir en la política exterior. Mirmohammad Sadeghi y R. Hajimineh (2019) complementan esta idea añadiendo que los componentes del poder blando pueden manifestarse tanto al interior del país (la democracia, el tipo de gobierno, etc.), reflejarse en las organizaciones internacionales (la voluntad de cooperación internacional), y estar contenida en la manera que un Estado dirige su política exterior. La combinación de estas fuentes pueden generar distintos niveles de atracción o rechazo, y esto condiciona el alcance de la influencia que un país puede llegar a poseer, y que le permitirá (o no) alcanzar sus objetivos dentro del sistema internacional.

El poder blando también toma en cuenta las capacidades y recursos que posee un Estado, tales como la cultura, la ideología o los valores éticos. Estos son recursos que influyen indirectamente en el interés o comportamiento de otros Estados (Mohagheghnia, Sharafi y Rebiee, 2017). Además, el poder blando destaca la necesidad de usar prácticas más legítimas con el fin de lograr objetivos de política exterior de los Estados, haciendo énfasis en los aspectos intangibles del poder (Sadeghi y Hajimineh, 2019). Entonces es posible señalar que un Estado utiliza el poder blando cuando otros actores, impresionados por los valores que promueve, o las ideologías que defiende, deciden imitarlo; en este sentido es importante que el Estado “líder” posea algo que pueda atraer y seducir a otros (Nye, 2002).

Entonces, los actores elaboran identidades especiales y específicas tomando en cuenta su cultura, sus valores, creencias y su política exterior. Estos elementos son los que los diferencian ante los demás, y al mismo tiempo se encargan de determinar las relaciones sociales que se llevan a cabo entre ellos. Esto quiere decir

que, generalmente, los actores que compartan un conjunto de identidades similares o complementarias tendrán mejor relación que los Estados que presenten identidades opuestas. Esto resulta lógico pues en la vida personal las personas tienen la tendencia de llevarse mejor con aquellas con las que se identifican o con quienes comparten determinados valores o creencias. Por otro lado, entre las personas con quienes no se logra alguna identificación, o con quienes no se comparten valores, frecuentemente existen roces o enfrentamientos. Ahora si este tipo de comportamiento humano se traslada a la arena internacional es fácil entender el “por qué sí y por qué” no de las relaciones interestatales.

Ahora, como ya se mencionó anteriormente el poder blando funciona bajo la premisa de generar atracción sobre otros para lograr obtener determinados resultados esperados. Generalmente se analiza las capacidades y elementos de un Estado para ejercer el poder blando, pero pocas veces se analiza la receptividad de los actores por aceptar el poder blando. Tomando como referencia esta idea, el autor Artem Patalakh elabora una subcategorización de la atracción que pueden sentir los actores bajo los efectos del poder blando. Este autor considera tres fuentes de atracción principales: La atracción emocional, la racional y la social (Patalakh, 2017). Respecto a la atracción emocional, Patalakh menciona que parte de la premisa de la identificación que pueda lograr el actor B respecto al actor A (emisor). Esta categoría toma en consideración el sentimiento de identidad que perciba el actor B y que le genere la atracción al querer pertenecer o ser igual que el otro gracias a las cualidades que posee y a la admiración que posee sobre otro actor.

Al existir la identificación con un grupo o actor específico es altamente probable que se genere una tendencia por adoptar determinadas percepciones y representaciones como propias (Sasley, 2011). Esta es la efectividad de la atracción emocional. Un actor que desea pertenecer o imitar a otros por un sentimiento de identidad tratará de actuar en concordancia con las premisas que se establecen o las pautas que sigue aquel grupo o actor con el que se identifica. De esta manera adoptará una visión del mundo como propia y basará sus acciones bajo este lente. Sin embargo, es importante señalar una distinción que parece evidente, la identificación con un grupo o actor determinado no implica necesariamente el pertenecer formalmente a dicho grupo. Es decir, un país puede identificarse o sentir la necesidad de pertenecer a un grupo determinado pero esto no implica que sea

miembro, y que tampoco por actuar de determinada forma vaya a pertenecer. Lo que sí se condiciona, es la actuación del actor gracias al sentido de pertenencia que genera al identificarse emocionalmente con otros.

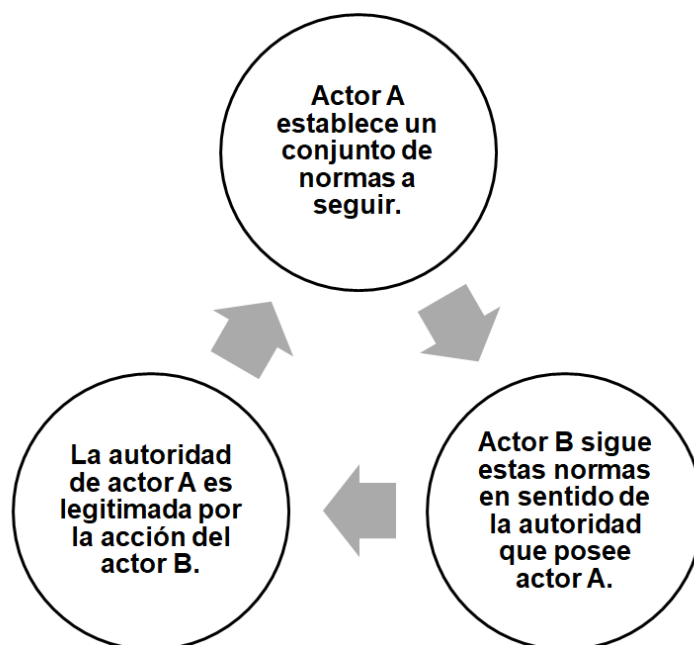
El segundo elemento, la atracción racional se basa en el reconocimiento que el actor B (receptor) lo otorgue al actor A (emisor) en función de su autoridad o conocimiento sobre determinado tema. Está sustentado en la aspiración que posee un Estado por aprender o ser apoyado por otro Estado gracias a su amplia experiencia en cuestiones políticas, o en la aplicación de determinadas reformas económicas, en su capacidad tecnológica, etc. (Patalakh, 2017). Para comprender mejor este elemento se puede tomar como ejemplo la adopción de varios países del decálogo de Washington a principios de la década de los años 90. Este decálogo había sido establecido como un nuevo régimen económico internacional y estaba formulado por las principales potencias económicas de la época basándose en el modelo neoliberal que estas potencias seguían. Con esta idea en mente, algunos de los Estados que estaban saliendo de la influencia soviética, o que llevaban años sufriendo para estabilizar su economía, o habían sido afectados por la crisis económica de los años 80 buscaron adoptar estas medidas por la esperanza que les daba para alcanzar los niveles de desarrollo y crecimiento económico que les prometían las potencias.

A diferencia de la atracción emocional, la atracción racional toma en consideración la utilidad que puede obtener al apegarse a determinado régimen o seguir a determinado actor para lograr alcanzar los mismos niveles en el aspecto económico, político, tecnológico o social y deja de lado la cuestión de la identificación o el deseo de pertenencia. Es decir, un actor puede sentirse identificado con otro por compartir determinados valores, pero reconoce que seguir a otro actor le puede otorgar más beneficios por lo tanto preferirá al segundo, aunque no se identifique tanto. Además, la atracción racional puede continuar a pesar de que la relación bilateral entre actores se vea dañada o exista alguna dificultad. Esto se logra porque el actor B reconoce que la forma en la que A ha logrado algún objetivo puede ser imitable y por lo tanto mantiene el nivel de atracción. En otras palabras, este tipo de atracción se refiere a reconocer que imitar o seguir a un actor determinado es benéfico porque se puede aprender de él y obtener los mismos resultados, o al menos resultados similares respecto a diversos temas.

Finalmente, el tercer tipo de atracción que propone Patalakh es el de la atracción social. Este tipo de atracción se fundamenta en el nivel de legitimidad que le otorga el actor B al actor A, y bajo esta legitimidad decide obedecer o seguirle ya que su reclamo por la autoridad está validado dentro del sistema internacional. En este sentido, es posible decir que la atracción social es normativa, pues se basa en la idea de aceptar y replicar determinados marcos normativos que se generan dentro del sistema y que otorgan autoridad a ciertos actores. Estos marcos normativos generan una identidad, y al mismo tiempo moldean el comportamiento de los demás dentro del sistema internacional (Finnemore y Sikkink, 1998). Es decir, la atracción social se genera al aceptar que la autoridad y hegemonía de determinados actores es legítima y por lo tanto existe una obligación a comportarse de acuerdo al marco de referencia establecido por esta misma autoridad.

En este sentido, el actor B acepta la autoridad de parte del actor A y se comporta de manera conveniente, porque las normas, emanadas por el actor A, son aceptadas por el mismo actor B (Patalakh, 20017) quien las valida al apegarse a ellas, de esta manera se genera un ciclo simbiótico (ver imagen X). Sin embargo, si el actor B, que previamente aceptó las normas al reconocer la autoridad de A, dejara de seguirlas estaría incurriendo en una falta al mismo sistema de normas que él se aseguró de legitimar. Para poner un ejemplo claro sería como si un Estado que pertenece a la ONU de repente dejara de seguir las resoluciones propuestas por el Consejo de Seguridad. En primer lugar, cuando un país decide añadirse a la ONU, está aceptando y legitimando las normas que se establecen por esta organización, por lo tanto se espera que su comportamiento se apegue, en la medida de lo posible, a las normas que emanan de este organismo. En caso contrario podría existir una sanción y en menor medida el rechazo de parte de los demás países que pertenecen a la organización.

Imagen 3. Ciclo de legitimación de la autoridad.



Fuente: Elaboración propia.

La legitimidad es, además un componente esencial del poder blando pues es lo que permite a determinados actores ser considerados como una fuente de inspiración, por otros actores, otorgándole cierta autoridad para incidir en el sistema internacional por medio de la creación de normas o actuando de cierta manera. En este sentido, la legitimidad también se basa en que las decisiones y acciones que se adopten por parte del actor hegemón se encuentren ajustadas a los sistemas de creencias y valores que imperan en una determinada sociedad (Valles, 2007). De esta manera el actor hegemónico creará una fuente de atracción hacia los demás actores que querrán seguirle por estar promoviendo un conjunto de valores que son aprobados por ellos mismos. En este sentido, la mayor aspiración que tienen los Estados es en la de poder legitimar su autoridad para tener el poder suficiente de satisfacer sus objetivos sin que existan tantos detractores.

A pesar de todo lo mencionado anteriormente, y de ser una estrategia que posee un apoyo bastante marcado por diversos autores y políticos, el poder blando no está exento de sus detractores. Diversos autores han realizado críticas a la concepción del poder blando, como la autora Janice Mattern (2005), quien realiza sus críticas principalmente enfocándose en la característica de la atracción del poder blando. Las ideas de Mattern se oponen sobre todo a las de Joseph Nye, pues mientras éste señala en sus escritos que la atracción que pueden generar los Estados para aplicar el poder blando es un elemento natural, que ya viene implícito

en sus capacidades, para Mattern esto no es cierto. La autora considera que la atracción es una construcción social, y por tanto no es algo natural. Según Mattern, los estados utilizan, y aplican, estrategias que les permite proyectar una “realidad” acerca del entorno socio-político en el que viven (Mattern, 2005). Esta proyección de la realidad se convierte en una fuente de atracción para otros que perciben la realidad construida por el Estado como verdadera.

Desde esta perspectiva, los Estados construyen sus propias realidades, ayudándose de elementos como la cultura, la música, las artes, la diplomacia, los deportes, los medios de comunicación, la cooperación internacional, etc. Estos elementos influyen en la percepción de los ciudadanos en otros Estados que perciben como atractivas las características construidas por el Estado, creando por lo tanto la capacidad de atracción de otros estados. Básicamente, los estados crean narrativas acerca de ellos mismos o acerca de otros y esto aumenta o disminuye el nivel de atracción que pueden proyectar según la receptividad que tenga alguna sociedad en otro país. Por esta razón es que Mattern señala que el poder de atracción de un Estado no es algo natural que surge orgánicamente, sino que es una máscara o disfraz con la que los estados deciden llamar la atención en el entorno internacional.

Por otro lado, otra crítica que se hace hacia la conceptualización del poder blando es la que hace el autor Todd Hall, quien considera que no existe una relación directa y clara entre las capacidades de poder blando que tienen los Estados y la capacidad que poseen para obtener y ejercer poder en el contexto internacional (Hall, 2010). Es decir, desde la perspectiva de este autor, el poder blando no es una estrategia que permita, por sí misma, que un Estado alcance o cumpla con objetivos determinados de política exterior. Además, este también realiza una crítica centrada en las tres fuentes de poder blando que señala Nye (la cultura, las creencias e ideales, y su política exterior) no se pueden asociar directamente con capacidades para ejercer poder.

En todo caso, las estrategias de política exterior si entran en esa categoría, pero respecto a la cultura o los valores internos que posee un país no es posible encontrar una relación directa entre estos elementos y la capacidad de aplicar y ejercer poder en el contexto internacional. Básicamente Hall cuestiona acerca de cómo es que un Estado puede obtener poder mediante factores como su cultura o sus creencias e ideales, si estos no tienen incidencia directa en las cuestiones de la

política internacional. Aunque, considera que son importantes para crear una identidad internacional y para marcar una línea de acción que los Estados aplican con su política exterior, la realidad es que estos dos elementos no representan un factor determinante para que el Estado pueda tener más o menor poder.

Otra crítica que se le puede realizar al poder blando, o al menos a los autores que lo proponen, es la tendencia por asignar de manera exclusiva determinados tipos de recursos con determinadas estrategias de poder. En este sentido por ejemplo se relaciona casi siempre al poder blando con recursos institucionales, retóricos o intangibles, mientras que el poder duro se lleva los recursos tangibles en el aspecto militar o económico. El problema con esta diferenciación, es que se cierra a la posibilidad de que los factores económicos o militares también pueden producir elementos de atracción, o al revés (Patalakh, 2017). Esta situación sí existe en la vida real, y de hecho ya se mencionó anteriormente al señalar como la capacidad militar de ciertos países les otorga prestigio internacional y puede servir como elemento para reforzar su poder blando, a pesar de seguir siendo considerado como un recurso del poder duro.

Nye (2010) ahonda sobre esta crítica al reconocer que aunque él es uno de los principales proponentes de la independencia existente entre el poder blando y poder duro, así como su diferenciación, la realidad es que son dos elementos complementarios en muchas ocasiones. El autor estadounidense señala que “aunque exista una clara distinción entre el comportamiento coercitivo y de atracción”, el poder blando muchas veces puede estar cimentado en el poder duro, y viceversa (citado por Patalakh, 2017). Bajo la premisa anterior, es posible llegar a la conclusión de que el poder más que tener una estructura binaria, se puede representar como acción constante y continua pero al mismo tiempo cambiante, donde en un momento pueden existir escenarios de poder duro, pueden surgir escenarios de poder blando (Nye, 2011b).

2.3 Las limitaciones del poder blando

La estrategia de utilización del poder blando no es perfecta; si lo fuera, sería una estrategia única y todos los Estados en el contexto internacional la aplicarían. Sin embargo, como cualquier otra estrategia tiene sus limitaciones y problemas. Es

decir, aunque en general es una estrategia bastante útil, existen ciertos contextos y determinados momentos en los que presenta carencias. Esto significa que pueden presentarse casos concretos donde no se cumplan las condiciones necesarias para que el poder blando sea una estrategia que otorgue los resultados esperados. Esto, por supuesto, no implica que deba ser descartada sin más.

Ya se hizo evidente con anterioridad que a diferencia del poder duro, el poder blando tiene mayor espectro de alcance en relación con las problemáticas internacionales que surgen en el contexto actual de globalización. Es decir, si dos o más países buscan resolver el problema de la contaminación, es evidente que la utilización de armamento, con la finalidad de disminuir los niveles de contaminación, no va a funcionar. Dicho de otra manera, hay situaciones, fenómenos o problemáticas que no pueden ser resueltas mediante el uso de la fuerza, la coerción o las amenazas. Para esto se requieren acciones más enfocadas hacia la cooperación, la atracción, la diplomacia, etc. De manera sencilla, en la realidad general que se vive dentro del sistema internacional, el poder blando sería más apropiado para abordar las problemáticas que han surgido.

Por otro lado, hay que señalar que la idea del poder blando está basada en asumir que hay relación entre los niveles de atracción que puede generar un Estado, así como la capacidad de influir en otros. Esto quiere decir (como lo plantea originalmente Nye) que la capacidad de atracción de un Estado influye directamente en su habilidad para moldear las preferencias de otros. En este sentido, la capacidad de un actor para influir y moldear preferencias en otros es totalmente cierta si se hace referencia a un ámbito personal, donde puede existir una relación más íntima y directa entre los actores, y por lo tanto es más fácil influir en las decisiones de otros. Sin embargo desde el ámbito estatal es posible cuestionar la efectividad de la atracción, pues no existe una relación estrictamente íntima y directa, además dentro de esta dinámica relacional se tienen que tomar en cuenta otro tipo de factores exógenos que pueden influir en las habilidades que posean los Estados para influir en otros (Fan, 2019: 154).

Hongying Wang (2008) complementa la idea anterior señalando que en un Estado existen diferentes actores y por lo tanto, habrá a quienes se sientan atraídos y quiénes no. Lo que puede determinar si la atracción es efectiva para influir en las decisiones internas (y externas) de otro país, es el grupo interno que haya sido atraído. Es decir, si la estrategia de atracción e influencia recae sobre un grupo

marginado, no va a servir de nada; por el contrario, si el grupo que es atraído es uno en la élite (política o económica) es posible que el Estado receptor se vea ampliamente influido por el estado emisor. Esto se hace evidente al mencionar que, un grupo marginado o con poca cohesión y participación no posee elementos suficientes para movilizar las acciones políticas, diplomáticas o económicas de un Estado; por el contrario, las elites si, y si en este sentido el grupo élite es quien es motivado a actuar de cierta manera puede influir para que el país entero actúe de la misma forma.

Otra situación que hay que evidenciar, respecto a las limitaciones del poder blando, es el contexto que refiere a que el poder blando solamente es significativo cuando existe un conflicto de objetivos entre los Estados, donde la persuasión y la atracción podrían ser empleados para influir en el comportamiento de otros (Fan, 2008: 148). Es decir, de nada sirve persuadir a otro actor de realizar una acción si esta acción hubiera sido realizada aun sin la influencia externa. Joseph Nye (2004b) puntualiza mejor esta idea agregando que, si una persona le ordena a otra brincar, pero la persona que brinca hubiera realizado esa acción por gusto propio, independientemente de si fue persuadida a hacerlo, entonces no se puede considerar como un acto de poder blando. En pocas palabras, el poder blando solo aplica cuando se logra influir en otro actor para que este realice acciones que normalmente, o por gusto propio, no realizaría.

El mismo Nye (2004b) también hace evidente la dependencia hacia el receptor que existe en la estrategia del poder blando, señalándole como otra limitante. Esto quiere decir que en realidad el poder blando no depende tanto de la capacidad del emisor para influir, sino de la voluntad del receptor para ser influenciado. En esta cuestión, un país que no tenga interés en lo que ofrece el emisor, no va a dejarse influenciar, por más “cualidades” atractivas que se posean. Es decir, un país puede tener una gran reserva de poder blando, y puede ser experto en dirigirlo hacia otros; pero si los Estados receptores no tienen voluntad o interés en seguirle, entonces de nada le sirve. Esta cuestión presenta una paradoja interesante ya que un Estado puede tener distintas cualidades específicas que le podrían otorgar, en teoría, una mayor capacidad de poder blando, pero si eventualmente no logra influir o persuadir a ninguno de los otros Estados, entonces habría que reevaluar su capacidad real de poder blando.

Otra idea que se relaciona estrechamente con una limitante para el poder blando es la cuestión del “control” de este poder, es decir, quién lo controla o dirige. En este caso es importante señalar que el poder blando no surge como respuesta a las políticas o capacidades de los gobiernos, y como tal estos no tienen un control absoluto sobre él (Nye, 2004b). En realidad el poder blando se origina de la sociedad civil, y es esta quien, a través de la historia, y mediante el conjunto de las tradiciones, cultura, educación, organización, etc. van generando una narrativa que se convierte en atractiva para otros. En este contexto, el papel del Estado está relegado a dirigir las capacidades de poder blando que le otorga la sociedad civil. Incluso hay autores que creen que el poder blando producido por el Estado es más bien un poder sintético o pirata que no tendrá los mismos resultados que el producido de manera natural.

Sin embargo, esta idea puede ser debatida ya que, de manera general, aunque la mayoría del poder blando surge de la sociedad civil, la realidad es que el Estado puede generar poder blando, por ejemplo al momento de aplicar políticas internas que promuevan la democracia en el país; o al momento de establecer estrategias de política exterior que estén dirigidas a la cooperación internacional, etc. En todo caso, podría afirmarse que tanto el gobierno como la sociedad civil tienen la capacidad de generar poder blando, aunque éste mayormente va a provenir de la sociedad civil, pero que al mismo tiempo requiere de una dirección eficaz por parte del Estado para poder aplicar de manera adecuada esta capacidad y ser efectiva en el entorno internacional. Esto en el entendido del poder blando como un instrumento, ya que también existen casos que el poder blando no se instrumentaliza y simplemente existe, y ya depende de las capacidades estatales el aprovecharlo o no.

2.4 Poder duro

A diferencia del poder blando, el poder duro se refiere a la capacidad de un actor para influir en otros mediante el uso de la fuerza, el dominio o la coerción. El poder duro, en este sentido, le otorga mayor valor e importancia a las posesiones y capacidades físicas/materiales que posee un Estado para lograr superar a otros, y de esta manera tener poder sobre ellos. Es decir, un Estado muy rico o con un gran

poderío militar tendrá mayores ventajas sobre otros Estados, para poder sobresalir en el contexto internacional, pudiendo imponer su voluntad o sus intereses por sobre las necesidades de otros actores. Con esto en mente, es posible señalar que el poder duro deriva en estrategias cuyo enfoque principal son las intervenciones militares, la diplomacia coercitiva, las sanciones económicas para promover y satisfacer intereses nacionales o hasta la aplicación de políticas confrontacionales con Estados vecinos (Wagner, 2005).

Tomando en cuenta lo anterior, el poder duro se relaciona fuertemente a la concepción realista del sistema internacional, donde se considera como base la existencia de un entorno anárquico, donde existe la constante amenaza latente de parte de los otros actores en pugna por obtener poder, ya que este elemento es el que permite a los Estados cumplir con su objetivo primordial: la supervivencia, a cualquier costo (Nye, 2004b). Identificando la idea central, es posible señalar que esta perspectiva particular hace evidente la necesidad, por parte de los Estados, de tener mayores ventajas y capacidades materiales sobre los otros, ya que esto les permite que los recursos tangibles se utilicen de manera directa, o simbólica, para coaccionar a otros actores a someterse a los intereses de quien posea mayores recursos; proporcionando así mayor protección y seguridad (Gallarotti, 2015).

Al profundizar un poco más sobre la supervivencia estatal a cualquier costo es posible asumir que los Estados buscan establecer entornos de seguridad que les permitan seguir existiendo. Un entorno de seguridad, desde las Relaciones Internacionales, puede definirse como la búsqueda de la libertad de amenazas y la habilidad de los Estados, y sociedades, para mantener su identidad independiente, así como su integridad funcional, aun en contra de las fuerzas de cambio que se perciben como hostiles (Valdés-Ugalde y Duarte, 2013). El tema de la búsqueda de seguridad es muy importante porque asume que los Estados se encuentran en un entorno que no es seguro ni propicio para su desarrollo, donde existen riesgos latentes. Con esto en mente, los Estados buscan distintas maneras de alcanzar su seguridad y supervivencia a cualquier costo.

Considerando, entonces, que el sistema en el que están inmersos es anárquico e inseguro, y que los demás actores representan una amenaza, los Estados se ven “orillados” a utilizar estrategias que demuestren superioridad ante los demás para disuadir a los otros de atacarlos o realizar acciones que afecten sus intereses. En este sentido, estrategias como el fortalecimiento de la fuerza militar,

las amenazas, la coerción económica, las sanciones, etc. representan estrategias que demuestran que un Estado es “capaz” de hacerle frente a su entorno anárquico. Por lo tanto, aquellos Estados que sobresalen y que tienen mayores oportunidades para desarrollarse e influir en el sistema son aquellos que logran establecer entornos seguros, generalmente mediante la demostración de la fuerza.

Asimismo, como ya se puntualizó con anterioridad, el poder duro considera al poder desde una visión materialista, traducéndose en aspectos como: mayor capacidad económica; posesión de un ejército fuerte, numeroso y bien armado; o tener mejor tecnología que otros. Siguiendo esta lógica, el poder duro implica que ser más rico, más fuerte o estar mejor preparado que los demás, otorga una ventaja sobre otros estados para lograr dominarlos y al mismo tiempo influir en su comportamiento. Todo esto con la intención evidente de que el Estado emisor de poder duro pueda lograr satisfacer sus intereses propios, mediante la coerción, las amenazas o el miedo a las posibles represalias que se puede infundir en los demás actores. De tal manera que el Estado se asegura no solo de mantener un entorno de seguridad en el que pueda crecer y desarrollarse, sino también que otros actores van a comportarse de acuerdo a los intereses que este estado les imponga o les convenza de seguir.

Además, desde esta visión que otorga el poder duro, aquellos Estados más ricos (desde una dimensión económica o militar) tendrán siempre una ventaja sobre los más pobres, y por lo tanto tendrán más oportunidades de incidir e influir en el sistema internacional para promover todo tipo de agendas que les beneficien. Esto lo plantea el autor Christian Wagner (2005), al mencionar que el hecho de que un actor tenga una capacidad dominante en los recursos económicos y capacidad militar puede ser sinónimo de una buena habilidad para influir en otros. Sin otra alternativa, los Estados con menos capacidades no tendrán más opción que aceptar las condiciones que se les imponen. Con esto en mente, las condiciones que predominen en el sistema internacional, establecidas por los estados más poderosos y ricos, serán sostenidas por las acciones de los estados sometidos que, al no poseer las mismas capacidades no tendrán la fuerza o el poder para hacer frente a los dominantes, y cambiar la situación. De esta manera se fortalecen las dinámicas relacionales dentro del sistema internacional, favoreciendo a unos cuantos a costa de los otros que mantienen este contexto.

Otra cuestión destacable del poder duro es la diferenciación que tiene con el poder blando respecto al concepto del poder. En el poder blando el poder es un fin en sí mismo, pues considera este elemento como la habilidad/capacidad que posee un actor para influir en el comportamiento de otros, con la finalidad de obtener los resultados que más le convengan. Con lo anterior, es posible señalar que la obtención de poder es lo que busca el poder blando, con la intención de influir en los demás actores. Por su parte, el poder duro considera al concepto de poder más como un medio, que le permita lograr un fin (Nye, 2004b). En este caso, al igual que la teoría realista, el fin último del poder duro es prolongar la capacidad de supervivencia del Estado, y el poder es solamente un instrumento que le permitirá al Estado imponer sus condiciones por encima de otros para mantener (o mejorar) su posición, según sea el caso, dentro del sistema internacional.

Por otro lado, la simplicidad es un elemento del poder duro que le otorga cierta “ventaja” sobre el poder blando. Esto va en el sentido de la relativa sencillez con la que un Estado puede generar poder duro. Para aplicar el poder duro, un actor básicamente solo requiere de la acumulación de elementos tangibles que le permitan imponerse sobre los demás, como puede ser el caso del dinero, los recursos naturales, o los activos militares, entre otros. Por otro lado, los elementos que componen al poder blando son mayormente intangibles, tienen un mayor grado de complejidad y son más abstractos para que un estado los pueda poseer o aplicar, por ejemplo la capacidad de convencimiento, el prestigio internacional, los factores de atracción, el atractivo y capacidad de seducción, etc. Este grado de complejidad que posee el poder blando es lo que muchas veces impide que todos los actores lo apliquen de manera correcta, mientras que el poder duro, por su simplicidad está “al alcance de todos”, al menos en el intento.

Para ejemplificar lo anterior es posible considerar un grupo de niños que juegan a arrojar piedras. Dentro de este grupo, un niño puede recolectar una gran cantidad de piedras para defenderse de los otros dentro del campo de juego, de esta manera estaría obteniendo un beneficio inmediato. Por otro lado, si este mismo niño intentara convencer a otros de que arrojar piedras entre todos es un juego peligroso y que lo mejor sería pensar en otro juego, la tarea sería más complicada pues debería hablar con todos los otros niños, y su éxito en la tarea de convencimiento dependería de otros factores como los argumentos que presente, el “prestigio” que posea ese niño frente al grupo, su capacidad de convencimiento, etc.

Y a pesar de esto, no tiene el éxito asegurado porque es posible que haya otros niños cuya preferencia sea la de jugar a las piedras. Esta podría ser, de manera muy resumida, la diferencia de complejidad que presenta el poder duro o el poder blando.

Del ejemplo anterior también puede inferirse otro elemento fundamental para el poder duro en un contexto real: su temporalidad. Esto se refiere a la rapidez con la que cada uno de estas estrategias puede lograr resultados. En el caso del poder duro, la coerción y el uso de la fuerza tienden a obtener resultados más inmediatos, pero con una duración de corto plazo. Por el contrario, el poder blando requiere de mayor tiempo para lograr sus metas y objetivos, pero en general se considera que la duración es más prolongada (Wagner, 2014). Retomando el ejemplo de los niños jugando con piedras, se puede notar que la recolección de piedras como disuasión requiere menos tiempo que tratar de convencer a los participantes de que el juego es peligroso. Sin embargo, la disuasión puede durar muy poco ya que solamente basta que otro niño logre recolectar más piedras para encontrarse en una posición de ventaja. En cambio, la labor de convencimiento podría llevar más tiempo, pero si se logra razonar con los participantes, es posible que estos lleguen a la misma conclusión de que lanzar piedras es una acción peligrosa.

De esta manera se puede notar con mayor facilidad que, en cuanto a la rapidez para modificar una situación o un escenario determinado, el poder duro tal vez tenga ventaja sobre el poder blando. Sin embargo, al tomar en cuenta la duración de los efectos que logra cada estrategia, es donde la situación se revierte. Si bien, los resultados del poder duro pueden ser inmediatos, el problema es que estos resultados pueden no ser de larga duración, por lo tanto, se va a requerir que se lleven a cabo acciones de manera constante para mantener el resultado obtenido o esperado. En cambio, los efectos del poder blando tienden a mantenerse por más tiempo ya que se fundamentan en la modificación de conductas, no mediante el uso de la coacción, sino mediante la atracción y la influencia, para mostrar que existen mejores métodos para lograr determinados objetivos, o que un comportamiento específico trae mejores beneficios que otros, por ejemplo.

2.5 Limitaciones del poder duro

Si bien, a lo largo de la historia de la humanidad las estrategias de poder duro como lo son la coerción y el uso de la fuerza han tenido un rol fundamental en la dinámica relacional (social y política) del mundo, es importante mencionar que en años recientes su efectividad ha ido disminuyendo. En la era de la globalización moderna, el poder de los Estados, y su capacidad para influir en el sistema internacional, escapa más allá de una dimensión militar. Esto no quiere decir, por supuesto, que el poder militar haya perdido su importancia, pues todavía al día de hoy este elemento es clave, por ejemplo, para mantener el equilibrio de poder en los diferentes niveles dentro del sistema internacional. Estrategias como la disuasión, o la coerción siguen siendo relevantes y juegan un factor fundamental en la política internacional. Sin embargo, gracias a la conjugación de distintos factores y actores, en años recientes, otro tipo de dimensiones de poder también han ido adquiriendo mayor relevancia dentro del sistema internacional. Tal como Joseph Nye argumentaba en su libro *"Power in the Global Information Age"* (2004), el Poder, y la distribución del mismo dentro del sistema internacional puede ser representado en un esquema complejo que asemeja a un juego de ajedrez tridimensional

Dentro del primer peldaño, se puede colocar el poder militar que se considera unipolar pues todavía al día de hoy solamente un Estado (Estados Unidos) ostenta la hegemonía en este ámbito. En el peldaño de en medio se coloca el poder económico, y este ya adopta una configuración multipolar, pues son más los Estados (y actores no necesariamente estatales) quienes tienen la capacidad de competir por el poder desde esta dimensión. Finalmente, al último peldaño se le asigna una configuración totalmente distinta, que escapa de la estructura y jerarquización tradicional. En este peldaño se considera todo tipo de relaciones transnacionales que no son convencionales pero que permiten ejercer algún tipo de poder: Transferencias bancarias multimillonarias a empresas, tráfico de armas por parte de grupos terroristas o hackers informáticos que roban información que compete a la seguridad nacional de algunos estados (Nye, 2004a).

Asimismo, las características del orden internacional contemporáneo debilitan la efectividad de las estrategias de poder duro (Wagner, 2014). En la actualidad se ha generado un contexto global donde existe una interdependencia económica, motivada por la globalización así como el surgimiento de distintos actores transnacionales que cobran importancia más allá de los Estados o los esfuerzos por resolver problemáticas comunes mediante la gobernanza global. Paralelamente, el

desarrollo de las tecnologías de la información que permiten una mayor interconectividad y acercamiento entre las personas, así como el crecimiento de la democracia han creado un nuevo ecosistema global en donde las estrategias de poder duro son menos eficientes para la creación de lazos duraderos y significativos dentro del sistema internacional. Este nuevo entorno global coloca en una posición complicada a aquellos actores que dependen de mostrar su fuerza para mantener el poder.

La administración del ex-presidente de los Estados Unidos Donald Trump permite señalar claramente las ideas expresadas anteriormente. Desde el inicio de su mandato en 2017, el presidente Trump se caracterizó por utilizar una retórica agresiva, casi incendiaria, que ejemplifica a la perfección la idea de la utilización de poder duro para demostrar su superioridad ante ciertos enemigos (Brady, 2017). Además, el presidente Trump llevó a cabo acciones concretas que demostraron su interés por mostrar la superioridad militar de Estados Unidos como una estrategia clave de su política de defensa, con la meta de disuadir a sus rivales (Tovar, 2018). Durante su mandato, el ex-presidente Trump propuso un aumento (aproximadamente un 9%) al presupuesto de la Secretaría de Defensa, mientras se redujo el financiamiento de otros departamentos o programas (Soffen y Lu, 2017). Otra acción, que ejemplifica a la perfección el uso del poder duro durante la administración de Trump, fue la reconocida declaración que hizo ante la supuesta amenaza nuclear de Corea del Norte, para quien le esperaba “fuego y furia” en caso de seguir con el desarrollo y producción de su programa nuclear (Warrick, Nakashima y Fifield, 2017).

Las acciones de Trump ocasionaron un rechazo de gran parte de la comunidad internacional y provocaron tensión en la relación de los Estados Unidos con otros estados. De igual manera, al interior de Estados Unidos la opinión pública fue bastante crítica sobre algunas de las estrategias de Trump, lo que le restó legitimidad, influyendo desde luego en afectar su imagen a un nivel internacional, donde se le percibió como un líder altamente voluble. Por lo tanto, la estrategia del ex-presidente estadounidense, que se alinea con estrategias de poder duro, le restó legitimidad tanto a su persona como a su administración y, más que beneficiar la imagen internacional de Estados Unidos, la fue desgastando. En este sentido, la administración de Donald Trump ha servido para que la sola aplicación del poder duro, como una estrategia de política exterior, ya no es cien por ciento efectiva, y

más que sumar a la influencia de ciertos actores, les puede restar prestigio en el ámbito internacional.

Otro ejemplo acerca de cómo la utilización del poder duro en la política exterior puede incidir en la creación de una imagen negativa para el actor en cuestión es el caso de Arabia Saudí. En años recientes, el reino saudí ha invertido grandes cantidades en el desarrollo militares, de hecho un reporte publicado por el *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI) en el año 2021, Arabia Saudí se localiza en la sexta posición a nivel mundial entre los países que más inversión destinan en cuestiones militares, con un gasto aproximado de 57.7 mil millones de dólares (Lopes da Silva, Tian y Marksteiner, 2021). El enorme gasto realizado por el gobierno saudí tiene como justificación la necesidad de mantener la seguridad del reino ante la constante amenaza que representa el estado de Irán. Además del gasto militar, Arabia Saudí ha apoyado diversas intervenciones en la región del Medio Oriente, como en Yemen o Bahréin. El objetivo de Arabia Saudí en estos países es combatir a las fuerzas chiitas, de quienes aseguran, están dirigidas por Irán, sin embargo esta situación no ha resultado del todo favorable para el reino saudí.

El caso particular de la intervención en Yemen es bastante interesante, un conflicto donde se presenta: la confrontación entre dos bandos que además cada uno es apoyado por una fuerza externa (un tipo de guerra subsidiaria mencionan algunos expertos). Por un lado están los rebeldes pertenecientes a la minoría hutí que son apoyados, presuntamente, por el gobierno de Irán; y por otro lado están las fuerzas del régimen del presidente Mansour Hadi que son apoyadas por una coalición de varios países del Medio Oriente liderados por Arabia Saudí. Sin embargo, tras 6 años de conflicto (iniciado en 2015) no se vislumbra un final positivo para las fuerzas del régimen, pues los rebeldes hutíes controlan el territorio donde viven 80% de la población yemení (Palau, 2021). El hecho de ser una guerra bastante larga, que ha cobrado muchas vidas civiles y que ha ido desgastando la imagen de los involucrados (especialmente de Arabia Saudí) ha hecho que algunos especialistas, como la doctora Ana Belén Soage, hayan declarado que “Yemen es el Vietnam de Arabia Saudita” (citada por Palau, 2021).

Además, de la imagen desgastada que le han dejado las intervenciones en conflictos regionales, Arabia Saudí también ha tenido que enfrentar distintas complicaciones en sus intentos por mantener su influencia en la región con base en

la utilización del poder duro. Arabia Saudí ha utilizado y aprovechado su posición como líder del CCG para tratar de alinear las estrategias de los demás estados miembros a sus propios intereses, esta situación le ha ocasionado roces con algunos de los países miembros en distintas ocasiones, especialmente con Catar. Los roces entre el gobierno saudí y catari provocaron que en 2017 le fuera impuesto un bloqueo económico y político a Catar, evento que derivó en la creación de una profunda brecha en el seno del CCG, y que además frenó las posibilidades de una mayor integración entre sus miembros (González del Miño y Hernández, 2021). Además la situación favoreció que Catar tuviera mayor acercamiento con el gran rival de Arabia Saudí, Irán.

Además de lo que demuestran los ejemplos anteriores, también hay que considerar que en años recientes se ha presentado la reconfiguración del sistema internacional gracias al proceso de globalización, y esto ha permitido que el dominio por la fuerza militar y económica sean alcanzados también por la proliferación de la democracia, el desarrollo tecnológico, la solidez económica y financiera, la cooperación para la solución de problemas globales, etc. De esta manera, es posible pensar que el poder duro ha tenido que “compartir cierta parte” de la capacidad de influencia que poseía, con otro tipo de elementos y factores. A pesar de esto, sería ingenuo pensar que el poderío militar ya no es un elemento importante dentro de las dinámicas relacionales entre los distintos Estados. Sin embargo, existe una tendencia global, al menos discursiva, que parece ir encaminada al establecimiento de relaciones menos determinadas por las capacidades militares o por las condiciones de coerción entre los Estados.

En relación a esto, las grandes potencias han acelerado su proceso de transición de ser economías enfocadas en la producción industrial para dar paso al desarrollo y manipulación de conocimiento en información (Wilson, 2008). Con esto en mente, es pertinente señalar la importancia que ha adquirido la acumulación de información y conocimiento (factores intangibles) para el proceso globalizador; así también cómo estas herramientas pueden otorgar poder a los actores que mejor las sepan usar. Prácticamente gracias al desarrollo de la tecnología y a la gran importancia que ha ocupado los bancos de datos y las redes de información para el contexto global, la fuerza militar se ha visto modificada e influido por esta nueva herramienta.

La percepción y la sobre dependencia que mantenían algunos estados sobre sus capacidades militares se han visto superadas gracias a la emergencia y el desarrollo de las nuevas tecnologías y procesos digitales así como la propagación acelerada de la información. Con esto en mente, es posible señalar que el papel del poder duro clásico ha sido modificado, pues ha perdido un protagonismo relativo, y se ha tenido que adaptar tanto a nuevas formas y estrategias de aplicación como a nuevos contextos en los que se va a desarrollar. El poder duro de un estado ya poco depende de lo numeroso que sea su ejército o la cantidad de armas que posea, en relación con sus rivales. En este caso la capacidad militar de un estado puede estar medida desde la posesión de armamento más sofisticado (no necesariamente en mayor cantidad) o más desarrollado tecnológicamente, así como de las redes de inteligencia que le permitan conocer y encontrar objetivos clave.

Esto podría considerarse una limitación para el poder duro, al menos en su forma clásica, ya que no todos los estados en el mundo poseen la capacidad tecnológica para desarrollar armamento o para invertir en inteligencia militar, por lo tanto, diversos actores que dependían de la fuerza militar han perdido capacidad relativa de influencia, teniendo que encontrar nuevas formas para poder ejercer su poder, o han tenido que conformarse con mantener un poder relativo en su zona de influencia cercana. Como ejemplo de este caso es posible señalar, nuevamente, a Corea del Norte. En cuanto al armamento y efectivos militares, Corea del Norte posee uno de los ejércitos más grandes del mundo, y según datos del *Military Strength Ranking* (2021) elaborado por *Global Fire Power*, se encuentra en el lugar 28 de 140 países. Sin embargo, mucho del armamento que posee Corea del Norte es bastante antiguo o incluso obsoleto para los estándares occidentales²¹ (BBC, 2017) por lo cual su amenaza a las potencias occidentales es relativa, al menos por el momento. Gracias a esto Corea del Norte ha tenido que conformarse con ejercer su influencia casi exclusivamente en la zona del Este de Asia.

²¹ Aunque mucho del armamento que posee Corea del Norte no sea moderno, y sea subestimado por analistas occidentales, es importante señalar que en años recientes (a partir del 2016 aproximadamente) el gobierno de Pyongyang se ha encargado de comprar y desarrollar armamento más sofisticado y avanzado, al grado de realizar pruebas con armamento nuclear. Además de acuerdo a varios especialistas Corea del Norte también podría estar desarrollando armamento biológico y químico, aunque se desconoce con exactitud la veracidad de esto (BBC, 2017) Este reciente desarrollo armamentístico y de tecnología militar por parte de Corea del Norte se debe en parte a diversos acuerdos con países vecino e históricamente aliados como Rusia o China, pero también consiguiendo el armamento de manera ilegal (Goncharenko, 2017).

A pesar de lo anterior, es importante resaltar que el poder militar y la capacidad de poder duro, siguen siendo elementos importantes de proyección a nivel internacional (Brady, 2017). Para demostrar este caso es adecuado utilizar el caso de Irán. Si bien para occidente, la capacidad militar de Irán ha sido vista como una amenaza latente, sobre todo para Estados Unidos (referencia), al interior del Medio Oriente la situación es un tanto distinta. En años recientes, Irán se ha volcado a fortalecer su poder y capacidad militar para hacer frente a las amenazas que existen en la región como el terrorismo o las intervenciones de occidente. Por ejemplo, el ejército de Irán es uno de los principales responsables de frenar el crecimiento del grupo terrorista del Estado Islámico (BBC, 2020c). Asimismo, mediante las redes de inteligencia que ha desarrollado ha logrado apoyar a grupos insurgentes de origen chiita en distintos países que combaten contra la intervención de occidente en sus respectivos países, como el caso en Irak o Yemen.

Las campañas militares de Irán en Medio Oriente le han otorgado, por lo tanto, un prestigio regional (aunque no total) en el que se visualiza a la nación iraní como defensora del Islam ante aquellos que lo interpretan o lo utilizan como excusa para cometer atrocidades (Estado Islámico) o contra cualquier interés foráneo. En este sentido, Irán se ha alzado como uno de los principales defensores del Islam y del mundo musulmán, lo que le ha valido el respeto y admiración de otros Estados vecinos. Por lo tanto, la imagen que se ha creado en años recientes de Irán al interior del Medio Oriente está fuertemente ligada al prestigio militar que ha adquirido en su lucha por defender los intereses regionales. En este sentido, la capacidad de poder duro de Irán le ha otorgado también un elemento al que otros actores aspiran.

En este caso, es importante resaltar como un elemento central del poder duro como lo es la fuerza y capacidad militar de un Estado puede conformarse también como un componente de su capacidad de poder blando. Sin embargo, hay que señalar que el empleo de la fuerza, es aceptada de manera consensuada, y genera poder blando, cuando se utiliza en servicio de los intereses generales de la sociedad internacional, por ejemplo para la protección de Estados débiles ante amenazas, el mantenimiento de la paz, etc., y no para fines individualistas (Gallarotti, 2015). De otra manera, si se utiliza para fines individualistas o egoístas puede ocasionar rechazo por parte de la comunidad internacional. Tal como ya se mencionó en el ejemplo anteriormente, los Estados Unidos han creado una narrativa, positiva a su

favor con el uso del poder duro, a través de sus victorias militares en contra de regímenes autoritarios o de grupos que amenacen la paz a nivel mundial.

Otra justificación para la utilización del poderío militar en la actualidad, en el ámbito internacional, es el de la seguridad. Si se retoma la idea de que el poder duro sigue las premisas del realismo, es obvio que el principal objetivo de obtener poder militar es para mantener la seguridad del Estado en cuestión. Sin embargo, la era global ha ocasionado una modificación al concepto de la seguridad, integrando nuevas dimensiones a la concepción clásica. Tal como lo plantea la autora Natalia Millán (2013), como consecuencia de la globalización, las dimensiones políticas, económicas, sociales, medioambientales y culturales adquieren una renovada relevancia, y la agenda de seguridad ya no se circunscribe únicamente al ámbito militar.

Dicho de otra manera, en esta era global han surgido conceptos como la seguridad humana, seguridad ambiental, seguridad alimentaria, o la seguridad hídrica, entre otras. Estas ideas se alejan de la concepción tradicional de la seguridad entendida desde una dimensión estatocéntrica (Millán, 2013). Por lo tanto, la justificación del uso de la fuerza militar para mantener la seguridad pierde cierta validez. La seguridad abarca ya otras dimensiones que enfocan su atención en estrategias de coordinación multilateral y de cooperación, sin la necesidad del uso de la fuerza militar. La nueva era global ha hecho evidente problemáticas y fenómenos globales que requieren de estrategias más complejas que el simple uso de la fuerza para hacerles frente, y aquí es donde el poder duro ha quedado relegado de manera paulatina.

Tomando en cuenta lo anterior, otra limitante del poder duro es la proliferación del multilateralismo en el sistema internacional. Si bien, en años anteriores, la utilización del poder duro estaba justificada bajo el entendido de la seguridad nacional y la intención de mantener la relativa paz, a costa del miedo, es posible evidenciar que en la actualidad, gracias a la reconfiguración de valores internacionales que dan una primicia a la cooperación internacional y a la solución conjunta de problemas, se ha restado legitimidad a la utilización de estrategias coercitivas, sobre todo en una era donde los países están más dispuestos a cooperar que nunca (Linde, 2019). Esta idea también ha estado acompañada de la realización acerca de distintas problemáticas y fenómenos que afectan al sistema internacional desde una dimensión global. Esta situación vuelve más complicada la

tarea de los Estados que buscan, con acciones unilaterales, resolver los nuevos desafíos globales ya que son insuficientes, por lo que la mejor manera es la acción conjunta.

La preferencia por el multilateralismo, sin embargo, implica que los Estados estarán comprometidos a sacrificar, en cierta medida, la búsqueda de satisfacer intereses únicamente particulares, para poder contribuir con el cumplimiento de objetivos colaborativos y de interés general (Gallarotti, 2015). De lo contrario, una actitud egoísta (en este contexto) podría acarrear consecuencias, aunque no explícitas, para los Estados como pueden ser la marginalización o alienación dentro del sistema internacional. Estas consecuencias resultan graves, en un contexto global moderno, tomando en cuenta que los procesos económicos e industriales están globalizados y que el comercio internacional es una fuente importante de ingreso para los Estados. Entonces, ante la posible consecuencia de ser aislado de la dinámica global, muchos Estados buscan comprometerse (en mayor o menor medida) y ceñirse a la idea de la cooperación internacional y de multilateralidad.

Asimismo, en una tónica similar, la reconfiguración del sistema internacional ha provocado que las estrategias de poder duro sean menos efectivas en el ámbito de la política exterior. Si bien en antaño existían potencias establecidas que tenían la capacidad de ejercer presión a nivel internacional y “salirse con la suya”, en la actualidad esto ya no es tan evidente. El sistema internacional ha evolucionado y han surgido nuevas potencias (si bien en muchos casos potencias intermedias y/o regionales) como Brasil, China, India, Rusia, México o Australia (por citar algunos) que han hecho que las antiguas hegemonías no puedan tomar acciones unilaterales tan fácilmente. De esta manera, los Estados antiguamente hegemónicos y que aplicaban estrategias coercitivas han encontrado necesaria la cooperación amigable con estas potencias emergentes, en la búsqueda de mantener el statu quo dentro del sistema internacional.

La emergencia de nuevas potencias de medio rango no es la única forma en que el sistema internacional ha sido reconfigurado. Con los años han surgido instituciones internacionales y organismos no gubernamentales que, junto a los Estados, se han encargado de moldear un conjunto nuevo de normas y regulaciones internacionales, basándose en preceptos como la cooperación, la paz, la igualdad, etc. Este conjunto de normas se han legitimado dentro de la sociedad internacional mediante las prácticas y dinámicas relacionales entre los distintos

actores. Esto ha provocado, que los Estados, al adherirse a estas nuevas normas y regulaciones e instituciones, han tenido que reducir la utilización del poder duro, en el entendido de que esto les puede acarrear sanciones (como ya se mencionó anteriormente) en caso de no respetar las nuevas normas establecidas en el sistema internacional.

Por otro lado, gracias a la globalización, la sociedad civil también se ha convertido en un elemento importante que ha restado efectividad a las estrategias de poder duro. Esto se refiere a que, con la propagación del internet y la información, la sociedad civil se ha vuelto una masa más informada, educada y organizada (Millán, 2013), situación que ha provocado una mayor participación de este grupo en la esfera política. Esto implica también que las personas han adquirido la capacidad de presionar a sus dirigentes cuando hay situaciones con las que “no están de acuerdo” y que encuentren los canales para realizar críticas cuando el país se relaciona con países que no son percibidos con buenos ojos por la opinión pública.

Lo anterior se puede ejemplificar el siguiente caso: suponiendo que un país A tiene relación con un país B, pero este país B ha dado muestras de tener una conducta agresiva o coercitiva en el plano internacional, es posible que la población del país A presione a sus gobernantes para que la relación deje de ser tan estrecha, o para que se le reproche al país B por sus acciones, o situaciones similares. En este caso la sociedad civil actúa como un evaluador, y en general siempre se opone a las actuaciones unilaterales y coercitivas en la esfera internacional. En pocas palabras, de acuerdo a Natalia Millán (2013), la sociedad civil, en el contexto de la globalización, se ha erigido como un contrapoder que se ubica como una tercera fuerza entre el Estado y el mercado, abriendo un nuevo espacio transnacional moral y subpolítico.

2.6 Poder inteligente

En su definición más básica, el poder inteligente hace referencia a la implementación de una doctrina que se fundamenta en la utilización/combinación del poder duro y el poder blando para llevar a cabo la política exterior (Pallaver, 2011). Una definición similar es la que propone el autor Ernest Wilson III (2008), para quien el poder inteligente es la capacidad que posee un actor para combinar

elementos del poder duro y el poder blando de tal manera que sean mutuamente complementarios y se refuercen en las acciones y resultados que se producen. Sin embargo, es importante tomar en cuenta que el poder inteligente no es una clasificación de poder por sí misma, sino más bien hace referencia a una doctrina o estrategia como tal. Es decir que no es un concepto independiente, sino, como ya se aclaró anteriormente, la implementación, de manera alterna y/o combinada, del poder duro o blando dependiendo de las necesidades del actor.

De manera propia, el concepto de poder inteligente tiene su origen en el artículo “*Smart Power*” (2004) elaborado por la autora Suzanne Nossel y publicado en la revista *Foreign Affairs*. La intención de esta autora era la de proponer una nueva estrategia que permitiera la renovación de la política exterior estadounidense hacia el liberalismo internacional, pues la imagen del país norteamericano se había visto afectada durante la administración del entonces presidente George W. Bush (Valdés-Ugalde, 2013). Al llegar al poder en el año 2000, la política exterior de Bush demostró tener como prioridad el enfoque de mantener la superioridad militar de Estados Unidos en el mundo (Wilson III, 2008). Este objetivo se intensificó tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. A partir de este momento, Estados Unidos encontró en el terrorismo una amenaza global, a la cual se propuso combatir con todos los medios posibles (Nossel, 2004). Como resultado, la administración de Bush fijó nuevas fronteras de seguridad que separaba a quienes apoyaban la guerra contra el terrorismo, de los que apoyaban el terrorismo, de acuerdo a su perspectiva (Valdés-Ugalde, 2013).

Sin embargo, el evento que marcó la administración de Bush, y que dejó claro la nueva intención de Estados Unidos de utilizar el poder duro como principal instrumento fue la intervención en Medio Oriente mediante dos conflictos: en Afganistán (como respuesta directa de los atentados en Nueva York) y el de Irak en 2003. Concentrado en su nuevo papel de combatir el terrorismo y mantener la seguridad internacional, Estados Unidos decidió intervenir activamente en el Medio Oriente al tratarse de la fuente original de los grupos que atacaron el *World Trade Center* en 2001. Sin embargo, el conflicto en Afganistán e Irak no produjo buenos resultados para los estadounidenses pues no lograron cumplir con todos los objetivos planteados en un principio y como justificación para estas intervenciones (capturar a Osama Bin Laden y desarticular al grupo terrorista *Al-Qaeda*, frenar la producción de armamento de destrucción masivo en Irak), y esto produjo una crisis

de liderazgo para Estados Unidos, que le llevó a perder prestigio a nivel internacional. (Valdés-Ugalde, 2013).

Tras la salida de George W. Bush y la llegada de Barack Obama a la presidencia de los Estados Unidos en 2008, se hizo evidente la intención de implementar una nueva estrategia de política exterior que permitiera a los Estados Unidos recuperar el prestigio que se había desgastado gracias a la intervención en Medio Oriente. La nueva estrategia de Barack Obama buscaba encontrar un balance entre las “tres D”: defensa, diplomacia y desarrollo (Pallaver, 2011). En este sentido, el ex-presidente Obama, planteaba la necesidad de recuperar el liderazgo de Estados Unidos, y defender los intereses propios, pero buscando un acercamiento a los instrumentos e instituciones multilaterales internacionales que permitieran legitimar las acciones de la nación norteamericana. Además, con la llegada de Obama, Estados Unidos reconoce una nueva narrativa en la que acepta que no se encuentra solo en el mundo y por lo tanto, para la resolución de diversos problemas (regionales o globales) requiere de la participación activa de distintos actores (Valdés-Ugalde, 2013).

Por otro lado, ya para la segunda mitad de la década del 2000, el sistema internacional se dirigía hacia el afianzamiento de la era digital. En este contexto, el poder comenzó a recaer en las capacidades de un actor para crear y manipular, de manera eficiente, la información y el conocimiento (Wilson, 2008). Estos elementos se convirtieron en un aspecto central en la obtención de influencia y poder, para distintos actores. Tener acceso a información privilegiada de otros, con la finalidad de utilizarla a tu favor es una estrategia que ha sido utilizada frecuentemente en distintos niveles y escenarios, no solo a nivel de las relaciones internacionales. De tal manera que Estados Unidos no podía quedarse estancado en la utilización de estrategias de poder duro como un elemento prioritario de su política exterior. La nueva era exigía la renovación y reconceptualización de las relaciones entre distintos actores, y por esta razón la administración de Obama apostó por la adopción del poder inteligente como una estrategia fundamental de la política exterior estadounidense.

La implementación de estrategias de poder inteligente por parte de la administración de Obama no fue un tema menor, ni se mantuvo en secreto. Algunos de los miembros más destacados del gabinete de Obama dieron declaraciones, en reiteradas ocasiones, acerca de la nueva imagen que buscaba presentar la

administración con respecto a la política exterior. Por ejemplo, Hilary Clinton, durante su nombramiento como Secretaria de Estado a principios del año 2009, declaró que para que Estados Unidos pudiera reducir las amenazas globales y tuviera la oportunidad de diseñar un entorno internacional más seguro, debía utilizar todas las herramientas a su disposición: diplomáticas, económicas, militares, políticas, legales y culturales, entre otras, para poder elegir la combinación adecuada en cada situación que se fuera a presentar y obtener el mejor resultado posible (Departamento de Estado de EE.UU., 2009).

También el ex vicepresidente, Joe Biden, dio declaraciones favorables hacia el uso del poder inteligente durante la 45a. Conferencia de Seguridad en Múnich llevada a cabo en 2009. En su discurso, Biden destacó que la estrategia en materia de política exterior de la nueva administración, se enfocaría en buscar la cooperación con otros actores, por lo que Estados Unidos buscaría la participación conjunta para la solución de diversos problemas globales. Sin embargo, el ex vicepresidente también dejó en claro que en situaciones necesarias, Estados Unidos no tendría reparo en actuar de manera unilateral (Biden, 2009). Con los ejemplos anteriores se deja en claro que la idea central del poder inteligente, es que lo importante del poder radica en los resultados que puede otorgar a quien lo use, no tanto en los recursos o en las formas en que se aplique dicho poder, de tal manera que los actores deben de estar atentos siempre a los contextos y estrategias necesarias para obtener los resultados esperados (Añorve, 2016).

Por otro lado, el poder inteligente, también implica la habilidad para combinar eficientemente el poder duro con el poder blando, en escenarios específicos, para lograr establecer estrategias exitosas, tal como ya se mencionó con anterioridad (Nye, 2011a). Esto significa que los actores que utilicen el poder inteligente pueden mantener el uso de la fuerza militar, pero que al mismo tiempo debe buscar la creación de alianzas, la cooperación o atracción, así como el establecimiento, y respeto, de las instituciones internacionales. Tomando en cuenta lo anterior, Pallaver (2011) hace mención que el poder inteligente está fuertemente ligado a la existencia de un determinado conjunto de instituciones. Es gracias a la existencia de un marco institucional sólido que el poder inteligente va a poder actuar. Es decir que, los actores (ya sean Estados, organizaciones o individuos) van a actuar con base en el conjunto de instituciones y las normas internacionales, establecidas en común acuerdo, las cuales al mismo tiempo le otorgan legitimidad o rechazo a las

distintas acciones de los múltiples actores. Por ejemplo, si en el sistema internacional se considera primordial el mantenimiento de la paz, es posible que en casos específicos se tolere o permita el uso de la fuerza o la coerción (y hasta la violencia) para forzar el mantenimiento de “la paz”, siendo que en otros contextos podría resultar paradójico.

Además, el poder inteligente, planteado desde su origen tiene como fundamento la idea de reducir los escenarios de confrontación directa y favorecer el desarrollo de la democracia liberal en el sistema internacional. Esto porque se asume que un sistema global conformado mayormente por democracias liberales sería menos propenso a establecer conflictos bélicos (Nossel, 2004). La anterior idea se relaciona con la “Teoría de la Paz Democrática” cuya premisa central es básicamente la misma: las naciones democráticas no van a la guerra entre ellas. En el caso del poder inteligente, se espera que las naciones lleguen a esta conclusión mediante una planeación estratégica y una medición de los costos que representaría una confrontación entre dos naciones, a comparación de la solución del conflicto por otros medios.

Sin embargo, el poder inteligente no priva a los actores de utilizar la fuerza como una herramienta para lograr sus objetivos, es decir, no elimina la posibilidad de implementar el poder duro, pero busca que esta utilización se lleve a cabo en escenarios realmente necesarios. El problema, por lo tanto, radica en determinar cuáles son los escenarios en que estaría permitido el uso de la fuerza y cuáles no lo son. Para lograr determinar los escenarios adecuados, el poder inteligente también busca fomentar la creación y desarrollo de instituciones a nivel internacional, tal como ya se mencionó anteriormente, así como el respeto y apego a las normas y leyes internacionales. Sin embargo, con la existencia de nuevas y diversas problemáticas globales se requiere de inteligencia contextual para encontrar la solución más factible en cada caso (Nye, 2011a).

Tomando como referencia lo anterior, el poder inteligente tiene la intención de dejar atrás, en la medida de lo posible, la sobre dependencia en estrategias militares o de coacción que imperaban en algunos países, para dar relevancia a la creación de alianzas y el fomento de la cooperación, en atención al cumplimiento de otras metas que resultan también importantes como la libre determinación de los pueblos, el comercio internacional, el desarrollo global, los derechos humanos, etc. Metas que sin duda resultan complicadas de lograr dependiendo únicamente de la fuerza

(Nossel, 2004). De esta manera, el poder inteligente también propone la creación de liderazgos eficientes, tanto en el aspecto diplomático, económico o hasta militar, que permitan a los actores encabezar la creación y dirección de nuevas agendas globales. Es decir, el poder inteligente busca integrar distintas dimensiones y visiones del poder, porque desde esta perspectiva se entiende que la fuerza también puede dar resultados positivos, dependiendo de los escenarios.

Capítulo 3. Contextualización del conflicto entre Irán y Arabia Saudí.

3.1 El escenario geopolítico de la disputa entre Irán y Arabia Saudí

Ya se habló anteriormente acerca de cómo en todo el mundo existen diversos conflictos que pueden ser explicados gracias a la geopolítica. Sobre todo en un contexto actual donde se está presentando una pugna a nivel mundial por la hegemonía económica y comercial en el mundo. Los principales actores: China y Estados Unidos están utilizando todo tipo de estrategias y han buscado crear alianzas que les permitan cimentar su postura dentro de esta disputa. Sin embargo, estos escenarios de confrontación no se presentan exclusivamente a nivel global, también se presentan casos más concretos de disputas hegemónicas regionales. Estas disputas por la hegemonía regional se presentan muchas veces entre actores regionales cuyos intereses se localizan particularmente en obtener o mantener la influencia en su zona geográfica directa. Sin embargo, en las disputas por hegemonía regional también existe la posibilidad de la injerencia por parte de actores externos que tienen intereses particulares en la región, lo cual convierte este escenario en uno complejo lleno de varios matices y variables.

Un ejemplo claro que demuestra la acción y el escenario de conflicto por la hegemonía regional con la participación de diversos actores, y bajo la influencia de cuestiones geopolíticas, se puede encontrar en el Medio Oriente. En esta región se han presentado, a lo largo de la historia, distintos eventos que son el resultado directo de las constantes intervenciones de potencias extranjeras. Pero al mismo tiempo el mismo Medio Oriente se presenta como un escenario con conflictos internos propios que tienen orígenes diversos (culturales y políticos principalmente). El escenario del Medio Oriente es, sin duda uno de vital importancia por sus cualidades geográficas y la existencia de recursos importantes que le otorgan una cualidad atractiva, situación que motiva a diversos actores a poseer intereses en esta región.

Localizado en el cruce entre los continentes de Asia, África y Europa, el Medio Oriente posee una importancia geoestratégica global (ver Figura 3.1), tanto

en la vía marítima²² como terrestre, lo que la convierte en una importante ruta de tránsito para el comercio internacional. Aunado a esto, en la región se localizan vastas reservas de hidrocarburos como gas natural y petróleo, lo que le agrega otro factor de seducción para las potencias extranjeras. De acuerdo a un informe realizado por la compañía *British Petroleum* (BP) en 2020, en el Medio Oriente se pueden localizar el 48.1% de las reservas mundiales de petróleo, mientras que la región se destaca por la producción anual del 31.6% de todo el petróleo a nivel mundial (BP, 2020). Respecto al gas natural, en el mismo informe de BP se reporta que en el Medio Oriente es posible encontrar importantes yacimientos que componen un aproximado del 38% de las reservas mundiales de gas natural, mientras que la producción de gas es del 17.4% del total mundial (BP, 2020).

Figura 3.1. Localización geográfica del Medio Oriente.



Fuente: Wikipedia.

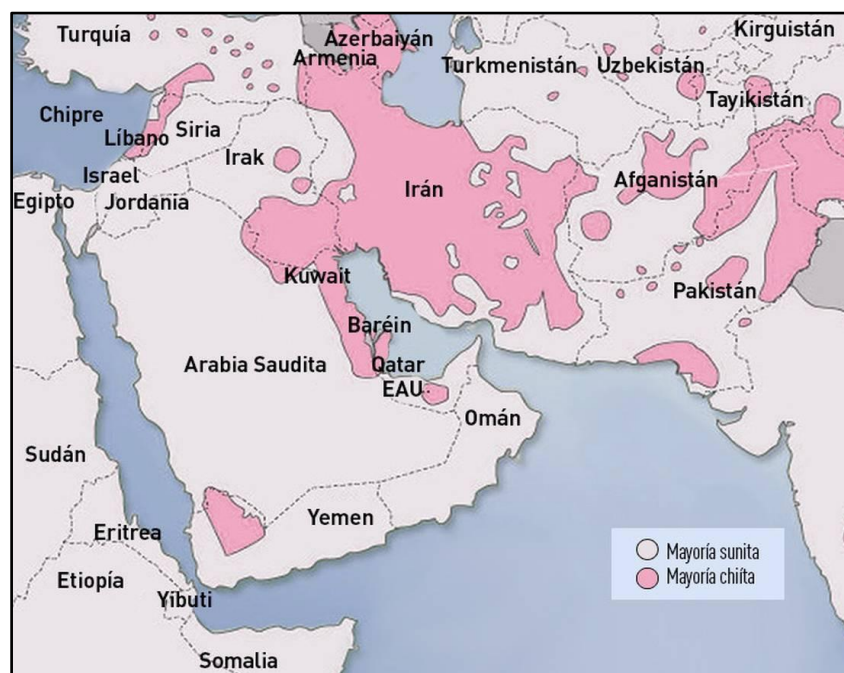
Como resultado del estudio realizado por la compañía británica, no sería erróneo pensar que una parte importante de la estabilidad económica del sistema internacional está fuertemente ligada a la estabilidad que exista en el Medio Oriente. Desafortunadamente la región se caracteriza por todo lo contrario, pues presenta constantemente situaciones de inestabilidad política, social y económica, determinada en gran parte por factores exógenos como los procesos coloniales a lo

²² En cuanto a sus recursos marítimos el Medio Oriente es una región importante que se encuentra rodeada por algunas de las rutas más importantes para el comercio mundial, entre las cuales destacan: El Mar Rojo, el Canal de Suez, el Golfo Pérsico, el Estrecho de Ormuz, el Mar Árabe, el Océano Índico, el Mar Negro y el Mar Caspio. Estos puntos marítimos son la conexión del tránsito de embarcaciones entre Asia, África y Europa.

que fueron sometidos los países que la conforman, o la gran serie de invasiones e intervenciones militares que han sucedido tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la responsabilidad de la inestabilidad regional no recae exclusivamente en elementos exógenos, pues al interior de la región hay distintos factores que producen conflictos y problemáticas que perpetúan el estado de inestabilidad regional, tales como las enemistades culturales y religiosas.

Un factor endógeno relevante, es la división sectaria existente en Medio Oriente entre los creyentes del Islam. En esta religión existen dos interpretaciones contrastantes y muy marcadas, el sunismo y el chiismo. Estas denominaciones tienen origen en la disputa entre los seguidores del profeta Mahoma tras su muerte respecto a quién debía ser el heredero del mensaje y líder de los musulmanes. Si bien esta división tiene un origen religioso, lo cierto es que fue evolucionando hasta tener claras connotaciones políticas y económicas. En la actualidad la mayoría de los musulmanes son seguidores de la interpretación sunita, representando un 90% de los musulmanes en Medio Oriente, mientras que los chiitas son minoría ocupando el 10% restante a nivel regional (ver Figura 3.2).

Figura 3.2. Distribución del sunismo y chiismo en Medio Oriente.

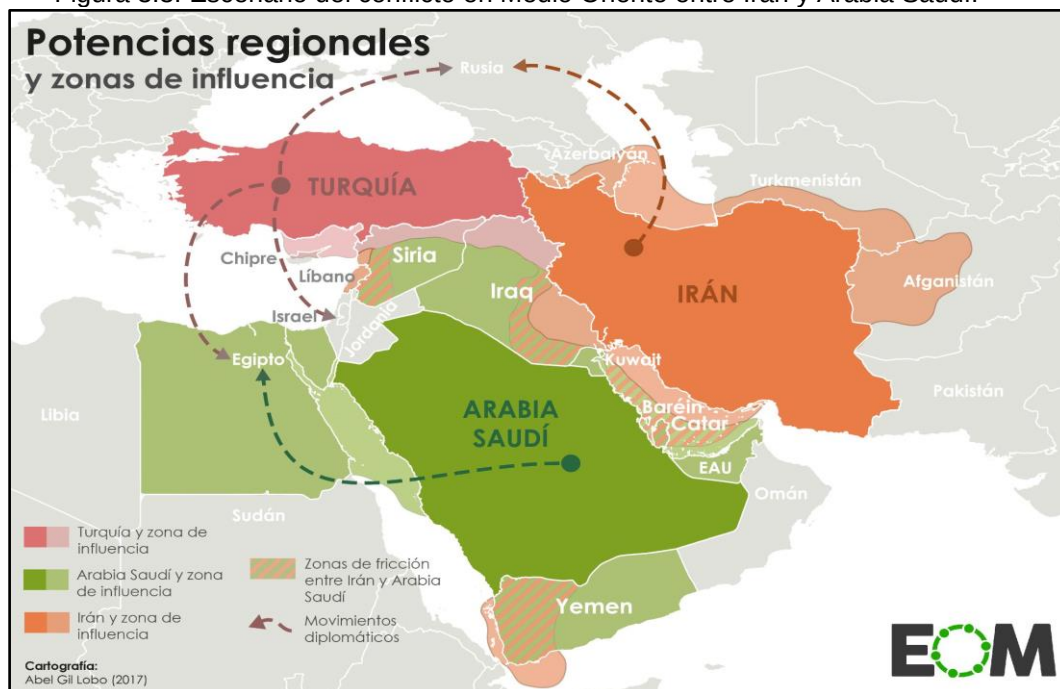


Fuente: RT, “9 mapas que explican lo que está pasando en Oriente Medio”

Otro de los factores endógenos más determinantes para la inestabilidad regional es la “guerra fría” existente entre Arabia Saudí e Irán, que pugnan por la hegemonía

política en el Medio Oriente. Esta pugna ha ocasionado polarización entre los estados que conforman el mundo islámico del Oriente Medio; y ha sido determinante en el establecimiento, y mantenimiento, de las relaciones interestatales y las estrategias de política exterior que se llevan a cabo dentro de la región (ver Figura 3.3). Si bien la disputa no es nueva, pues según algunos autores este tiene orígenes ideológicos/religiosos²³ que datan desde el año 632 d.C., reconocido como el año del Gran Cisma en la religión del Islam, el registro del conflicto moderno entre ambas naciones se realizó tras finalizar la Segunda Guerra. Es a la conclusión de este conflicto Arabia Saudí e Irán se constituirán en dos monarquías sólidas con una incipiente voluntad de poder regional, situación que los haría confrontarse en la arena política de manera más directa (Moya, 2018).

Figura 3.3. Escenario del conflicto en Medio Oriente entre Irán y Arabia Saudí.



Fuente: <https://elordenmundial.com/arabia-saudi-e-iran-la-guerra-fria-de-oriente-medio/>.

A pesar de la rivalidad preexistente, ambas naciones se constituyeron en aliados de las potencias occidentales durante los inicios de la Guerra Fría, especialmente de Estados Unidos. En este mismo periodo, Irán fue visto como la potencia regional dominante, sobre todo durante la administración del presidente estadounidense

²³ Ambas naciones se consideran herederas de la voluntad de las dos denominaciones existentes en el Islam, pues fueron los lugares de refugio de los seguidores de estas interpretaciones. Arabia Saudí líder del sunismo e Irán líder del chiismo.

Richard Nixon (1969-1973), lo que dejó a Arabia Saudí en una posición de potencia regional intermedia (Moya, 2018). Durante estos primeros años de la posguerra, los dos países se veían el uno al otro, si bien no como aliados, por lo menos no como enemigos (Vesga, 2014), por lo que su rivalidad quedó relegada a un segundo plano.

Sin embargo, a partir de 1979 la relación entre Irán y Estados Unidos (y por consecuencia Arabia Saudí) dio un vuelco importante, pues en ese año Irán comenzó el proceso de la revolución islámica que tenía el objetivo de derrocar al monarca, Sha Reza Pahlavi, y su régimen, que era un fuerte aliado de los Estados Unidos. Las causas más sobresalientes de la Revolución Islámica recaen en dos aspectos principales. En primer lugar, se toma en cuenta el fracaso de las políticas modernizantes instauradas por el Sha Mohammed Reza Pahlavi en el año de 1963, conocidas como la “revolución blanca”²⁴. En segundo lugar, la fuerte dependencia y asociación que mantenía Irán hacia los EEUU, especialmente durante el mandato del Sha Reza Pahlavi, que afectó de manera directa el orden interno de este país²⁵ (Peña, 2013). En consecuencia, el descontento generalizado de la población iraní permitió que la retórica del ayatolá Ruhollah Jomeini²⁶, líder político-espiritual del movimiento revolucionario, penetrara con mayor facilidad en la sociedad iraní,

²⁴ La revolución blanca es el nombre que recibieron una serie de reformas económicas y sociales aplicadas en Irán en el año de 1963, a sugerencia de los Estados Unidos (Halliday, 2007). Estas reformas estuvieron inspiradas por el programa de la Alianza para el Progreso de América Latina (1961-1970). El problema de las reformas instauradas por el Sha, que en un principio fueron aceptadas por la población, fue que no estuvieron complementadas por cambios políticos importantes. Además, la implementación de un nuevo modelo económico, propició una migración a gran escala hacia las ciudades y permitió la aglomeración de la fuerza campesina iraní en las grandes fábricas. Esta situación facilitó la concentración de capital y fuerza laboral en un solo sector, el industrial, en detrimento de otros sectores. Como consecuencia, aumentó la distribución desigual de la riqueza en Irán dando origen a una élite industrial adinerada que contrastaba con el aumento de los niveles de pobreza en el resto del país.

²⁵ Desde su instauración en el poder en 1925, la familia Pahlavi había creado un fuerte lazo de dependencia con los Estados Unidos. Al mismo tiempo, el régimen de los Pahlavi se encargó de priorizar una serie de políticas y reformas, tanto políticas, sociales y económicas que propiciaban una mayor injerencia por parte de los países de Occidente, facilitando influencia externa dentro de Irán. Estas reformas no fueron recibidas con buenos ojos por parte del pueblo iraní, pues aseguraban que estaban mermando las bases culturales de Irán, considerando que estas políticas estaban mermando sus tradiciones y su cultura milenarias (Halliday, 2007 y Peña, 2013).

²⁶ El ayatolá Ruhollah Jomeini fue un clérigo y político iraní que lideró, desde el exilio, la revolución islámica que terminaría con la caída del régimen del Sha Reza Pahlavi, e instauraría la República Islámica de Irán. El ayatolá Jomeini había sido exiliado de Irán por órdenes del Sha en 1964 por las fuertes críticas que expresó hacia las reformas implementadas por el régimen un año antes. Tras la victoria del movimiento revolucionario en 1979, el ayatolá regresaría triunfal a Irán para convertirse en el líder máximo de la República Islámica hasta su fallecimiento en 1989.

convirtiéndose en la principal figura de oposición al régimen del Sha y liderando este movimiento social y religioso desde su exilio en Francia (Halliday, 2007).

La revolución en Irán fue un factor determinante para la creación de un “nuevo tipo” de Estado en la región, ya que a partir de 1979 Irán se estableció como una teocracia revolucionaria, única en el mundo, que tenía el objetivo explícito de exportar su ideología más allá de sus fronteras (Marcus, 2019). Entre las medidas polémicas que se instauraron tras la victoria revolucionaria se encuentran la adopción el reemplazo de todas las leyes seculares por leyes islámicas con base en la *sharia*²⁷, la redacción de una constitución que favoreciera la instauración de un gobierno teocrático, la creación de la Guardia Revolucionaria Islámica, la neutralización de los políticos seculares y opositores al ayatolá Jomeini, así como la islamización de los planes de estudio en las escuelas del país (Cloninger, 2017). Asimismo, el nuevo régimen en Irán rechazó toda influencia externa en la política nacional, y en buena medida, este movimiento le permitió a Irán aspirar a un rol de liderazgo en la región al convertirse en una fuente de inspiración y aspiración para una parte de la sociedad musulmana. Esta situación no pasó desapercibida por Estados Unidos, que comenzó a aliarse con Arabia Saudí para frenar la creciente influencia de Irán en el Medio Oriente.

Fue precisamente el resultado de la revolución iraní lo que “reavivó” las llamas de la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán. A pesar de que durante muchos años ambos países mantuvieron una relación relativamente pacífica, tras la revolución, las relaciones bilaterales comenzaron a deteriorarse significativamente y, con la influencia de Estados Unidos que apoyó completamente a Arabia Saudí para hacerle frente al nuevo régimen en Irán, se elevó la competición entre las dos naciones. Como resultado de esto la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí pasó de ser una rivalidad que se reducía al campo de las narrativas ideológicas y religiosas, para convertirse en una rivalidad que también se disputaba desde la arena geopolítica. A partir de ese momento, la tónica de la relación quedó marcada por la confrontación (directa e indirecta) entre ambas naciones, interrumpida cada cierto

²⁷ La *sharia* es el nombre que recibe el conjunto de leyes islámicas en el que se establece, entre otras cosas el código de conducta de un buen musulmán, los criterios morales sobre los que debe regir su vida un musulmán, es decir lo que está prohibido y permitido. De acuerdo a la interpretación de diversos autores, la *sharia* no se considera un dogma, ni tampoco establece un sistema de justicia específico, sino más bien denota un estilo de vida que cada musulmán puede seguir según su conciencia personal. Sin embargo en ciertos países (como Irán) la *sharia* tiene una influencia enorme en las leyes civiles y judiciales, siendo la base de la constitución.

tiempo de manera efímera por otros procesos socio-políticos y/o económicos (Moya, 2018).

Posteriormente, surgiría un evento que tendría gran relevancia para este conflicto ya que supuso una pausa a la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí, y que tuvo efectos duraderos para la configuración de la región del Medio Oriente: La Guerra entre Irán e Irak. El conflicto inició con la invasión de Irak a Irán en 1980 y duraría 8 largos años, culminando en 1988 con un virtual empate entre ambas naciones. El líder iraquí en ese entonces, Saddam Hussein, vaticinó la pronta caída del régimen del ayatolá Jomeini instaurado un año antes en 1979, y buscó aprovechar esta situación para anotarse una victoria geopolítica en contra de un acérrimo rival histórico (Carcedo, 2019). Curiosamente, el conflicto sirvió a los intereses estadounidenses y saudíes porque tuvo la capacidad de frenar y contener las intenciones iraníes por incrementar su influencia en la región a raíz de la victoria revolucionaria.

Como resultado directo de la guerra entre Irán e Irak, se presentaría la disminución de los intereses iraníes por “exportar su revolución”, ya que el precio de mantenerse a flote tras el conflicto fue bastante costoso tanto en el aspecto económico como en el sociopolítico. Esto provocó también que incluso durante la década de los años 90 Irán mantuviera un perfil bajo en la búsqueda por incrementar su poder e influencia regional de manera directa, ya que tenía el principal objetivo de reponerse de los estragos provocados por este conflicto. Es lógico entonces argumentar que esta situación resultó benéfica para Arabia Saudí, quien pudo, por el contrario, incrementar su propia influencia en la región, adoptando un rol de liderazgo al no tener un rival directo contra quien disputar este puesto.

Sin embargo, la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí volvería a recrudecer tras la invasión estadounidense a Irak en 2003 que pondría fin al régimen de Saddam Hussein. Durante los primeros años de la década del 2000, el gobierno estadounidense decidió invertir sus esfuerzos de seguridad en combatir contra el terrorismo proveniente del Medio Oriente que había causado graves daños civiles (atentados del 11 de septiembre del 2001 en Nueva York). Desde su propia consideración, una de las principales amenazas para la seguridad internacional era el régimen de Saddam Hussein, de quien se suponía estaba desarrollando en secreto armas de destrucción masiva. Esta suposición fue la justificación necesaria

para una intervención externa en Medio Oriente con el objetivo de derrocar a Saddam Hussein en Irak. Por lo tanto, según la consideración de varios autores, el año 2003 sentaría las bases de la rivalidad moderna del conflicto histórico entre Irán y Arabia Saudí, pues tras la eliminación del régimen de Hussein, el equilibrio de poder en el Medio Oriente (particularmente en la región del Golfo Pérsico) sufriría una alteración importante que permitiría el crecimiento de Irán como un actor regional relevante (Vesga, 2014).

Como ya se mencionó, el régimen de Saddam Hussein fue uno de los más férreos contrincantes de Irán, y tras su caída, la nación persa tuvo mayor facilidad para extender su influencia por el Golfo Pérsico. Esta situación activaría las alarmas en Arabia Saudí pues ahora tendría que hacer frente a los intereses del régimen iraní de expandir su influencia política en la región, algo que el régimen de Saddam Hussein se había encargado de frenar durante varias décadas (Dazi-Héni, 2013). Además, la caída del régimen de Hussein, produjo una inestabilidad política interna en Irak que tuvieron bien en aprovechar tanto Irán como Arabia Saudí para disputarse el control del país de manera indirecta mediante el apoyo a los grupos chiitas y sunitas al interior de Irak (Aristizábal Flores, 2015). Esta situación provocó una de las primeras confrontaciones sectarias modernas en la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán. Ambas naciones se disputaban no solo la oportunidad de mantener un aliado que sirviera a sus propios intereses. Arabia Saudí buscaba restablecer el cerco que representaba Irak ante los intereses iraníes, mientras que Irán por su lado podría incrementar su influencia y generar aliados regionales para que lo apoyaran en su pugna por el liderato regional.

En este escenario, la victoria le correspondería a Irán, pues la caída del régimen de Saddam Hussein también traería el declive de la facción iraquí del partido *Baaz*²⁸, que se había consagrado como uno de los más férreos opositores políticos al régimen iraní. Esta situación fue aprovechada por diversos grupos de tendencia chiita que lograron ascender al poder y se colocaron en posiciones

²⁸ El Partido Baaz Árabe Socialista (*Baaz*) es un partido político de corte nacionalista árabe y anti imperialista fundado en Siria en 1947. Este partido no se limitaba a un solo país sino que funcionaba como un partido panárabe con ramas en distintos países árabes como Irak, Yemen, Siria o Argelia. Curiosamente aunque su nombre menciona que es un partido socialista, la rama iraquí del partido tiene una tendencia de extrema derecha y además desde los años 60 se distanció de las demás ramas considerándose un partido paralelo que mantenía ideales relativamente similares como el panarabismo, aunque proponiendo distintas maneras para lograrlo. En Irak el ex mandatario Saddam Hussein perteneció a este partido, que gobernó junto a él durante su régimen entre 1979 hasta 2003. (Polk, 2006).

estratégicas del gobierno iraquí (Watkins, 2020). Bajo estas condiciones, Irán aprovechó para estrechar sus lazos con el nuevo gobierno implementando algunas políticas que le permitieran incrementar su influencia en Irak y al mismo tiempo reducir la de las potencias extranjeras, especialmente Estados Unidos. Entre estas estrategias estuvieron la de nutrir algunos grupos paramilitares (sobre todo con tendencia anti-estadounidense) con la excusa de reforzar la seguridad nacional de Irak; también se dedicó a establecer vínculos directos con grupos y partidos políticos afines al chiismo en Irak; o se propuso limpiar la imagen del gobierno iraní en Irak con actividades como la restauración de mezquitas en ciudades sagradas o el financiamiento a diversas organizaciones de caridad (Watkins, 2020).

La realidad es que Irán supo jugar bien sus cartas y aprovechó un escenario de conflicto donde no estaba involucrado, directamente, para obtener una ventaja e incrementar su influencia en la región, luego de años de estar contenida. Sin forzar su entrada en Irak, Irán ha utilizado el poder blando para favorecer su imagen y prestigio en su país vecino apoyándose de la diplomacia cultural y, en gran medida, de su herencia cultural y religiosa. Además Irán ha aprovechado la disputa sectaria (chiitas vs sunitas) para congraciarse con el gobierno iraquí en turno, de tendencia chiita, y crear un fuerte vínculo entre ambas naciones ante la amenaza que representa la mayoría sunita en el Medio Oriente. De esta manera la influencia de Irán ha ido creciendo en Irak a tal grado que luego de años de una fiera enemistad, en la actualidad mantienen una relación cordial, lo que representa una ventaja estratégica para los intereses de Irán en la región. De cierta manera, algunos autores señalan que Irán ha demostrado más aptitudes que las potencias occidentales para penetrar en la sociedad y la política iraquí (Watkins, 2020).

Pero, además de las propias estrategias implementadas por el gobierno iraní respecto a Irak, otro factor que jugó a favor de Irán en este escenario fue el sentimiento de rechazo por parte de la sociedad iraquí por la ocupación estadounidense. Tras los eventos acontecidos en Afganistán e Irak a principios de los años 2000, y manteniendo el discurso de que sus acciones estaban dirigidas a velar por la seguridad internacional en contra de la amenaza del terrorismo, Estados Unidos incrementó el número de intervenciones en Medio Oriente. Tras la invasión de Estados Unidos en Irak, se produjo el deterioro de la imagen de la nación norteamericana ante la opinión pública de Medio Oriente. Como resultado, se llevaron a cabo varias protestas en la región, al tiempo que diversos grupos se

alzaron en contra de las acciones de Estados Unidos. Asimismo, el entrometimiento del gobierno estadounidense en los asuntos del Medio Oriente provocaría, como consecuencia, que la nación norteamericana comenzara a ser identificada como la principal amenaza a la estabilidad regional. Estados Unidos incluso llegó a ser reconocido como un estado neocolonial, cuyo principal interés era el de satisfacer su voluntad y objetivos propios, a costa de la población del Medio Oriente.

En este contexto, Irán comenzó a conseguir mayor influencia por ser uno de los principales opositores a las intervenciones estadounidenses, y por presentarse como el promotor y defensor de los valores islámicos (sobre todo chiitas) frente a la amenaza de las potencias occidentales. Muchos de los países en la región comenzaron a vislumbrar a Irán como una nación que buscaba liberar al Medio Oriente del yugo de las potencias extranjeras, caso contrario a Arabia Saudí, quien era aliado de las potencias occidentales, por lo que su liderazgo regional no era percibido con los mismos ojos. Esta situación fue asumida como una amenaza directa por parte de Arabia Saudí, quien no quería perder su posición como potencia regional así que tuvo que pasar a la “ofensiva” con Irán. De esta manera ambos países transitaron de mantener una hostilidad meramente retórica e ideológica, a enfrascarse en un enfrentamiento (in)directo a través de guerras subsidiarias en varios de los puntos álgidos de conflicto de la región (Moya, 2018).

Sin embargo, a partir del año 2010 se presentaría otro parteaguas en la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí, pues durante el desarrollo de la Primavera Árabe, sucedieron eventos que terminaron por empeorar la relación que ambas naciones mantenían tras la caída del régimen de Hussein y la intervención estadounidense en el año de 2003. La Primavera Árabe es el nombre con el que popularmente se conoce a una serie de revueltas sociales que sacudieron en el Medio Oriente y el norte de África entre los años 2010 y 2012. Durante este movimiento, los regímenes autocráticos en naciones como Egipto, Libia, Túnez y Yemen cayeron, y dieron paso a diversos procesos de reconfiguración política y social en estas naciones (Masegosa, 2018). Desafortunadamente, la falta de organización y liderazgo formal en los movimientos sociales provocó que algunos de estos culminaran en levantamientos militares y conflictos armados, contribuyendo con la perpetuación de la inestabilidad política en la región.

En el contexto de la Primavera Árabe, tanto Irán como Arabia Saudí sufrieron los efectos indirectos de este movimiento social. Por un lado, Irán aprovechó la

situación y recurrió a la retórica para apoyar los levantamientos en contra de varios regímenes, aludiendo a que este movimiento social era una continuación de la revolución islámica que se inició en 1979 en Irán. Con esto el gobierno de Teherán buscó la posibilidad de apoyar la reconfiguración política de la región con miras a obtener mayor influencia, legitimando así sus aspiraciones por el liderazgo del Medio Oriente. Por su parte, Arabia Saudí contempló con preocupación el desarrollo del conflicto (Masegosa, 2018), pues la reconfiguración política en la región podría afectar directamente el *statu quo* que poseía. Por lo tanto, el gobierno de Riad puso como objetivo primordial tratar de frenar la oleada de levantamientos sociales para impedir que sucedieran cambios más grandes, que pudieran afectar su jerarquía política en la región.

Además, un evento directo que surgió a raíz de la Primavera Árabe y que intensificó el conflicto entre Irán y Arabia Saudí fue el caso del arresto (y posterior ejecución) del Jeque Nimr al-Nimr. El Jeque Nimr, fue un clérigo saudí de la rama chiita del islam que en más de una ocasión se mostró como un crítico en contra de las autoridades de Arabia Saudí. Cuando se desató la Primavera Árabe, el jeque Nimr aprovechó para mostrar su apoyo a las protestas nacionales en Arabia Saudí en contra de la familia real, y de su régimen (BBC, 2016). Como consecuencia las autoridades en Riad acusaron al jeque Nimr de ser un instigador, a favor del gobierno iraní, para desestabilizar al país. El jeque sería arrestado a mediados del 2012 por las autoridades saudíes, quienes justificaron su detención bajo la acusación de desobediencia a las autoridades y de sedición (HispanTV, 2016a). Posteriormente, el jeque Nimr sería sentenciado a muerte en 2014 y ejecutado finalmente a principios de 2016 (Espinosa, 2016).

Gracias al incidente del jeque Nimr, la relación entre Irán y Arabia Saudí llegó a un punto de extrema tensión pues por un lado el gobierno saudí acusaba a Irán de apoyar a Nimr con la finalidad de derrocar al régimen de la familia Al-Saud. Mientras que Irán aprovecho la situación para convertir en mártir al jeque Nimr, aludiendo que era una muestra más de las injusticias que el islam chiita debía sufrir ante la hegemonía sunita. Incluso el ayatolá Seyed Ali Jamenei (líder máximo de Irán) condenó la ejecución de Nimr y advirtió a las autoridades saudíes que “pagarían muy pronto este crimen” (HispanTV, 2016b). Si bien, las declaraciones del ayatolá no provocaron una confrontación directa, si sirvieron para potenciar la rivalidad y el deseo de “ajuste de cuentas” existente entre ambas naciones.

Por otro lado, también como resultado de los levantamientos sociales provocados por la Primavera Árabe, se presentaron los casos de diversas caídas de distintos regímenes por todo el Medio Oriente, lo que generó un vacío de poder en la región. Antes del año 2010 existía mayor distribución de poder entre distintos actores, entre los que destacaban países como Siria, Libia o Egipto; países que poseían capacidades comprobadas para contender por el puesto hegemónico en la región. Sin embargo, para finales del 2012 la mayoría de estos estados habían sufrido grandes cambios políticos y sociales que les obligaron a recapitular en la contienda hegemónica. De tal manera, se fueron eliminando varios candidatos por el puesto de hegemonía regional, al tiempo que se fueron fortaleciendo las aspiraciones de Irán y de Arabia Saudí, que de repente se encontraron como los dos estados con mayores capacidades para aspirar a este puesto. Como se puede observar, la Primavera Árabe fortaleció el escenario de bipolaridad en la región (Dazi-Héni, 2013) y contribuyó a intensificar la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán.

La intensificación de la rivalidad geopolítica entre los gobiernos de Riad y Teherán ha polarizado la actuación de distintos actores “secundarios” lo que refuerza la idea de la existencia de una nueva guerra fría en el mundo islámico. Manteniendo este esquema de bipolaridad, parecería que el futuro del Medio Oriente está condicionado por los conflictos entre actores subsidiarios. Por un lado Irán ha buscado fuertes aliados en el gobierno de Siria e Irak, así como en diversos grupos rebeldes como en Yemen o Bahréin, añadiendo además el apoyo de Hezbolá. Por su parte, Arabia Saudí ha formado su “bloque” aliándose con los estados miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)²⁹ (Alghunaim, 2014). Además de lo anterior, el escenario de confrontación de las dos principales potencias regionales (Irán y Arabia Saudí) se ha expandido a otras dimensiones, ya no solo las militares, promoviendo enfrentamientos en distintas áreas como la económica, política, energética y/o socio-cultural, por ejemplo (González del Miño, 2018). De tal manera que con los bloques aliados definidos, la rivalidad entre Arabia Saudí e Irán se ha intensificado en los años recientes.

La conclusión de la Primavera Árabe, ha abierto nuevas oportunidades de actuación y que posibilita la alteración de las estrategias tradicionales de política

²⁹ El Consejo de Cooperación de los Estados del Golfo (CCG) es una organización regional de Medio Oriente integrada por Arabia Saudí, Bahréin, Kuwait, Omán, Catar y los Emiratos Árabes Unidos. Su objetivo principal es la coordinación de la integración entre estos estados desde un nivel económico, principalmente, pero con miras también de una integración en el ámbito político y social.

exterior tanto para Irán como para Arabia Saudí (González del Miño, 2018). De tal manera, ambas naciones han propiciado la implementación de políticas exteriores que combinan acciones de poder duro y poder blando, es decir utilizan el poder inteligente, con el fin de beneficiarse y de incrementar su influencia y poder en la región. Así ambos países aprovechan las oportunidades que este nuevo escenario les brinda y combinan la influencia y capacidad de atracción que les provee tanto la retórica religiosa como la cultural (ej. Arabia Saudí como guardián de los lugares sagrados del Islam, e Irán como promotor de la revolución islámica) al tiempo que participan activamente en confrontaciones indirectas, muchas veces perpetuadas por ellos mismos, en toda la región.

3.2 El conflicto sectario en Medio Oriente: Sunismo vs Chiismo.

Como ya se mencionó anteriormente, el sectarismo constituye uno de los rasgos más distintivos del escenario político en el Medio Oriente, influyendo tanto en el orden interno como en la geopolítica regional (Baltar Rodríguez, 2021). Este sectarismo se adscribe a la rivalidad entre las dos vertientes emanadas del Islam: el sunismo y el chiismo. Estas dos vertientes del Islam han acarreado una enemistad milenaria pues son distintas en cuanto a la interpretación que le dan a la práctica religiosa, así como a las figuras importantes en el Islam. Asimismo, la marcada diferencia se presenta también en el escenario social, pues el sunismo es practicado por el 90% de los musulmanes a nivel mundial, mientras que el chiismo es apenas practicado por el 10% (aproximadamente) de los musulmanes. Con esta ventaja es lógico determinar que los sunitas han tenido ventajas económicas y políticas a través de la historia, mientras que los chiitas han tomado el papel de los marginados y oprimidos, sin embargo con los eventos surgidos en años recientes, esta configuración ha ido cambiando.

Ya se mencionó anteriormente que el origen de la división entre chiitas y sunitas tiene su origen en los conflictos que surgieron tras la muerte del profeta Mahoma en el año de 632 d.C. Estos conflictos se presentaron en el escenario de la disputa acerca del sucesor del Profeta, quien sería ungido como el nuevo líder espiritual y político de la *umma* (comunidad), esto debido a que Mahoma no había concebido un hijo varón que lo sucediera. Esta situación colocó a la naciente

comunidad musulmana frente a un vacío institucional, político y espiritual para administrar los problemas territoriales y de poder en las distintas provincias conquistadas (Der Ghougassian, 2015). De tal manera, para que la comunidad islámica perdurara, era necesario elegir al nuevo líder que podría guiar a la *umma*, el problema es que surgieron dos bandos que mantenían posturas opuestas respecto a quién debería ser el nuevo líder.

La disputa por la sucesión se dio entre dos bandos principales, aquellos quienes consideraban que su yerno Alí (y sus descendientes) eran los únicos legitimados para ocupar el liderazgo de los musulmanes, quienes formaron el “partido de Alí” (*Shiat Ali*) que eventualmente se convertiría en la denominación chiita. Por el lado contrario se encontraban aquellos que consideraban que el tema de la sucesión debía ponerse a deliberación entre los compañeros de Mahoma, basándose en la *sunna* (tradición que incluye el conjunto de dichos, hechos y comportamientos del Profeta) y no necesariamente en la sucesión sanguínea, este grupo eventualmente daría origen al sunismo (Holtmann, 2014; Der Ghougassian, 2015 y Hernández, s.f.). En un principio, tomaron ventaja los que consideraban que la sucesión no era cuestión de herencia sanguínea, y fue designado sucesor del profeta Abu Bakr, su suegro con el título de Califa (sucesor) (González Hernández, 2015b).

Entre los años 632 d.C. y 661 d.C. se dieron cuatro sucesores del Profeta: Abu Bakr, Omar, Osman y, finalmente, Alí. Durante el gobierno de los tres primeros Califas la división sectaria se mantuvo solamente desde una perspectiva ideológica, pero con el fallecimiento de Osman y la llegada de Alí al poder la situación tomo un trasfondo político. El grupo que nunca estuvo de acuerdo en que el yerno del Profeta fuera el sucesor mostró su descontento protagonizando dos rebeliones en contra de Alí. Este acontecimiento además provocó una tercera división de donde emergieron los jariyies (los que no están de acuerdo) y culminó con la derrota de Alí, que eventualmente sería asesinado en el año de 661, durante el rezo en la mezquita de Kufa (Hernández, s.f.). Tras la muerte de Alí, su principal enemigo Moawiya tomaría el puesto de Califa y comenzaría una persecución y enfrentamiento contra los aliados de Alí y descendientes del Profeta que terminaría en el año de 680 d.C. con la muerte en batalla de Hussain ibn Ali, nieto del Profeta e hijo de Alí (Der Ghougassian, 2015 y Hernández, s.f.).

Tras la muerte del último descendiente del Profeta se iniciaría formalmente la Gran División en el Islam, con el establecimiento de ambas vertientes, los sunitas que apoyaban a Moawiya y su califato, y los chiitas, el conjunto de individuos que se mantuvieron fieles a la designación de Alí como Califa y que se sintieron traicionados por el trato que habían sufrido los familiares del Profeta ante la pugna por el poder político. Asimismo, al establecerse los sunitas como una mayoría, iniciarían la institucionalización de la exclusión y persecución hacia los chiitas al considerarlos herejes (Der Ghougassian, 2015). Eventualmente, las diferencias entre ambas comunidades pasaron de ser hereditarias a convertirse en dogmáticas e interpretativas de los textos sagrados. Para los sunitas los hechos y dichos del Profeta, contenidos en el Corán eran indiscutibles. Por su parte los chiitas daban una interpretación más laxa y comenzaron a establecer la figura mesiánica del Imán³⁰, que además de ser el líder religioso también se convertiría en conductor en el terreno político (Hernández, s.f.).

Las diferencias existentes entre prácticas y tradiciones, así como su interpretación del Islam ha llevado a que varios autores consideren que la derivación de sunitas y chiitas se trate realmente del establecimiento de dos religiones profundamente diferentes que comprometen a sus seguidores en dos caminos completamente separados (Der Ghougassian, 2015). Estas marcadas diferencias, así como su posición como mayoría ha causado que los sunitas tilden de infieles y falsos creyentes a los chiitas, provocando otro tipo de problemáticas además de las religiosas (Holtmann, 2014). Como un ejemplo se puede mencionar la exclusión en la esfera política que sufren los chiitas en los países con mayoría sunita. También es importante mencionar que en los países sunitas, la minoría chiita por lo general pertenece a las capas más bajas de la población, sin contar con los mismos derechos que los sunitas (Hernández, s.f.).

Históricamente, los chiitas han sido víctimas de una persecución por lo que han tenido que adoptar técnicas de supervivencia y huir constantemente (Der Ghougassian, 2015). La marginalización y persecución de la que son víctimas los chiitas ha contribuido a que desarrollen un sentido de identidad basada en la historia compartida de abusos, rechazo, discriminación y exclusión. También contribuye en

³⁰ El chiismo contempla la existencia de 12 imanes sagrados, el último siendo Mohammed al-Mahdi, quién “desapareció” misteriosamente en el 873 d.C. y vive oculto desde entonces. Como herederos de los imanes surgirían los ayatolás que ocuparían la misma posición como líderes políticos y espirituales (mayormente) de la umma chiita (González Hernández, 2015b).

esta configuración identitaria particular la idea compartida de martirización que toma como principales referentes el sufrimiento del Califa Alí y su hijo Hussein. Bajo esta premisa, los chiitas han logrado conectarse con la idea de resiliencia y resistencia ante el sectarismo imperante que beneficia a los sunitas creando un entorno de cohesión entre el mundo chiita que muchas veces sobrepasa las diferencias nacionales entre los practicantes del chiismo (Holtmann, 2014).

Por su parte, los sunitas han visto reforzada su identidad al aceptarse como los practicantes del verdadero Islam. Sin embargo, la cohesión interna es mínima ya que existen varias derivaciones del sunismo que provocan una marcada tendencia a la diferenciación. Entre algunas de las denominaciones existentes se pueden mencionar el wahabismo y el salafismo, dos corrientes ultra conservadoras del sunismo que realiza críticas incluso al sunismo moderado por considerarlo blando. Este conflicto interno ha provocado que el sunismo presente cierta inestabilidad y al mismo tiempo ha favorecido el surgimiento de enemistades dentro de esta misma vertiente. Basta decir, por ejemplo que el wahabismo considera en el mismo nivel a los chiitas que a los sunitas moderados a quienes acusa de falsos creyentes, e hipócritas por no apegarse a las verdaderas enseñanzas del Profeta.

Este escenario de inestabilidad interna y falta de cohesión entre los practicantes del sunismo, ha sido aprovechado por los grupos chiitas que mantienen una identidad compartida y por lo tanto han adoptado una postura unificada bajo el liderazgo político y moral de Irán. Mientras que por su lado el sunismo presenta distintos liderazgos, aunque el más representativo es Arabia Saudí, pero con su particularidad pues en el reino saudí impera la corriente wahabista, lo que lo pone muchas veces en conflicto con otros países que profesan un sunismo moderado. De esta manera, el chiismo ha ido ganando terreno en los años recientes y ha crecido en influencia y poder en el escenario regional del Medio Oriente en detrimento del sunismo, que si bien sigue representando la mayoría, se desgasta frecuentemente por la existencia de estos conflictos internos.

Otro elemento que produce un conflicto en el seno del sunismo es la idea de la yihad global³¹. Bajo la idea de una necesidad de combatir contra las falsas

³¹ El termino yihad global es asociado, erróneamente, a una guerra santa que buscan llevar a cabo los practicantes radicales del Islam en contra de aquellos que no lo son. El significado literal de la yihad en el Islam se puede traducir como “esfuerzo” y hace referencia al combate espiritual que deben llevar a cabo los creyentes para resistir las tentaciones (Bakkali-Tahiri, 2018). Sin embargo, la

creencias (tanto del Islam como de otras religiones), así como sustentado en su aversión al cambio y su extremo conservadurismo (Der Ghougassian, 2015), los grupos fundamentalistas dentro del Islam han generado condiciones de conflicto contra todo aquel que no acepte o practique el verdadero Islam (en este contexto representado por el wahabismo o el salafismo) y por lo tanto ha creado grandes brechas entre los practicantes del sunismo. Esta situación ha provocado, además, grandes descontentos sociales que han impulsado levantamientos sociales por el mundo árabe enfrentando a los fundamentalismos sunitas contra las versiones más moderadas. Un ejemplo claro de esto se presenta durante la Primavera Árabe pues no solo se sucedió el enfrentamiento entre gobiernos sunitas vs protestantes chiitas, sino que también permitió el enfrentamiento entre los sunitas radicales vs los moderados (Laborié Iglesias, 2013).

Sin embargo, a pesar de los resquebrajamientos y divisiones internas de las que puede ser víctima el sunismo, la realidad es que en el panorama socio-político, religioso y económico los sunitas han sido mayormente beneficiados en detrimento de los chiitas. Desde el asesinato de Alí y Hussein, y el nombramiento de Moawiya como el nuevo Califa, comenzó el establecimiento del sunismo como la fuerza dominante en el Islam. Y esto no solamente se presentó en el aspecto religioso, sino como ya se mencionó, influía en distintos niveles. Incluso en la estructura social, pues se presentó el caso de que la mayoría de los practicantes del sunismo se organizaron en torno a las ciudades y asentamientos importantes en los países y reinos donde habitaban, mientras que los chiitas eran relegados a las zonas rurales en su mayoría (Saghieh, 2014). Históricamente, la estructura e institucionalización del dominio sunita se mantuvo en el Medio Oriente hasta la época moderna cuando la situación comenzó a cambiar.

Han sido tres los eventos importantes que han reconfigurado, de cierta manera, la relación existente entre sunitas y chiitas en la región. El primer caso se dio durante 1979, como resultado de la revolución islámica en Irán. Si bien durante la década de los años 60 y 70 ya había registros de militantes chiitas que se unieron o formalizaron distintos partidos radicales de oposición en países como Bahrén, Líbano o Irak (Saghieh, 2014), tras la revolución islámica la militancia y politización

interpretación de occidente le ha dado la connotación bélica a este término, algo que parece que a los grupos islámicos radicales no les afecta y se alinea con sus intereses.

chiita se incrementó en diversos países de mayoría sunita. Esta situación provocó una enorme fractura en la dinámica sectaria que había mantenido siempre el dominio de los sunitas frente a los chiitas (Der Ghougassian, 2014). Por primera vez, luego de los conflictos por la sucesión del Profeta, los chiitas sentían el derecho de luchar y escapar del yugo opresor al que los habían sometido los sunitas (y otras fuerzas extranjeras) durante tantos siglos. Con la referencia de Irán, el chiismo político adquirió mayor fuerza, sentando las bases del actual conflicto sectario.

El segundo evento que generaría un cambio en la dinámica entre sunitas y chiitas se presentaría como consecuencia de la invasión de la coalición liderada por los EE.UU. en Afganistán (2002) e Irak (2003). Esta invasión, provocó la caída del régimen Talibán en Afganistán y de Saddam Hussein en Irak. Ambos regímenes pertenecían a la denominación sunita, de hecho los talibanes mantienen creencias bastante radicales, similares a las que se presentan en el wahabismo. La caída de estos regímenes vino a establecer un vacío de poder y un desequilibrio que fue aprovechado por Irán, al menos en el caso de Irak, donde logró apoyar el establecimiento de un nuevo gobierno de corte chiita. Mientras que la ocupación estadounidense en Afganistán, generó un sunismo moderado en este país, que no significó una amenaza para las aspiraciones iraníes. Bajo este escenario, la influencia iraní y chiita se incrementó y presentó por primera vez un desafío al *statu quo* regional que había sido ampliamente dominado por la mayoría sunita (Saghieh, 2014 y Baltar Rodríguez, 2021).

El tercer evento que consideran varios autores como un punto fundamental en el recrudecimiento de la rivalidad sectaria entre sunitas y chiitas es la Primavera Árabe (2011-2014). Durante este periodo de revueltas y levantamientos sociales, los más afectados fueron los gobiernos sunitas. En este escenario, muchos de los grupos que protagonizaron estos levantamientos pertenecían al chiismo, y su objetivo era la de generar un cambio en las condiciones desiguales que mantenían los regímenes sunitas que gobernaban. También es importante mencionar que la mayoría de los regímenes que cayeron durante la Primavera Árabe fueron gobiernos sunitas, y aunque en muchos casos los grupos chiitas no ascendieron al poder, si es importante mencionar que estos grupos se fortalecieron nuevamente y han mantenido una postura de oposición que en años anteriores no era posible. La primavera árabe, reforzó el papel de los chiitas como una fuerza política importante

que puede oponerse al sunismo, y que, con el apoyo de Irán puede tener los medios para provocar un cambio más profundo en la estructura política regional.

Los grupos chiitas se han reforzado con el paso de los años, y se han convertido en una amenaza latente para el statu quo que mantenían los sunitas. No es coincidencia que con el ascenso de Irán, tras la caída del régimen de Saddam Hussein, también se esté levantando un “creciente chiita”. Y es que Irán ha aprovechado la inestabilidad que trajeron las potencias extranjeras para formar un frente cohesivo, abogando por la identidad chiita, con ellos a la cabeza. Los sunitas, por su parte no han tenido respuesta para frenar el rápido crecimiento de los chiitas, y es que como ya se dijo, no solo se enfrentan a este grupo, sino que en el mismo seno de la comunidad sunita existen distintas interpretaciones que provocan que no haya una cohesión e identidad definida tal y como si existe con el chiismo.

El conflicto sectario en el Medio Oriente es un tema complejo, pues a diferencia de otras regiones, la identidad religiosa es fundamental y también es la base sobre la cual se fundamentan diversos movimientos políticos. El tema es que, gracias al crecimiento que ha tenido Irán y Arabia Saudí en años recientes, estas naciones se han permitido impulsar el conflicto sectario como una suerte de confrontación subsidiaria que les permite seguir pugnando por el rol hegemónico sin realizar un enfrentamiento directo. En tanto esta disputa hegemónica se mantenga activa es lógico pensar que el conflicto sectario se va a mantener también. Sin embargo, nada está escrito y aunque las condiciones existentes permiten pensar que la rivalidad sunita y chiita seguirá creciendo y trasladándose a la arena geopolítica, todo puede cambiar con la intervención de los actores externos. Lo que sí es importante considerar es que, el chiismo como movimiento político ha crecido y está más fuerte que nunca, y los sunitas sienten esta amenaza a su modo de vida que mantuvieron durante siglos.

Capítulo 4: La utilización del poder inteligente en la disputa hegemónica del entre Irán y Arabia Saudí: el caso de Irán.

4.1 Capacidades y estrategias de poder blando iraní.

Al día de hoy, Irán es uno de los países que despierta más polémicas en el mundo, pues desde hace varios años ha sido percibido por los EEUU, junto a sus aliados más cercanos en Oriente Medio (Israel, Egipto y Arabia Saudí), como la mayor fuente de inestabilidad en esa región. Irán es considerado por Estados Unidos y sus aliados como un “estado canalla”, un promotor del terrorismo, y un componente del “Eje del Mal” (Halliday, 2007). En años recientes, Irán se ha convertido en una de las principales amenazas para occidente, según el gobierno estadounidense, principalmente por el programa nuclear iraní, y por el apoyo de Teherán a ciertos grupos extremistas en Medio Oriente que amenazan los intereses, y a los aliados, de Estados Unidos en la región (Wright, 2020). Además, Irán también ha ganado influencia regional por su importancia en el combate al Estado Islámico (Kirkpatrick, 2020), situación que ha provocado, como resultado, la disminución de la influencia de los aliados estadounidenses localizados en Medio Oriente.

Sin embargo, la rivalidad entre Irán y los EEUU, y sus aliados, no es una situación reciente. Irán ha sido el foco de la animosidad de Estados Unidos desde la caída del régimen del Sha Mohammed Reza Pahlavi (apoyado por el gobierno de los EEUU) en 1979 con la Revolución Iraní (Yazdani y Hussain, 2006). Esta revolución significó un parteaguas en la historia iraní, y propuso un cambio de paradigma para el gobierno de Teherán. En primer lugar, la Revolución Iraní propició que el país fuera visto como un “enemigo” para el bloque capitalista y, que se convirtiera en una amenaza latente para los intereses de las potencias occidentales en el Medio Oriente.

Por otro lado, la instauración de una República Islámica tras la revolución significó una fuente aspiracional para muchos de los países de la región en la búsqueda de disminuir la influencia de potencias externas en los respectivos países. Esta situación además se vio potenciada por los ideales que el gobierno iraní quiso exportar, como una política fundamentada en mantener la integridad territorial, primar la seguridad nacional y promover el desarrollo sostenible. Esta nueva estrategia de Irán, evidentemente, no fue recibida con agrado por parte de las

potencias occidentales, quienes no querían perder su influencia en la región y quienes mantenían intereses económicos. Ante esta situación, las potencias occidentales implementaron diversas medidas para frenar el crecimiento del Irán posrevolucionario. Esto trajo como resultado que, a partir de 1979, Irán haya tenido que sortear varios obstáculos, tanto internos como externos en la región del Medio Oriente para mantenerse de pie.

Por ejemplificar algunos, entre 1980 y 1988, Irán mantuvo una intensa, larga y cruenta guerra contra su vecino Irak que tuvo resultados catastróficos en el aspecto humanitario y social. Por otro lado, al norte de Irán existe una amenaza latente por las animosidades existentes entre Azerbaiyán y Armenia (disputándose el territorio de Nagorno-Karabaj), y el posible involucramiento de Turquía en este conflicto. También ha tenido que hacer frente al CCG, que lidera Arabia Saudí, que si bien no es una amenaza militar, lo representa en el aspecto económico. Esto sin mencionar además las severas sanciones económicas que se le han impuesto a Irán lo que le complica el establecer relaciones comerciales con muchos países. Además, hay que tener en cuenta la guerra mediática de la que ha sido víctima, y que ha ocasionado que en occidente se mantenga una imagen negativa de Irán.

Con lo anterior, es posible señalar que Irán se encuentra en una posición bastante desfavorable, tanto en la cuestión geopolítica como socio-económica, a nivel regional y global. No solo tiene como principal enemigo a la potencia hegemónica mundial (Estados Unidos) y a sus aliados, sino que también tiene escenarios a nivel regional que presentan una amenaza latente como el caso de Arabia Saudí. Bajo este escenario complicado, Irán ha tenido que adaptarse y decantarse por la utilización de su poder blando, mediante la persuasión y la atracción, para lograr alcanzar poder e influencia en la región, así como cumplir con sus objetivos de política exterior (Feizi, 2018). Si bien, Irán no ha dejado de lado la utilización de la fuerza como un instrumento de política exterior, la realidad es que el gobierno de Teherán le ha dado mayor relevancia a la utilización del poder blando, sobretudo porque le supone un menor riesgo considerando las amenazas latentes que existen en su entorno.

Con esto en mente, hay que señalar que no es poca la capacidad que posee Irán para emitir poder blando. Si bien en años recientes se le ha catalogado como un país conflictivo y agresivo, siendo constantemente criticado por su comportamiento en el escenario internacional, la realidad es que Irán posee

bastantes elementos que le facilitan su utilización del poder blando. En este sentido, desde la perspectiva de los autores Mirmohammad Sadeghi y R. Hajimineh (2019), el poder blando iraní está fundamentado en tres pilares principales. En primer lugar su historia y cultura, a razón de ser una cultura milenaria (cultura persa³²), lo que le ha permitido impactar de manera significativa en las regiones aledañas a través de los años. Por ejemplo, el lenguaje farsí tiene vínculos con las lenguas habladas en países como Afganistán o Tayikistán (Feizi, 2018). Además, el turismo, los eventos culturales, así como la arqueología o la diplomacia cultural son también una importante fuente de atracción para Irán³³. En este mismo contexto, la diáspora iraní ha jugado un rol importante para este elemento, pues hay estimaciones que mencionan acerca de cinco millones de iraníes que se encuentran viviendo alrededor del mundo, y que han tenido un papel importante en la promoción de la cultura persa en sus lugares de residencia.

El segundo pilar que señalan Sadeghi y Hajimineh respecto al poder blando de Irán es su visión política. Irán se ha caracterizado por poseer un sistema político “único” en el mundo, surgido de un movimiento social tan importante como lo fue la Revolución iraní de 1979. El sistema político que surgió tras la revolución es considerado un sistema híbrido que adapta conceptos de una democracia religiosa, por lo que el Islam juega un rol fundamental. Esta situación le ha otorgado al sistema político iraní un gran poder de atracción sobre todo para las personas que profesan el Islam de manera mas ortodoxa y que buscan que exista un mayor involucramiento del Islam en las cuestiones políticas de sus respectivos países. Asimismo, considerando que el modelo político de Irán distinto a todos los que hay

³² En el territorio actual de Irán, se desarrollaron varias culturas a lo largo de la historia, por lo que se considera a Irán como una de las cunas de las civilizaciones. La primera civilización de la que se tiene registro en lo que es actualmente Irán es la civilización Proto-elamita, surgida entre los años 3200 y 2700 a.C., casi tan antigua como las civilizaciones Mesopotámicas. Sin embargo, tal vez la civilización más famosa que se estableció en el territorio actual de Irán sería la civilización persa, que surgiría aproximadamente hasta el siglo VII a.C. en el sur de la actual nación. Esta civilización formaría el primer imperio supranacional de la historia, llegando a abarcar tres continentes (Europa, Asia y África), mucho antes que lo lograran los griegos o los romanos. La cultura persa es además el origen del zoroastrismo (religión que aún se practica en el mundo) y de la lengua farsí (lengua oficial de Irán) (BBC, 2009).

³³ Al ser cuna de una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad, Irán cuenta con 19 sitios reconocidos por la UNESCO como patrimonio de la humanidad. Estos sitios destacan por mostrar el amplio legado multiétnico y religioso de las diferentes civilizaciones que se desarrollaron en el territorio iraní a lo largo de la historia. Estos sitios son una fuente invaluable de conocimiento sobre el arte, la religión y la arquitectura. Algunos de los sitios más populares y que atraen más visitantes anuales son la plaza de Naqsh-e Yahán y las ruinas de la ciudad de Persépolis (Sadeghi y Hajimineh, 2019).

en la región, este constituye una fuente aspiracional y que se muestra como una posible alternativa respecto a otros más tradicionales que no han “funcionado” de manera adecuada en los países del Medio Oriente, lo que le añade otro grado de atracción.

Finalmente el tercer pilar del poder blando iraní que mencionan Sadeghi y Hajimineh (2019) es su política exterior basada en los valores islámicos. La política exterior iraní tiene como uno de sus ejes centrales la protección de todos los musulmanes alrededor del mundo, así como la divulgación y promoción de los valores islámicos. Este objetivo de política exterior, que incluso está plasmado en su constitución, le otorga a Irán un rol, autoimpuesto, de defensor del mundo musulmán sobre todo ante las amenazas que representa el occidente. Esto no en un sentido de conflicto bélico o de amenaza contra aquellos que piensan distinto (o quienes no profesan el Islam), sino en contra de aquellas potencias que amenacen al mundo musulmán intentando dominarlo e influir en él para exterminar su cultura. Esto podría explicar la animosa relación que existe entre Irán y los Estados Unidos, a quienes ven como una amenaza latente para el mundo musulmán.

Lo interesante de este tercer punto es que, aunque sea un rol autoimpuesto, varios países que profesan el Islam lo ven desde una óptica positiva, considerando la labor de Irán como una necesaria para preservar los valores islámicos en el mundo. Sobre todo en un contexto global donde esta religión es fuertemente vinculada con ideales de violencia, extremismo y terrorismo. Además, a diferencia de otros actores que también podrían asumirse como protectores del Islam (Arabia Saudí o Egipto), Irán ha manejado una fuerte postura de no dejarse influenciar ni amedrentar por las potencias extranjeras. Bajo este contexto, Irán se ha colocado como una importante fuente de resistencia ante los intentos de opresión sobre el mundo musulmán, adoptando la imagen de una nación firme, competente y desafiante ante la constante presión de las naciones de occidente, un rol que sin duda le ha generado un prestigio invaluable (Paunic, 2016 y Tamdemir, 2017).

Ahora, a partir de los tres pilares fundamentales del poder blando iraní es posible vislumbrar los componentes centrales que conforman la identidad de Irán. Como ya se discutió previamente, la identidad de un Estado es un elemento importante en sus acciones pues es la principal influencia en los objetivos que un actor va a buscar alcanzar. Además, la identidad es determinante sobre el tipo de relaciones que un actor va a llevar con otros. Lo que es importante mencionar, es

que las identidades de los Estados son complejas, ya que están formadas de múltiples factores y niveles que muchas veces se entrelazan. En el caso de Irán, es posible identificar cuatro “niveles” fundamentales que le dan sentido a la propia identidad de esta nación y que permiten comprender mejor su conducta en el escenario global. De acuerdo con el autor Hiva Feizi (2018) los cuatro niveles de la identidad iraní son: la identidad persa, la identidad islámica, la identidad revolucionaria y la identidad moderna.

El primer nivel, a partir de la identidad persa, Irán se asume como heredero de una gran civilización antigua que tuvo un enorme impacto, tanto cultural como social, en la historia de la humanidad. La identidad persa se conforma con base en un conjunto de valores sociales, tradiciones, creencias e ideales que también le permiten un acercamiento con sus países aledaños, al asumirse como líder de una identidad compartida. Esto porque si bien el Imperio Persa se originó en el sur del actual Irán, los alcances de esta civilización llegaron por toda Asia Central, al Cáucaso y el norte del subcontinente indio (Feizi, 2018). Además la identidad persa puede ser la responsable del espíritu combativo de Irán hasta el día de hoy, considerando que desde siglos atrás ha sido una civilización que se encuentra bajo ataque constante del exterior. Esto también le otorga un sentido de resiliencia y de excepcionalismo a Irán, según Feizi, al tomar en cuenta que esta población ha sobrevivido a distintas amenazas a lo largo de la historia y que siempre han sabido sobreponerse a ello.

El segundo nivel que propone Feizi, sobre la identidad islámica en Irán juega un papel importante para comprender sus intentos por asumir un rol hegemónico en la zona. Esta identidad puede ser vista, además, desde dos perspectivas, su identidad en el medio Oriente, y su identidad hacia el exterior del Medio Oriente. Para empezar, hay que partir de la idea del sectarismo islámico, donde la misma religión hace la distinción entre dos corrientes ideológicas confrontadas: el chiismo y el sunismo. En el caso de Irán, se asume como el líder ideológico del islam chiita en el mundo musulmán y por lo tanto esto le otorga un rol importante como el “líder de los oprimidos” en Medio Oriente, entendiendo que el sunismo ocupa casi el 90% de los practicantes del islam, y por lo tanto aquellos que se apegan a la corriente chiita son minoría en muchos países (ver imagen 6). Gracias a su estatus de minoría, la población chiita es frecuentemente excluida y marginada en muchos países donde incluso se establecen legislaciones que terminan afectando a los que practican esta

denominación del Islam. Con este escenario, Irán se alza como el líder que apoya y que quiere demostrar que, aunque minoría, el chiismo es capaz de plantar cara al sunismo.

Respecto a la cara externa de la identidad islámica, esta se adapta a la concepción de Panislamismo, una idea que busca crear lazos entre el mundo musulmán, sin importar la corriente, para oponer resistencia ante las civilizaciones hegemónicas de occidente (Said, 2009). Este sentimiento parte de la sobre como de las civilizaciones de occidente han visto al Islam como un enemigo, y han incurrido en distintos abusos (políticos, sociales y culturales, por ejemplo) en contra de los musulmanes a lo largo de la historia. Además también se fundamenta en la idea de que el sistema económico y político actual está inclinado a favor de occidente, y cualquier grupo externo a esta idea de “civilización occidental” se ve perjudicado. Por lo tanto, Irán se ha alzado como uno de los principales opositores al régimen internacional creado por las potencias hegemónicas. En este sentido, Irán se ha autoproclamado como el promotor de la unidad islámica, y en el mismo sentido se considera como el principal líder de la resistencia ante la opresión de occidente, a la par que se da a la tarea de criticar y cuestionar las capacidades de los países de mayoría sunita que no han logrado unificar al mundo islámico y que tampoco han escapado de la influencia de los países occidentales (Paunic, 2016).

El tercer nivel de la configuración identitaria de Irán se recarga en los resultados socio-políticos obtenidos en la revolución de 1979. Si bien, la milenaria cultura persa, y la religión musulmana son dos factores claves de la identidad Iraní, la Revolución de 1979 añade otra capa, al otorgar a la población iraní con un sentimiento de excepcionalismo y singularidad. En ningún otro país del mundo se ha dado un caso exitoso de una revolución que devenga en una democracia teocrática como en el caso de Irán. Por esta razón, la identidad revolucionaria de Irán ocupa un peldaño importante para la creación de una imagen nacional, que se complementa perfectamente con las dos ideas mencionadas anteriormente.

Pero no solo es la narrativa y la distinción de tener una revolución exitosa de corte islámico lo que le genera prestigio a Irán, sino el sistema político que emergió como resultado de este conflicto. Incluso, en la constitución iraní se marcan claramente cuatro principios que son fundamentales para comprender el comportamiento de Irán en el escenario global, y que determinan claramente su línea a seguir en su política exterior. En este sentido los cuatro principios pueden

ser resumidos de la siguiente manera: 1) El rechazo a toda forma de dominación proveniente del exterior; 2) la preservación de la independencia y de la integridad territorial iraní; 3) la defensa y protección de todos los Musulmanes (tanto dentro como fuera de Irán), y; 4) el mantenimiento de relaciones pacíficas con los Estados que no busquen conflictos con Irán (Feizi, 2018).

La identidad revolucionaria también le otorga a Irán uno de sus principales objetivos de política exterior: la exportación de la revolución (Sadeghi y Hajimineh, 2019). Sin embargo, hay que dejar claro que esto no se refiere propiamente a la exportación física o material de la revolución sino a la exportación de los valores revolucionarios, en un sentido cultural e ideológico. Valores revolucionarios tales como: rechazo global al desarrollo económico impuesto desde occidente, la dominación extranjera, exigencia de terminar con la dependencia, cesar la corrupción, reactivar el Islam; pero además buscar perseguir otro modo de vida, de establecer nuevas relaciones con Occidente, con los países árabes y con Asia y, en definitiva, una liberación de todo aquello que marca la presencia de las hegemonías planetarias (Raffin, 2021). El interés de Irán por expandir estos valores más allá de sus fronteras, tiene el objetivo de incidir en el comportamiento y las acciones de otros actores, con miras de modificar, dentro de sus posibilidades, las relaciones asimétricas de poder existentes (Tamdemir, 2017).

El cuarto nivel que menciona Feizi tiene que ver con la identidad moderna de Irán, algo que podría parecer bastante contradictorio tomando en cuenta que dos de sus principales fuentes de identidad se extraen de situaciones históricas o de una herencia cultural. Sin embargo, contrario a lo que muchas personas podrían imaginar, el gobierno iraní ha buscado la manera de crear una modernización (de corte islámico) de la República Islámica basándose en la industrialización, la centralización del poder, reformas a la *sharia* para relajar ciertas restricciones de corte religioso, a la par que busca alejarse de otros elementos clásicos de modernización como lo son el capitalismo, el secularismo, el individualismo o el consumismo (Paunic, 2016 y Feizi, 2018). Estos cambios que ha implementado el gobierno iraní han servido para mejorar su imagen, pasando de ser una República arcaica para autoproclamarse el futuro del Islam (Paunic, 2016).

Ahora con todo lo analizado en los párrafos anteriores queda claro que Irán posee diferentes instrumentos que fortalecen su poder blando, desde los ideales y el prestigio adquirido por la revolución de 1979, su milenaria cultura y tradición persa,

su posición como líder del Islam chiita, entre otro. Estos elementos le permiten al gobierno iraní crear y fortalecer vínculos sociales, políticos y culturales con algunos de sus vecinos (Paunic, 2016). Al mismo tiempo el crecimiento de la presencia iraní en la región le ha permitido limpiar la imagen negativa que se ha generado en su entorno en gran parte por la narrativa que han creado países como Estados Unidos, Arabia Saudí, Israel, entre otros. Gracias a este nuevo escenario que se le presenta, el principal interés de Irán en los últimos años ha sido el de incrementar su rol regional y global, promoviendo sus ideales, para crear una red de relaciones multilaterales (sobre todo con los países musulmanes), reducir la tensión con otros actores (especialmente los que lo perciben como una amenaza) y conformar un marco de paz y seguridad regional que le permitan competir en contra de Arabia Saudí por el rol hegemónico en el Medio Oriente (Zarif, 2014).

Como ya se mencionó, Irán ha creado una estrategia bastante específica sobre cómo implementar el poder blando en el Medio Oriente para seguir incrementando su influencia en la región. Uno de los puntos centrales de esta estrategia es utilizar la diplomacia cultural, concepto que, según el autor estadounidense Milton C. Cummings, se refiere a la aplicación de políticas culturales que un estado dirige hacia otros países a través del intercambio frecuente de ideas, información, cultura, religión y las artes con la intención de generar atracción y mejorar su imagen y prestigio (citado por Wastnidge, 2015). Bajo esta definición entonces es pertinente señalar que las funciones de la diplomacia cultural aplica Irán tienen como objetivo principal la promoción del intercambio cultural, dar mayor exposición de la cultura iraní/islámica en el mundo, desarrollar relaciones culturales con otros estados y organismos internacionales, así como colaborar por el bienestar del Islam entablando diálogos y promoviendo el acercamiento con otras civilizaciones y religiones (Sadeghi y Hajimineh, 2019).

Haciendo un análisis de lo anterior, se puede señalar, entonces, que la estrategia de diplomacia cultural de Irán funciona en dos niveles, el nivel religioso (Islam) y el nivel cultural (cultura persa). Esto quiere decir que el gobierno de Teherán juega con estas dos caras de una misma moneda, según le convenga, para crear vínculos de beneficio con otros actores. Tomando en cuenta lo anterior, en su relación con países externos al Medio Oriente y ajenos al Islam es más probable que Irán busque una mayor promoción de su aspecto y sentido cultural, aludiendo a su herencia pérsica. Sin embargo, incluso con los países que prediquen el Islam,

pero que tienen lazos culturales significativos con Irán, es probable que el gobierno iraní busque promover estos lazos en lugar del aspecto religioso. Por ejemplo, Irán mantiene un vínculo cultural importante con algunos de los países localizados en Asia Central (que en muchos casos también predicán el Islam en mayor o menor medida), por lo que ha propiciado mayormente la promoción de afinidades pérsicas³⁴ con respecto al lenguaje, las creencias y/o tradiciones históricamente compartidas (Mandaville y Hamid, 2018).

Por otro lado, en su relación con los países que profesan el Islam, es más probable que utilice el factor religioso. Y ya se mencionó como este factor tiene dos claras distinciones desde una perspectiva regional: el nivel interno y el nivel externo. En el nivel interno Irán busca, predominantemente, crear vínculos con los musulmanes chiitas en Medio Oriente proclamándose el protector de esta minoría en el mundo musulmán (Mandaville y Hamid, 2018). Desde esta posición Irán se ha encargado de mostrar una postura como favorecedor y salvador de los desprotegidos tomando el liderazgo para reclamar por condiciones de igualdad en contra la mayoría sunita en el Medio Oriente³⁵. Curiosamente, desde su cara externa en cuanto al Islam, Irán ha buscado la unidad de la umma (comunidad) islámica, a través de una postura pan islámica y anti estadounidense, dejando de lado el sectarismo que viven los países musulmanes (González del Piño, 2018). Desde esta postura, Irán ha sido uno de los principales motores de un “nuevo despertar” islámico, donde se ha generado una mayor conciencia y sentimiento de pertenencia entre las sociedades islámicas y árabes (Mohagheghnia, Sharafi y Rabiee, 2017).

Además, ha sido tanto el interés por parte del gobierno de Teherán de utilizar la diplomacia cultural como un factor que le permita llegar a otras regiones e incrementar su presencia (al menos cultural) en el mundo, que se ha encargado de establecer agencias y organismos especializados con la única finalidad de dirigir estos esfuerzos. El principal organismo encargado de la diplomacia y promoción

³⁴ Hay que recordar que la cultura persa tuvo un impacto importante en Asia Central gracias a la expansión y conquistas de diversos territorios por el imperio aqueménida, por lo que algunos de los países que conforman esa región tienen una clara herencia persa. Un claro ejemplo es el idioma, donde se ha encontrado que existen vínculos entre el farsí (idioma actual de Irán) con las lenguas habladas en los países de Asia Central.

³⁵ A través de este tipo de estrategias y retóricas, Irán ha dirigido la creación de un arco de influencia chiita, abarcando a la población chií de países como Irak, Siria, Líbano, Bahrein y Yemen, con el objetivo de fortalecer su dominio regional (González del Piño, 2018).

cultural de Irán en el exterior es la Organización Islámica para la Cultura y las Relaciones (ICRO, por sus siglas en inglés). La ICRO, a su vez, está afiliada al Ministerio de Cultura y Guía Islámica (MCIG por sus siglas en inglés). Estas dos instituciones poseen la importante función de promocionar los lazos culturales de Irán con otras comunidades, buscar la justa representación de la cultura y civilización iraní, propiciar la unidad musulmana, compartir los valores revolucionarios islámicos, restaurar y promocionar la enseñanza de la cultura islámica en por el mundo, entre otros a través del establecimiento de oficinas en distintos países para facilitar su vinculación con la diáspora iraní y con el mundo musulmán (Paunic, 2016 y Sadeghi y Hajimineh, 2019). Para esto, la ICRO también se ha encargado de organizar diversos eventos culturales, a la par que se ha asociado con diversas editoriales para realizar publicaciones en varios países (Paunic, 2016).

La ICRO y la MCIG también tienen una fuerte injerencia en el desarrollo de estrategias enfocadas en el sector para la promoción cultural de Irán. Una de las estrategias más importantes y exitosas³⁶, por ejemplo, ha sido la de la atracción de estudiantes extranjeros hacia las universidades iraníes. De esta manera, los estudiantes al graduarse pueden convertirse en importantes embajadores culturales para la república islámica lo cual es visto como un aspecto positivo (Mohagheghnia, Sharafi y Rabiee, 2017). Pero no solo esto, el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Desarrollo iraní se ha encargado de abrir cursos en universidades extranjeras, destacando Emiratos Árabes Unidos, Armenia, Pakistán, Tayikistán y Malasia. Al mismo tiempo, algunas universidades iraníes han creado acuerdos con universidades en Irak y Afganistán para la creación de proyectos en conjunto enfocados en el desarrollo de ciencia y tecnología (Sadeghi y Hajimineh, 2019).

Otra estrategia para la promoción cultural iraní ha sido la de crear fuentes informativas que permitan conocer de primera mano lo que acontece en Irán, sin la necesidad de intermediarios. Para esta tarea se ha creado, por ejemplo, la compañía de radiodifusión de la República Islámica de Irán. El Estado iraní también tiene bajo su administración canales de televisión dirigidos a las comunidades chiitas en el mundo árabe, *Al-Alam* y *Al-Kowthar*, a la par que cuenta con dos

³⁶ Según datos oficiales, en 2018 habían aproximadamente 55,000 estudiantes extranjeros inscritos en universidades iraníes entre los cuales 27,000 se encontraban estudiando en universidades públicas (Sadeghi y Hajimineh, 2019).

canales dirigidos a la difusión internacional, uno en inglés, *PressTv* y uno en español, *HispanTV* (Paunic, 2016). En cuanto a la prensa escrita, Irán publica aproximadamente seis periódicos, tanto en inglés como árabe, que están dirigidos a los ciudadanos de otros países, abarcando Europa, la región de Norteamérica, Asia y África (Sadeghi y Hajimineh, 2019). Si bien, es cierto que estas fuentes están sesgadas, pues son dirigidas por el estado iraní lo que permite sospechar que parte de la información que se comparte no es totalmente objetiva, es posible señalar que esto representa una cara contraria al constante bombardeo mediático negativo sobre Irán que se comparte en la mayoría de las fuentes de información occidentales.

Tomando como referencia la idea anterior, este constante bombardeo mediático que muestran aspectos negativos de Irán ha provocado que la república islámica se encuentre enfrascada desde hace varios años en una “guerra blanda” en contra de las naciones occidentales (Sadeghi y Hajimineh, 2019). El concepto de “guerra blanda” es elaborado por Wastnidge (2015) para referirse al conflicto narrativo que contrapone a las potencias occidentales en contra de Irán. En este sentido se refiere mayormente a la guerra mediática y de información que propaga occidente en contra de Irán buscando desprestigiar a la república islámica. Irán por su parte utiliza las herramientas de poder blando a su alcance para contrarrestar estos ataques. De aquí proviene su nombre de guerra blanda, ya que hace referencia a un conflicto que enfrenta las capacidades de poder blando entre dos (o más) actores³⁷. Ahora bien, a pesar de que su imagen es constantemente atacada con todas las implicaciones que eso conlleva, no todo es tan malo para Irán, pues el gobierno de este país ha sabido capitalizar, de alguna manera, esta guerra blanda para insertarla en su narrativa de resistencia y resiliencia ante los intentos de opresión e imposición por parte del mundo occidental hacia el mundo musulmán.

Por otro lado, y haciendo alusión a la milenaria civilización persa, Irán también ha implementado varias estrategias que tienen como foco principal la cultura, tal es el caso concreto de la iniciativa llamada Diálogo entre Civilizaciones.

³⁷ Es interesante señalar que esta conceptualización que realiza el autor Edward Wastnidge tiene elementos bastante similares al concepto de poder agudo establecido por los autores Christopher Walker y Jessica Ludwig (2017). Sin embargo, la diferencia principal es que mientras el poder agudo se refiere concretamente al uso de la tecnología y los medios de comunicación para generar narrativas convenientes, la guerra blanda no se limita a utilizar únicamente estas herramientas. Es solo que en este caso concreto, el conflicto se genera a partir de estos instrumentos.

Esta iniciativa, surgida a principios de la década de los 2000 como una estrategia gubernamental, sigue manteniendo relevancia como una estrategia que aplica el la república islámica para tratar de mejorar su relación con el mundo árabe³⁸ sobre todo sin caer en el sectarismo frecuente de chiitas contra sunitas (Mandaville y Hamid, 2018). Esta iniciativa busca hacer énfasis en la necesidad de cooperación y entendimiento entre culturas, en lugar de caer en relaciones de conflictos (Wastnidge, 2015). Sin embargo, el “Diálogo entre Civilizaciones” ha sido utilizado por Irán principalmente para generar mayor apego con los Estados a quienes considera también son herederos de grandes civilizaciones (Italia, Egipto, México o la India, por ejemplo) lo que puede generar una idea de exclusión que vence el propósito para la cual fue creada esta iniciativa (Wastnidge, 2015 y Mandaville y Hamid, 2018).

Otro elemento de poder suave que prima como una estrategia importante de Irán, en el Medio Oriente concretamente, está relacionado con el vínculo religioso. En años recientes el gobierno iraní ha realizado un gran esfuerzo para financiar la restauración de templos y ciudades consideradas sagradas en el Islam. Esta situación es un fuerte incentivo para el turismo religioso (y turismo en general) ya que al restaurar estos lugares sagrados se despierta el interés de los visitantes por conocerlos. En este mismo sentido, las restauraciones que el gobierno de Teherán ha patrocinado han creado el escenario adecuado para la promoción de peregrinajes a distintas ciudades y puntos sagrados en Medio Oriente, tanto en Irán como en otros países. De esta manera el gobierno de Teherán ha cooperado en conjunto con las autoridades religiosas de los distintos países en los que están involucrados, para facilitar el tránsito mediante estrategias como la expedición de visas en acuerdos bilaterales con algunos países (Watkins, 2020).

Un ejemplo concreto de las estrategias de restauración y promoción del peregrinaje que ha utilizado Irán se puede apreciar en la nación vecina de Irak. Tras la caída del régimen de Hussein en 2003, y hasta la fecha, Irán ha invertido y

³⁸ Es importante señalar que Irán no es un país árabe. Aunque el concepto de árabe se utiliza frecuentemente como sinónimo de habitante del Medio Oriente o como practicante del Islam, la realidad es que este término designa a un grupo étnico específico que comparte una lengua (el árabe) y una cultura particular. Aquellas personas que practican el Islam se les puede llamar musulmanes, y pueden pertenecer a una variedad distinta de etnias y culturas, no solo la árabe. Por otro lado, si bien, en Irán si existen árabes, la mayoría de la población (aproximadamente un 60%) pertenece a la cultura persa y habla farsí, por lo que Irán se asocia más con esta cultura (El Orden Mundial, 2020).

apoyado en más de 200 proyectos de restauración de algunos lugares sagrados en Irak como en las ciudades de Karbala, Samarra, Najaf, Musayeb o Kadhemiya (Watkins, 2020). Al mismo tiempo se han coordinado esfuerzos con las autoridades religiosas chiitas en Irak para facilitar y promocionar el peregrinaje a este país. Según estimaciones, también desde 2003, se han contabilizado un aproximado de nueve millones de iraníes que anualmente realizan peregrinajes a sitios sagrados o de importancia religiosa en Irak (Watkins, 2020). Además de fortalecer los lazos entre ambos países y mejorar la imagen de Irán en Irak, un elemento extra que ha generado esta estrategia es la estimulación de la economía en Irak (Paunic, 2016).

En relación a lo anterior, Irán también ha aprovechado la estrategia de reparación y peregrinaje para enviar un mensaje de unidad islámica, dirigido sobre todo a las comunidades chiitas. Utilizando la cultura islámica, Irán ha logrado crear una red religiosa de suma importancia vinculando mezquitas, autoridades clericales y la comunidad islámica, lo que le ha permitido lograr un mayor alcance en la difusión de su mensaje de liderazgo, llegando a diversos países tanto dentro como fuera de Medio Oriente (Cakmak, 2015). Aludiendo también al chiismo, el gobierno de Teherán ha logrado proyectar una imagen de unidad necesaria para hacer frente a las tribulaciones a las que se enfrentan los creyentes de la rama chiita al ser una minoría evidente viviendo bajo el dominio de una mayoría sunita que en bastantes ocasiones tiende a ser bastante excluyente. Así, sin importar el país de origen, muchos musulmanes chiitas comparten la urgencia de crear un contrapeso al dominio sunita. Esto evidentemente indica que el discurso iraní, por su enfoque religioso, tiene el poder trascender más allá de la nacionalidad e incluso los musulmanes chiitas en países como Arabia Saudí logran sentir un fuerte apego con los ideales expuestos desde Irán, por irónico que parezca.³⁹

Por otro lado, como uno de los pilares fundamentales de la política exterior de iraní y una de las mayores fuentes de poder blando, Irán utiliza el discurso de la revolución islámica de 1979 para generar atracción en otros países. En los años posteriores a la victoria de la revolución, los ciudadanos iraníes comenzaron a formar, de manera espontánea, “grupos revolucionarios” donde compartían sus experiencias con personas alrededor del mundo. De esta manera el espíritu

³⁹ En relación a esta idea, en una entrevista televisiva transmitida en 2006, el expresidente de Egipto Hosni Mubarak expresó que los chiitas en el Medio Oriente solían ser más leales a Irán que a sus propios países (citado por Cakmak, 2015).

revolucionario logró penetrar en otros países del Medio Oriente, provocando que los jóvenes de la región fueran más demandantes y exigentes con sus gobiernos (Zolfaghari, 2018). Si bien esta estrategia la implementa desde la victoria revolucionaria, la realidad es que en años recientes, y gracias a los distintos movimientos sociales que han surgido en Medio Oriente, este discurso puede tener más vigencia que nunca sobre todo porque hace hincapié en la conciencia política, un elemento que Irán busca que se identifique con ellos para coincidir con su imagen auto elaborada de uno de los países que ponen el ejemplo para combatir en contra de los regímenes autoritarios.

Otro elemento clave surgido de la revolución islámica en 1979, y en el que Irán se asume como uno de los primeros casos de éxito, es la unidad entre estado y religión. En el escenario contemporáneo del Medio Oriente, algunos de los movimientos y políticos que tienen mayor relevancia en la región poseen una profunda relación, o se originan, con los temas religiosos. Un ejemplo claro es el tema de la división sectaria en la región, situación que ha tenido alcances increíbles llegando a influir de manera determinante en algunos conflictos políticos. Además, menciona el autor Mahdi Zolfaghari (2018) que existe un número importante de personas en el sector religioso, a nivel regional, que consideran importante que exista una relación más íntima entre la religión y la política. En este sentido, Irán es el pionero del movimiento conocido como “islam político” y por lo tanto se ha logrado instalar como una fuente aspiracional para los distintos grupos religiosos que están a favor de la politización del islam, aún por encima de otros países en la región que también pueden “presumir” de un cierto grado de vinculación entre la religión y la política.

Tomando en cuenta lo anterior es evidente que la revolución islámica de 1979 sirvió para prender una chispa en la población musulmana del Medio Oriente que al día de hoy, si bien no arde con la misma intensidad, aún sirve como inspiración para algunos. Por eso es que el régimen de Irán está tan orgulloso de este movimiento, porque le permite generar un discurso y una narrativa donde puede proclamarse una de las primeras naciones en establecer condiciones específicas para el desarrollo “armónico” del Islam en la política, y llevarlo a cabo con éxito. En este mismo sentido, Irán adquiere prestigio a través de la revolución islámica bajo el argumento de producir, exitosamente, movimientos sociales en contra de regímenes autoritarios, apoyados por el exterior para su beneficio. Sin

duda alguna por eso es que para Irán es tan importante el tema de “exportar su revolución” a nivel regional (y en menor medida a nivel mundial), porque le permite mostrarse como el ejemplo en diversos rubros y fortalecer su capacidad de atracción e identificación con otros actores de “menor nivel”, aumentando por lo tanto su capacidad de influencia en la región.

Irán también ha invertido bastante en la promoción de su “diplomacia caritativa”. Este concepto se refiere a la manera constante en la que el gobierno iraní, de manera directa o a través de organizaciones no gubernamentales, ha apoyado distintas fundaciones y eventos caritativos en diversos países. Este apoyo no solamente se reduce a la financiación o la donación pues, como señala Watkins, también se han establecido instituciones y organizaciones que tienen el objetivo de ayudar en diversas causas donde el gobierno iraní detecta necesidades importantes a lo largo del Medio Oriente, como los temas de la educación, el apoyo a heridos de guerra, apoyo a viudas y huérfanos, educación religiosa, entre otras. De esta manera Irán ha creado una imagen de un país caritativo que se preocupa por el bienestar de los musulmanes, asumiendo también un papel de líder que tiene el deber de apoyar, en situaciones complicadas, a los más desprotegidos. Todo esto forma parte del discurso que Irán busca crear, demostrando que es capaz de solucionar situaciones en las que otros países, que se asumen líderes en Medio Oriente, han fallado.

Otro factor importante en incrementar la capacidad de poder blando de Irán ha sido el constante aumento de usuarios de redes sociales e internet en la república. Si bien es cierto que en Irán existe un gran escrutinio y censura de parte del gobierno respecto al uso del internet y las redes sociales, la realidad es que estas medidas poco han hecho para frenar la utilización de estas herramientas tecnológicas. Por ejemplo, según un estudio llevado a cabo por las agencias digitales *Hootsuite* y *We are Social* en 2021 se encontró que en la república islámica hay aproximadamente 59.1 millones de usuarios de internet. Más increíble es aún el caso de usuarios de redes sociales que aumentaron en un 9.1% en tan solo un año (2020 a 2021) (Digital 2021: Iran, 2021). Si bien, en un sentido estricto esto podría parecer un problema para el gobierno iraní, la realidad es que ha aprovechado la situación para crear también un discurso respecto a la modernidad en Irán, desde donde se asume como una nación avanzada que se encuentra en vías de entrar a una élite tecnológica regional (Rubin, 2010).

En sintonía con este argumento que busca establecer Irán se puede encontrar el logro de ser una de las primeras naciones en el mundo que realizó con éxito una prueba de red de internet 5G (Khaasteh, 2020). Asimismo, con ayuda de China, la república islámica busca reemplazar el internet por una red nacional, aunque con un severo control gubernamental (Saney y Ghosh, 2021). De esta manera, Irán ha aportado argumentos para seguir denominándose una nación que está en vías de modernización y de manera principalmente autónoma, aunque sin demeritar el apoyo de China. Bajo este contexto, Irán también ha fortalecido un discurso anti-hegemónico al estar desarrollando un instrumento alternativo al internet, la red de comunicación más utilizada en el mundo que tiene fuertes influencias por Estados Unidos.

El desarrollo de una red no es el único argumento que Irán maneja para proyectar una imagen de modernidad en el mundo. El desarrollo de su programa nuclear también se puede vincular con este objetivo particular. Si bien es cierto que el adquirir una capacidad nuclear muchas veces se asocia con el poder duro, también puede ser manejado como una herramienta de poder blando si se le da un enfoque adecuado. Irán maneja este enfoque desde la visión del éxito de su programa científico y su capacidad estatal, a nivel económico y tecnológico, para desarrollar un programa exitoso a pesar de los obstáculos que se le han impuesto por parte de algunos actores en el sistema internacional (las sanciones de Estados Unidos por ejemplo).

La intensidad e insistencia por parte del gobierno iraní de seguir desarrollando su programa nuclear, a pesar de las exigencias de occidente por detenerlo o que exista una mayor supervisión este programa, es un factor que juega a favor de Irán ya que la república islámica capitaliza este conflicto aludiendo a la narrativa de la resistencia en contra de las imposiciones hegemónicas, sobre todo las que son arbitrarias y de origen occidental. Esto quiere decir que Irán maneja la situación desde la perspectiva en la que se coloca a sí mismo como un Estado dispuesto a desafiar la injusta autoridad de las potencias hegemónicas que no permiten el desarrollo ajeno a sus recomendaciones o intereses. Asimismo, el desarrollo de su programa nuclear, a pesar de todo, permite que el gobierno de Teherán genere una imagen de independencia en la búsqueda de sus objetivos específicos, sin importar quien busque frenarlo, o a quien no le agrada la situación (Rubin, 2010).

A manera de síntesis, y tomando como referencia todo lo visto anteriormente, es posible señalar que las estrategias de poder blando que aplica Irán tanto a nivel regional como internacional están enfocadas en perpetuar la narrativa de un país líder que se preocupa por aquellos actores que están afectados por la incidencia de otras potencias que se buscan aprovechar de ellos, según la óptica de Irán. Además aprovecha de gran manera su estatus de nación heredera de una cultura milenaria y como uno de los centros importantes del Islam para promover la unidad islámica y la vinculación cultural, así como la resiliencia ante los intentos de aquellos que buscan imponerse. Si bien, estos elementos han sido parte históricamente del conjunto de herramientas de poder blando iraní, se pueden considerar factores que se apegan mucho al pasado: La cultura persa se desarrolló hace más de 3000 años aproximadamente mientras que la revolución islámica sucedió hace más de 40 años. En un sentido parecido, el islam ha sido acusado frecuentemente de ser una religión que va en contra del progreso, la modernidad o la inclusión⁴⁰.

Ante esta situación, tal como ya se demostró en el documento, en años recientes el gobierno de Teherán ha buscado generar una imagen de modernidad e inclusión hacia el exterior (particularmente a nivel regional) para seguir nutriendo la retórica imperante de una nación pionera en el Medio Oriente. Mediante la promoción de la cultura, la ciencia y la educación, el gobierno iraní ha buscado que cada vez más estas redes logren alcanzar otras latitudes y permitan dejar atrás la imagen de una nación violenta y belicosa que busca causar daños al occidente. El interés principal es, además de incrementar su influencia regional, generar la atracción como una nación que apoya y que busca el desarrollo tecnológico y científico, a la vez que promueve los lazos islámicos y la vinculación cultural para crear lazos y convertirse en un ejemplo a seguir en el Medio Oriente.

4.2 Las capacidades y estrategias de poder duro iraní.

Aunque en años recientes Irán ha dado prioridad a la utilización del poder blando para incrementar su influencia en el Medio Oriente, no ha dejado completamente de

⁴⁰ Es importante aclarar que esta imagen proviene de una interpretación muy limitada del Islam y que es promovida frecuentemente por medios de comunicación que tienen intereses particulares en asociar al Islam con conceptos como el terrorismo, los abusos a los derechos humanos, etc. Si bien, hay facciones y grupos extremistas en el islam que tal vez si mantengan una postura similar a esta, la realidad es que no se puede emitir un juicio sin conocer ni valorar la contraparte.

lado el poder duro. En este contexto hay que considerar que la república islámica se encuentra “rodeada” de varios adversarios regionales que representan una amenaza para su seguridad. Pero además de esta situación, la realidad es que Irán ha sabido utilizar el poder duro en dos formas, la primera siendo la versión clásica para generar entornos de seguridad que le permitan seguir participando en la disputa por el rol hegemónico regional contra Arabia Saudí, y la segunda para fortalecer su poder blando. Por extraño que parezca, ya se mencionó con anterioridad que en ocasiones el poder duro puede servir como un componente para reforzar el poder blando de un actor.

En el caso de Irán, una de las estrategias que le contribuye para aumentar su poder blando⁴¹ y a la vez conformar elementos de poder duro es el desarrollo de su programa nuclear. En el sentido del poder duro, se entiende que la intención de este programa iraní puede servir como una primera fase de advertencia y/o disuasión para sus rivales regionales (puntualmente Israel y Arabia Saudí) al demostrar que es un país que está buscando perfeccionar y mejorar su programa nuclear, y que sería posible que en un futuro desarrollase la capacidad real de producir armamento nuclear si así lo quisiera. Sin embargo, hay que aclarar que el programa nuclear iraní no está enfocado en el desarrollo de armamento. Al menos esa es la versión oficial, el gobierno de Teherán siempre ha mantenido que su intención es producir energía nuclear pero no armamento (Fukushima, 2021).

Esta situación puede ser analizada desde dos perspectivas, por un lado la intencionalidad y el otro la capacidad real. En un sentido estricto Irán ha declarado públicamente que no tiene intenciones de producir armamento de grado nuclear, ya depende de cada individuo si cree o no estas declaraciones. En cuanto a la capacidad real de Irán para producir armamento nuclear, lo cierto es que no la posee, pero eso no quiere decir que no esté “peligrosamente cerca” tal como afirma el autor Jonathan Tirone de Bloomberg, en su artículo: *Without a Nuclear Deal, How Close Is Iran to a Nuclear Bomb?*⁴² publicado en mayo del 2021. De acuerdo a

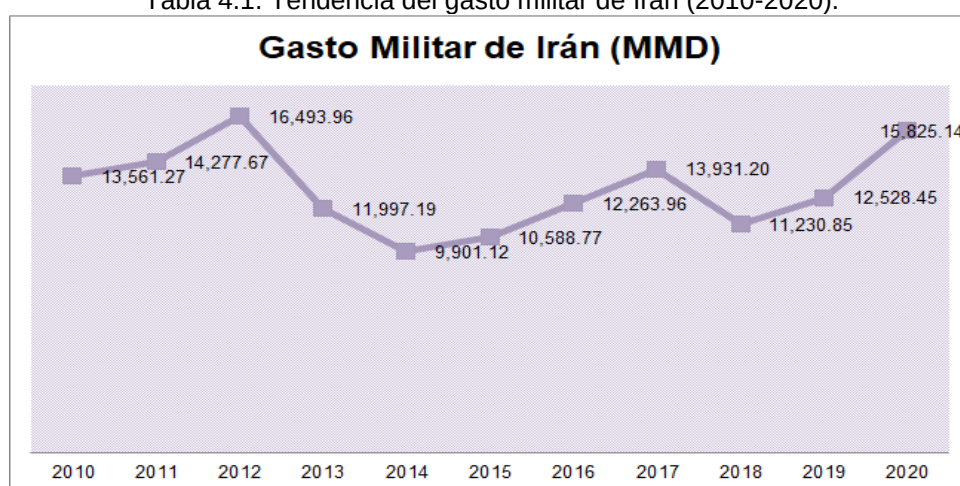
⁴¹ La cuestión de cómo incide el desarrollo de un programa nuclear en mejorar la capacidad de poder blando ya fue discutida en la sección anterior, pero a manera de síntesis se puede señalar que Irán utiliza este plan para generar la imagen de una nación en vías de modernidad y con la capacidad tecnológica que le puede convertir en una fuente de aspiración.

⁴² Hay que señalar que si bien el artículo muestra información pertinente, puede parecer un poco tendencioso porque menciona que Irán está bastante cerca de producir armamento nuclear y que sin la existencia de un acuerdo nuclear, es muy probable que se dirijan a ese camino, a pesar de que en

Tirone, tomando datos de la IAEA, Irán posee reservas de 63 kg de uranio enriquecido al 20%, mientras que para desarrollar una bomba se requieren generalmente 9 kg de uranio enriquecido al 90% (Tirone, 2021). Si bien, con los datos que proporciona la IAEA, aún parece muy lejana la capacidad de Irán para producir armamento, esto no evita que sus rivales regionales (y externos) busquen la manera de frenarlo por precaución.

Otro elemento que incrementa la capacidad de poder duro iraní y deja en claro la importancia que este aspecto tiene para la república islámica es el gasto militar. Sin bien, la estrategia de Irán en este aspecto es principalmente defensiva, utilizando la disuasión como elemento de vital importancia en materia ideológica y posicionamiento como una “potencia” regional (Aristizábal Flores, 2015), eso no impide que Irán vea la necesidad para invertir en la cuestión militar. Sobre todo si se toma en cuenta que esta inversión le permite contribuir a la estrategia de la disuasión, y encaja en la narrativa de una potencia regional al realizar un gasto importante en esta materia. De acuerdo a datos obtenidos del SIPRI, Irán se encuentra en el top 20 mundial de países con mayor gasto militar en el año 2020, ocupando la posición 18 (Lopes da Silva, Tian y Merksteiner, 2021). En este sentido, el gasto militar de Irán asciende a la cantidad de 15.8MMD tan solo en 2020, y si se compara con años anteriores se puede observar claramente una tendencia a la alza (ver Tabla 4.1).

Tabla 4.1. Tendencia del gasto militar de Irán (2010-2020).

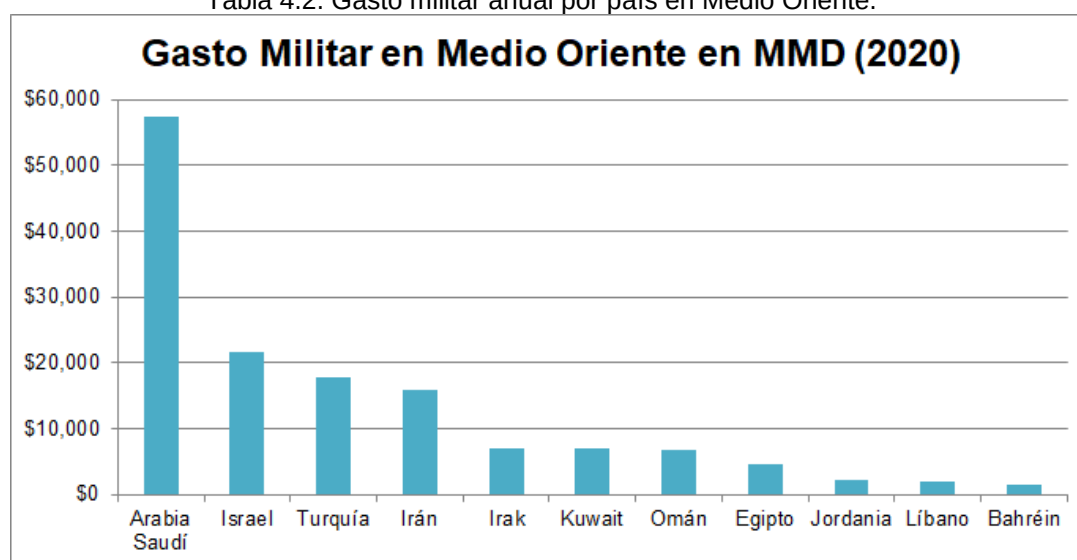


Fuente: *Trends in world military expenditure, 2020* - SIPRI.

repetidas ocasiones el gobierno iraní ha declarado que su única intención con el programa nuclear es la de generar energía.

El enorme gasto que realiza Irán también tiene la justificación de ser necesaria para mantener su seguridad, considerando que en su proximidad geográfica se localizan algunos de los estados con los que rivaliza frecuentemente: Israel y Arabia Saudí. Ambos estados son considerados una amenaza latente para los intereses de Irán, y ambos tienen la particularidad que poseen un considerable presupuesto militar lo que añade otro factor para suponer que Irán ha realizado un aumento en su gasto con la finalidad de no quedar rezagado ante sus rivales. Esta competencia en materia de gasto militar que ha realizado Irán en contra de otros estados le ha llevado a ocupar la cuarta plaza, a nivel regional, respecto a esta materia, según datos recopilados por el SIPRI en su documento *Trends in world military expenditure* publicado en abril del 2021. Aludiendo a la idea anterior, el gasto militar de Irán se vio superado por el de países como Arabia Saudí, Israel y Turquía (ver Tabla 4.2).

Tabla 4.2. Gasto militar anual por país en Medio Oriente.⁴³



Fuente: *Trends in world military expenditure*, 2020 - SIPRI.

Además mediante la inversión militar, Irán ha logrado aumentar la investigación y desarrollo en tecnología en este rubro, logrando poseer una de las mejores industrias nacionales de defensa en toda la región (Mahecha Solano, 2014). Gracias a la enorme inversión y al desarrollo tecnológico Irán ha logrado mejorar su industria aeronáutica que ya desde 2006 era capaz de desarrollar aviones no tripulados a la par que ha mejorado el software para maniobrar estos aviones y drones (Military

⁴³ En el informe del SIPRI se aclara que no fue posible encontrar datos verificables de los países Qatar, Yemen, Siria y Emiratos Árabes Unidos, por lo que son omitidos en la gráfica.

Balance, 2021). La inversión militar de Irán también le ha permitido desarrollar una fuerte industria de misiles, enfocándose principalmente en conseguir desarrollar un misil balístico de alcance intercontinental (Mahecha Solano, 2014)⁴⁴. Asimismo, Irán ha conseguido establecer una poderosa fuerza marítima considerada como la más fuerte a nivel regional, con excepción de la de los Estados Unidos (Lima, 2018).

La inversión en cuestiones militares es uno de los pilares fundamentales de la república islámica prácticamente desde el final de la revolución de 1979. Esto porque se complementa con la idea de Irán de alcanzar la influencia en otros países, para lo cual implementa ya sea el poder blando, aludiendo a sus fuentes de atracción más comunes como la cultura, la religión o la inspiración revolucionaria; o el poder duro a través de la creación de dependencias económicas, militares y políticas en diversos países. Por esta situación desde 1979 Irán ha apoyado en varias ocasiones a distintos grupos armados (particularmente no estatales) con recursos materiales, económicos o capacitación, formando vínculos de dependencia en los que Irán tiene la ventaja (Bibi y Abbas, 2020). Este tipo de apoyos son dados generalmente a través de la Guardia Revolucionaria Islámica de Irán (IRGC por sus siglas en inglés).

La IRGC es una facción élite del ejército iraní creada para defender el sistema islámico instaurado en Irán tras la revolución de 1979. Dentro de sus responsabilidades se encuentran la de prevenir la intervención extranjera o los golpes de estado por movimientos “desviados” (Redondo, 2020). Si bien en un principio estos propósitos eran para defender el régimen islámico, posteriormente se fueron expandiendo hacia afuera, llegando a tener injerencia en otros países que, bajo la perspectiva de Irán se encuentran en riesgos de caer bajo regímenes pros occidentales o anti-islámicos. De tal manera que la IRGC se encuentra involucrada en varios escenarios de conflicto en la región, pero muchas veces desde una posición pasiva. Esto quiere decir que la IRGC no entra en combate directo sino más bien apoya a través de proporcionar armamento, dinero, tecnología, capacitación y adiestramiento a los grupos aliados, generalmente a través de su brazo de operaciones en extranjero, la Fuerza *Quds* (Redondo, 2020).

⁴⁴ Aunque los proyectos militares iraníes son generalmente secretos por lo que no es posible tener mucha información al respecto, generalmente se considera que el misil balístico más poderoso que se ha desarrollado hasta el momento es el *Shahab-6* con un alcance de entre 8,000 y 10,000 km aproximadamente.

La Fuerza *Quds* es una división externa, de élite, perteneciente a la IRGC que se encarga de intervenir en los asuntos en Estados próximos que representan un interés particular para Irán (Redondo, 2020). De manera general, la Fuerza *Quds* ha creado vínculos importantes con grupos armados en países como Afganistán, Irak, Líbano, Siria o los territorios palestinos (ver Figura 4.1) (Austin, 2020). Algunos autores describen a este grupo como una combinación de la fuerza de operaciones especiales y la agencia central de inteligencia de Irán (BBC, 2020b). Es importante señalar que las Fuerzas *Quds* actúan de manera encubierta generalmente para poder negar su participación directa en casos concretos cuando le convenga, aún así este grupo ha sido vinculado con distintos ataques mortales⁴⁵ y/o apoyo a regímenes o a grupos rebeldes, principalmente relacionados con el Islam chiita (Redondo, 2020 y BBC, 2020b).

Figura 4.1. Asistencia iraní a grupos armados en el exterior.

Nación	Tipo de Asistencia	Participación directa del IRGC en batalla	Nivel de financiamiento	Base de Operaciones
Afganistán	· Reclutamiento · Capacitación · Organización · Financiamiento	Limitada	Limitado	Siria
Bahréin	· Armamento de alto calíber	No participa	Limitado	Bahréin
Irak	· Armamento de Alto Calibre · Asesoramiento · Capacitación · Financiamiento · Organización	Moderada	Moderado	Irak y Siria
Líbano	· Armamento · Capacitación · Financiamiento · Vehículos	Limitada	Alto	Líbano, Siria, Irak y Yemen

⁴⁵ Uno de los ataques que se vinculan a este grupo paramilitar es el atentado de la Embajada estadounidense en la ciudad de Beirut, Líbano, en 1983. Al mismo tiempo, se llevó a cabo un ataque en contra de cuarteles militares, también estadounidenses. Como resultado de estos ataques se contabilizaron la pérdida de 307 vidas, entre las cuales se encontraban infantes de marina de Estados Unidos, soldados franceses y civiles libaneses (Austin, 2020 y BBC, 2020b).

Pakistán	· Reclutamiento · Capacitación · Organización · Financiamiento · Supervisión	No participa	Limitado	Siria
Siria	· Capacitación · Reclutamiento · Organización · Financiamiento · Armamento · Vehículos	Alta	Alto	Siria
Yemen	· Financiamiento · Armamento · Capacitación · Vehículos	Limitada	Limitado	Yemen

Fuente: *Iran's Networks of Influence in the Middle East*, 2019 - IISS

Tomando como referencia la tabla anterior, es posible identificar un par de ejemplos que sirven para demostrar con mayor especificidad el apoyo que proporcionan las Fuerzas *Quds*, tanto a regímenes como a grupos rebeldes, según le convenga. En este sentido los ejemplos son los casos de Siria y Yemen cada uno con características particulares y que se localizan en el espectro opuesto. En primer lugar, en el caso de Siria, Irán ha brindado su apoyo al régimen de Bashar al-Assad, mediante la participación de las Fuerzas *Quds*, con el objetivo principal de reprimir a los grupos rebeldes que buscan derrocar al presidente. En este conflicto Irán tiene un interés bastante particular por el régimen de la familia al-Assad en Siria, a quienes considera como un bastión importante que puede servir como un actor relevante y afín a los intereses iraníes en el Medio Oriente (Urbina, 2018).

Además de lo anterior, Siria es considerada como uno de los aliados comerciales más importantes, por no decir de los pocos, a nivel regional para Irán, lo que añade otro grado de importancia al mantenimiento de Bashar al-Assad en el poder. En caso de suceder lo contrario, Irán vería reducido el número de aliados naturales que posee Medio Oriente. También es importante mencionar que la familia al-Assad, pertenece la denominación alauita del Islam que se vincula con el chiismo, factor que también añade un grado más de interés, por parte de Irán, para mantener la integridad del régimen sirio. Por lo tanto, a través de las Fuerzas *Quds*, Irán se ha

encargado de enviar personal para entrenar y capacitar a las fuerzas chiitas que apoyan a la familia al-Assad.

Añadiendo otra causa a la justificación de la participación de Irán en el conflicto en Siria se puede mencionar la participación de diversas potencias extranjeras en el conflicto, apoyando a los grupos rebeldes. Tomando en cuenta que Irán ha creado una narrativa en torno a la defensa del mundo islámico sobre los abusos y las imposiciones de agentes y actores externos, este escenario se plantea como perfecto para fortalecer esta retórica. De tal manera Irán visualiza que participando y defendiendo el régimen de la familia al-Assad en Siria, está defendiendo la autonomía de Medio Oriente y del mundo islámico en particular ante los intereses de los países de occidente.

Mientras tanto, en el otro lado del espectro de apoyos que realizan las Fuerzas *Quds* en otros estados se encuentra el caso de Yemen. Este caso tiene además la particularidad de ser un conflicto que involucra la participación del rival regional Arabia Saudí. Para entrar en contexto, durante los levantamientos sociales que se llevaron a cabo en la Primavera Árabe en Yemen se presentaron varias protestas civiles en contra del régimen del presidente Mansour Hadi. El presidente con apoyo de fuerzas saudíes reprimió a la población que protestaba en su contra de manera violenta. Dentro de los grupos inconformes se encontraban miembros de la etnia hutí que históricamente había sido marginada por la élite política yemení y que profesa mayormente la denominación chiita del Islam. De esta manera Irán vio la oportunidad de participar en el conflicto y generar condiciones que le pudieran beneficiar a futuro: la derrota “moral” de Arabia Saudí, y la implementación de un gobierno chiita en la zona de influencia directa de Arabia Saudí.

En este contexto, el levantamiento de los grupos hutíes complementa la retórica promovida por Irán acerca del “nuevo despertar islámico” durante la Primavera Árabe (Selvik, 2015), movimiento que las autoridades de Teherán consideraban como una extensión de la revolución islámica de 1979. Al mismo tiempo, Irán acusaba que la intervención de Arabia Saudí respondía a los intereses directos de Estados Unidos⁴⁶ por incrementar su influencia en la región, actuando

⁴⁶ Arabia Saudí es uno de los principales aliados de Estados Unidos en el Medio Oriente, por lo que algunos autores han teorizado que varias de las acciones saudíes a nivel regional son en realidad una estrategia de Estados Unidos para mantener un control “indirecto” en la región y acomodar las piezas del tablero geopolítico para su beneficio, pero sin participar directamente (más de lo que ya lo hace).

como una suerte de agente del país norteamericano (Selvik, 2015). El conflicto en Yemen por lo tanto puede ser visto como una suerte de enfrentamiento subsidiario a con repercusiones geopolíticas entre las fuerzas de Arabia Saudí e Irán que buscan mantener el control o generar un cambio en el *statu quo* en el Medio Oriente que les permita mantener y/o incrementar su influencia a nivel regional. Esto explica por qué el conflicto ha adquirido tanta importancia para Irán y Arabia Saudí, y por qué se mantiene hasta el día de hoy.

En los inicios del conflicto, en 2011, Irán se encargó de enviar apoyo económico, de capacitación y armamento a las fuerzas hutíes que se levantaban en contra del régimen de Mansour Hadi (IISS, 2019). Sin embargo la situación cambió para 2014 cuando se presentó la intervención del gobierno saudí en favor del presidente Mansour Hadi. A partir de ese momento el gobierno de Irán movilizó a las Fuerzas *Quds* para proveer con mejor armamento (armas pesadas) a los rebeldes, al tiempo que aumentaba significativamente su financiamiento (IISS, 2019). El interés iraní particularmente es asegurar la supervivencia de los rebeldes hutíes para permitir la lucha contra las fuerzas del régimen, apoyadas por Arabia Saudí. De esta manera el conflicto civil yemení se ha convertido en uno de los puntos estratégicos más relevantes para Irán en la búsqueda por rivalizar por el rol hegemónico en contra de su rival Arabia Saudí.

Además de estos casos ya mencionados, existe un ejemplo más que demuestra la influencia de las Fuerzas *Quds* en la región, y que se presenta como uno de los casos de éxito más notables para Irán respecto a su participación militar en el exterior: la intervención en Irak. De manera general, la relación entre Irak e Irán posee una cualidad distinta a la de otros estados ya que hay que tomar en cuenta que son países vecinos. Al mismo tiempo, las Fuerzas *Quds* han tenido mayor presencia, históricamente, en esta relación, pues desde los años 80 se han dedicado a capacitar a varios disidentes iraquíes contra el régimen de Saddam Hussein que terminaron exiliados en Irán (Watkins, 2020). Es decir, esta relación parece ser más intensa que con otros países debido a su duración. Además la participación de las Fuerzas *Quds* en Irak no solo radica en su apoyo, financiamiento y capacitación dirigida a los grupos armados para obtener control político, ya que esta fuerza de élite iraní demostró ser un actor importante en el combate en contra del Estado Islámico (ISIL) durante su invasión al territorio iraní en el 2014 (Urbina, 2018).

Si bien, como ya se mencionó, la relación entre las milicias iraquíes y las Fuerzas *Quds* tiene historia, la participación activa de la fuerza élite iraní en Irak se dio con mayor intensidad tras la caída del régimen de Saddam Hussein en 2003. Aprovechando la situación de inestabilidad y de disputas que existía en Irak entre distintos actores por el control político, Irán supo infiltrarse en este escenario mediante el apoyo a las milicias chiitas, principalmente (Bibi y Abbas, 2020). De esta manera, los altos mandos y personal de las Fuerzas *Quds* comenzaron a adoptar un rol de mentoría para las milicias chiitas que buscaban cimentar su control político en Irak, y que con el apoyo y financiamiento de Irán tenían mayores posibilidades de lograrlo. Además, las Fuerzas *Quds* tuvieron un papel importante en la lucha contra las fuerzas de coalición estadounidense que buscaban tomar el control del país tras derrocar a Saddam Hussein⁴⁷.

La participación iraní en el conflicto en Irak se consideraría un éxito tras las elecciones del 2005, las primeras elecciones libres en 50 años, en las que los ganadores fueron los sectores chiitas (Aristizabal Flores, 2015). La llegada al poder de los grupos chiitas y sus simpatizantes supuso una oportunidad inigualable para Irán que se dedicó a fortalecer la relación y a mantener, y proteger, el nuevo gobierno a través del apoyo brindado por parte de las Fuerzas *Quds*. Esta situación se convirtió en prioritaria para Irán al considerar que apareció un nuevo aliado que desde la perspectiva geopolítica le otorgaría mayor influencia, por lo cual era necesario apoyar al nuevo gobierno iraquí en dos tareas fundamentales: la defensa de su integridad territorial y la resistencia ante la intervención estadounidense (Sáinz, 2006). De esta manera Irán encontró la forma de perpetuar su participación en Irak, situación que permanece hasta el día de hoy.

Con el paso de los años, las fuerzas de coalición en Irak fueron disminuyendo con la retirada de varias tropas bajo orden del gobierno del presidente Barack Obama. Esto fue fortaleciendo la influencia iraní, que solo se mantenía en la disputa sectaria contra la influencia de Arabia Saudí en Irak. Sin embargo en 2014 sucedió un evento que atraería toda la atención de Irán y se convertiría en una de sus principales problemas: La invasión de ISIL al territorio iraquí. La presencia de ISIL en el Medio Oriente significó una amenaza para los intereses iraníes, tomando

⁴⁷ Por ejemplo, en 2007 salió un estudio en el que se señalaba que más del 50% de los ataques en contra de las fuerzas de coalición en ese año se habían tenido, de alguna manera, participación y apoyo iraní (Guffey, 2010).

en cuenta que este grupo terrorista era parte de una denominación radical del sunismo. Incluso el ISIL comenzó a atacar a distintos grupos chiitas a los que consideraba como herejes contra el verdadero Islam (Urbina, 2018). En respuesta Irán, a través de las Fuerzas *Quds*, comenzó a liderar una alianza de casi 40 milicias chiitas en Irak formando las Fuerzas de Movilización Popular (FMP) (*The Economist*, 2015).

Bajo la coordinación, capacitación y el asesoramiento de las Fuerzas *Quds*, las FMP se enfrascaron en una cruenta lucha en contra de ISIL para recuperar el territorio invadido de Irak, a la vez que participaron también en Siria (donde ISIL también había tomado territorio). En síntesis el papel de las Fuerzas *Quds* en Irak y Siria fue fundamental en el combate y eventual derrota del ISIL en Medio Oriente (BBC, 2020c). Sobra decir que como resultado de su participación en este conflicto, Irán logró un alto grado de eficacia y aceptación por parte del pueblo iraquí al haber contribuido de manera importante en la defensa del territorio y la derrota del invasor (Contreras Florido, 2019). Pero el prestigio alcanzado por Irán tras el enfrentamiento contra el ISIL no se redujo solamente a Irak, en muchos países se reconoció el papel preponderante que tuvo Irán, no sólo mediante las Fuerzas *Quds*, sino también al formar alianzas con potencias externas como Rusia o el mismo Estados Unidos, lo que le dio una imagen de actor relevante en el escenario internacional.

Por otra parte, si bien Irán se ha enfocado primordialmente en apoyar los grupos y las milicias con afinidad chiita, en su intento por demostrar liderazgo regional no ha podido dejar de lado a los sunitas. Sin embargo, en este caso el apoyo es más discreto, y en cierta manera indirecto. La estrategia más común que aplica Irán en este sentido, es nuevamente el apoyo a través de las fuerzas *Quds* a grupos anti-israelíes como Hamás, Hezbolá y la Yihad Islámica⁴⁸ (Bibi y Abbas,

⁴⁸ Hamás es una organización creada en los territorios de Palestina en el año 1980 como respuesta a la Organización para la Liberación de Palestina. Se opone a la existencia de Israel y como tal ha realizado constantes ataques terroristas en este país con el objetivo de recuperar la integridad del territorio palestino (Ehl, 2021).

Hezbolá es un partido político de tenencia chiita fundado en Líbano en 1982 dentro del contexto de la Guerra Civil Libanesa y la intervención israelí en el mismo conflicto. Hezbolá cuenta con un brazo armado que es considerado por varios países como un grupo terrorista. Hezbolá se ha auto asumido como un grupo cuyos principales objetivos son la oposición/resistencia a Israel y a la intervención extranjera (occidental) en el Medio Oriente (Robinson, 2020).

La Yihad Islámica es una organización formada en 1981 que en conjunto con Hamás forma parte de la Alianza de Fuerzas Palestinas. Su objetivo, compartido con Hamás, es el establecimiento de un Estado Islámico de Palestina en el territorio ocupado por Israel. Debido a sus frecuentes estrategias militares en contra de la ocupación israelí es considerado como una organización terrorista por algunos países de occidente (BBC, 2003).

2020). Justificando estas acciones con base en la férrea e histórica rivalidad existente entre Israel y el mundo musulmán en Medio Oriente. De esta manera, fortaleciendo su postura de oposición en contra de Israel, Irán puede adquirir relativa popularidad con los grupos sunitas del Medio Oriente, sin necesidad de apoyarlos de manera directa. Sin mencionar, que gracias a las acciones de estos grupos anti israelíes se puede considerar que se está debilitando, en cierta manera, a Israel, uno de sus más grandes enemigos regionales.

Con todo lo que se mencionó anteriormente, es bastante obvio señalar que tanto las Fuerzas *Quds* como la IRGC son un elemento fundamental de la política exterior iraní, pues cumplen la función de generar las condiciones apropiadas para las exportaciones de la revolución islámica al tiempo que le proveen de mayor prestigio a nivel regional. Esto se realiza mediante el establecimiento de relaciones de dependencia entre Irán y otros actores y/o Estados al proporcionarles el apoyo militar, económico y tecnológico que necesitan estos actores para poderse mantener y seguir operando con el fin de lograr sus objetivos específicos (Urbina, 2018). Esta relación de dependencia, generada por Irán al aprovechar las condiciones existentes en varios Estados, le permite al gobierno de Teherán ejercer mayor influencia en los actores dependientes, fortaleciendo los vínculos en un ámbito no solo militar o económico sino también político y hasta religioso. Estas acciones se insertan además, en la narrativa de Irán al asumirse como el país líder y protector en Medio Oriente ante las injusticias y las intervenciones del exterior.

Por otro lado, además de utilizar su poderío militar como instrumento de poder duro, para la generación e influencia, Irán es consciente de sus ventajas a nivel energético y de posesión de recursos, lo que les permite encontrarse en una posición privilegiada para incidir en la economía y el comercio mundial. Recordando como se mencionó anteriormente, Irán es uno de los países que posee mayores reservas energéticas en el Medio Oriente, tanto de gas natural como de petróleo. Estos recursos le suponen a Irán una ventaja económica y geopolítica respecto a otros Estados (aunque también le convierte en blanco de intereses externos). Para comprender la importancia que estos recursos tienen para la economía iraní basta revisar los datos proporcionados por la OPEP (2020) y el Informe anual de BP (2020) donde se menciona que Irán obtiene aproximadamente 19.2 mil millones de dólares al año por la exportación de petróleo, produciendo además una cantidad aproximada de 3.5 millones de barriles al día (contando con una reserva de 208 mil

millones de barriles. Al mismo tiempo, Irán produce 244 mil millones de metros cúbicos de gas natural, poseyendo una reserva aproximada de 34 mil millones de metros cúbicos de gas natural, exportando un volumen de 8.8 millones de metros cúbicos de este recurso⁴⁹.

Estos números posicionan a Irán como la 3er potencia productora de petróleo con el 13% a nivel regional, mientras que se lleva el primer lugar en cuanto a producción de gas natural regional con el 22% (Vázquez Lupercio, 2020). El factor económico subyacente en este contexto permite visualizar la importancia y capacidad de poder duro que posee Irán desde un nivel regional. Si bien, sus ventas se han visto frecuentemente afectadas por las sanciones impuestas por Estados Unidos, eso no le resta importancia a la gran capacidad de producción o las vastas reservas que posee, y que se han consolidado como un instrumento geo energético importante para la república islámica en su lucha por el puesto hegemónico regional contra Arabia Saudí.

En relación con esto, también es importante considerar el factor geográfico que posee Irán y que incide de manera importante en el comercio de hidrocarburos. Siendo más específicos, el control que ejerce Irán sobre el Golfo Pérsico y sobre todo el estrecho de Ormuz son elementos clave que le otorgan una enorme influencia a Irán a nivel mundial. Este estrecho conecta el paso marítimo de los países del Golfo Pérsico (Irán, Kuwait, Arabia Saudí, Bahrein, Qatar y EAU) con el mar de Arabia, por lo que es un punto importante para el comercio de estos países (ver Figura 4.2). Pero por si no fuera suficiente, por el Estrecho de Ormuz atraviesa aproximadamente una quinta parte de las exportaciones mundiales de petróleo (BBC, 2019a). El hecho de que Irán domine el estrecho geográficamente le otorga la capacidad de utilizarlo como elemento de disuasión o coerción, por ejemplo al decidir cerrarlo o bloquearlo podría afectar el comercio de hidrocarburos a nivel mundial, al mismo tiempo que afectaría las economías de los países del Golfo provocando incluso la inestabilidad política de las mismas (Lima, 2018).

⁴⁹ A nivel regional, Irán es el segundo país con mayor cantidad de reservas de petróleo, y el primer lugar en reservas de gas natural. En cuanto al nivel mundial, Irán ocupa la cuarta posición de reservas de petróleo y la segunda en reservas de gas natural (Vázquez Lupercio, 2020).

Figura 4.2. Localización geográfica del Estrecho de Ormuz.



Fuente: BBC y Google Imágenes.

Lo anterior se comprueba con una frase expresada por el presidente iraní Hassan Rouhani quien declaró: Si un día ellos (Estados Unidos) decide impedir la exportación del petróleo iraní, entonces no habrá exportación de petróleo por el Golfo Pérsico” (citado por Jaffe, 2019) esto luego de la reactivación de sanciones a Irán tras la salida de EE.UU. del pacto nuclear. Según estimaciones de expertos en la materia, si Irán llegara a cerrar el Estrecho de Ormuz esto provocaría un aumento de los precios del petróleo, alcanzando cantidades entre 150 y 200 dólares por barril. Para reafirmar su control sobre el Estrecho de Ormuz y asegurar esta ventaja geopolítica, Irán ha utilizado su poderosa fuerza naval para crear estrategias y planes de contingencia que le permitan realmente llevar a cabo el cierre parcial o total del estrecho en caso de ser necesario. Con esto en mente, Estados Unidos y los países del Golfo reconocen que la capacidad de Irán es real y por lo tanto una amenaza latente a sus intereses, y no solamente una conjetura o suposición.

Otro elemento de poder duro que ha sido clave en años recientes para Irán es su capacidad para realizar ataques cibernéticos. Desde el 2010 en el que algunas de las instalaciones nucleares de la república islámica fueron atacadas por el virus *Stuxnet*, Irán ha desarrollado capacidades cibernéticas bastante avanzadas (Pandey, 2020). Tal como menciona la directora del Centro Europeo de Energía y Análisis Geopolítico, Yana Popkostova, Irán es consciente de no poseer una fuerza militar capaz de hacer frente directo a sus rivales directos, por lo tanto, el gobierno

iraní ha dirigido sus esfuerzos en adquirir “cibercapacidades” sofisticadas que permitan compensar este desequilibrio (citado por Pandey, 2020). Tal ha sido su evolución en este periodo de tiempo que de acuerdo a estimaciones de diversas agencias de inteligencia Irán posee una capacidad para ataques cibernéticos a la par de varias potencias mundiales (O’Flaherty, 2020). Lo anterior se comprueba con el hecho de que, desde 2015 Irán ha logrado afectar la infraestructura clave de una docena de países, entre los que se incluye a los Estados Unidos, Arabia Saudí e Israel (Bennett, 2015).

Pero tal vez, la muestra más grande de las cibercapacidades de Irán fue el hackeo masivo contra la compañía petrolera saudí ARAMCO en 2017. El ciberataque obligó a la empresa saudí a reemplazar completamente su red (Pandey, 2020). Sin embargo, esa no ha sido la única ocasión en que compañías saudíes han sido víctimas de ciberataques por parte de Irán. Ya en 2016 se reportaba que seis importantes organizaciones saudíes de distintos sectores como energía, transporte y manufactura habían sufrido ataques cibernéticos provenientes de Irán (Pagliery, 2016). Con estos ejemplos se puede señalar que Irán ha sabido encontrar la manera de compensar la desventaja armamentística, numérica y tecnológica que presenta frente a Arabia Saudí, convirtiéndose en un legítimo contendiente en la disputa por el liderazgo en Medio Oriente, e incluso en una amenaza para varias potencias occidentales.

De manera muy general los elementos que le brindan poder duro a Irán han sido aplicados para contribuir con su poder blando. No es por nada que Irán ha utilizado su milicia, por ejemplo, para presentar una cara de apoyo y ayuda a ciertos grupos en la región, lo que le ha ayudado a fortalecer su imagen. Al mismo tiempo, su inversión y gasto militar, sobre todo en el rubro de la tecnología, le han concedido la capacidad de autonombrarse como una nación moderna que está camino a una élite en este sentido, demostrando que es capaz de rivalizar con otras potencias regionales. Sus elementos de poder duro, también le han permitido posicionarse como un actor relevante a nivel internacional por su importancia para el comercio energético sobre todo, pero también porque le permite tener un elemento sobre el cual puede ejercer coerción a nivel internacional. Sin duda, Irán sabe que posee un buen “arsenal” de poder y lo utiliza en las situaciones adecuadas y momentos específicos para incrementar su influencia regional y continuar en su camino por ocupar la plaza de hegemonía en el Medio Oriente.

Capítulo 5: El uso del poder inteligente en la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí: El caso de Arabia Saudí

5.1 Capacidades y estrategias de poder blando de Arabia Saudí

El reino de Arabia Saudí es quizás uno de los actores que posee mayor fuente de poder blando dentro de la región del Medio Oriente. En este sentido, es posible señalar la existencia de múltiples factores (tanto tangibles como intangibles) que le otorgan al reino saudí un alto nivel de capacidad de poder blando. Entre los dos que más destacan, y sobre los cuales se puede señalar que son la base de su política exterior están la religión y el petróleo (Rubin, 2010). En el primer lugar, hay que entender, antes que nada, que la configuración social del Medio Oriente tiene un vínculo muy estrecho con el factor de la religión, en específico del Islam, y en este sentido Arabia Saudí siempre se ha asumido como la cuna del de esta religión por ser la nación de origen del profeta Mahoma. Asimismo, las dos ciudades más sagradas para el Islam están localizadas dentro del reino: La Meca y Medina (el lugar de nacimiento y fallecimiento del profeta Mahoma, respectivamente). Estas ciudades, con sus respectivos templos, son el principal destino de millones de musulmanes quienes anualmente realizan una peregrinación hacia estas ciudades; de hecho según estimaciones Arabia Saudí percibe anualmente un aproximado de tres millones de peregrinos de todas partes del mundo que buscan visitar las ciudades sagradas (Rubin, 2010 y Alanzi, 2015).

En este contexto, Arabia Saudí se sabe que posee una ventaja por encima de otros rivales regionales, especialmente contra Irán. Además, si se considera que Arabia Saudí es el bastión central de la vertiente sunita del Islam, denominación que profesan la mayoría de musulmanes, esto le otorga un grado extra de importancia al reino saudí desde una visión islámica. Básicamente a los ojos de la mayoría de los musulmanes en el mundo, Arabia Saudí es uno de los lugares más importantes (y sagrados) y por lo tanto también se presenta como una fuente de inspiración. Aunado a esto, el gobierno saudí reconoce la importancia de que el reino muestre una buena imagen al mundo, al ser el máximo representante del islam, por lo que en años recientes se ha invertido bastante en el desarrollo y mejora de los servicios que proveen las mezquitas ciudades sagradas con el fin de dejar una buena impresión en la mente de los peregrinos extranjeros (Alanzi, 2015).

Además, Arabia Saudí se ha dedicado a promover una visión pan islámica del Medio Oriente, basándose en la solidaridad y el imperativo de apoyar a otros musulmanes en tiempos de crisis (Rubin, 2010). En este sentido, al igual que Irán, Arabia Saudí busca aludir a la necesidad de que la *umma* busque el beneficio colectivo por encima de los intereses ajenos al Islam. El problema, resulta en que parecería que la visión pan islámica que tiene Arabia Saudí no incluye necesariamente a los musulmanes chiitas. Además, esta estrategia de Arabia Saudí está creada para ser una suerte de contrapropuesta y contención a la misma estrategia que aplica Irán (Mandaville y Hamid, 2018). Por lo que de manera indirecta (tal vez no tanto) Arabia Saudí, remarca el sectarismo que existe en la región para favorecer sus objetivos. A pesar de esto, el hecho de que la denominación sunita domine en el mundo musulmán, le sigue otorgando a Arabia Saudí una relativa ventaja en este sentido por lo que una gran mayoría de países lo consideran aún como un actor digno de imitar.

Aún más, Arabia Saudí ha adoptado este rol como guardián y protector del islam en gran medida gracias a la corriente del sunismo que practica la familia real. Si bien ya se hizo mención que de manera general existen dos denominaciones importantes en el Islam (sunismo y chiismo) es importante señalar que estas también tienen sus divisiones. En el caso de Arabia Saudí, la versión que se practica o es el wahabismo⁵⁰ que es una de las dos vertientes fundamentalistas de la denominación sunita, la otra es el salafismo. El wahabismo destaca por ser una corriente ultra conservadora y rigorista que no da pie a interpretaciones coránicas (como si lo hace el sunismo moderado) pues toma al pie de la letra las escrituras del Corán y la *sharia* convirtiéndolas en la ley que regula a la sociedad, no solo en la cuestión moral (González Hernández, 2015a y La Vanguardia, 2019). Además, el wahabismo tiene la particularidad de ser una interpretación que considera que su visión del islam es la única válida y las demás son incorrectas (La Vanguardia, 2019).

El principal objetivo del wahabismo (y de sus creyentes) es el de restaurar la verdadera práctica e interpretación del islam, dejando de lado las sincretizaciones y adaptaciones que han surgido a través de la historia. Este movimiento religioso surgió en el siglo XVIII, liderado por el clérigo Mohammed Ibn Abd al-Wahhab, quien

⁵⁰ Para ser más precisos en Arabia Saudí la familia real practica el wahabismo hanbalí, que es la rama más fundamentalista y conservadora del wahabismo.

consideraba que las sociedades musulmanas se encontraban en una época de ignorancia, y por lo tanto era necesario regresar a las bases y fundamentos del Islam para retomar el buen camino (Dillon, 2009 y La Vanguardia, 2019). El problema es que para los wahabistas no es suficiente la creencia en Alá y en las leyes islámicas sino es necesario respetarlas y practicarlas al pie de la letra, sin interpretaciones o subjetividades. Por lo tanto el wahabismo es bastante rigorista y es bastante severo al prohibir determinadas prácticas como escuchar cierto tipo de música, prohibir la visita a tumbas o mausoleos, prohibir la ingesta de tabaco, prohibir a las mujeres salir sin un guardián hombre o participar en la toma de decisiones en el entorno familiar o político sin consultar a una figura masculina, también criminaliza la homosexualidad con pena de muerte y realiza una crítica a los seguidores de cualquiera de las otras escuela islámicas al considerarlas una desviación del verdadero islam y que merecen la excomulgación⁵¹ (Dillon, 2009 y González Hernández, 2015a).

Bajo este contexto, el reino saudí adopta la responsabilidad de exportar el wahabismo y el buen islam por el mundo como una obligación, tomándose a sí mismos como los referentes. Para lograrlo utiliza estrategias no tan controversiales como la ideología wahabista misma, enfocándose en el financiamiento de escuelas y templos afines a la corriente del wahabismo en otros países para reclutar adeptos. También se presta para la donación y organización de eventos caritativos, aunque en un sentido menor. A través de estas acciones, y la promoción del wahabismo, Arabia Saudí se ha colocado como un líder ideológico dentro del mundo árabe, digno de admiración y respeto por sus cualidades y capacidades, así como por su autoridad moral y religiosa.

Bajo este contexto, Arabia Saudí ha tenido un papel integral en la creación de redes de apoyo en temas sociales, religiosos y económicos, que sustentan la autoridad moral del reino saudí en la región (Rubin, 2010). De esta manera la

⁵¹ En este punto es importante mencionar que varios autores consideran que el wahabismo es una ideología que refuerza y nutre a diversos movimientos terroristas por el extremismo que profesa. Al considerar que el wahabismo es el verdadero camino del Islam y que todo lo demás es una visión errónea del mundo, se ha creado la necesidad, entre distintos grupos, de luchar por la supremacía del islam wahabista por sobre otras creencias y visiones políticas del mundo (Choksy y Choksy, 2015). Sin embargo, hay que mencionar expresamente que el wahabismo no promueve el terrorismo como forma para prevalecer, sin embargo ha sido una interpretación desafortunada que le han dado ciertos grupos y que lo han utilizado también gobiernos como justificación para cometer violaciones y abusos en contra de los derechos humanos más fundamentales, todo disfrazado de el apego a una ideología religiosa.

influencia de Arabia Saudí se ha incrementado enormemente por su participación activa en promover eventos de caridad, restauración de mezquitas, construcción de escuelas, financiamiento a distintos proyectos en la región, etc. Esto ha servido también al interés de Arabia Saudí por obtener el reconocimiento de la comunidad internacional, uno de sus objetivos de política exterior fundamentales, y que serviría para fortalecer su posición como líder regional por encima de otros actores. Con esto en mente Arabia Saudí busca convertirse en un referente del mundo musulmán y como hegemon de las naciones árabes (Hernández Martínez, 2019) para ser un actor fundamental capaz de participar en cualquier política o solución que quiera implementarse en la región desde fuera.

Tomando en cuenta esta posición, Arabia Saudí ha querido afianzarse como líder único de los Estados árabes a través de un discurso de apropiación de los asuntos propios de la región, sin la intervención de actores externos. Sin embargo, este discurso se contradice en la práctica debido a la estrecha colaboración del reino saudí con los EE.UU. a través de los años (Aristizábal Flores, 2015). A cambio de una protección incondicional en contra de cualquier amenaza exterior, el reino saudí se ha comprometido a garantizar el abastecimiento energético para Washington (Vesga Moreno, 2014). De esta manera ambas naciones han creado un binomio de colaboración bastante eficiente que ha logrado colocar al reino saudí como una de las potencias regionales en el Medio Oriente.

Sin embargo, además de contar con el apoyo de los EE.UU. Arabia Saudí ha logrado legitimar su postura a través de la participación y promoción frecuente de varios organismos regionales e internacionales que refuerzan la idea de un compromiso a la protección y promoción de una serie de valores. Entre los organismos más destacados se pueden encontrar la Organización para la Conferencia Islámica (OCI), la Liga Árabe, el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y la Organización de Estados Productores de Petróleo (OPEP). Estas organizaciones han servido para que Arabia Saudí implante algunos de sus objetivos de política exterior, sobre todo en el caso del CCG el cual le ha servido al reino saudí para estrechar lazos con los Estados miembros con base en las relaciones de cooperación, religiosas y culturales (González del Miño, 2018). En este sentido, los estados del Golfo Pérsico representan para Arabia Saudí un espacio en el cual puede ejercer su política exterior como instrumento de legitimación del liderazgo regional (Coates, 2016).

Al formar parte de una gran cantidad de organizaciones, y en algunos casos dirigirlas, Arabia Saudí ocupa una posición estratégica para el equilibrio regional e internacional (González del Miño, 2021). Así, mediante el ejercicio de su influencia en estos organismos, el reino saudí ha logrado moldear y crear condiciones adecuadas a nivel regional para mantener el *statu quo* del Medio Oriente. Pero también ha incrementado su importancia a nivel internacional, sobre todo en el tema de la cuestión energética. En este sentido destacan principalmente dos organizaciones, el CCG y la OPEP. El primero es el que ha permitido a Arabia Saudí reforzar su posición interna en la región del Medio Oriente, mientras que la OPEP es la que le ha permitido al reino saudí ocupar una posición privilegiada en el comercio y la economía mundial.

Utilizando al CCG, Arabia Saudí se ha asegurado de frenar en cierta manera los avances iraníes por incrementar su influencia regional. Arabia Saudí sabe que la coalición de los países del golfo representa un instrumento fundamental para su seguridad nacional y este es también uno de los pilares sobre los cuales se sustenta su reclamo por el rol hegemónico regional. Sin embargo, el CCG no representa un bloque tan homogéneo como se podría esperar, sobre todo considerando que cada Estado miembro posee sus propias consideraciones sobre las relaciones que debe mantener entre ellos, o con otros actores fundamentales como el caso de Irán o Estados Unidos (Hernández Martínez, 2019). Para poner un ejemplo de lo anterior Catar y Omán mantienen una relación cuando menos cordial con Irán, algo que para Arabia Saudí podría parecer imposible, postura que comparte con Bahrein y los EAU (Vatanka, 2012).

Aunado a esto, también se ha presentado un resquebrajamiento en el interior de la CCG, situación que ha puesto en duda la capacidad de liderazgo del reino saudí. En primer lugar, la Primavera Árabe provocó que Bahrein se introdujera en una espiral descendente de problemas políticos y sociales, gracias a las protestas encabezadas por grupos chiitas en contra del régimen de la familia al Jalifa (históricamente aliada a la familia al Saud que reina en Arabia Saudí), esto provocó que el reino saudí tuviera que intervenir militarmente para mantener en el poder a sus aliados. Asimismo, en 2014 Arabia Saudí atravesó una crisis diplomática con Qatar, derivada de las intenciones del emirato catari por convertirse en un actor

protagonista en la región⁵², situación que no fue del total agrado del reino saudí, lo que derivó en un bloqueo económico en el año 2017 (González del Miño, 2021).

Esta situación parece marcar la tónica de las relaciones de Arabia Saudí con los estados que forman parte del CCG. Históricamente mantuvieron un clima de cordialidad y cooperación, pero en años recientes (sobre todo a raíz de la Primavera Árabe) se ha pasado a una etapa de profunda división, propiciada por una crisis de confianza dentro de la organización (González del Miño, 2021). Esto implica una complicación para los intereses saudíes pues bajo su liderazgo, la CCG había logrado avances significativos de integración, defensa y cooperación entre sus miembros. Situación que ahora parece revertirse por las crisis políticas que atraviesan algunos de sus miembros o por los intereses individuales que adquirieron otros.

Por otro lado, la importancia que le otorga la OPEP a Arabia Saudí sigue siendo fundamental para mantener su posición hegemónica en la región del Medio Oriente. Arabia Saudí sigue siendo uno de los países con mayor producción de petróleo a nivel mundial, según datos de la OPEP y de BP Arabia Saudí percibe aproximadamente 202 mil millones de dólares al año por la exportación de petróleo, teniendo una producción diaria aproximada de 9.8 millones de barriles al día (contando con una reserva aproximada de 258 mil millones de barriles). Estos números posicionan a Irán como la mayor potencia productora de petróleo a nivel regional, mientras que se lleva el segundo lugar a nivel mundial (Vázquez Lupercio, 2020). De tal manera, no queda duda que Arabia Saudí es uno de los protagonistas en el sector petrolero a nivel mundial.

De esta manera, la relación entre Arabia Saudí y la OPEP es compleja, en el sentido de que el reino saudí la ha utilizado como un instrumento fundamental para dirigir su política exterior, pero al mismo tiempo le ha servido para fortalecer sus relaciones con las potencias extranjeras. El ejemplo más claro de esta situación es que en años recientes Arabia Saudí ha actuado como una fuerza moderadora de los

⁵² Añadiendo un poco de contexto a esta situación, el malestar de Arabia Saudí se debió a que Qatar actuó como mediador en varios conflictos (Libia, Egipto y Siria) sin el respaldo consensuado del CCG. Esto fue interpretado por el reino saudí como un intento de protagonismo en solitario que no convenía a los intereses saudíes en la región. Además, Qatar estuvo involucrado en el respaldo de varios grupos armados como el de los Hermanos Musulmanes en Egipto, que habían tenido conflictos ideológicos con las monarquías en el Medio Oriente. Bajo estas situaciones, Arabia Saudí aludió al rompimiento de la confianza en Qatar, lo que provocó la tensión diplomática entre ambas naciones (González del Miño, 2021).

precios del petróleo a nivel mundial, coincidiendo frecuentemente con los intereses de los países occidentales consumidores de este producto (Kinninmont, 2015). Esto quiere decir, en otras palabras, que Arabia Saudí ha aprovechado el liderazgo global otorgado por la OPEP para servir tanto a sus intereses como a los de las potencias occidentales, como Estados Unidos, porque eso le permite también fortalecer su posición regional.

En relación a lo anterior, otro de los elementos que otorgan una capacidad de poder blando a Arabia Saudí es su diplomacia activa, algo que lo distingue de otros actores regionales que no han desarrollado esta capacidad aún (Dázi-Heni, 2013). Como un aliado pro occidental, el reino saudí se ha beneficiado del apoyo y la imagen que generan sobre sí sus aliados. De buena manera esta situación ha influido para que Arabia Saudí tenga presencia internacional que ha sabido aprovechar para beneficiar sus intenciones regionales, al autodenominarse como la nación hegemónica en el mundo musulmán y árabe. Sin embargo esto no ha impedido que el reino se vea envuelto en escándalos tras el escrutinio público que se le ha hecho (producto también de su mediatización por las potencias occidentales). Como resultado de esta situación Arabia Saudí ha sido acusada de ser una nación que frecuentemente violenta los derechos humanos, donde existe un régimen bastante represivo y ultra conservador que aplica los preceptos del Islam como ley, lo que le ha llevado a ser criticado y a complicar su relación con otros actores. Como resultado de esto, el gobierno de Riad ha buscado la manera de revertir las críticas abogando por la utilización del poder blando a nivel internacional.

Una de las estrategias que ha implementado el gobierno saudita en este sentido es la de invertir fuertemente en el sector deportivo con el fin de limpiar su imagen, promoviendo la celebración de eventos de esta categoría en su territorio (France 24, 2020). Por tal razón, de unos años a la fecha, se han celebrado en Arabia Saudí diversos eventos deportivos y mediáticos de talla internacional, que atraen el interés del público y colocan al reino en el centro de atención a nivel global, favoreciendo las intenciones de Arabia Saudí de generar condiciones que favorezcan el incremento de su poder blando. Por ejemplo, en enero del 2019 se llevó a cabo la final de la Supercopa Italiana en suelo saudí. También sirve como ejemplo el caso de la empresa estadounidense de lucha libre *World Wrestling Entertainment* (WWE), quienes desde 2014 han celebrado anualmente eventos de lucha libre en el país árabe (WWE, 2013). Asimismo, en los últimos años se han

celebrado en Arabia Saudí torneos de golf de corte internacional, peleas de box de relevancia internacional y un tour de ciclismo, entre otros.

Sin embargo, la celebración de eventos deportivos ocasionales no es la estrategia principal para Riad pues su interés va más allá; si acaso estos eventos ocasionales han servido para consolidar acuerdos y contratos a mayor escala y de mayor duración entre el gobierno de Arabia Saudí y distintos organismos y empresas deportivas. Como un primer ejemplo se puede mencionar el acuerdo establecido entre la Federación Española de Fútbol (RFEF) y el gobierno saudí, a principios de 2019, para disputar 3 ediciones de la Supercopa española en Arabia Saudí (Maroto, 2020)⁵³. En la misma línea, la empresa de lucha libre WWE celebró, en 2018, un contrato con Arabia Saudí, para que el país de Medio Oriente pudiera ser la sede de 2 luchas de pago por evento al año, durante los próximos 10 años (Oestrieher, 2020). Asimismo, en el año 2019 el gobierno saudí acordó con los organizadores del torneo de carreras Rally Dakar a celebrar el evento en su territorio a partir de la edición del año 2020 (DW, 2019).

La celebración de todos estos eventos y torneos deportivos, que son bastante mediáticos, así como la firma de contratos para el compromiso a largo plazo entre las organizaciones y/o empresas deportivas con Arabia Saudí, tienen el objetivo principal de pulir la reputación del reino en el escenario internacional (Houeix, 2020). Todos estos eventos atraen a millones de televidentes y fanáticos quienes comienzan a relacionar este tipo de actividades con el país y se alejan de otro tipo de asociaciones más negativas, respecto al reino saudí. De tal manera, la estrategia de la inversión en actividades deportivas de Arabia Saudí está permitiendo que se lleve a cabo la actividad del “*sportwashing*”⁵⁴, donde el reino utiliza los recursos económicos a su disposición para mostrar una cara amigable, promotora del deporte internacional, y al mismo tiempo ocultar, o restarle importancia, a otra serie de acusaciones graves que se han hecho en contra de la nación árabe, como su

⁵³ Aunque el acuerdo ya se había firmado y se tenían planes de llevarlo a cabo, finalmente tuvo que ser cancelado en la edición del 2020 por la pandemia mundial de Covid-19.

⁵⁴ El *sportwashing* es un término utilizado para referirse a la estrategia implementada por una empresa, individuo, país u organización, de utilizar el deporte o eventos deportivos para “blanquear” su reputación o imagen a nivel internacional. A lo largo de la historia se ha aplicado como una estrategia de poder blando por distintos estados para desviar la atención de algún tipo de evento que sucede al interior o para mejorar la percepción que se tiene respecto a algún régimen. Un ejemplo claro del *sportwashing* se llevó a cabo durante las Olimpiadas organizadas en 1936 en Berlín, donde el partido nazi utilizó este evento para tratar de desviar la atención de las diversas políticas internas que se aplicaban en Alemania tras la llegada de Adolf Hitler al poder (Zidan, 2019).

intervención en el conflicto yemení, o las constantes acusaciones de violación a los derechos humanos, etc (Zidan, 2019).

En un estudio realizado por la organización no gubernamental (ONG) “*Grant Liberty*”⁵⁵ en 2021, salió a la luz que el gobierno saudí ha gastado, desde 2014 a la fecha, cuando menos 1.5 billones de dólares (ver Tabla 5.1) para convertirse en sede de distintos eventos deportivos de magnitud global, o para realizar acuerdos y contratos con distintos organismos deportivos de importancia internacional (Grant Liberty, 2021). La enorme inversión que ha hecho el gobierno saudí en el ámbito deportivo también se justifica como una estrategia planteada a futuro para dejar la alta dependencia de la economía saudí por el petróleo (Houeix, 2020). Con este objetivo en mente, Arabia Saudí también se ha planeado el incremento de su poder blando, inclinándose por destacar en la dimensión deportiva a nivel internacional, para convertirse en una nación atractiva desde este sector y poder afianzar su influencia internacional (tanto socio-política, como económica) por encima de sus rivales regionales.

Tabla 5.1 Gasto en *sportwashing* del Reino Saudí entre 2014 - 2021 (en MDD).

Deportes	Evento/Contrato	Gasto (MDD)
Box	Joshua vs Ruiz 2	100
	Khan vs Dib	7
	Joshua vs Fury	N/D
Ajedrez	Campeonato Mundial "Rey Salman"	2
E-Sports	Patrocinio a NEOM	N/D
Fútbol	Federación Italiana	24
	Federación Española	145
	Visitas de Ronaldo y Messi	N/D
	Real Madrid Qaddiya	N/D
	Compra del equipo Newcastle F.C.	N/D

⁵⁵ *Grant Liberty* es una ONG de Inglaterra que busca la lucha y protección de los derechos humanos a nivel internacional.

Golf	Torneo Internacional Saudí	18.5
	Visita de Tiger Woods	N/D
	Visita de Rory McIlroy	N/D
	Ladies European Tour	0.5
	Torneo Aramco	1
Carrera de Caballos	Copa Saudí	60
Automovilismo	F1	650
	Rally Dakar	N/D
	Fórmula E	N/D
	Carrera de Campeones	N/D
	E-Extreme	N/D
	NEOM Mercedes	14
Billar Inglés	Torneo Saudi Masters	33
Tenis	Copa Driyah	6
	Nadal vs Djokovic	N/D
UFC	McGregor vs Nurmagomedov	N/D
Lucha Libre	Contrato con la WWE	500
TOTAL		1561

Fuente: "Saudi Arabia's Sport-Washing Programme". (2021). *Grant Liberty*.

La estrategia del *sportwashing* le está generando poder blando a Arabia Saudí pues le permite convertirse en una fuente de inspiración, y aspiración, para los países vecinos; pero también coloca al reino en los ojos de los fanáticos deportivos, despertando el interés de muchas personas que gustan de asistir a este tipo de eventos (ya como participantes o como simples espectadores) convirtiéndose entonces en un país que cada vez se vuelve más atractivo para un tipo de turismo específico. Por lo tanto, no es extraño que en los últimos años el reino haya

realizado diversos esfuerzos, sobre todo en el ámbito económico, para atraer e invitar a más organizaciones, empresas deportivas y deportistas a celebrar eventos masivos en su territorio. Así también, mediante esta nueva fuente de atracción, el gobierno saudí se permite ignorar la gran cantidad de acusaciones en materia de derechos humanos que se han hecho en su contra durante años. Básicamente, con el *sportwashing* Arabia Saudí está comprando una mejor reputación en la escena internacional (Houeix, 2020).

Además, la celebración de eventos deportivos masivos ha permitido que el país destaque a nivel internacional en el ámbito deportivo, al lograr atraer a grandes estrellas de este rubro como el caso de los futbolistas Cristiano Ronaldo o Lionel Messi, el golfista Tiger Woods, los tenistas Rafael Nadal o Novak Djokovic, el luchador de UFC Connor McGregor, entre otros. Tener la oportunidad de ver en acción a deportistas de este nivel y renombre, no es algo común en la región del Medio Oriente, por lo que la celebración de estos eventos se generan gran expectativa y emoción entre la población local y regional, y al mismo tiempo afianza la imagen del gobierno entre la población y los países vecinos quienes podrían empezar a considerar a Arabia Saudí como un país digno de respeto y admiración, es decir una fuente aspiracional, que es capaz de atraer el interés de distintos organismos, empresas y figuras de talla internacional.

Pero no solo es desde el factor externo, sino también desde un nivel interno que el gobierno saudí ha identificado el deporte como un vector de estabilidad política (Houeix, 2020). El reino de Arabia Saudí posee una población con una edad media de 30 años, siendo considerada una población joven (CIA Factbook, 2021). En este sentido, la población saudí parece estar ávida de entretenimiento y de actividades que les permitan salir un poco de las leyes tan estrictas que tiene el país. Por lo tanto, el deporte se ha posicionado como una de las principales fuentes de entretenimiento y distracción que ha encontrado el gobierno saudí para mantener a la población contenta. Además, de lo anterior, el deporte también ha otorgado la oportunidad al gobierno saudí de atraer mayores inversionistas al país y dejar de ser tan dependientes de la producción y venta de hidrocarburos. Esta situación no es una simple coincidencia, sino es una estrategia que se lleva implementando desde el año de 2016, llamada la “Visión Saudí 2030” cuyo objetivo principal es lograr la diversificación de la economía saudí (Daoud, 2021) invirtiendo en el desarrollo de otros sectores como la educación, salud, turismo o deporte, por mencionar algunos.

Como parte de la estrategia saudí en la inversión y desarrollo del sector deportivo no solo está la cuestión de lograr establecer contratos y acuerdos para atraer grandes eventos mediáticos que sirvan como entretenimiento al país, sino también para mejorar el nivel de los atletas saudíes con el fin de lograr destacar a nivel internacional como un gran país deportista. El objetivo de las inversiones masivas y el interés del gobierno saudí por el sector deportivo es llevar a cabo una reestructuración de la práctica deportiva en el país, y al mismo tiempo formar atletas con un alto nivel competitivo a nivel internacional (Houeix, 2020). De esta manera el reino saudí puede destacar a nivel internacional y convertirse en un país ejemplar en el ámbito deportivo, o al menos esa es la intención. Pero también en un ámbito interno los deportes pueden difundir una serie de prácticas y valores importantes como la sana competencia o la auto superación (Houeix, 2020), valores que se quieren arraigar en la nueva generación saudí con miras a la estabilidad política y social en el reino.

Otra estrategia de poder blando que ha utilizado el gobierno de Arabia Saudí para tratar de mejorar su imagen es la de promover la retórica de modernización en el reino. Esta idea ha estado fundamentada en el desarrollo de políticas y estrategias que permitan el acceso al internet a la mayoría de la población. En este sentido, el reino saudí ha tenido éxito ya que según datos de las agencias digitales *Hootsuite* y *We Are Social*, en 2021 se han contabilizado 33.58 millones de usuarios de internet en Arabia Saudí, un aumento del 4.2% respecto al año anterior. Esto indicaría que el 95.7% de la población saudí cuenta con acceso al internet. Sin embargo, por más acceso y penetración del internet que exista en el reino, Arabia Saudí es considerado uno de los países que más censuras impone a la red.

A pesar de lo anterior, eso no ha mermado en la utilización de redes sociales por parte de la población saudí. Situación que ha aprovechado el gobierno para beneficiarse mediante la promoción de una retórica anti-chiita en la región, utilizando las plataformas digitales que ofrecen las redes sociales como Twitter. De hecho, en un artículo realizado por Alexandra Siegel en 2015, con financiamiento de la *Carnegie Endowment for International Peace*, se llevó a cabo un análisis en redes sociales de todas las publicaciones y menciones que tuvieran relación con la disputa sectaria (publicaciones anti-sunitas y anti-chiitas) en Medio Oriente y se descubrió que en la gran mayoría de los casos las redes sociales eran utilizadas para externar sentimientos y retóricas anti-chiitas por toda la región. El estudio también arrojó que

la mayoría de estos pronunciamientos y publicaciones estaban concentrados en los países del golfo pérsico, pero principalmente en Arabia Saudí (Siegel, 2015).

La rivalidad sectaria en la región no es un tema nuevo, sin embargo con la colaboración de las redes sociales este conflicto se ha visibilizado y socializado con mayor frecuencia, incluso el sectarismo ha comenzado a hacerse más frecuente, y presente, en cuestiones socio-políticas y económicas, utilizando como ejemplo negativo al otro grupo y adjudicando la culpa de distintas problemáticas regionales, o haciendo referencia a la necesidad de no caer en los mismos errores que cometen los otros. La retórica sectaria, pues, ha encontrado un camino fácil hacia los discursos comunes de ambos grupos (sunitas y chiitas) y se ha convertido en una realidad frecuente entre las poblaciones del medio oriente (Zelin y Smyth, 2014). Sin embargo, algo importante a destacar es que el estudio realizado por Siegel (2015), trajo a la luz que en redes sociales es mucho más frecuente la retórica anti-chiita que anti-sunita, lo que refleja claramente la posición de la población chiita como una minoría en la región.

Además, Arabia Saudí ha aprovechado la “voz” de grandes personalidades y cuentas influyentes en twitter para generar un mayor impacto en la retórica anti-chiita que apoya. Cuentas como la de los clérigos saudíes Mohammad Al-Arefe (19.7 millones de seguidores en twitter) o Naser Al-Omar (5.7 millones de seguidores en twitter); así como de canales de noticias/educativos de origen saudí como SAFA TV (308.7 mil seguidores en twitter) y Wesal TV (703.2 mil seguidores en twitter) son ejemplos de las cuentas y personalidades de alto impacto que propagan un mensaje anti-chiita y que evidentemente tiene una propagación importante en la población del Medio Oriente (Siegel, 2015).⁵⁶ La popularidad de estas cuentas ha facilitado que el mensaje y el sentimiento anti-chiita llegue con mayor facilidad a más personas en distintos sectores de la población (es decir no solamente son personas de clase alta, o media, sino es generalizado).

Por el lado contrario, la retórica y los mensajes que se expresan en contra del sunismo y los sunitas también existen, sin embargo en el mismo estudio se hace el señalamiento de que este tipo de mensajes anti-sunitas, se presentan en un grado menor que los mensajes contrarios. Además, según los datos analizados, la localización principal de las publicaciones en redes sociales con mensajes anti-

⁵⁶ Los datos de los seguidores que tiene cada cuenta fueron comprobados en la red social de Twitter con fecha del 20 de mayo del 2021.

sunitas provienen de Irak, país que está bajo control de un gobierno chiita. Sin embargo, como ya se mencionó, los chiitas son minoría y por lo tanto los mensajes contra el sunismo no tienen el alcance que pueden tener las publicaciones anti-chiitas. Sin embargo, eso no quita que el conflicto sectario se haya apoderado de un nuevo escenario donde los distintos actores utilizan nuevas herramientas para obtener ventajas por encima de su rival. Siendo en este caso Arabia Saudí quien tal vez posea cierta ventaja por su mayor cercanía con el mundo occidental y porque el acceso a redes sociales no ha sido tan restringido o controlado como en otros países de la región.

De acuerdo con datos obtenidos de las agencias digitales *We Are Social* y *Hootsuite*, Arabia Saudí es uno de los países con mayor incremento de usuarios de redes sociales en los últimos años, de hecho entre 2020 y 2021 existió un incremento aproximado de más del 8% de usuarios de redes sociales en el país (Digital 2021: Saudi Arabia, 2021). Asimismo, en un reporte elaborado en conjunto por estas dos agencias en el año 2020, se señala que en el reino saudí existen aproximadamente 27.8 millones de usuarios de redes sociales y que estas plataformas digitales alcanzan una penetración en la sociedad del 79.3% aproximadamente. Por su parte, en otro reporte enfocado en Irán se contabilizaron 36 millones de usuarios de redes sociales en el año 2021, con un incremento de más del 9.1% entre 2020 y 2021; aunque la penetración de las redes sociales apenas superó el 42.6% (Digital 2021: Iran, 2021). Tomando como referencia esos datos es posible notar que en Irán está creciendo con mayor volumen y velocidad el uso de las redes sociales, pero la penetración y alcance que estas poseen, aún es muy baja comparada con Arabia Saudí.

Es precisamente la penetración que poseen las redes sociales las que han hecho que las ideas y el sentimiento anti-chiita, apoyado principalmente por Arabia Saudí, se propaguen con mayor facilidad tanto en el reino saudí como en las naciones vecinas. Además, el gobierno saudí ha sabido aprovechar la gran maquinaria propagandística que se montó en contra del chiismo⁵⁷. Además, Arabia

⁵⁷ En este punto hay que dejar en claro que toda esta propaganda anti-chiita no se montó directamente como una estrategia por parte del gobierno de Arabia Saudí, sino que este gobierno ha aprovechado los sentimientos preexistentes en un sector de la población (especialmente el ámbito religioso) y ha tenido a bien apoyarlo pues, de manera directa, esta retórica anti-chiita se alinea a los intereses políticos. Por lo tanto ha hecho mayor eco de estos mensajes, que como ya se mencionó no son mensajes promocionados específicamente con este fin.

Saudí ha favorecido la polarización (que le conviene) y se ha dedicado a señalar a todo discurso, comentario o publicación que se haga en contra de la división sectaria, acusándolos de apoyar al chiismo (Siegel, 2015). En pocas palabras, el gobierno saudí, y los grupos pro-sunitas adoptan la postura de que si no existe el apoyo directo al sunismo es lo mismo que dar el apoyo al chiismo, aunque esta sea una visión muy reducida de la realidad. Tomando esta postura, Riad se asegura de que los grupos extranjeros y países que quieran mantener lazos amistosos con Arabia Saudí se pronuncien en contra (o al menos rechacen) de las acciones llevadas por los grupos chiitas, sobre todo respecto a su involucramiento en otros países.

Ahora, el conflicto sectario en el Medio Oriente no es un fenómeno nuevo, como ya se mencionó anteriormente tiene orígenes bastante antiguos, y a través de la historia se han mantenido activos. Sin embargo en años recientes este conflicto se ha recrudecido gracias a las numerosas intervenciones y el apoyo en distintos conflictos subsidiarios que se han presentado en la región, particularmente tras la llamada primavera Árabe (2010-2014) que trajo varios cambios y caídas de gobiernos en el Medio Oriente y el norte de África. Aunque la Primavera Árabe concluyó en 2014 según los expertos, su influencia se ha mantenido pues se han sucedido en la región una serie de conflictos y disputas por el poder, a nivel interno, aunque la mayoría de estos nuevos casos están ligados al conflicto sectario. Regímenes sunitas y chiitas han caído apoyados por rebeldes del bando contrario, o en el caso opuesto, grupos rebeldes sunitas y/o chiitas han buscado derrocar a gobiernos de bando contrario.

En este sentido, se han desarrollado conflictos con influencia sectaria en diversos países como Irak, Yemen, Siria, Qatar, Bahrein o Líbano. En todos estos casos un grupo apoyado o representando a los intereses de sunitas o chiitas se enfrentó a otro grupo que apoyaba o representaba los intereses del bando contrario. Con esta característica particular, los grupos sunitas han sido apoyados principalmente por el gobierno de Arabia Saudí, ya sea mediante el apoyo directo o el financiamiento. Por su parte los grupos chiitas han estado ligados a Irán. De tal manera que en estos conflictos se han presentado, en mayor o menor medida, distintas intervenciones (anteriormente se profundizó más en los escenarios específicos de cada país) tanto del gobierno saudí o iraní en la política interna de los países ya mencionados.

Las intervenciones de Irán y Arabia Saudí en los otros países han sido un foco de críticas y opiniones, tanto en contra como a favor, que se han dado a conocer, con mayor facilidad y rapidez, gracias a las redes sociales. De tal manera que muchas las publicaciones, comentarios, mensajes y críticas que se publican en las redes sociales, se centran en el rol que estos países han tenido en los conflictos en otros países, así como en el apoyo que le han brindado a su bando respectivo (Irán con los chiitas y Arabia Saudí con los sunitas). El conflicto sectario en redes sociales tiene claramente a dos figuras que fungen como el centro de atención de esta práctica y por lo tanto es una extensión del conflicto geopolítico entre Arabia Saudí e Irán pero en un nuevo escenario. Esta situación resalta la importancia que le otorga el gobierno saudí a apoyar los mensajes anti-chiitas, pues este sentido está apoyando las críticas y el sentimiento negativo en contra de Irán y de su participación en los movimientos y apoyo de los regímenes chiitas en la región.

Entonces, en este caso muy concreto, y de acuerdo a los datos que se han podido recopilar en el estudio elaborado por Siegel, es posible señalar que Arabia Saudí ha aprovechado el entorno de polarización sectaria que se vive en el Medio Oriente para hacer eco de las publicaciones y mensajes que se dan en numerosas redes sociales (principalmente Twitter o YouTube) y fomentar el sentimiento anti-chiita en su zona de influencia directa. Además, el reino saudí se ha convertido en un duro crítico de las intervenciones de las milicias chiitas en distintos conflictos regionales. A la par de que se ha encargado de señalar a Irán (la cuna y principal bastión del chiismo) como el mayor generador de la inestabilidad regional, como resultado de las protestas y levantamientos sectarios que han apoyado en distintos países como Yemen, Siria o Irak. (Dorsey, 2016).

Históricamente, el poder blando de Arabia Saudí había estado sustentado en su influencia religiosa y en el petróleo. Derivados de estos elementos se pueden encontrar también la asociación con occidente (diplomacia) y su pertenencia a diversos organismos regionales e internacionales que permiten la participación activa de Arabia Saudí en los asuntos de interés a nivel global. Sin embargo como ya se demostró anteriormente, en años recientes el gobierno de Riad ha buscado la manera de diversificar esta cuestión y ha implementado estrategias como el sportwashing o la promoción en redes sociales para mejorar su imagen a nivel mundial y para afianzar su postura como líder islámico regional en contra de los intereses iraníes. Si bien, las estrategias han tenido resultados relativamente

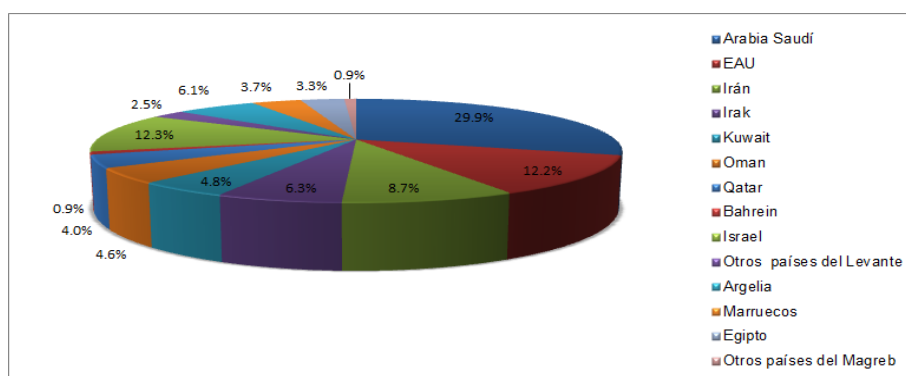
positivos, la realidad es que con el crecimiento iraní en años recientes parece que la disputa no tendrá un fin próximo, así que Arabia Saudí debería seguir utilizando todos los medios a su disposición para ejercer mayor poder blando.

5.2 Capacidades y estrategias de poder duro de Arabia Saudí.

En una situación bastante peculiar, el poder duro de Arabia Saudí descansa en algunos elementos que son también responsables de dotar de capacidad de poder blando: Su economía basada en el petróleo y su fuerte relación y asociación con las potencias de occidente. A raíz de su enorme producción petrolera, Arabia Saudí se ha consagrado como uno de los países más ricos en la región. Gracias a la renta del petróleo, y en menor medida del gas, el gobierno saudí ha podido implementar su modelo político que le ha permitido influir en las dinámicas regionales del Medio Oriente. (Hernández Martínez, 2019). Al mismo tiempo, su asociación con las potencias occidentales le ha brindado un entorno de mayor seguridad sobre el cual el reino saudí ha podido actuar en la consecución de sus objetivos, sin la preocupación por amenazas tanto internas como externas.

Durante muchos años, la defensa fue un asunto que recayó en la protección de Estados Unidos principalmente, sin embargo en las dos últimas décadas el gobierno saudita ha dado un gran salto para potenciar sus Fuerzas Armadas, con un proceso de grandes inversiones en el sector militar (Hernández Martínez, 2019). Esta situación ha llevado a que en 2020 el reino saudí se colocara como el 6to país con mayor inversión en el rubro militar con un gasto aproximado de 57.5 mil millones de dólares, un total del 8% de su PIB (SIPRI, 2020), que corresponde aproximadamente al 29.9% del gasto total realizado en armamento por todo el Medio Oriente (IISS, 2021) (ver Tabla 5.2). Ya desde hace varios años Arabia Saudí se ha mantenido como el segundo país en el ranking de importación de armas a nivel mundial, tan solo por detrás de la India (González del Miño, 2018). El tema es que esta situación no parece que vaya a cambiar en el futuro próximo pues, como se mencionó, la nueva postura adoptada por la jerarquía saudí implica la necesidad de fortalecerse para actuar de manera activa en los conflictos regionales, y para disuadir a otros actores que se vislumbran como amenazas latentes al liderazgo regional saudí.

Tabla 5.2. Porcentaje de gasto militar por país en Medio Oriente y el Norte de África (2020)⁵⁸.



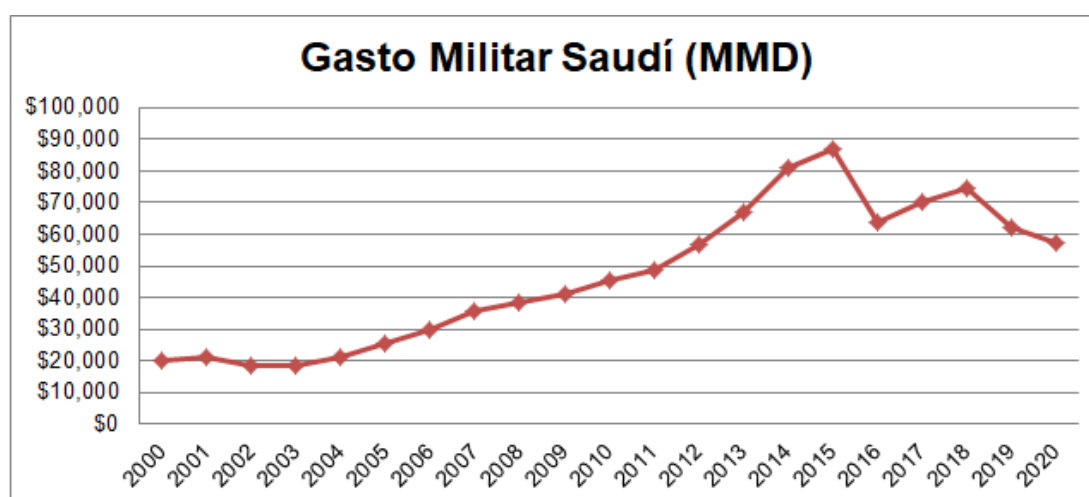
Fuente: *The Military Balance*, 2021 - IISS.

El enorme gasto en armamento que realiza el reino saudí también se justifica con la evidente intención de dejar, de manera paulatina, la total dependencia de su seguridad en manos de los Estados Unidos. Esto podría parecer irónico, considerando que el principal proveedor de armamento y tecnología militar⁵⁹ para el reino saudí es Estados Unidos, sin embargo la intención del reino no es cortar de tajo esta relación de mutuo beneficio, sino ir poco a poco haciéndose “independiente” en el tema de seguridad regional. Por eso es que desde hace dos décadas, aproximadamente el reino saudí ha aumentado su inversión en armamento (ver tabla 5.3). (Hernández Martínez, 2019) La necesidad de dejar esta dependencia se debe a que desde 2003 la relación entre ambos países ha incurrido en divergencias respecto a temas diversos, sobre todo como consecuencia de varias medidas adoptadas por Estados Unidos en relación con la región del Medio Oriente. Algunas de estas medidas son: la invasión a Irak, la Primavera Árabe o el Pacto nuclear firmado con Irán. Sin embargo, a pesar de la tensión que ha surgido en esta relación, el Reino Saudí sigue contando con los EE.UU. como su primer garante de seguridad y suministrador de armamento (Kinninmont, 2015).

⁵⁸ En la gráfica se excluyen los países de Siria, Yemen y Libia, así como los territorios palestinos por falta de datos verificables.

⁵⁹ Cabe señalar, evidentemente, que el armamento le provee Estados Unidos al reino saudí es de última generación, llegando a convertirlo en una de las fuerzas armadas más poderosas de la región, tal vez solo por detrás de Israel y Turquía.

Tabla 5.3. Gasto Militar Saudí (2000-2020).



Fuente: *Trends in World Military Expenditure, 2020* - SIPRI

Al mismo tiempo, se ha dado un cambio evidente en la postura saudí respecto a los conflictos regionales, en donde ha mostrado una política más activa (Kinninmont, 2015). Desde el 2015, cuando hubo un cambio de dirigentes en la estructura política del régimen saudí, el reino ha participado con mayor frecuencia en conflictos regionales, un cambio contrastante con una postura más moderada que mantuvo durante años (González del Miño y Hernández Martínez, 2019). El ejemplo más claro de este rol más participativo se puede presentar en la guerra civil de Yemen, en donde el gobierno saudita ha participado con el objetivo de mantener en el poder al presidente Abd Rabbu Mansour Hadi, situación que lo ha enfrentado contra los rebeldes hutíes (apoyados por Irán). Esta nueva cara saudí está influenciada por la percepción de múltiples amenazas regionales, tomando en cuenta que Irán ha ido creciendo en poder, Qatar se ha convertido en un competidor económico, Estados Unidos ha demostrado no tener tan en cuenta los intereses saudíes en la región, y que tras la Primavera Árabe, múltiples regímenes se volvieron inestables, lo que representa un desequilibrio para el orden regional y amenaza su rol hegemónico.

Con esta consideración, el estado Saudí adopta una postura de deber actuar, para restablecer las condiciones favorables a sus intereses, donde su hegemonía regional sea estable, ya que no parece que actores externos tengan la capacidad actual o estén interesados en lograr esto (González del Miño y Hernández Martínez, 2019). En cierta manera, el reino saudí percibe que se ha quedado “abandonado” en una región donde existen constantes amenazas, y por lo tanto es necesario que

tome acción en este sentido. Por eso, como ya se mencionó ha buscado de manera acelerada el incremento y mejora de sus Fuerzas Armadas, realizando gastos importantes, para utilizarlas de manera proactiva en la búsqueda de crear las dinámicas que le generen influencia, al contrario de los años pasados. Sin embargo, la capacidad militar saudí parece ser un tanto limitada, sobre todo por la falta de organización que existe en su interior. (Aristizábal Flores, 2015) y que le han dificultado su objetivo, a pesar de poseer una fuerza numéricamente (y tecnológicamente) a su rival.

A pesar de esto, los intereses militares que posee Arabia Saudí en Medio Oriente no han sido mermados. En relación a esto, el reino saudí se ha enfocado principalmente en 5 escenarios que, desde su perspectiva, podrían restaurar el orden geopolítico y afianzar su liderazgo regional. Estos cinco escenarios son: Siria, Yemen, Irak, el CCG e Irán (González del Miño y Hernández Martínez, 2019). En el caso de Siria, Arabia Saudí reconoce que es tal vez el escenario de mayor importancia para el nuevo reacomodo de las piezas geopolíticas, pero sabe que no está solo en la coalición en contra del régimen de Bashar al-Assad, por lo tanto su preocupación resultaría mínima ya que su acción unilateral no representaría ningún cambio en este conflicto. En tanto a Irak, sabe que con la gran influencia ejercida por parte de Irán el escenario resulta complicado actuar de manera eficiente; el nuevo gobierno de origen chiita parece ser sólido y al contar con el respaldo de Irán y las Fuerzas *Quds*, parece difícil obtener alguna ventaja.

Los escenarios en los que el reino saudí aún estima que puede ejercer algún tipo de influencia o pugnar por un resultado favorable son la guerra civil yemení, la disputa con Qatar en el seno del CCG y el conflicto con Irán. En el caso de Qatar, reconoce que se ha convertido en un aliado incómodo de alguna manera, pero la manera de resolver el escenario será a través de la acción y participación activa en el CCG. En tanto, el escenario yemení e iraní curiosamente pueden formar parte de un escenario mayor. Históricamente ha existido una rivalidad entre la república islámica de Irán y el reino de Arabia Saudí, sin embargo este conflicto se había presentado únicamente en el escenario ideológico y religioso. Apenas a partir del 2003 es cuando Irán se alzaría como una amenaza real en el ámbito geopolítico para los intereses sauditas, incrementando su intensidad a partir del 2011 tras los eventos ocurridos con la Primavera Árabe. A partir de ese momento, Irán y Arabia

Saudí se han enfrascado en una lucha desde varios ámbitos (militar, energético, político y religioso principalmente).

En el seno de este conflicto contra Irán se presenta el escenario yemení. Como ya se mencionó con anterioridad, la causa que provoca que la guerra civil en Yemen se mantenga es el hecho de que un grupo rebelde, de la etnia hutí (afín al chiismo) busca derrocar del poder al presidente Abd Rabbu Mansour Hadi (que pertenece a la denominación sunita). Entonces, en su mínima expresión, el conflicto en Yemen se debe a la división sectaria existente en el Islam, situación que también puede extrapolarse para representar la causa principal por el cual las dos potencias hegemónicas se enfrentan (González del Miño, 2018). De esta manera, bajo la acción de una guerra subsidiaria en Yemen, Arabia Saudí está buscando mantener el rol hegemónico y frenar las ambiciones de Irán.

Con este objetivo en mente el reino saudí ha buscado reducir la influencia iraní mediante una propaganda de miedo hacia los chiitas, aludiendo al apoyo brindado por Irán a distintos grupos armados de tendencia chií en los diversos conflictos regionales (Dorsey, 2016). En otras palabras Arabia Saudí ha buscado enmarcar el conflicto contra su acérrimo rival desde una perspectiva sectaria, acusándolo de ser el principal promotor de la violencia de este tipo en la región. Sin embargo, como ya se demostró en la sección anterior, un estudio realizado por la autora Alexandra Siegel (2015) demostró que, al menos en internet, predomina la retórica anti-chiita más que la anti-sunita lo que podría suponer que el reino saudí también está utilizando el escenario digitales para luchar en contra Irán.

Ahora, como resultado del escenario anterior, Arabia Saudí parece haber creado un problema para sí mismo con la promoción del sectarismo. Tal como afirma James Dorsey (2016) en lugar de realmente promover la unidad islámica (como dice querer) Arabia Saudí ha marcado una clara postura en contra de los chiitas, incluso con los que habitan dentro del reino, por considerarlos una amenaza. Esta situación ha sido aprovechada por Irán que cada vez más crece en influencia entre los países y grupos chiitas de la región que se sienten excluidos de la visión unificadora del reino saudí y miran la creciente influencia iraní como una oportunidad inmejorable para la solución de los problemas que históricamente han acarreado por ser minoría en el Medio Oriente. Es por esto que, irónicamente, mientras Arabia Saudí busca debilitar a Irán a través de la propagación del miedo y

la creación de la otredad chiita, Irán se ha fortalecido a través de la “adopción” de estos grupos y actores marginados.

Arabia Saudí también ha aprovechado el aspecto tecnológico para fortalecer su posición como hegemon y debilitar a sus rivales a través de una guerra silenciosa, la cibernética. En varias ocasiones se ha acusado al gobierno saudí de mantener la vigilancia estricta sobre sus ciudadanos gracias a diversos programas que monitorean la actividad en línea de los usuarios. De esta manera, es posible que las autoridades saudíes tengan conocimiento de los movimientos que realizan algunas figuras de oposición, o posean acceso a los correos que envían, los mensajes que reciben y los contactos que frecuentan. Sin embargo, esta situación no solo se reduce al ámbito local, pues se ha comprobado que Arabia Saudí mantiene una red de espionaje cibernético que permite la vigilancia de las personas y grupos de interés. Un ejemplo claro de esto se presenta con el *hackeo* que sufrió el empresario estadounidense Jeff Bezos en 2018. De acuerdo a una investigación realizada por la compañía *FTI Consulting*, en colaboración con la ONU se encontró que la fuente más probable del *hackeo* hacia Bezos había sido el príncipe heredero saudí Mohammed bin Salman (Binnur, 2020 y Kirchgaessner, 2020).

La cuestión del *hackeo* a Bezos podría parecer sin importancia, pero cuando se toma en cuenta que Bezos es el dueño del periódico *The Washington Post*, y que pocos meses después de este *hackeo* se dio el asesinato del periodista Jamal Khashoggi, quien era columnista de este periódico la situación cobra sentido. El periodista Khashoggi era un férreo crítico del régimen de la familia real de Arabia Saudí, por lo que se piensa que ya era blanco del gobierno saudí y que se utilizó la posible información contenida en el teléfono de Jeff Bezos para localizar al periodista, a la par de obtener información privada sobre el empresario estadounidense que pudiera afectar su imagen como represalia por la cobertura que realizaba el *Washington Post* sobre Arabia Saudí y la familia real (Kirchgaessner, 2020).

Si bien, el gobierno saudí ha negado toda acusación y responsabilidad respecto al *hackeo* (y también al asesinato del periodista), la realidad es que tal como ya se mencionó, la investigación llevada a cabo sobre este tema ha arrojado que existe una alta posibilidad de que Arabia Saudí sea el origen de estos ataques. Este tema solamente se presta para pensar respecto al alcance que posee Arabia Saudí en la cuestión del espionaje cibernético. Son pocos los países en el Medio

Oriente que poseen las capacidades y tendrían acceso a la tecnología, y si Arabia Saudí ya ha demostrado que no es ajeno a utilizar las redes para promover determinadas ideologías, tampoco sería extraño pensar que han establecido una red de espionaje cibernético bajo la cual mantienen monitoreados a las figuras importantes o que representen una amenaza, aunque de momento no parecen haber actuado, exceptuando el caso del periodista, pero mantienen esta tecnología como un elemento de disuasión.

Por otro lado, un segundo elemento fundamental para la capacidad de poder duro de Arabia Saudí es el petróleo. Si bien este recurso también le proporciona poder blando, históricamente el reino saudí lo ha utilizado más como una herramienta efectiva para presionar a otros actores a nivel internacional (y regional en menor medida). Aunque el reino saudí no es el país que posee las mayores reservas a nivel mundial, su petróleo es especial debido a una serie de factores geográficos y geopolíticos importantes: el volumen masivo de este recurso disponible en un territorio terrestre pero cercano al mar, la geología de los campos petroleros de donde se extrae, y sobre todo la posición geográfica de Arabia Saudí casi a la mitad entre los mercados occidentales y orientales (Pierce, 2012).

Aunado a esto, es importante mencionar que el petróleo como energético sostiene una parte importante del consumo de energía a nivel mundial que ronda entre el 30% y 50%, dependiendo de la zona geográfica (CIA Factbook, 2019; OPEP, 2019; Vazquez Lupercio, 2020). Además, la demanda de petróleo como energético y propulsor en el sector industrial como en el transporte, también es fundamental para la valorización de este recurso (Vázquez Lupercio, 2020). La dependencia mundial por el petróleo le convierte entonces en un recurso muy valioso y representa una ventaja para los países productores. En tanto, aquellos países que no tienen la capacidad de producción o no cuentan con reservas de petróleo se ven en la necesidad de crear relaciones de dependencia con aquellos que se encuentran en el otro lado de la balanza.

Conociendo estas ventajas, Arabia Saudí ha sabido utilizar el petróleo como una herramienta política fundamental para conseguir sus intereses a nivel regional y en menor medida a nivel internacional. El primer paso del reino saudí para la politización de la producción petrolera se presentó en la década de los años 50 cuando comenzó a presionar a sus aliados comerciales (Estados Unidos principalmente) para obtener mayores rentas por la producción de este producto.

Eventualmente, con la creación de la OPEP, en los años 60, Arabia Saudí establecería el segundo paso en su estrategia por politizar el petróleo, marcando también el inicio de sus intenciones por desligar sus intereses sobre el petróleo de que mantenía sobre todo Estados Unidos, quien en ese entonces tenía un control bastante evidente sobre la producción petrolera saudí a través de la compañía ARAMCO (Arambian American Company) (Hernández Martínez, 2019).

Como ya se mencionó en la sección anterior, la OPEP ha servido como un instrumento para que los saudíes apliquen sus objetivos de política exterior en el escenario internacional sin miedo a consecuencias o represalias directas. En este sentido, los saudíes han utilizado su fuerza en este sector para presionar en el establecimiento de cuotas de producción y precio del petróleo, entre los países miembros, para que sean acordes a sus intereses políticos, llegando a romper en varias ocasiones el consenso interno (Pierce, 2012 y Hernández Martínez, 2019). Un claro ejemplo de esta situación se presentó en 1973, con el aumento del precio del barril tras la guerra de Yom Kippur⁶⁰. En este entendido, el reino saudí ha utilizado el poder político de la OPEP para fortalecer su propia política exterior y fortalecer su posición como una potencia regional.

Esta estrategia se refuerza al considerar que la OPEP produce aproximadamente el 37.4% de todo el petróleo a nivel mundial, al tiempo que entre sus miembros acumulan aproximadamente el 60% de las reservas de este recurso a nivel mundial (BP, 2020). Por esta razón es que los países miembros, pero principalmente Arabia Saudí reconocen el peso global que implica una organización como la OPEP en la economía y el comercio global. Es importante mencionar también que, la OPEP no es una organización tan coordinada y esto es lo que ha hecho que el reino saudí tome ventaja para convertirse en el principal “dirigente” de este organismo. Otro factor que añade legitimidad al peso de Arabia Saudí dentro de la OPEP lo provee su exceso de capacidad⁶¹ de producción del crudo. De acuerdo a Paul Stevens, la clave en el comercio petrolero proviene del exceso de

⁶⁰ La guerra de Yom Kippur se presentó en el contexto del conflicto árabe-israelí, donde una coalición de países musulmanes, dirigida por Egipto, atacó a Israel en 1973. La guerra resultaría en victoria para el estado israelí. Como represalia algunos de los países musulmanes miembros de la OPEP organizarían una alza en los precios del petróleo a nivel mundial, ocasionando una crisis.

⁶¹ El exceso de capacidad es un concepto utilizado en economía para referirse a la acción de una fábrica de producir menos de lo que sus instalaciones le permitirían. En este sentido Arabia Saudí produce mucho menos crudo de lo que sus instalaciones son capaces, lo que le permite especular con el precio.

capacidad para producir el crudo, quien pueda controlar este exceso de capacidad podrá influir en el mercado de los precios del petróleo (citado por Pierce, 2012). Sobre decir que Arabia Saudí es el país que posee el mayor exceso de capacidad sobre el petróleo en el mundo.

Sin embargo en este vínculo petróleo-Arabia Saudí no todo ha resultado ser siempre positivo. La dependencia de Arabia Saudí hacia el sector energético y en especial el petróleo le han ocasionado problemas, tal como cuando sucedió una nueva crisis petrolera a mediados de los años 80, provocando una caída de los precios a nivel mundial. Esta crisis sería la detonante para que Arabia Saudí sufriera la primera crisis económica grave de su historia (Hernández Martínez, 2019). Sin embargo, eventualmente la recuperación económica en los años 90 permitiría estabilizar la situación político-económica en Arabia Saudí. A partir de este momento el reino saudí retomaría con fuerza su posición como potencia petrolera y retomaría la utilización de este recurso como un instrumento importante de su política, tanto a nivel interno como externo.

Desde el contexto internacional, el poder petrolero de Arabia Saudí ha incidido positivamente en su capacidad diplomática. Este país ha forjado alianzas cruciales con varios países de occidente creando una pseudo dependencia con ellos. El ejemplo más claro, y más importante respecto a esto, es la alianza creada con los Estados Unidos desde los años 30, en la que el reino saudí ha proveído históricamente a la nación norteamericana de petróleo, a cambio de la protección. Con el paso del tiempo esta relación se volvió estratégica para los intereses de ambos tanto a nivel regional, ya que bajo la protección de Estados Unidos el reino ha tenido una libertad de acción que de otra manera no le sería posible, al mismo tiempo que Estados Unidos tiene un aliado que vela por sus intereses regionales y que busca crear condiciones en las que se pueda seguir beneficiando (frenar el crecimiento de Irán, aplacar movimientos sociales que generen inestabilidad en el orden actual del Medio Oriente, atraer más aliados hacia occidente, etc.).

En el sentido interno, a nivel regional, es evidente que mediante el petróleo, el reino se ha enriquecido y ha permitido que el Estado se fortalezca, pero los ingresos obtenidos por la venta del petróleo también han permitido que el reino saudí aplique exitosamente una política exterior a nivel regional (Hernández Martínez, 2019). Entre las estrategias comunes que aplica el reino saudí respecto a la región del Medio Oriente están los programas de financiamiento dirigidas hacia

actores religiosos y en menor medida políticos de la región, con la intención de ampliar su margen de influencia entre la población regional (Cordesman, 2003). Con la riqueza obtenida del petróleo, Arabia Saudí también se ha dado la oportunidad de brindar asistencia económica y militar a distintos grupos o gobiernos que así lo requieran con el fin de mantener el *statu quo* en la región y combatir contra la creciente influencia iraní.

Mediante el petróleo y las riquezas que este recurso le dejan, Arabia Saudí ha participado en Siria, Yemen, y Bahrein (por mencionar algunos de los escenarios de conflicto de los últimos años. En Siria, por ejemplo, ha proveído de asistencia diplomática y militar, al tiempo que ha financiado a determinados grupos opositores al régimen del presidente Bashar al-Assad. En el caso de Bahrein además del apoyo militar brindado, también ha consolidado acuerdos de inversión que le sirven para consolidar el régimen de la familia Al Jalifa y evitar algún tipo de levantamiento como el de 2011. En el caso de Yemen, el apoyo también se lo ha brindado desde el ámbito económico y militar, proveyendo de armas modernas al régimen que combate contra los rebeldes hutíes principalmente (Hernández Martínez, 2019).

Otro elemento importante que surge de la riqueza obtenida por el petróleo, y se relaciona con una estrategia coordinada para mermar los intereses de los rivales regionales del reino saudí es la financiación a distintos grupos terroristas. Si bien, en años recientes el gobierno saudí ha declarado abiertamente su postura en contra del financiamiento a grupos terroristas, la realidad es que según especialistas se pueden encontrar evidencias que muchos grupos terroristas de corte extremista islámico son financiados desde Arabia Saudí. En un reporte elaborado en 2009 por el autor el autor Christopher M. Blanchard, para el servicio de investigación del Congreso de los EE.UU., se señalaba que Arabia Saudí era el lugar del cual salía más dinero para el financiamiento de grupos terroristas de corte sunita y para el grupo Talibán, mucho más que cualquier otro lugar en el mundo. Esto se logra en dos etapas, primero a través de la propagación del wahabismo, Arabia Saudí ha creado redes de apoyo y contacto con grupos islámicos sunitas extremistas en el extranjero, que posteriormente se dedica a financiar para apoyar sus causas políticas. Como claros ejemplos de lo anterior se pueden mencionar países como Afganistán, Siria o Libia (Choksy y Choksy, 2015).

Según diversos especialistas y autores, la red de financiamiento de Arabia Saudí se realiza desde hace más de 30 años a través de la donación y eventos

benéficos/de caridad que no están regulados por ejemplo (Blanchard, 2007). Utilizando el argumento del apoyo religioso en el exterior, el reino saudí ha sabido destinar dinero de manera indirecta a grupos terroristas afines al wahabismo y al sunismo radical que luchan sobre todo en contra de los movimientos chiitas a lo largo de la región y en el mundo. De acuerdo a diversos estudios, se ha encontrado el vínculo del financiamiento saudí con grupos como *Al-Qaeda*, los talibanes en Afganistán, el grupo *Lashkar e Taiba* en Pakistán o el frente *Al-Nusra* en Siria (Walsh, 2010; Clifford, 2014 y Butt, 2015)⁶². Sin embargo, la postura oficial del gobierno saudí siempre ha sido la del rechazo en contra de las actividades de grupos terroristas y negar cualquier participación estatal en el financiamiento de estas actividades; incluso recientemente fue añadido como miembro del Grupo de Acción Financiero (FATF por sus siglas en inglés), un grupo intergubernamental que tiene el objetivo de combatir contra el lavado de dinero y el financiamiento a grupos criminales a nivel internacional (Reuters, 2019)⁶³.

El problema es que una buena parte de las donaciones y el financiamiento no surgen directamente del gobierno saudí, pues se realiza desde actores privados a lo largo de la península arábiga, mayormente localizándose en países como Qatar, los EAU y el mismo Arabia Saudí. La realidad es que, aunque el reino saudí no realiza el financiamiento directo, ha hecho poco para detener este tipo de actividades, al menos desde una perspectiva regional, porque ha encontrado un beneficio en ello. Esto debido a que los principales receptores del financiamiento son grupos que se alinean ideológicamente a los intereses saudíes y que luchan en contra de la creciente influencia chiita e iraní en la región. De esta manera, Arabia Saudí se puede dar el lujo de mostrar una cara de rechazo y combate contra el terrorismo y contra el financiamiento a grupos terroristas desde la perspectiva internacional, pero al mismo tiempo seguir mostrando una actitud pasiva, y hasta favorecedora, ante este tipo de actividades a nivel regional.

⁶² Es bien sabido que varios de los perpetradores del ataque terrorista al World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre de 2001 eran de nacionalidad saudí, así como el autor intelectual de estos atentados, Osama bin Laden.

⁶³ Este evento resulta interesante ya que la aceptación del reino saudí como miembro a este grupo se dio en junio del 2019, con un fuerte apoyo por parte de los Estados Unidos. Sin embargo, apenas algunos meses atrás, en febrero de ese mismo año, la Unión Europea había colocado a Arabia Saudí en la lista negra de estados considerados como amenaza por lavado de dinero o porque se encontraban asociados al financiamiento de grupos criminales. Por lo tanto la aceptación del reino saudí en el FATF generó bastante críticas por parte de la comunidad internacional (Reuters, 2019 y Guarascio, 2019).

Además, la responsabilidad saudí sobre el apoyo a grupos terroristas no recae únicamente en el financiamiento, o en la permisividad de este apoyo, ya que también ha promovido la radicalización de distintos grupos a través de la exportación del wahabismo a nivel regional. Esto tomando en cuenta que algunas de las vertientes más extremistas del wahabismo llegan a considerar a cualquier musulmán que no se apegue a estos preceptos como un creyente falso⁶⁴ o a promover la yihad en contra de aquellos que no profesen el islam. Arabia Saudí ha promocionado el wahabismo a nivel regional (e internacional) a través de la creación de becas y el apoyo a instituciones religiosas y educativas de corte wahabita. También se ha enfocado en la construcción de mezquitas, o el financiamiento a proyectos de restauraciones y mantenimiento de estos templos en diversos países como en Francia, Afganistán o Irak (Choksy y Choksy, 2015).

De esta manera, el reino saudí ha fortalecido los vínculos entre distintos grupos fundamentalistas del islam que buscan mantener el *statu quo* regional, promoviendo el liderazgo saudí dentro del mundo musulmán, y más específicamente en el Medio Oriente. El problema radica, como ya se mencionó, en que muchos de estos grupos fundamentalistas terminan adoptando una postura radical a favor de la yihad y terminan politizándose al cometer actos terroristas bajo la justificación de estar defendiendo y/o propagando el Islam que ellos creen es el verdadero. Entonces, es posible señalar que prácticamente, a través del financiamiento y promoción del wahabismo, Arabia Saudí ha facilitado el crecimiento ideológico de grupos extremistas y fundamentalistas como son Al-Qaeda, los talibanes o el ISIL, aunque no posea una relación directa en su creación. De esta manera es como el gobierno de Arabia Saudí, ha aprovechado a los grupos terroristas para debilitar y crear problemas ante sus rivales políticos más importantes en la región, fortaleciendo sus aspiraciones por el rol hegemónico en Medio Oriente, en detrimento de la seguridad mundial y regional.

Al final de cuenta, como se pudo analizar anteriormente, en buena medida las capacidades y estrategias de poder duro de Arabia Saudí están relacionadas, y son dependientes de su economía petrolera. Este recurso le ha permitido formar alianzas fundamentales con otros actores externos, que legitiman su rol hegemónico

⁶⁴ Este señalamiento no solo se enfoca en los musulmanes que practican la denominación chiita, sino también a los que practican un sunismo moderado. El Wahabismo plantea unos preceptos bastante rigurosos y considera que toda persona que no los siga no está practicando el verdadero Islam.

en la región. De estas relaciones, también ha fortalecido su capacidad militar que le permite tener un rol activo en los distintos escenarios de conflicto a nivel regional. También es necesario mencionar la riqueza que le provee el recurso y que le ha permitido aplicar otro tipo de estrategias como el financiamiento o los apoyos a programas sociales en otros países. Al mismo tiempo la riqueza le ha permitido reforzar y financiar a grupos fundamentalistas islámicos que terminan convirtiéndose en células terroristas y que ocasionan inestabilidad regional que aprovecha el gobierno saudí para afianzar su postura como líder regional al favorecer el conflicto sectario y debilitar a su rival político: Irán.

Este contexto que vive Arabia Saudí no era común años atrás pues, como ya se mencionó de manera general el reino siempre buscó darle primacía a la utilización del poder blando (mediante su petróleo) para mantener su posición como potencia regional. Sin embargo con la entrada de Irán al escenario geopolítico, el gobierno de Riad ha tenido que implementar nuevas medidas de poder duro para minimizar la influencia que ha adquirido Irán en el contexto regional. Muchas veces actuando de manera directa, pero siempre tratando de que su participación sea indirecta para no afectar su imagen a nivel internacional. Por eso es que parece utilizar intermediarios en la mayoría de sus acciones de poder duro. De esta manera, Arabia Saudí ha buscado frenar el ascenso de Irán a la par que trata de mantener la estructura jerárquica del Medio Oriente como le sea más conveniente, sin que esto afecte tanto su imagen a nivel internacional.

Capítulo 6. Análisis comparativo de la utilización del poder inteligente en la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí.

6.1 El conflicto entre Irán y Arabia Saudí: el escenario regional.

En la disputa por la hegemonía regional entre Arabia Saudí e Irán es posible observar el uso de estrategias coercitivas (poder duro) y estrategias de influencia (poder blando) por ambos países, con la finalidad de vencer al histórico rival y alzarse con la hegemonía regional. Sin embargo, el entorno complejo en el que están inmersos ha provocado que ambos países adapten sus estrategias de acuerdo al contexto global que se vive. Así, ambos países han utilizado, históricamente, tanto estrategias de poder duro como de poder blando en este conflicto, cada uno con respectivos éxitos y fracasos. Tomando en cuenta todo lo anterior, la región del Oriente Medio, y la disputa por la hegemonía del mundo islámico entre Irán y Arabia Saudí, permite visualizar una comparación para poder determinar en qué medida la utilización del poder inteligente ha dado resultados respecto a la generación de roles hegemónicos, a nivel regional, para ambos países contendientes.

La intensa rivalidad entre Irán y Arabia Saudí por el control y la influencia del mundo árabe en Medio Oriente es un fenómeno relativamente reciente. Si bien es cierto que muchos autores han considerado el punto de origen de esta rivalidad desde el año de la muerte del profeta Mahoma en 632 d.C., la realidad es que la división del Islam no sería suficiente para explicar el conflicto que viven en la actualidad estos dos países. Siendo más específicos en cuanto a la delimitación de las causas, el conflicto (geo)político entre Irán y Arabia Saudí tiene un inicio en la invasión estadounidense a Irak en el 2003, pero la situación detonó de manera definitiva con la llegada de la Primavera Árabe en 2010. Con la caída de distintos regímenes en países como Egipto, Siria o Libia (quienes ostentaban poder), el mundo musulmán de Medio Oriente se desestabilizó y se creó un vacío en el poder, algo que han aspirado a llenar Arabia Saudí e Irán (Jiménez, 2019). Sin embargo, no se puede dejar de lado hacer mención que la revolución iraní de 1979 también ha jugado un factor determinante en la rivalidad entre ambas naciones.

En cuanto al desarrollo del conflicto en la actualidad, algunos autores han propuesto llamarlo la “nueva guerra fría” o “la guerra fría del islam” debido a las

características particulares que se hacen evidentes en la dinámica entre estas dos naciones, y que se asemejan en cierta medida a la dinámica que vivieron la URSS y Estados Unidos durante la segunda mitad del siglo XX. Dos de las características más destacadas en el conflicto son: 1) la búsqueda del liderazgo regional a través de la utilización de afinidades idiosincráticas (comunismo-capitalismo en la Guerra Fría o sunismo-chiismo en el conflicto entre Arabia Saudí e Irán); y 2) la utilización de las *guerras proxy*, o subsidiarias, como se presenta en Yemen o Siria (Jiménez, 2019). Otra característica interesante a tener en cuenta en este conflicto, ha sido la creación de narrativas que afectan la imagen y la percepción de una u otra nación respecto a la población rival, lo que acrecienta la enemistad y el rechazo a un nivel social, perpetuando el conflicto. Asimismo, ambos actores suponen dos modelos antagónicos en el plano interno e internacional: revolucionario-antiimperialista (Irán) frente al conservador-prooccidental (Arabia Saudí) (González del Miño, 2018).

La realidad es que, sin importar la razón que se elija para asignar origen al conflicto, Irán y Arabia Saudí difícilmente pueden ser aliados naturales (Vesga, 2014). No solo por mencionar la existente rivalidad de interpretación religiosa, sino por los intereses geopolíticos a los cuales ambas naciones aspiran en la región. Si bien es cierto que la disputa religiosa tras el cisma del Islam enemistó a sunitas y chiitas, lo cual ha sido un factor determinante en el tema de la rivalidad social, y religiosa, entre ambas naciones, en la realidad nunca existió una disputa política tan directa y evidente (como al día de hoy) entre Irán y Arabia Saudí. Y realmente, el enfrentamiento en la arena geopolítica entre ambas naciones surgiría apenas hasta después de la Segunda Guerra Mundial (Moya, 2018). Sin embargo, tal como ya se pudo revisar antes, la relación postguerra de ambas naciones tuvo altibajos, periodos donde el enfrentamiento estuvo más marcado, y periodos donde parecía quedar en un segundo plano.

No sería sino hasta el final de la Primavera Árabe, cuando el escenario en Medio Oriente quedó definido por el conflicto latente, pero indirecto, entre Arabia Saudí e Irán. En la realidad estos dos estados nunca se han enfrentado militarmente, pero han aprovechado distintos escenarios para promover confrontaciones subsidiarias, similares a las ocurridas durante la Guerra Fría, con el objetivo de ejercer el liderazgo regional (González del Miño, 2018). Un claro ejemplo de lo anterior se presenta en la guerra civil yemení, un conflicto en el cual existe la confrontación entre el gobierno del presidente *Abd Rabbu Mansur Hadi*, que es

apoyado por Arabia Saudí (y una coalición de 8 países) y un grupo oposición de rebeldes hutíes que pertenecen a la rama chiita del islam y por lo tanto son apoyados por Irán (*Global Conflict Tracker*, 2021). Otro ejemplo se presenta en la guerra civil siria donde existe una situación opuesta, ya que en este caso es el gobierno iraní quien apoya al régimen del presidente, *Bashar al-Assad*, mientras que Arabia Saudí forma parte de la coalición que apoya a los grupos rebeldes de oposición (Haji-Yousefi, 2021).

Con independencia de los conflictos bélicos que se mantienen activos, y que son responsables de la descomposición y fragmentación regional, lo que se vive actualmente en el Medio Oriente es una nueva guerra fría. Este conflicto se ha llevado a cabo, principalmente, a través de la confrontación de influencias entre los actores involucrados (Irán y Arabia Saudí) quienes han otorgado su apoyo político y económico a determinados actores como pueden ser grupos civiles, movimientos armados y gobiernos en la zona, según les convenga (González del Miño, 2018). Tanto Irán como Arabia Saudí se han valido de estas estrategias, para disputarse el liderazgo regional exclusivamente entre ellos. Además, dentro del conflicto, ambos países han promovido la división sectaria (sunita y chiíta) en otras naciones como Yemen, Siria, Líbano o Irak, con la finalidad de incrementar su influencia en estos estados, y poder disputar no solamente el control religioso sino también el político, de manera indirecta⁶⁵. (Dazi-Héni, 2013).

Precisamente, las participaciones en conflictos como el de la guerra civil en Yemen o en Siria son un ejemplo claro de cómo Irán y Arabia Saudí han

⁶⁵ Es importante notar que para algunos autores, como Hussein Agha y Robert Malley, los principales conflictos que influyen en la inestabilidad del Medio Oriente no son necesariamente conflictos sectarios. Esto quiere decir que no existe una confrontación directa entre los grupos sunitas contra los grupos chiitas. En un artículo que ambos publicaron en el periódico *The New Yorker*, en el año del 2019, señalan que los conflictos más violentos, persistentes y notables en la región se presentan en el seno del sunismo. Es decir que estos conflictos, lejos de enfrentar a sunitas contra chiitas han sido motivados por los intereses particulares de las distintas vertientes del sunismo. Como ejemplo de esto mencionan el conflicto en Siria, donde si bien el régimen de la familia Al-Assad es de corte Alauita (una vertiente del chiismo) la realidad es que esta familia llegó y se mantuvo en el poder gracias al apoyo y los acuerdos que llevó a cabo con distintos grupos sunitas (sobre todo de la clase media). Entonces si bien el conflicto es señalado como un ejemplo de división sectaria, no se puede ignorar que la estabilidad y del apoyo que gozó en muchos años el régimen de Bashar Al-Assad fue gracias al apoyo de otros sunitas. También se hace mención en este artículo sobre distintos combates que han confrontado al Estado Islámico (de tendencia sunita) contra otros grupos sunitas como la batalla de Mosul (en Irak) o la batalla de Al Raqa (Siria). Como estos ejemplos, en el artículo mencionado se señalan otros donde también se expone la idea acerca de que en muchos casos el enfrentamiento entre los mismos sunitas se ha disfrazado y maquillado para aparentar ser un conflicto sectario y seguir alimentado la retórica y la división entre los países de la región favoreciendo solamente a un grupo.

aprovechado, y apoyado, la división sectaria entre sunitas y chiitas para buscar alcanzar objetivos particulares. Pero estos no son los únicos casos, en países como Bahréin, Irak o Pakistán se han presentado casos de confrontación sectaria entre sunitas y chiitas. De estos ejemplos, el caso más sonado es el de Irak, sobre todo por las implicaciones políticas que tuvo. Tras la invasión de Estados Unidos y la caída del régimen de Saddam Hussein, los sunitas en Irak perdieron privilegios y fueron alejados de los puestos políticos importantes. Este vacío fue aprovechado por la minoría chiita para acceder al poder durante la reestructuración política que implementó Estados Unidos.

Como resultado de lo anterior, en 2006 accedió al poder Nuri al-Maliki, quien se presentó como un candidato unificador, a pesar de ser parte de la denominación chiita del Islam, pero poco tiempo después fue acusado de marginar a los sunitas en Irak y de utilizar las fuerzas del estado para amedrentarlos, y favorecer a sus aliados chiitas (CNN, 2014). Los gobiernos posteriores en Irak también han estado dirigidos por políticos que pertenecen a la denominación chiita, situación que ha aprovechado Irán para estrechar los lazos con una nación con la que históricamente también había mantenido una rivalidad geopolítica. El ejemplo más claro de ese acercamiento fue durante el surgimiento del Estado Islámico (ISIL) en Irak alrededor del año 2014; este escenario le permitió al gobierno iraní presentarse como un aliado protector para el pueblo iraquí, contribuyendo, además, en el incremento de la influencia de Teherán sobre Irak, logrando que ambas naciones actuaran conjuntamente para erradicar la amenaza que suponía el grupo terrorista.

Otro claro ejemplo del conflicto sectario en Medio Oriente fue el caso de Bahréin, en el contexto de la Primavera Árabe. Durante el transcurso de este movimiento socio-político, distintos grupos en este país se levantaron para protestar en contra del gobierno de la familia Al Jalifa, dinastía que lleva ostentando el poder en este país desde el año de 1783 (BBC, 2018a). La familia Al Jalifa ha sido aliada histórica de la familia Al Saud (gobernantes de Arabia Saudita) y al igual que ellos profesan el sunismo. Si bien en un principio las protestas tenían un carácter no sectario, poco a poco esto fue cambiando con la mayor participación de grupos chiitas que buscaban reformas políticas. Bahréin es un país donde la mayoría de la población es chiita, y no goza de los mismos privilegios e influencia que los sunitas (Durán de la Huerta, 2013), por lo tanto no fue extraño que los chiitas se unieran a las protestas, y que se convirtieran en un elemento representativo que exigía

cambios socio-políticos que les permitieran igualdad de condiciones ante la exclusión que viven diariamente.

Como líderes del Islam sunita en el mundo, Arabia Saudí no vio con buenos ojos el protagonismo que adquirieron los grupos chiitas en las protestas de Bahréin, pues en gran medida las reformas que se exigían desde estos grupos afectarían la hegemonía sunita de la península arábiga y facilitaría la presencia directa de su histórico rival, Irán, al establecer un estado subsidiario dominado por la denominación chiita. De tal manera que con la justificación de restaurar la seguridad en Bahréin, y con el pretexto de que Irán estaba interviniendo directamente en las protestas chiitas en ese país,⁶⁶ el gobierno saudí encabezó una coalición militar junto a varios países pertenecientes al CCG para intervenir en la pequeña nación y poner fin al levantamiento social.

Desde un escenario geopolítico, Arabia Saudí sabía que si las protestas chiitas ganaban y lograban derrocar al régimen de la familia Al Jalifa, era altamente probable que existiera un gobierno chiita en su zona de influencia directa, lo que implicaría que Irán tendría mayores facilidades para rivalizar por influencia en la península arábiga. Esta situación también podría ser fuente de un conflicto directo pues desde Teherán se defendería al nuevo gobierno bahreiní por conveniencia geográfica. Al mismo tiempo, Bahréin representa un aliado importante para Arabia Saudí pues es un popular destino turístico y vacacional donde los saudíes pueden relajarse de las leyes tan estrictas que existen en Arabia Saudí, ya que la aplicación de la ley islámica es bastante más relajada que en el reino saudí (Durán de Huerta, 2013). Con este contexto en mente, mantener la influencia sunita en Bahréin representaba una prioridad para el gobierno saudí, por lo que la respuesta más sencilla para evitar un cambio en la relación, que le supusiera una desventaja política, religiosa y hasta de prestigio, fue la de utilizar la fuerza militar, liderando al CCG como un instrumento para mitigar el peligro que suponían los grupos chiitas en Bahréin y afianzar el control sunita en la península arábiga.

⁶⁶ Hay que destacar que pese a las acusaciones hechas por el gobierno saudí acerca de la participación directa de Irán como instigador de las protestas en Bahréin, la realidad es que nunca se ha podido comprobar que esto sea cierto. Irán siempre ha negado esta acusación, y realmente no existe evidencia que lo implique en este caso, aún existiendo la coincidencia de que Irán es un país donde el chiismo es la denominación islámica dominante y que las protestas en Bahréin fueron encabezadas por grupos chiitas.

En el caso de ambos ejemplos presentados se puede demostrar como la confrontación sectaria ha permitido moldear y cambiar la estructura gubernamental política de distintos países, siendo de beneficio para Irán o para Arabia Saudí, según el contexto. El sectarismo también ha influido en generar una imagen determinada del grupo opuesto, lo que facilita la participación en conflictos para defender los propio. La realidad es que en la gran mayoría de los países del Medio Oriente región existe, en menor o mayor medida, la rivalidad sectaria, pero no siempre ha provocado conflictos bélicos. Lo importante a considerar es que gracias a la influencia de la guerra fría musulmana, la división sectaria ha traspasado las fronteras y se ha convertido en un fenómeno transnacional. Por ejemplo, los sunitas en el Líbano que se enfrentan a Hezbolá, consideran que están representando a todos los sunitas del mundo árabe y no solo a los libaneses por lo tanto adoptan esta tarea con mayor empeño y orgullo (Dazi-Héni, 2013).

Además del sectarismo existente, otro factor clave en la confrontación por el liderazgo regional entre Irán y Arabia Saudí es la cuestión energética. Ambos países gozan de importantes recursos energéticos que les generan poder (González del Miño, 2018). La dependencia económica de ambos países por la exportaciones de estos bienes energéticos es importante, y por lo tanto han encontrado la necesidad de establecer seguridad en las principales zonas por las cuales se lleva a cabo la exportación de estos recursos. Un ejemplo claro es la situación del Estrecho de Ormuz, un punto clave para el comercio energético, tanto a nivel regional como internacional, tal como ya se mencionó anteriormente (BBC, 2019a). De tal manera esto justifica que el control y la influencia por el estrecho sea de interés primordial para los Estados en conflicto, pues esto les permitiría controlar el comercio marítimo a nivel regional, al mismo tiempo que afectaría en buena parte el abastecimiento mundial de petróleo, otorgándoles una ventaja geopolítica inigualable.

Otro recurso energético importante que ha contribuido a la disputa hegemónica entre Irán y Arabia Saudí es el gas natural. En años recientes el gas natural ha adquirido importancia ya que se ha establecido como una de las alternativas viables a la utilización de recursos no renovables (como el petróleo) para la generación de energía. Asimismo, se ha convertido en el recurso energético preferido para el sector industrial sobre todo en su uso para la generación de energía eléctrica la cual es fundamental para el desarrollo y aplicación del sector electrónico-informático (Vázquez Lupercio, 2020). El Medio Oriente es una de las

regiones más importantes para la producción de gas natural en el mundo, pues aquí se concentra el 24% de la producción de este recurso energético a nivel global. Irán encabeza la producción de gas natural con un 22% a nivel regional, mientras que Arabia Saudí produce el 12% (CIA Factbook).

Mantener la seguridad en las exportaciones de los recursos energéticos es importante para ambas naciones pues esto se vincula directamente con su capacidad económica. Pero no solamente eso, ya que mediante el beneficio económico que les brinda el petróleo y el gas, ambas naciones han podido financiar sus campañas militares o el desarrollo de sus ejércitos, así como utilizar este dinero para apoyar distintas campañas en el exterior que les retribuyen dividendos en un sentido ideológico y moral (como Irán con las restauraciones a templos y ciudades sagradas en Irak, o Arabia Saudí implementando su programa de *sportwashing* para generar atracción). Asimismo el control de los recursos energéticos (y de su exportación) les otorga a estas naciones un instrumento que permite que se mantengan en la pugna por la hegemonía regional (González del Miño, 2018), sobre todo desde un aspecto de prestigio e importancia al pertenecer ambos países a una élite petrolera/energética.

Como se puede apreciar, la pugna por la hegemonía regional entre Irán y Arabia Saudí abarca tanto el ámbito económico y militar como el cultural, religioso e ideológico (González del Miño, 2018). Mediante la contextualización de los distintos escenarios ambos países han utilizado de manera alterna el poder duro o poder blando para lograr obtener ventajas respecto al otro. En ocasiones estas estrategias se combinan como el caso de Irán y las Fuerzas *Quds*, que si bien son un elemento de poder duro (al ser una fuerza militar) le han permitido adquirir prestigio regional sobre todo con la población chiita en la región por su participación, apoyo y financiamiento a las causas chiitas. Un ejemplo opuesto, pero bajo la misma premisa se encuentra en la estrategia saudí del uso de las plataformas digitales y las redes sociales para promover un discurso anti-chiita por la región, lo que invariablemente ha contribuido a que se mantengan los conflictos sectarios en el Medio Oriente.

Ahora, otro factor determinante en el conflicto entre ambas naciones es la participación de los Estados Unidos. Históricamente la nación norteamericana se ha presentado como un aliado a los intereses saudíes, mientras que ha mantenido una postura de animadversión contra el régimen iraní, sobre todo después de 1979. El

hecho de que la nación más poderosa del mundo mantenga este tipo de relaciones con ambas naciones juega un papel preponderante en el conflicto. Por ejemplo, antes de 2003 Estados Unidos era visto desde una óptica positiva por la población del Medio Oriente. Esto beneficiaba la imagen de Arabia Saudí por ser el principal aliado de la nación americana. Sin embargo, tras las diversas intervenciones llevadas a cabo a lo largo de las últimas dos décadas por los EE.UU., esta perspectiva ha dado un giro de 180 grados. Para una parte de la población del Medio Oriente, Arabia Saudí se ha convertido en una nación servil que busca satisfacer los intereses de los Estados Unidos y que mediante su alianza busca conservar su influencia regional. Por su parte, Irán es considerado, por otro sector de la población, como un referente de resistencia y resiliencia en contra de la influencia extranjera (EE.UU.) que busca desestabilizar política y socialmente para un beneficio económico.

Curioso es entonces que también en años recientes se esté gestando una nueva dinámica entre estas potencias regionales y los Estados Unidos. Por un lado, como ya se mencionó Arabia Saudí ha buscado salir de la sombra de los EE.UU. y ha comenzado a buscar su independencia en materia de seguridad. Aunque no ha cortado el vínculo totalmente, y mantiene una relación de dependencia aún, si ha comenzado a tomar posturas divergentes en cuestiones de política exterior que le representan un interés real para el reino, pero son de segundo o tercer interés para la nación norteamericana, como la gestión de disputas en Bahrein o Yemen (Kinninmont, 2015). En el caso de Irán, parece que Estados Unidos está interesado en establecer relaciones cordiales. Como muestra de esto se puede tomar el Pacto Nuclear firmado entre ambas naciones en 2015 en el que Irán se compromete a reducir su programa nuclear, y a aceptar la supervisión de una comisión internacional a cambio de que se le quitaran las sanciones económicas que le habían impuesto⁶⁷.

Este nuevo escenario parece contribuir al conflicto entre Arabia Saudí e Irán. Por un lado, Irán se vio ampliamente beneficiado pues su prestigio creció a raíz de la firma del pacto nuclear, por ser considerado un país que tenía la capacidad de negociar al tú por tú con los Estados Unidos. Y aunque en años recientes la

⁶⁷ Si bien es cierto que durante el gobierno de Donald Trump Estados Unidos salió del pacto nuclear con Irán, y regresó a una postura más firme en contra de la república islámica, reinstaurando las sanciones económicas, el actual presidente Joe Biden ha declarado en varias ocasiones que su interés es lograr negociar con Irán un regreso al pacto.

situación entre Irán y Estados Unidos ha atravesado por momentos tensos (el asesinato del general Qasem Soleimani, líder de las Fuerzas *Quds*, o la salida del pacto nuclear de Estados Unidos) la capacidad de la república islámica no se ha visto mermada, al contrario se ha mostrado como esta nación ejemplar que muestra resiliencia ante las adversidades y no se deja amedrentar por las acciones de occidente. Por otro lado, Arabia Saudí ha visualizado el tentativo acercamiento entre los EE.UU. e Irán como una muestra del desinterés que cada vez más parece premiar a Estados Unidos respecto a la relación bilateral con el reino saudí. De tal manera que como resultado de esta situación, Arabia Saudí ha afianzado su interés por relajar su dependencia con Estados Unidos ya que no parece existir la misma confianza que antaño.

La influencia que ejerce Estados Unidos en la acciones individuales de ambos estados es importante también para entender el conflicto entre Arabia Saudí e Irán, quienes han creado una narrativa específica en torno a esta relación. Desde esta perspectiva ambas naciones han fortalecido o debilitado sus posturas y alimentan su reclamo por el puesto hegemónico regional, uno desde la visión de ser un histórico aliado de la mayor potencia mundial y el otro de ser el estandarte de la resistencia en contra de los poderes hegemónicos. De esta manera, se puede esperar que en el futuro próximo, la variable Estados Unidos juegue un rol fundamental en el conflicto, sobre todo tomando en cuenta que en los últimos años la nación norteamericana parece menos interesada en la región del Medio Oriente, situación que han aprovechado otras potencias para participar de manera más activa. Este cambio podría significar entonces un nuevo reacomodo de las piezas geopolíticas a nivel regional.

6.2 Conclusiones

En los primeros capítulos se hizo referencia al marco teórico y conceptual que contextualizan las disputas hegemónicas. Desde esta perspectiva se llevó a cabo la definición de conceptos fundamentales que ayudaron a comprender por qué es que los países, en la medida de sus posibilidades pugnan por el poder. Este elemento les otorga la capacidad de forjar un entorno que les beneficie y en donde puedan lograr obtener sus objetivos. Sin olvidar que también es útil para mantener la

seguridad a un nivel cómodo. Por esta razón una multiplicidad de actores, dentro del sistema internacional, pugnan por posiciones hegemónicas (o sub hegemónicas) en tanto les rinden dividendos positivos para poder actuar dentro del sistema internacional.

Al mismo tiempo se discutió cómo es que a través de las relaciones de poder y el establecimiento de relaciones consensuadas y discursos intersubjetivos, los Estados que han adquirido poder pueden perpetuar esta condición a costa de otros actores de menor jerarquía en el sistema. Esto también favorece a los actores hegemónicos para la creación de marcos normativos y de regímenes que se insertan dentro de los propios objetivos y que promueven la imitación por parte de los actores de menor jerarquía. Es decir que un actor hegemónico establece las condiciones de acción respecto a un determinado tema, y promueve que los demás actúen de acuerdo a sus intereses respecto a este tema gracias a la intersubjetividad que existe y que al mismo tiempo mantiene en el poder al actor hegemónico.

La intersubjetividad es un elemento fundamental de las relaciones internacionales, bajo el cual se fundamentan las dinámicas relacionales de diversos actores. En un caso muy sencillo, influye en la proyección, hacia el exterior, de una imagen autopercebida que realizan los actores, y que, mediante el consenso, los demás actores legitimen esta idea y actúen de acuerdo a ella. Pero al mismo tiempo puede ocasionar conflictos desde la visión divergente de dos imágenes contrastantes. Es decir, si dos países se perciben bajo un mismo rol, esto puede ocasionar conflictos. Por el caso contrario, esta proyección también permite establecer vínculos de cooperación y apoyo mutuo, bajo la premisa de la búsqueda de objetivos y la búsqueda de solución a problemáticas comunes. Aunque, de manera objetiva se puede decir que estas problemáticas están fortalecidas por el consenso y son determinadas por una fuerza hegemónica. Esto no quiere decir que estos problemas no sean reales, pero sí que la urgencia con la cual se buscan resolver puede variar dependiendo de la perspectiva dominante.

Sin embargo, el tema central de esta tesis gira en torno a las relaciones interestatales y a los escenarios de conflicto que se presentan, bajo el contexto de las disputas por los roles hegemónicos. Como tal, también se analizaron las distintas estrategias que utilizan los Estados para lograr conseguir estos objetivos. Sobre todo se tomó como referencia la clasificación propuesta por Joseph Nye,

donde establece la existencia de 2 poderes: el poder duro y el poder blando. El poder duro hace referencia a las capacidades tangibles de los Estados para ejercer la fuerza o la coerción y lograr que los demás actúen en beneficio del poder hegemónico. El poder blando por su parte, se refiere más a las capacidades intangibles que le otorgan a los actores la capacidad de influir mediante la atracción, la inspiración o la motivación y lograr de esta manera que otros actores realicen acciones que de otra manera no hubieran hecho.

Derivada de estas dos clasificaciones surge el poder inteligente, que más que una clasificación nueva se refiere a una estrategia en donde se aplica el poder duro o el poder blando en escenarios concretos para lograr el avance de los intereses de los estados. Es decir que con el fin de lograr sus objetivos, el Estado A alternará, según le convenga, la utilización de acciones de poder duro y de poder blando, dependiendo de cual le genere mayores beneficios. El poder inteligente también puede significar que un Estado utilice capacidades de poder duro para generar poder blando y viceversa. El poder inteligente es una herramienta que permite explicar de manera más completa la realidad del sistema internacional, ya que en las relaciones interestatales los estados no utilizan de manera exclusiva el poder duro o el poder blando, sino que por lo general complementan las dos para lograr mayor eficiencia en su política exterior.

En este sentido la tesis está enfocada en el caso de estudio que presenta el conflicto ideológico y geopolítico existente entre Irán y Arabia Saudí por el rol hegemónico en Medio Oriente. Si bien es cierto que, Arabia Saudí es considerado como el hegemón actual, la intención de Irán, en esta disputa, es ocupar esa plaza. Bajo esta premisa, fue posible llevar a cabo un análisis respecto a distintas estrategias aplicadas por ambos actores en la búsqueda de reforzar su postura como contendiente por la hegemonía regional. Esta disputa lleva varios años en juego, y cuenta con una diversidad de elementos así como la participación de varios actores que conforman el complejo entramado de relaciones que están presentes en el conflicto.

Con el objetivo de debilitar a Arabia Saudí, Irán ha creado las condiciones favorables a través de la utilización de estrategias de poder inteligente (alternancia del poder duro y blando en escenarios específicos) En el caso del poder blando iraní, se pudieron observar vastos elementos que emanan de su identidad cultural, su identidad religiosa y su identidad revolucionaria. Estos elementos atraen a otros

actores del sistema regional y se insertan en una narrativa construida que gira en torno a la visualización de Irán como una nación históricamente poderosa que ha resistido los embates de múltiples actores a lo largo de la historia y que siempre se ha mantenido resiliente a pesar de las adversidades. Esto, por lo tanto, la convierte en una nación digna de admiración y respeto que posee un reclamo legítimo por la posición de potencia regional, tomando en cuenta que el actual hegemón no posee estas cualidades y que además sirve a los intereses de actores externos.

Bajo la premisa cultural, Irán se asume heredero de una civilización milenaria, la persa, que ha sido cuna de una multitud de culturas, religiones, tradiciones y lenguas donde también se facilitó la convergencia de estos elementos. De esta manera ha logrado influir en su entorno para generar vínculos con países que comparten estos elementos (naciones herederas de culturas importantes para la humanidad), pero también con otros actores que comparten tradiciones y formaron parte de ese entramado cultural y étnico que fue la civilización persa. A partir de aquí Irán ha facilitado la creación de alianzas mediante la identificación con este discurso promoviendo una imagen positiva sobre sí mismo ante el exterior, aunque esto no ha sido totalmente exitoso con todos los actores.

En cuanto a la religión, Irán se ha fortalecido como el guardián de la denominación chiita en Medio Oriente. Como ya se mencionó, los chiitas son una minoría dentro del Islam, y como tal han sufrido por años la segregación y exclusión desde las visiones sunitas más ortodoxas. En este escenario Irán se ha alzado como el actor relevante que está liderando a las fuerzas chiitas para unificarlas y lograr cambiar la dinámica contra los sunitas. Con esto en mente, la identidad religiosa también ha sido fundamental para incrementar la influencia de Irán, que a través de los vínculos y redes establecidos con diversos movimientos chiítas ha formado un creciente chiita de influencia que le ha fortalecido su reclamo por el liderazgo regional. Así, Irán ha pasado, en poco menos de dos décadas, de ser una nación discreta en su región a convertirse en una potencia real que tiene elementos factibles para aspirar a más.

La identidad revolucionaria es el tercer factor relevante para Irán y se asume como elemento promotor de los ideales afines a Irán. En esta idea, la identidad revolucionaria forma parte de esta narrativa iraní acerca de ser una nación que resiste y busca limitar la injerencia extranjera en el Medio Oriente. A través de la exportación de su religión Irán ha buscado congeniar y crear identificación con otros

movimientos que buscan reducir la influencia del exterior en los asuntos del Medio Oriente. Esto es todavía más relevante cuando se pone en la mesa el hecho de las incontables ocasiones en que las potencias extranjeras han intervenido en la región para favorecer principalmente sus intereses. La identidad revolucionaria también es afín a la identidad religiosa en el sentido de que se busca promover la politización del Islam, tomando como referencia la instauración de la República Islámica de Irán que ha sido un caso de éxito en este sentido.

En tanto a Arabia Saudí, sus elementos de poder blando se basan principalmente en su influencia gracias al petróleo. Este recurso le genera la capacidad económica para implementar otras estrategias y para fortalecer la estructura estatal que le permita mantener la estabilidad interna en una región que se caracteriza por todo lo contrario. A través de su economía petrolera, Arabia Saudí ha logrado cimentar su postura como el líder regional a través del apoyo y financiamiento a diversos proyectos, sociales y religiosos en otros países de la región. El petróleo también le permite a Arabia Saudí ejercer una influencia a nivel regional (también internacional) que se complementa con sus objetivos de política exterior.

A través del petróleo, Arabia Saudí también ha establecido vínculos esenciales con otros actores (principalmente potencias occidentales) que le otorgan una capacidad diplomática de la que no gozan muchos estados en el Medio Oriente. La relación más importante en este sentido es evidentemente Estados Unidos, aunque esta relación se ha ido desgastando en los últimos años. Con base en esto, años recientes el gobierno saudí ha aplicado una estrategia para la diversificación de la economía saudí y dejar a un lado la total dependencia del petróleo, por un lado para permitir mayor libertad respecto a su vínculo con otras potencias, y también en la búsqueda de mejorar su imagen pública cuando ha sido fuertemente criticado por algunos escándalos que han ocurrido alrededor del reino saudí como el asesinato del periodista Jamal Khashoggi, la constante acusación de violentar derechos humanos y de ser un régimen represivo, etc.

Por lo tanto, el gobierno saudí ha aplicado la estrategia “Visión 2030” con la cual busca lograr los dos objetivos anteriormente mencionados (diversificar su economía y mejorar su imagen). Como una herramienta fundamental de la visión 2030 se encuentra la estrategia de promoción y creación de eventos deportivos en el reino para fomentar la cultura de la actividad física, crear nuevos vínculos con

otros actores y fortalecer la diplomacia a través de las competiciones deportivas. No por nada, Arabia Saudí ha gastado casi 1,5 mil millones de dólares en crear contratos para la celebración de eventos deportivos mediáticos en su territorio. El tema deportivo se ha considerado como una herramienta útil para promover una imagen renovada del reino que se aleje de la versión ultra conservadora y represiva con la que generalmente se asocia el reino.

Además, como otro elemento que deriva del petróleo, Arabia Saudí forma parte de la OPEP. Esta membresía permite reforzar los argumentos del reino saudí respecto a ser una nación que apoya el multilateralismo y que busca fortalecer los lazos de cooperación con otros actores. Aunque en muchos casos esto no sea totalmente cierto. Con el cobijo de la OPEP, Arabia Saudí se ha convertido en uno de los principales actores en la industria petrolera a nivel internacional, lo que invariablemente repercute en el ámbito regional. Con la creación de alianzas y bajo la percepción de ser un actor fundamental en el comercio petrolero, Arabia Saudí mantiene la influencia suficiente para mantener su posición como líder región, aunado a que forma parte de otros organismos de corte regional que refuerzan esta idea..

En este sentido, Arabia Saudí forma parte de los organismos regionales como la Liga Árabe o la CCG, que se insertan y reafirman esta postura de promoción del multilateralismo. Además, a través de estas organizaciones regionales, entre las que destaca el CCG, Arabia Saudí ha logrado dirigir esfuerzos de integración y cooperación a nivel político, diplomático y económico entre los países miembros. Con base en estas estrategias, y complementando con el cúmulo de relaciones con occidente creadas a partir de la OPEP, Arabia Saudí mantiene una postura firme en cuanto al liderazgo regional. Sin embargo, también es importante mencionar que en años recientes han surgido problemas de corte regional, en el seno de diversas organizaciones, principalmente el CCG, estos problemas internos han puesto en juego las relaciones entre los Estados miembros. Por lo tanto es primordial para el reino saudí mantener la unidad en la organización; en caso contrario el escenario de liderazgo podría complicarse con el surgimiento de nuevos actores que buscan protagonismo.

Respecto al poder duro, ambas naciones se apegan al modelo clásico utilizando los recursos militares, geopolíticos, energéticos y económicos para buscar obtener la ventaja en contra del otro. Por un lado Irán, a través de las Fuerzas *Quds*,

ha participado, de manera indirecta, en la creación de escenarios propicios para la promoción de su discurso de unidad chiita, apoyando a distintos grupos armados que profesan esta ideología. Por el contrario Arabia Saudí, mediante su ejército y como proveedor de armamento y dinero ha buscado mantener el *statu quo* regional favoreciendo a las milicias y regímenes sunitas. La visión opuesta ha generado diversos enfrentamientos entre ambos, aunque desde la modalidad subsidiaria, es decir nunca un choque directo entre las fuerzas iraníes y sauditas, sino siempre a través del apoyo a otros grupos que se enfrentan entre ellos. Este ha sido el caso en conflictos como en Bahreín, Yemen, Irak o Siria.

En cuanto a un contexto internacional, la estrategia militar iraní se decanta más por la disuasión utilizando el control ciertos elementos geopolíticos y energéticos que le dan ventaja (como el Estrecho de Ormuz o su producción petrolera y de gas) para ejercer presión y crear condiciones que le favorezcan dentro del sistema. En el caso de Arabia Saudí, su rol militar no es tan activo como en el escenario regional. Aunque también se fortalece a través de la disuasión con la compra de armamento moderno y sofisticado, a la vez de contar con el apoyo directo de las potencias occidentales que se han convertido en serios aliados para el reino saudí gracias al petróleo. En este sentido, ambas naciones son un tanto similares al adoptar un rol más activo a un nivel regional, pero más pasivo en el entorno internacional, a sabiendas que sus aspiraciones se centran en el Medio Oriente.

Tomando en cuenta el factor energético que se ha mencionado en el párrafo anterior, tanto Arabia Saudí como Irán tienen una gran capacidad de influencia dentro del sistema económico global gracias a la posesión de recursos como el petróleo y el gas natural. En este caso tal vez el reino saudí, como la potencia petrolera absoluta en la región, tiene mayor ventaja porque posee un margen de maniobra mayor. Es decir, Arabia Saudí es capaz de utilizar el petróleo como instrumento político, favoreciendo sus intereses. Además a través de la OPEP incide en la producción y la determinación de los precios de este producto lo que sin duda contribuye a su poder e influencia. Por otro lado, el caso de Irán resulta ser menos evidente, en un sentido clásico. Es decir, que gracias a las sanciones impuestas por los Estados Unidos, la república islámica no posee una relación comercial tan importante con el resto del mundo, aunque no se puede pasar por alto su relación con actores importantes como lo son China y Rusia. El poder que mayormente

puede ejercer Irán respecto al petróleo, entonces, se fundamenta por su capacidad para controlar el Estrecho de Ormuz, por el cual atraviesa casi una quinta parte del comercio mundial de petróleo al día, lo que le otorga una relevancia enorme para el abastecimiento de este recurso en el mundo (principalmente hacia Europa).

A través del comercio de hidrocarburos en el mundo, Irán y Arabia Saudí han logrado enriquecer sus arcas, lo que los ha llevado a poder invertir en la mejora de su imagen a lo largo del Medio Oriente, pero también en conseguir armamento para seguir financiando a grupos opuestos en los conflictos regionales. Y no solo eso, sino también les ha otorgado la oportunidad de desarrollar su industria bélica para mantener una suerte de carrera armamentística entre ambos para demostrar su poder frente al otro. Con base en esto, ambas naciones han nutrido sus fuerzas armadas aunque, parece que Arabia Saudí lleva la ventaja en esto, sin embargo parece ser que la milicia iraní, aunque menos numerosa está mejor organizada que la saudí.

Esto podría ser debido a que el ejército iraní, junto a la Guarda Revolucionaria y las Fuerzas *Quds* han ido adquiriendo experiencia desde su creación tras 1979, por lo que han tenido más tiempo de organizar una estructura más sólida y un funcionamiento eficiente. Mientras que el ejército Saudí, si bien se ha ido fortaleciendo en las dos últimas décadas, es apenas tras 2015 cuando ha comenzado a adoptar un rol más activo en la región. Aún así, la falta de organización del ejército saudí se compensa con un mayor acceso a arsenal moderno y tecnología sofisticada.. Sin embargo, como el conflicto se presenta desde una modalidad subsidiaria no se ha presentado el caso de un enfrentamiento directo entre ambos ejércitos, situación que parece podría perdurar debido al riesgo latente que implica un conflicto directo entre ambas naciones y lo que esto podría ocasionar.

Sin más, luego de revisar las estrategias de poder duro y poder blando que aplican estos actores en el contexto de su conflicto por la hegemonía regional es posible señalar que en estos escenarios Irán ha sabido implementar de mejor manera el poder inteligente, al menos en un sentido clásico. Con esto se quiere señalar que la estrategia de Irán está fundamentada en lograr incrementar su influencia a través del poder blando, incluso cuando utiliza el poder duro. Es decir, gracias a la sofisticación de sus estrategias de apoyo y financiamiento, ha logrado crear una imagen positiva y reforzar su capacidad de atracción mediante el uso de

su fuerza militar. Además tiene a su favor el prestigio obtenido por estas mismas fuerzas en el combate contra actores que amenazan la seguridad regional como el ISIL. Asimismo, a través del apoyo directo a varios grupos armados Irán ha creado vínculos que le permitan también propagar su mensaje e incrementar su postura como competidor regional.

El caso de Arabia Saudí es un tanto distinto, tomando en cuenta que en cuanto a factores tangibles posee ventajas por encima de Irán, sin embargo parece que aún no ha sabido cómo aplicarlas eficientemente, aunque es importante señalar que ha utilizado su poder inteligente de maneras creativas. El caso más ejemplar es el de la utilización de redes sociales y plataformas digitales para promover un discurso afín a sus intereses y en contra del ascenso de Irán. A través de estas plataformas, Arabia Saudí ha acusado a Irán de promover el sectarismo islámico para sacar provecho de esto y aumentar su influencia a costa del miedo y de la intervención política y económica en distintos conflictos. En otras palabras Arabia Saudí acusa a Irán de ser un instigador de violencia y de inestabilidad en la región, presentándose como la alternativa que busca mantener el orden regional.

Este conflicto tiene elementos complejos, que hace difícil emitir un juicio a futuro. La realidad es que ambas naciones están enfrascadas en una disputa que abarca más allá de las simples dimensiones sociopolíticas, económicas o militares, pues también están en juego (y tal vez con mayor prevalencia) las dimensiones ideológicas y religiosas. Es por esto que las principales estrategias de ambas naciones se enfocan en fortalecer su imagen y discurso. Irán como la potencia revolucionaria, que refleja la resistencia en contra de los intereses occidentales. Arabia Saudí como una potencia regional de corte tradicional que defiende los preceptos clásicos del Islam, pero que no está peleada con la integración a un sistema occidental, a la vez que utiliza sus vínculos como ejemplo de que se puede tener lo mejor de ambos mundos.

Curiosamente, ambas naciones también fortalecen su postura a través de la difusión de una imagen negativa de la contraparte. Irán atacando a Arabia Saudí por ser una nación servilista a los intereses externos de la región, traicionando al mundo musulmán de cierta manera. Mientras que Arabia Saudí, pinta a Irán como una nación conflictiva que es debe considerarse una amenaza para la seguridad regional. A partir de estas interpretaciones negativas, y las positivas que cada uno se apropia, es que se lleva a cabo el conflicto ideológico complementado por las

acciones militares o el uso de la tecnología para hacer crecer este mensaje. Entonces el enfrentamiento entre estas naciones se queda corto al tratar de entenderlo desde una visión clásica, pues contempla mayormente el conflicto ideológico de dos posturas contrastantes que buscan generar una narrativa favorable para cumplir sus objetivos regionales

El uso del poder inteligente, entonces radica en el momento en el que ambas naciones utilizan el poder duro o el poder blando en contextos concretos para nutrir esta lucha ideológica y discursiva, tal y como ya se ejemplificó. Tomando en cuenta todo lo anterior, se vuelve a reafirmar que parece ser que Irán posee una ligera ventaja en cuanto a la implementación del poder inteligente debido a su aparato militar que realiza estrategias de apoyo, adiestramiento, suministro y financiamiento, a la vez que se complementa con la promoción discursiva de una identidad religiosa y revolucionaria. En tanto Arabia Saudí ha quedado un poco rezagado en este apartado porque no ha sido tan eficiente en la implementación de poder inteligente en los escenarios adecuados, el ejemplo más claro de esto se presenta en el conflicto con Qatar en el seno de la CCG. También puede entrar en este escenario el rechazo y la exclusión que realiza frecuentemente hacia los grupos chiitas, a pesar de autoproclamarse el Guardia de los Lugares Sagrados en el Islam y predicar la la unidad de la *umma*.

En conclusión, la disputa entre Irán y Arabia Saudí es primordialmente discursiva, esto se nota a través de la implementación de guerras subsidiarias y de la competencia por el dominio del recurso energético primordial, así como de las zonas de influencia principales de este recurso (Golfo Pérsico/Estrecho de Ormuz) en la que se han enfrascado. Además ambas naciones han adoptado una postura de disuasión en cuanto al enfrentamiento directo, participando en una carrera armamentística y el desarrollo tecnológico. No por nada este conflicto también se conoce como la Guerra Fría del Medio Oriente. En este escenario, es posible pensar que a pesar de la desventaja económica, militar y hasta diplomática, Irán ha ganado impulso a costa de Arabia Saudí, utilizando sabiamente el poder inteligente. Sin embargo el escenario podría no quedarse así pues el reino saudí ha comenzado a implementar estrategias que le permitan fortalecer su imagen y respaldar su postura como líder, sin ser una figura controversial. Además, el factor de las potencias externas que tienen intereses en la región será fundamental para el futuro de la región.

Referencias

Artículos Periodísticos

- “A gulf between them: Understanding the Saudi-Iran dispute”. (10 de enero, 2016). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/JQX1LYP>
- “Acuerdo de París EE.UU. se retira formalmente: ¿qué posibilidades tiene de volver a sumarse como lo desea el candidato Biden?”. (4 de noviembre, 2020a). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/XQX1KDd>
- Agha, H. y Malley, R. (11 de marzo, 2019). “The Middle East’s Great Divide Is Not Sectarianism”. *The New Yorker*. [en línea]. <https://cutt.ly/WQX1DXU>
- “Arabia Saudí ejecuta al clérigo chií Baqer al-Nimr”. (2016a). *HispanTV*. [en línea]. <https://cutt.ly/dQX1SWi>
- Austin, H. (3 de enero, 2020). “What is Iran’s secretive Quds Force?”. *NBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQX1PrO>
- “Bahrain profile - Timeline”. (12 de noviembre, 2018a). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/sQX1Oly>
- Bennett, C. (04 de marzo, 2015). “Israel, Iran locked in escalating cyber war”. *The Hill*. [en línea]. <https://cutt.ly/1WRBxHn>
- Binnur, B. (25 de enero, 2020). “Relatora de la ONU asegura que el príncipe saudí está detrás del ataque cibernético a Jeff Bezos”. *Anadolu Agency*. [en línea]. <https://cutt.ly/OWRXKKm>
- Bonet, P. (2014). “La crisis en Ucrania: Resumen Anual 2014”. *El País*. [en línea]. <https://cutt.ly/YQX1IXG>
- Butt, Y. (22 de marzo, 2015). “How Saudi Wahhabism Is the Fountainhead of Islamist Terrorism”. *The Huffington Post*. [en línea]. <https://cutt.ly/FWxZ1tf>
- Carcedo, D. (11 de junio, 2019). “La sangrienta guerra entre Irán e Irak”. *La Vanguardia*. [en línea]. <https://cutt.ly/YQX1U1R>
- “Chiitas, sunitas y kurdos, ¿quién es quién en el conflicto de Iraq?”. (01 de julio, 2014). *CNN en español*. [en línea]. <https://cutt.ly/DQX1YLn>
- “Cronología de Irán”. (8 de junio, 2009). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/vQX1YrU>
- Daoud, Z. (28 de abril 2021). “Scoring Saudi Arabia Vision 2030 Five Years After Launch”. *Bloomberg*. [en línea]. <https://cutt.ly/MQX1E7N>
- “Dakar Rally moves to Saudi Arabia for 2020 race”. (15 de abril, 2019). *DW*. [en línea]. <https://cutt.ly/RQX1WGS>
- Dolan, K., Peterson-Withorn, C. y Wang, J. (2021). “Forbes World’s Billionaires List: The Richest in 2021”. *Forbes*. [en línea]. <https://cutt.ly/IQX1Qcv>
- Durán de Huerta, M. (15 de Marzo, 2013). “Bahréin: La primavera árabe sólo tocó la puerta”. *Proceso*. [en línea]. <https://cutt.ly/uQX1nWh>
- Ehl, D. (15 de mayo, 2021). “What is Hamas? Who supports Hamas? What you need to know”. *Deutsche Welle*. [en línea]. <https://cutt.ly/7QX1vHy>
- “El Rally Dakar y la estrategia de Arabia Saudita con el deporte”. (2 de enero, 2020). *France 24/AFP*. [en línea]. <https://cutt.ly/ZQX1cGU>

“El wahabismo, la corriente conservadora del islam que gobierna en Arabia Saudí”. (10 de octubre, 2019). *La Vanguardia*. [en línea]. <https://cutt.ly/jWbTMTs>

Espinosa, A. (3 de enero, 2016). “La ejecución de un clérigo chií por Arabia Saudí incendia la región”. *El País*. [en línea]. <https://cutt.ly/YQX1xcH>

Ford, L. (25 de septiembre, 2017). “Obama: ‘The world’s never been healthier, wealthier or less violent’”. *The Guardian*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQX1diE>

Goncharenko, R. (31 de agosto, 2017). “¿De dónde obtuvo Corea del Norte su tecnología de misiles?”. *DW*. [en línea]. <https://cutt.ly/GQX1a6v>

González, L. (22 de enero, 2021). “China será la mayor economía del mundo entre 2026 y 2030, ¿Qué hará Biden?”. *El Economista*. [en línea]. <https://cutt.ly/yQX1p1g>

Guarascio, F. (13 de febrero, 2019). “EU adds Saudi Arabia to dirty-money blacklist, upsets UK, U.S.”. *Reuters*. [en línea]. <https://cutt.ly/XWxLZpf>

Houeix, R. (9 de febrero, 2020). “Fútbol, ciclismo, Dakar: las armas del ‘soft power’ del reino saudita”. *France 24*. [en línea]. <https://cutt.ly/5QX1oFd>

Jiménez Álvarez, D. (12 de septiembre, 2019). “¿La nueva guerra fría entre Arabia Saudita e Irán?”. *Foreign Affairs Latinoamérica*. [en línea]. <https://cutt.ly/cQX1yim>

Kirchgaessner, S. (22 de enero, 2020). “Jeff Bezos hack: Amazon boss’s pone ‘hacked by Saudi crown prince’”. *The Guardian*. [en línea]. <https://cutt.ly/QWRXlcm>

Kirkpatrick, D. (enero 4 de 2020). “Conflict With Iran Threats Fight Against ISIS”. *The New York Times*. [en línea]. <https://cutt.ly/WQX1rJ1>

“Líder iraní a saudíes: pagarán pronto por asesinato de Al-Nimr”. (2016b). *HispanTV*. [en línea]. <https://cutt.ly/mQX1eOt>

Lima, L. (27 de julio, 2018). “Ormuz, el estrecho clave que enfrenta a EE.UU. e Irán por el que se transporta la tercera parte del petróleo del mundo”. *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/mQX1qni>

“Los nuevos detalles de las 6 ‘super armas’ de Rusia que Putin asegura podrían ‘dejar inservible’ el sistema de defensa de la OTAN”. (21 de julio, 2018a). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/CQXM5O3>

Marcus, J. (17 de septiembre, 2019). “5 claves para entender la histórica rivalidad entre Irán y Arabia Saudita (y qué tan cerca están de un conflicto armado)”. *BBC* [en línea]. <https://cutt.ly/rQXM4OT>

Maroto, J. (1 de diciembre, 2020). “La RFEF cambia Arabia por la Cartuja en la Supercopa”. *AS*. [en línea]. <https://cutt.ly/wQXM8P1>

McClory, J. (19 de octubre 2017). “Soft Power y Latinoamérica”. *Foreign Affairs Latinoamérica*. [en línea]. <https://cutt.ly/jQXM3sF>

“Minuto a minuto: Crimea después del referéndum sobre su reunificación con Rusia”. (17 de marzo, 2014). *RT*. [en línea]. <https://cutt.ly/XQXM2RB>

Miranda, B. (19 de mayo, 2020). “Litio en Bolivia: por qué el país con las reservas de este valioso recurso tiene tantos problemas para explotarlo”. *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/lQXM1S3>

Nye, J. (julio-agosto 2019). "Get Smart: Combining Hard and Soft Power". *Foreign Affairs*. [en línea]. <https://cutt.ly/MQXMNXU>

Nye, J. (2018) "How Sharp power threatens Soft". *Foreign Affairs*. [en línea]. <https://cutt.ly/wQXMBU9>

Oestricher, B. (13 de enero 2020). "WWE Is Returning To Saudi Arabia, And Even More Stars Are Refusing To Go". *Forbes*. [en línea]. <https://cutt.ly/RQXMCLS>

O'Flaherty, K. (6 de enero, 2020). "The Iran Cyber Warfare Threat: Everything You Need To Know". *Forbes*. [en línea]. <https://cutt.ly/fWRBt4k>

Pagliery, J. (2 de diciembre, 2016). "Hackers destruyen computadores saudíes con el arma digital más pelogrosa del mundo". *CNN en Español*. [en línea]. <https://cutt.ly/CWRBanB>

Palau, A. (26 de marzo, 2021). "Yemen es el Vietnam de Arabia Saudita, dice experta tras 6 años de guerra". *Radio France Internationale*. [en línea]. <https://cutt.ly/hQXMZ4t>

Pandey, A. (08 de enero, 2020). "Ciberarmas iraníes, una amenaza para EE.UU.". *DW*. [en línea]. <https://cutt.ly/MWRBjS5>

"¿Por qué es importante el estrecho de Ormuz y cómo se llegó a este momento de alta tensión entre Estados Unidos e Irán?". (18 de junio, 2019a). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/aQXMLvA>

"Qué armas no nucleares tiene Corea del Norte y qué daño podrían causar". (10 de agosto, 2017). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/TQXMHQ3>

"Qasem Soleimani: qué es y cómo opera la Fuerza Quds, el temido grupo de élite iraní que comandaba el poderoso general". (3 de enero, 2020b). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/AQXMF7d>

"Quién era Qasem Soleimani, el poderoso y temido jefe de la Fuerza Quds de Irán muerto en un ataque de Estados Unidos". (3 de enero, 2020c). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/tQXMDjL>

Soffen, K. y Lu, D. (23 de mayo, 2017). "What Trump cut in his agency budgets". *The Washington Post*. [en línea]. <https://cutt.ly/hQXMAau>

"The Caliphate strikes back". (23 de mayo, 2015). *The Economist*. [en línea]. <https://cutt.ly/PQXMIch>

Tirone, J. (20 de mayo, 2021). "Without a Nuclear Deal, How Close is Iran to a Nuclear Bomb?". *Bloomberg*. [en línea]. <https://cutt.ly/kQXMYrP>

"Trump anuncia aranceles de 5% para todas las importaciones desde México 'hasta que se resuelva el problema de la inmigración ilegal'". (30 de mayo, 2019b). *BBC*. [en línea]. <https://cutt.ly/GQXMR1j>

"Trump defiende el retiro del 'injusto y unilateral' acuerdo climático de París". (22 de noviembre, 2020). *DW*. [en línea]. <https://cutt.ly/CQXMEgu>

"Update 1- Saudi Arabia named full member of anti-illicit funding body". (21 de junio, 2019). *Reuters*. [en línea]. <https://cutt.ly/LWxLSXf>

Walsh, D. (5 de diciembre, 2010). "WikiLeaks cables portray Saudi Arabia as cash machine for terrorists". *The Guardian*. [en línea]. <https://cutt.ly/rWxZWYc>

- Warrick, J., Nakashima, E. y Fifield, A. (8 de agosto 2017). "North Korea is now making missile-ready nuclear weapons, U.S. analysts say". *The Washington Post*. [en línea]. <https://cutt.ly/5QXMQb6>
- "Who are Islamic Jihad?". (9 de junio de 2003). BBC. [en línea]. <https://cutt.ly/jQXMnMZ>
- Wright, R. (20 de enero, 2020). "Donald Trump's Iran Problem". *The New Yorker*. [en línea]. <https://cutt.ly/mQXMnwb>
- Zidan, K. (2 de septiembre, 2019). "Sportwashing: how Saudi Arabia lobbies the US's largest sport bodies". *The Guardian*. [en línea]. <https://cutt.ly/xQXMbgF>

Artículo en revista académica o publicación periódica

- Álbarez Gómez, N. (2006). "El concepto de Hegemonía en Gramsci: Una propuesta para el análisis y la acción política". *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos*, No. 5. Pp. 150-160.
- Agnew, J.A. (1983). "An excess of 'national exceptionalism': towards a new political geography of American foreign policy". *Political Geography Quarterly*, vol. 2 (No. 2). Pp: 151-166.
- Añorve Añorve, D. (2016). "Más allá del poder suave, del poder duro y del poder inteligente: la resiliencia ecológica y humana como fundamentos del poder", *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, No.125. Pp. 35-60.
- Añorve Añorve, D. (2020). "Paradiplomacia, poder suave y la cooperación internacional municipal: el caso de Guanajuato". *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, No. 27. Pp. 2-29.
- Balsa-Barreiro, J., et. al. (2020). "Deglobalization in a hyper-connected world". *Palgrave Communications*, vol. 6, No. 28. [en línea]. <https://cutt.ly/LWRXXcy>
- Baltar Rodríguez, E. (2021). "Medio Oriente: inestabilidad y crisis del orden regional". *Estudios de Asia y África*, vol. 56 (No. 2). Pp. 265-296.
- Bar-Siman-Tov, Y. (1984). "The Strategy of War by Proxy". *Cooperation and Conflict*, vol. 19 (No.4). Pp. 263-273.
- Betancur-Díaz, A.M. (2020). "De la geopolítica clásica a la geopolítica crítica: perspectivas de análisis para fenómenos del espacio y el poder en América Latina". *FORUM: Revista Departamento Ciencia Política*, vol. 17. Pp. 126-149.
- Bibi, M. y Abbas, S.Q. (2020). "Iran's Foreign Policy Towards Middle East: A Case of Smart Power". *Journal of Contemporary Studies*, vol. XI, (No. 1). Pp. 86-104.
- Bieber, F. (2018). "Is Nationalism on the Rise? Assessing Global Trends". *Ethnopolitics*, Vol. 17 (No.5). Pp. 519-540.
- Byman, D. (2016). "Understanding the Islamic State: A Review Essay". *International Security*, vol. 40 (No. 4). Pp: 127-165.
- Choksy, C.E.B. y Choksy, J.K. (2015). "The Saudi Connection: Wahhabism and Global Jihad". *World Affairs*, vol. 178 (No. 1). Pp. 23-34.
- Cairo Carou, H. (2010). "Comentario: 'El pivote geográfico de la historia', el surgimiento de la geopolítica clásica y la persistencia de una interpretación

- telúrica de la política global". *Geopolítica(s), Revista de estudios sobre espacio y poder*, vol. 1 (No. 2). Pp. 321-331.
- Cakmak, C. (2015). "The Arab Spring and the shiite crescent: Does ongoing change serve iranian interests?". *The Review of Faith & International Affairs*, vol. 13 (No. 2). Pp. 52-63.
- Costa, O. (2013). "Introducción: El multilateralismo en crisis". *Revista CIDOB D'Anfers Internacionals*, no. 101. Pp. 7-25.
- Cox, R.W. (2016). "Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: Un ensayo sobre el Método", Traducido por Elisa López del Castillo. *Relaciones Internacionales (Universidad Autónoma de Madrid)*, No.31. Pp. 137-152.
- Cox, R.W. (1992). "Multilateralism and World Order". *Review of International Studies*, vol. 18, No. 2. Pp. 161-180.
- Creus, N. (2013). "El concepto de poder en las Relaciones Internacionales y la necesidad de incorporar nuevos enfoques", *Estudios Internacionales*, Vol. 45, No. 175. Pp. 63-78.
- Cuéllar Lauréano, R. (2012). "Geopolítica. Origen del concepto y su evolución". *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, núm. 113. Pp. 59-80.
- Dahl, R. (1957). "The Concept of Power". *Behavioral Science*, Vol. 2, No. 3. Pp. 201-215.
- Dazi-Héni, F. (2013). "Arabia Saudí contra Irán: Un Equilibrio Regional de Poder". *AWRAQ: Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, No. 8. Pp: 23-36.
- Del Arenal, C. (1983). "Poder y Relaciones Internacionales: Un Análisis Conceptual". *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 4 (no. 3). Pp. 501-524.
- Der Ghougassian, K. (2015). "Chiitas y sunnitas: grietas y guerras en el siglo XXI". *Nueva Sociedad*, No. 257. Pp. 34-47.
- Fan, Y. (2008). "Soft power: Power of attraction or confusion?". *Place Branding and Public Diplomacy*, Vol. 4 (No. 2.). Pp. 147-158.
- Finnemore, M. y Sikkink, K. (1998). "International Norm Dynamics and Political Change". *International Organization*, vol. 5 (No. 4). Pp: 887-917.
- Gallarotti, G. (2015). "Smart Power: Definitions, Importance and Effectiveness". *Journal of Strategic Studies*, vol. 38 (No. 3). Pp. 245-281.
- González del Miño, P. (2018). "La competitividad geoestratégica Irán-Arabia Saudí en Oriente Medio. Rivalidad entre potencias regionales". *Política y Sociedad*, Vol. 55 (No. 3). Pp: 733-753.
- González del Miño, P. y Hernández Martínez, D. (2019). "The Salman Doctrine in Saudi Arabia's Foreign Policy: Objectives and the use of military force". *Austral: Brazilian Journal of Strategy & International Relations*, vol. 8, (No. 16). Pp. 106-128.
- González del Miño, P. y Hernández Martínez, D. (2021). "La estrategia de Arabia Saudí en el Consejo de Cooperación del Golfo. Espacios de cooperación y conflicto". *Estudios de Asia y África*, Vol. 56, (No. 1). Pp. 5-36.

- González Tule, L. (2018). "Organización del espacio global en la geopolítica 'clásica': una mirada desde la geopolítica crítica". *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, vol. 13, (No. 1). Pp. 221-238.
- Grossberg, L. (2004). "Entre consenso y hegemonía: notas sobre la forma hegemónica de la política moderna", Traducido del inglés por Eduardo Restrepo, *Tabula Rasa*, vol. 2. Pp. 49-57.
- Haji-Yousefi, A. (2021). "Iran's Policy in the Syrian Civil War: From Liberal Pacifism to Liberal Interventionism". *International Journal of Economics and Politics*, No. 2 (Vol. 1). Pp: 211-230.
- Hall, T. (2010). "An Unclear Attraction: A Critical Examination of Soft Power as an Analytical Category". *Chinese Journal of International Politics*, Vol. 3. Pp: 189-211.
- Hanes, N. y Andrei, A. (2015). "Culture as Soft Power in International Relations". *International Conference Knowledge-Based Organization*, Vol. 21, (No. 1). Pp. 32-37.
- Holtmann, P. (2014). "A Primer to the Sunni-Shia Conflict". *Perspectives on Terrorism*, vol. 8 (No. 1). Pp. 142-145.
- Iglesias Cavicchioli, M. (2014). "La Doctrina Neoconservadora y el Excepcionalismo Americano: Una vía al unilateralismo y a la negación del derecho internacional". *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, No. 28. Pp. 1-36.
- Jenne, E.K. (2018). "Is Nationalism or Ethnopolitism on the Rise Today?". *Ethnopolitics*, Vol. 17, (No. 5). Pp. 1-7.
- Jönsson, C. y Hall, M. (2003). "Communication: An Essential Aspect of Diplomacy". *International Studies Perspectives*, vol. 4. Pp: 195-210.
- Li, M. (2015). "The People's Liberation Army and China's Smart Power Quandary in Southeast Asia". *Journal of Strategic Studies*, Vol. 38 (No. 3). Pp. 359-382
- Mattern, J. (2005). "Why 'Soft Power' Isn't So Soft: Representational Force and the Sociolinguistic Construction of Attraction in World Politics". *Millenium: Journal of International Studies*, Vol. 33 (No. 3). Pp: 583-612.
- Millán Acevedo, N. (2013). "Cambios en las estructuras de poder: interdependencias y asimetrías en la era global". *Papel Político*, Vol. 18 (No. 2). Bogotá. Pp. 677-699.
- Mohagheghnia, H., Sharafi, H. y Rabiee, B. (2017). "The Role of Islamic Republic of Iran's Soft Power in the Middle East". *International Journal of Scientific Study*, Vol. 5 (No. 4). Pp. 204-213.
- Morales, D. y Rocha, A. (2008). "El Sistema Político Internacional de post-Guerra Fría y el rol de las potencias regionales mediadoras: Los casos de Brasil y México": *Espiral: Estudios sobre Estado y Sociedad*, vol. XV (No.43). Pp. 23-75.
- Moya Mena, S. (2018). "Irán y Arabia Saudí, rivalidades geopolíticas y escenarios de confrontación". *Revista OASIS*, Vol. 27. Pp. 47-66.
- Mumford, A. (2013). "Proxy Warfare and the Future of Conflict". *The RUSI Journal*, vol. 158 (No. 2). PP: 40-46.

- Nossel, S. (2004). "Smart Power". *Foreign Affairs*, vol. 83 (No. 2). Pp: 131-142.
- Nye, J. (2011b). "Power and foreign policy". *Journal of Political Power*, vol. 4 (No. 1). Pp. 9-24.
- Nye, J. (2002). "The Information Revolution and American Soft Power". *Asia Pacific Review*, Vol. 9 (No. 1). Pp. 60-76.
- Ó Tuathail, G. y Agnew, J. (1992). "Geopolitics and discourse. Practical Geopolitical Reasoning in American Foreign Policy". *Political Geography*, vol. 7, (No.2). Pp. 190-204.
- Otero, M. B. (2014). "La Doctrina de Contención de los Estados Unidos". *Letras Internacionales, Universidad ORT Uruguay*, No. 188-8.
- Ozkan, M. (2011). "El Oriente Medio en la política mundial: un enfoque sistémico". *Estudios Políticos*, vol. 38. Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia. Pp. 99-120.
- Palomo Garrido, A. (2014). "El poder blando en la globalización: algunos aspectos de la comunicación en el sistema internacional". *Panorama*, Vol. 8 (No. 15). Pp. 102-115.
- Paunic, N. (2016). "The Rising Shi'a Crescent: Iranian Smart Power and Implications for the Middle East, Central Asia and the Persian Gulf". *Carleton Review of International Affairs*, vol. 3. Pp: 70-92.
- Raffin, M. (2021). "Michel Foucault y la Revolución Iraní: reflexiones en torno de la sublevación, la resistencia y la política". *Las Torres de Lucca: International Journal of Political Philosophy*, Vol. 10 (No. 18). Pp. 169-197.
- Sadeghi, M. y Hahimineh, R. (2019). "The Role of Iran's 'Soft Power' in Confronting Islamophobia". *MGIMO Review of International Relations*, Vol. 12 (No. 4). Pp. 216-238.
- Saghieh, H. (2014). "Sunism and shiism, coexistence and conflicts between". *Kavilando*, Vol. 6 (No.2). Pp. 118-121.
- Saney, L. y Ghosh, D. (2021). "Los pasos de Irán hacia un internet nacional". *Política Exterior*, no. 200.
- Sáinz, J. (2006). "Los principales actores en la ocupación de Iraq". *Unidad de Investigación Sobre Seguridad y Cooperación Internacional, UNISCI*, no. 10. Pp. 187-199.
- Sasley, B. (2011). "Theorizing States' Emotions". *International Studies Review*, No. 13. Pp. 452-476.
- Tovar Ruíz, J. (2018). "La doctrina Trump en política exterior: fundamentos, rupturas y continuidades". *Revista CIDOB D'Afers Internacionals*, No. 120. Pp: 259-283.
- Valdés-Ugalde, J. y Duarte, F. (2013). "Del poder duro al poder inteligente. La nueva estrategia de seguridad de Barack Obama o de la sobrevivencia de la política exterior de Estados Unidos". *Revista Norteamérica*, Vol. 8 (No. 2). Pp. 41-69.
- Vázquez Lupercio, J. (2020). "Medio Oriente y su papel actual dentro de la conformación de un Nuevo Orden Económico Mundial: Elementos para su comprensión y análisis". *Economía Informa*, No. 421. Pp: 34-56.

- Wagner, C. (2005). "From Hard Power to Soft Power? Ideas, Interaction, Institutions, and Images in India's South Asia Policy". *University of Heidelberg*. Working Paper No. 26.
- Walker, C. (2018). "What is 'Sharp Power'?". *Journal of Democracy*, vol. 29 (No. 3). Pp. 9-23.
- Wang, H. (2008). "The Conception of Soft Power and its Policy Implications: a comparative study of China and Taiwan". *Journal of Contemporary China*, vol. 17 (No. 56). Pp. 425-447.
- Wastnidge, E. (2015). "The Modalities of Iranian Soft Power: From Cultural Diplomacy to Soft War". *Politics*, vol. 35 (No. 3-4). Pp. 364-377.
- Wilson III, E. (2008). "Hard Power, Soft Power, Smart Power". *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 616 . Pp. 110-124.
- Yazdani, E. y Hussain, R. (2006). "United States' Policy towards Iran after the Islamic Revolution: An Iranian Perspective". *International Studies*, Vol. 43 (No. 3). Pp. 267- 289.
- Zarif, M.J. (2014). "What Iran Really Wants: Iranian Foreign Policy in the Rouhani Era". *Foreign Affairs*, vol. 93 (No. 3). Pp. 49-59.
- Zolfaghari, M. (2018). "Iran's Soft Power in Foreign Policy". *International Journal of Management and Applied Science*, vol. 4, (No. 1). Pp. 66-69.
- Zuinaga de Mazzei, S. (2015). "El enfoque de la geopolítica en el contexto de las relaciones internacionales en el nuevo milenio". *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, vol. XXI (No. 1). Pp. 11-32.

Documentos oficiales.

- Biden, J. (febrero de 2009). "Discurso en la 45a. Conferencia de Seguridad de Múnich". *Conferencia de Seguridad de Múnich*. Múnich, Alemania. [en línea]. <https://cutt.ly/YQXMLqs>
- Blanchard, C.M. (30 de abril, 2009). "Saudi Arabia: Background and U.S. Relations". *Congressional Research Service*. [en línea]. <https://cutt.ly/fWxS2xt>
- Clinton, H. (enero de 2009). "Testimonio de confirmación". *Departamento de Estado de los Estados Unidos*. Washington, D.C. [en línea]. <https://cutt.ly/lQXMkqZ>
- Linde, A. (septiembre 25 de 2019). "International cooperation more important than ever". *Swedish Ministry of Foreign Affairs*. [en línea]. <https://cutt.ly/9QXMjuo>

Libros/capítulos de libro.

- Argüelles Arredondo, C. (2019). "La Geopolítica" en *Introducción al Estudio de las Relaciones Internacionales: 100 Años de Disciplina*. Rafael Velázquez, Jorge Schiavon, [et. al.] (Editores). UABC/CIDE/BUAP/UANL. Pp. 183-194.
- Aron, R. (1985). *Paz y Guerra entre las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Boulding, K. (1989). *Three Faces of Power*. Estados Unidos: Sage.
- Bow, B. (2009). *The Politics of Linkage: Power, Interdependence and Ideas in Canada-US Relations*. Vancouver: UBC Press.

- Bull, H. (1977). *The Anarchical Society. A Study of Order in World Politics*. Nueva York: Columbia University Press.
- Cloninger, S. (2017). *Understanding Angry Groups: Multidisciplinary perspectives on Their Motivations and Effects on Society*. California: Praeger. Pp: 333-360.
- Cohen, S. (2003). *Geopolitics of the world system*. Oxford: Rowman & Littlefield Publishers.
- Cordesman, A. (2003). *Saudi Arabia Enters the Twenty First Century: The Political, Foreign Policy, Economic and Energy Dimensions*. Connecticut: Praeger.
- Estévez, A. y Vázquez, D. (coord.). (2017). *9 razones para (des)confiar de los Derechos Humanos*. FLACSO/CISAN.
- Flint, C. (2012). *Introduction to geopolitics*. Nueva York: Routledge Editorial.
- Gramsci, A. (1975). *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*. México: Juan Pablo Editor.
- Guffey, R. (2010). "Conclusion: Managing the Aftershocks of Iraq and Seizing Opportunities", en: *The Iraq Effect: The Middle East After the Iraq War*. Editado por: Frederic Wehrey, Dalia Dassa Key, Jessica Watkins, (et. al). Estados Unidos: The RAND Corporation. Pp. 143-158.
- Halliday, F. (2007). "Contexto Sociopolítico: La política interna iraní y efectos de su política exterior". En: *Irán, potencia emergente en Oriente Medio. Implicaciones en la inestabilidad del Mediterráneo*. Instituto Español de Estudios Estratégicos/Ministerio de Defensa. Pp. 21-56.
- Harvey, D. (2003). *El Nuevo Imperialismo*. Madrid: Editorial Akal.
- International Institute for Strategic Studies. (2019). *Iran's Network of Influence in the Middle East*. Londres: Routledge/IISS.
- Keohane, R. y Nye, J. (1988). *Poder e Interdependencia*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Lacoste, Y. (2008). *Geopolítica. La larga historia del presente*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Lara Cortés, C. y Silva Flores, C. (2018). "Crisis del Multilateralismo: La emergencia de China y la contracción de América Latina". En *América Latina, una integración regional fragmentada y sin rumbo*, Consuelo Silva Flores, Ariel Noyola Rodríguez y Julián Kan (Editores). CLACSO. Pp. 127-154.
- Morgenthau, H. (1986). *Política entre las naciones*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 3ra. Edición.
- Nye, J. (2011a). *The future of power*. Nueva York: Public Affairs.
- Nye, J. (2004a). *Power in the Global Information Age: From realism to globalization*. Nueva York: Routledge.
- Nye, J. (2004b). *Soft power: The means to success in world politics*. Nueva York: Public Affairs.
- Ó Tuathail, G. (1998). "Imperialist Geopolitics" en *The Geopolitics Reader*, G. Ó Tuathail, S. Dalby y P. Routledge (Editores). Nueva York: Routledge.
- Polk, W. (2006). *Understanding Iraq: a Whistlestop Tour from Ancient Babylon to Occupied Baghdad*. Londres: Bloomsbury PLC.
- Said, E. (2009). *Orientalismo*. México: De Bolsillo.

- Valles, J. (2007). *Ciencia Política: Una introducción*. Barcelona: Editorial Ariel, 6ta. Ed.. Pp. 32-43.
- Weber, M. (2004). *Economía y Sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 14va. Ed.

Informes/Reportes

- “Annual Statistical Bulletin”. (2020). *OPEP*. [en línea]. <https://cutt.ly/3QXMdt0>
- Bakkali-Tahiri, S.I. (5 de junio, 2018). “Meditando sobre el yihad: una aproximación histórica a una realidad actual”. *IEEE*, Documento de Opinión 68/2018. [en línea]. <https://cutt.ly/yWEON6N>
- “BP Statistical Review of World Energy 2020”. (2020). *BP*. [en línea]. <https://cutt.ly/PQXMsZn>
- “Digital 2021: Iran”. (2021). *We Are Social/Hootsuite*. [en línea]. <https://cutt.ly/7QXMpC0>
- “Digital 2021: Saudi Arabia”. (2021). *We Are Social/Hootsuite*. [en línea]. <https://cutt.ly/xQXMoY5>
- González Hernández, M. (17 de agosto, 2015a). “Definiendo Términos: Fundamentalismo, salafismo, sufismo, islamismo y wahabismo”. *IEEE*, Documento de Opinión 88/2015. [en línea]. <https://cutt.ly/tWbTJDs>
- González Hernández, M. (7 de mayo, 2015b). “¿Qué es el Chiísmo? Génesis, evolución, doctrina y situación de la otra rama del Islam”. *IEEE*, Documento Marco 12/2015. [en línea]. <https://cutt.ly/xWEmkjK>
- “Key World Energy Statistics 2020”. (2020). *International Energy Agency*. [en línea]. <https://cutt.ly/1QXMijT>
- Laborié Iglesias, M. (8 de mayo, 2013). “Implicaciones Regionales de la revueltas árabes”. *IEEE*, Documento de Análisis 27/2013. [en línea]. <https://cutt.ly/IWEOA16>
- Lopes da Silva, D., Tian, N. y Marksteiner, A. (2021). “Trends in world military expenditure, 2020”. *Stockholm International Peace Research Institute*. [en línea]. <https://cutt.ly/xQXMyAn>
- Machés Blázquez, L. (29 de octubre, 2018). “Análisis geopolítico: la talla de los actores internacionales”. *IEEE*, Documento de Opinión 110/2018. [en línea]. <https://cutt.ly/JQXNaIS>
- Mandaville, P. y Hamid, S. (2018). “Islam as statecraft: How governments use religion in foreign policy”. *Foreign Policy at Brookings*.
- Rubin, L. (2010). “A Typology of Soft Powers in Middle East Politics”. *The Dubai Initiative*, Working Paper No. 5.
- “Saudi Arabia's Sport-Washing Programme”. (2021). *Grant Liberty*. [en línea]. <https://cutt.ly/PQXMqF2>
- Selvik, K. (2015). “War in Yemen: the view from Iran”. *Norwegian Peacebuilding Resource Centre*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQXN6IJ>

- Siegel, A. (2015). "Sectarian Twitter Wars: Sunni-Shia Conflict and Cooperation in the Digital Age". *Carnegie Endowment for International Peace*. [en línea]. <https://cutt.ly/zQXN7kN>
- "The Military Balance - 2021". (2021). *International Institute of Strategic Studies, IISS*. [en línea]. <https://cutt.ly/1QXNAMA>
- Treverton, G. y Jones, S. (2005). "Measuring National Power". Conference Proceedings: *RAND Corporation*.
- Watkins, J. (2020). "Iran in Iraq; The limits of 'smart power' amidst public protest". *Conflict Research Programme/LSE Middle East Centre Paper Series*, No. 37.

Páginas de Internet

- Brady, K. (6 de mayo, 2017). "Beware the limits of Hard Power in 2017". *Small Wars Journal*. [en línea]. <https://cutt.ly/lQXNmfl>
- Clifford, E. (6 de diciembre, 2014). "Financing Terrorism: Saudi Arabia and Its Foreign Affairs". *Brown Political Review*. [en línea]. <https://cutt.ly/iWxZFcU>
- Colomer, P. y Tamames, J. (10 de junio, 2016). "Joseph Nye: 'El poder duro nunca pasó de moda'". *Política Exterior*. [en línea]. <https://cutt.ly/cQXNbMn>
- Dorsey, J. (20 de mayo 2016). "Saudi Arabia and Iran: The Battle for Hegemony the Kingdom Cannot Win". *E-International Relations*. [en línea]. <https://cutt.ly/SQXNvvy>
- Fukushima, M. (28 de junio, 2021). "Why Iran May be in No Hurry to Get Nuclear Weapons Even Without a Nuclear Deal". *RAND Corporation*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQXNzhl>
- Global Conflict Tracker. (actualizado al 2 de febrero, 2021). "War in Yemen". *Council on Foreign Relations*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQXNled>
- Hernández, J.A. (s.f.). "Sunitas y Chiitas, catorce siglos de animadversión". *Business School, Universidad Sergio Arboleda*. [en línea]. <https://cutt.ly/SWEmYAv>
- Khaasteh, R. (2 de noviembre, 2020). "Cómo las sanciones estadounidenses llevaron a Irán a los brazos de Huawei". *Atalayar*. [en línea]. <https://cutt.ly/LQXNjWn>
- Kinninmont, J. (marzo de 2015). "La política exterior saudí". *Anuario CIDOB*. [en línea]. <https://cutt.ly/DQXNg4R>
- Koehrsen, W. (5 de enero, 2019). "Has Global Violence Declined? A Look at the Data". *Towards Data Science*. [en línea]. <https://cutt.ly/zQXNd7K>
- Masegosa, J. (2018). "Claves del Conflicto entre Arabia Saudí e Irán". *Grupo de Estudios en Seguridad Internacional, GESI*. [en línea]. <https://cutt.ly/YQXNpEc>
- Redondo, R. (11 de septiembre, 2020). "La Guardia Revolucionaria Islámica: El brazo ejecutor de Irán". *Atalayar*. [en línea]. <https://cutt.ly/qQXNyQg>
- Robinson, K. (1 de septiembre, 2020). "What is Hezbollah?". *Council on Foreign Affairs*. [en línea]. <https://cutt.ly/1QXNtoy>

- Vatanka, A. (26 de marzo, 2012). "The odd couple". *Middle East Institute*. [en línea]. <https://cutt.ly/8QXB6Ko>
- Wagner, JP. (mayo 2014). "The Effectiveness of Soft & Hard Power in Contemporary International Relations". *E-International Relations*. [en línea]. <https://cutt.ly/4QXB7Jn>
- "WWE Lives Comes To Saudi Arabia". (15 de diciembre, 2013). *WWE News*. [en línea]. <https://cutt.ly/HQXB8xC>
- Zelin, A. y Smyth, P. (29 de enero, 2014). "The Vocabulary of Sectarianism". *Foreign Policy*. [en línea]. <https://cutt.ly/hQXB0Dw>

Tesis

- Alanzi, A.K. (2015). "Saudi Arabia's implementation of soft power policy to confront Iran's obvious threats". (Tesis de Maestría). *Naval Postgraduate School*. California, Estados Unidos.
- Alghunaim, G.G.R. (2014). "Conflict between Saudi Arabia and Iran: An Examination of Critical Factors Inhibiting their Positive Roles in the Middle East". (Tesis doctoral). *Nova Southeastern University*. Florida, Estados Unidos.
- Aristizábal Flórez, A. (2015). "Irak: Un escenario de competencia por el liderazgo regional entre Arabia Saudí e Irán (2005-2012)". (Tesis de Licenciatura). *Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá, Colombia.
- Contreras Florido, S. (2019). "El Impacto del Estado Islámico en Irak. Análisis de la intervención de Irán en la contra DAESH en el estado iraquí". (Tesis de Maestría). *Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado*. Madrid, España.
- Dillon, M.R. (2009). "Wahhabism: is it a factor in the spread of global terrorism?". (Tesis de Maestría). *Naval Postgraduate School*. California, Estados Unidos
- Feizi, H. (2018). "Discourse, Affinity and Attraction: A Case Study of Iran's Soft Power Strategy in Afghanistan". (Tesis Doctoral). *University of South Florida*. Florida, Estados Unidos.
- Franchini Hernández, R. (2003). La conducta estadounidense en cuanto a su política exterior: Una explicación Realista. (Tesis de Licenciatura). *Universidad de las Américas Puebla*. Puebla, México. Pp: 6-25.
- Hernández Martínez, D. (2019). "La política exterior de Arabia Saudí en Oriente Medio tras la primavera árabe. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)". (Tesis Doctoral). *Universidad Complutense*. Madrid, España.
- Iglesias Turrión, P. (2009). Multitud acción colectiva postnacional: un estudio comparado de los desobedientes: de Italia a Madrid (2000-2005), (Tesis Doctoral). *Universidad Complutense*. Madrid, España.
- Mahecha Solano, A.S. (2014). "Implementación de estrategias de poder por parte de Irán, Turquía y Arabia Saudita en la disputa por la hegemonía del Medio Oriente. Periodo 2005-2012". (tesis de Licenciatura). *Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá, Colombia.

- Pallaver, M. (2011). "Power and Its Forms: Hard, Soft, Smart". (Tesis de Maestría). *The London School of Economics and Political Science*. Londres, Inglaterra.
- Patalakh, A. (2017). "Soft power revisited: What attraction is in International Relations". (Tesis Doctoral). *Università Degli Studi Di Milano*. Milán, Italia.
- Peña Borgogno, L. (2013). "Análisis de los Efectos de la Revolución Islámica en la formulación de la Política Exterior de Irán hacia Estados Unidos, durante el periodo post-revolucionario (1979-1989)". (Tesis de Licenciatura). *Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario*. Bogotá, Colombia.
- Tamdemir, E.O. (2017). "Islamic Republic of Iran Diplomacy and Soft Power". (Tesis de Maestría). *Universidad Yildirim Beyazit*. Ankara, Turquía.
- Urbina, D.F. (2018). "ICRG and Iranian Soft and Hard Power Influence Within the Middle East". (Tesis de Licenciatura). *University of Central Florida*. Florida Estados Unidos.
- Vesga Moreno, N. (2014). "Inestabilidad en el Sistema Internacional. Análisis Geopolítico, caso: Irán, Arabia Saudí y Estados Unidos". (Tesis de Maestría). *Pontificia Universidad Javeriana*. Bogotá, Colombia.